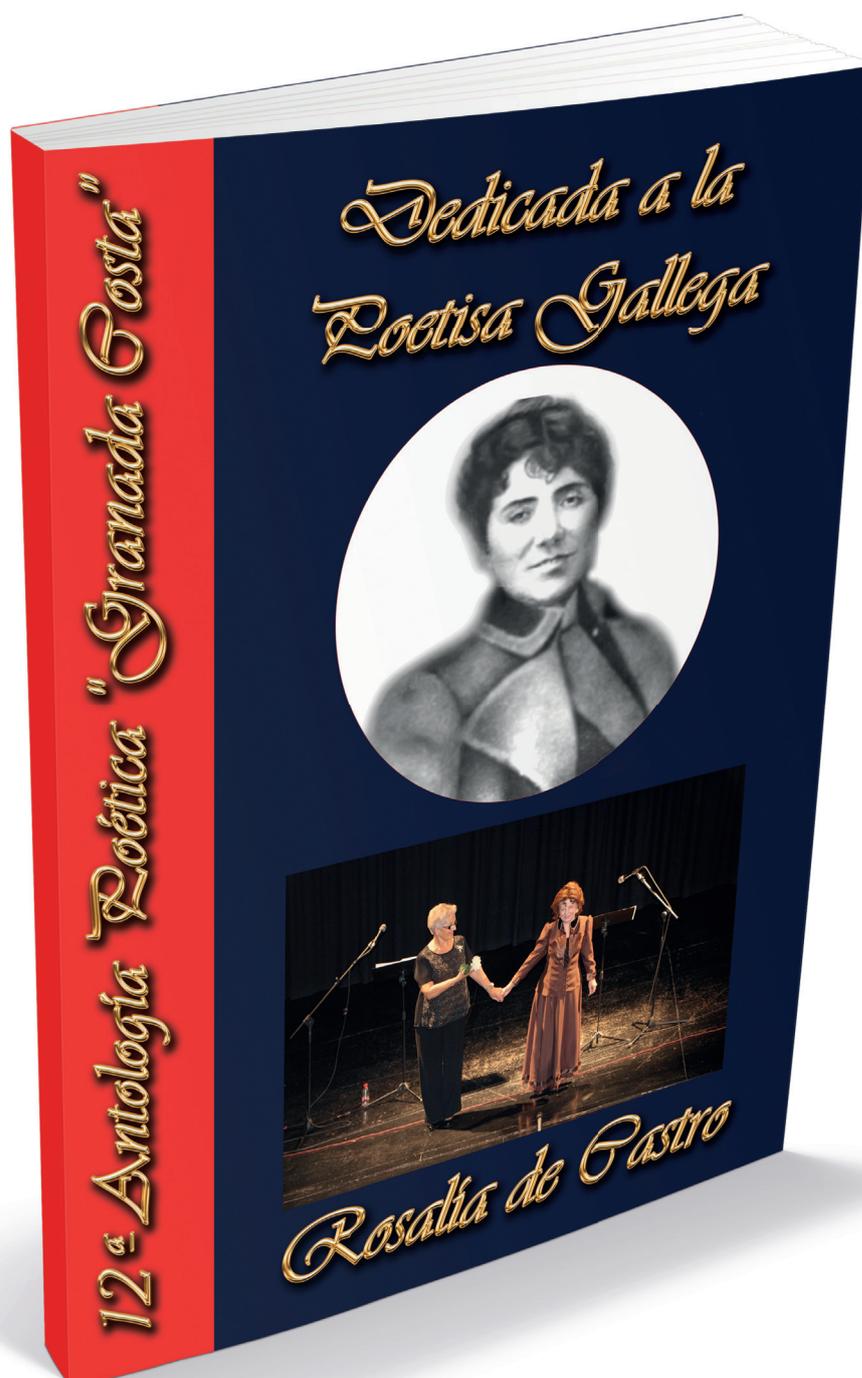


24 HORAS DE POESÍA GRANADA
COSTA 2018 EN HOMENAJE A
ROSALÍA DE CASTRO



1ª Edición: año 2018

Copyright: Editorial Granada Club Selección

Copyright de esta edición: Editorial Granada Club Selección

I.S.B.N.: 978-84-16656-82-2

Depósito legal: GR 829-2018

Título: Homenaje a Rosalía de Castro

Edita: Editorial Granada Club Selección

Empresa Distribuidora: Editorial Granada Club Selección

Avda. de Andalucía 18.

18611 MOLVÍZAR (Granada)

Teléfono Redacción: 958 62 64 73

E-mail: fundacion@granadacosta.net



Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización expresa y por escrito de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier método o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante cualquier alquiler o préstamos públicos.

Breve Pincelada de Presentación del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa

Desde diciembre de 1999 editamos la publicación de ámbito Nacional Granada Costa, un periódico dedicado al cien por cien a la cultura, en el que pretendemos dar a conocer, no solamente a escritores, poetas, escultores, guitarristas, bailaores, cantaores y pintores de los distintos municipios a nivel nacional, sino también los valores culturales, gastronómicos, paisajísticos y turísticos de toda España.

Convencidos del enorme potencial que encierran todos y cada uno de los rincones de nuestra Nación, una de las secciones que más interés despierta entre nuestros lectores es precisamente la dedicada a este tema, mediante las publicaciones de nuestros periódicos, con los cuales pretendemos ofrecer una información fiel y detallada de los encantos de cada comarca, haciendo un recorrido por su HISTORIA, COSTUMBRES, FIESTAS, GASTRONOMÍA, ETC.

Por otro lado, dentro de nuestro Proyecto Cultural Granada Costa, nace conjuntamente un nuevo proyecto, que es la editorial Granada Club Selección-Granada Costa, entendiendo que nuestros asociados y colaboradores necesitaban para poder publicar sus obras, tanto discográficas como literarias. En este momento podemos decir que hemos publicado, en ambas parcelas, más de 200 obras. Creemos que, sin nuestra editorial, el 90 % de estas publicaciones no hubieran visto la luz.

A partir del año 2010 se crean los certámenes literarios. En este momento, tenemos convocados 10, de los que podríamos enumerar algunos, como los que dan nombre a dos importantes asociados de nuestro proyecto: Certamen de Relato Corto, Rogelio Garrido Montañana y Certamen dedicado al Soneto Granada Costa, Carlos Benítez Villodres, siendo a nuestro entender el más importante el que ha visto la luz día 1 de abril 2016, dedicado a la poesía en general donde solamente podrán participar chicos y chicas de hasta 14 años. En él se envían las bases de este certamen a todos los colegios de ámbito nacional con un sólo motivo, fomentar la poesía en la edad más temprana de nuestros jóvenes.

A lo largo de nuestra existencia hemos recorrido infinidad de pueblos, desde los más pequeños (con menos de 100 habitantes), hasta ciudades como Madrid, Barcelona, Valencia, Palma de Mallorca, Lérida siempre con verdadero éxito y con respeto hacia nuestro proyecto. Sería innumerable nombrar todos los retos que hemos alcanzado, pero sólo voy a destacar 5: la presentación de más de mil obras de arte en una misma exposición, dos récords de 24 Horas Ininterrumpidas de Flamenco y, en estos dos últimos años 2015 y 2016, coincidiendo con el 21 de marzo (Día Internacional de la Poesía), 24 Horas Ininterrumpidas De Poesía.

También podemos destacar, dentro de nuestro proyecto Granada Costa, la convivencia de todos nuestros asociados independientemente del nivel cultural que posean.

En el 2015 se han recopilado todas las donaciones literarias, pictóricas, discográficas, esculturas y todo el archivo que ha creado Granada Costa durante estos 15 años, tanto en papel como digital, para crear el Museo Fundación Granada Costa. Esto ha tenido un sólo objetivo, tal es que nuestro proyecto perdure en el tiempo.

En estos últimos dos años, 2015 – 2016, estamos creando una página web, donde los miles de reportajes, trabajos literarios y personajes de nuestro proyecto, estarán visibles a través de la web www.grnadacostanacional.es, página que ya está disponible para visualizar entre un 7 y un 10 % de nuestro contenido.

En la sede del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa, en la Avenida de Andalucía nº 18 en Molvízar - Costa Tropical - Granada, un edificio de tres plantas más terraza, con un total de más de 1300 metros cuadrados, que alberga: oficinas, Biblioteca, Taberna cultural, Instituto para la conservación y estudio de todo nuestro proyecto cultural y asociados. Cabe destacar el Aula de Pensamiento (Director, Don Alfonso Monteagudo), Aula del Libro (Directora: Doña Aurora Fernández Gómez) y un Salón-Aula dedicado a las Frutas Tropicales, algo muy importante dentro de nuestro

proyecto cultural, tratándose de que el único subtropical de Europa se encuentra en nuestra comarca. Es así porque Molvízar forma parte de esos pueblos que tienen un microclima especial en donde se puede cultivar cualquier producto o especie que se dé en el resto de nuestro globo terráqueo, siendo su director Don Julián Díaz Robledo, persona que ha dedicado toda su vida al conocimiento de todas las plantas tropicales.

El proyecto cultural Granada Costa, con el objetivo de expandirse por toda España, ha creado la figura de Director/a Adjunto/a. En estos momentos tenemos nombrados en Cataluña a Doña Toñy Castillo Meléndez, en la Comunidad Valenciana a Don Francisco Rossi Melero, en el Archipiélago Balear a Don Marcelino Arellano Alabarces, en Madrid a Don José Luis Martín Correa y en Málaga a Doña Elisabeth Muñoz Sánchez. El nombramiento de Delegada nacional de relaciones institucionales, Doña María Teresa Gómez Reino. Doña Carmen Carrasco Ramos, Delegada Nacional de Poesía. Don Rogelio Bustos Almendros ocupa el puesto de Coordinador Nacional de Cultura y como coordinadores culturales repartidos por la geografía española: Don Carlos Benítez Villodres, Doña Amparo Bonet Alcón, Doña Inmaculada Rejón, Doña Pilar Corral Gómez, Don Melchor Román Áusias, Don José Heredia Carmona, Doña Soledad Durnes Casañal, Don Antonio Rodríguez Pineda, Doña María Dolores Alabarces Villa, Doña Fernanda Llabrés, Don Antonio González, Don Luis Luengo, Don Antonio Gabriel Pérez Mateu, Doña Josefa Cortés Fernández, Doña Clementa López Pérez Y Doña Francelina Robin. Presidente de Honor del Museo Fundación Granada Costa, Don Rogelio Garrido Montañana. Presidente del Museo Fundación Granada Costa y Director de Medios de Comunicación, Don José Segura Haro.

PRÓLOGO ROSALÍA DE CASTRO

Pienso que para conocer con espejante entendimiento la vida y la obra de Rosalía de Castro, tendremos que partir del tremendo hecho relevante el descubrimiento de ser hija ilegítima del sacerdote, José Martínez Viejo. Este hecho y su delicada salud, que jamás mejoró, fue deshojando oscuros crisantemos por los umbrales de su impía existencia.

Si, a todo ello, añadimos las constantes penurias económicas sufridas, la muerte de su madre, María Teresa de la Cruz Castro y Abadía, sus discrepancias matrimoniales y el desenlace fatal de su última hija Valentina, que nació muerta, fueron terribles “hachazos” para su penosa situación.

No es de extrañar, que su estado anímico manifestara las adversas vivencias afectivas y emocionales de su sufrimiento, aunque, a veces, fuera recogiendo los dorados frutos de su inspiración ensoñadora. Para entender su impetuosa apuesta por la defensa de la lengua y cultura gallega, hay que remontarse a dos acontecimientos que van a explicar el proceso de transformación de Galicia: la Constitución de 1812 y la desaparición del absolutismo monárquico de Fernando VII (1833). Expresado esto, ¿qué tipo de sociedad se encontró Rosalía?

La respuesta puede resultar sencilla: la que marcó el reinado de Isabel II.

Esta segunda mitad del siglo XIX se caracterizó por la aparición del caciquismo local, el éxodo hacia las ciudades, la emigración a América y la revolución industrial, que intentó resolver los graves atrasos económicos.

El conocimiento de la obra de Martín Sarmiento y sus simpatías por el Rexurdimento, como fenómeno nacionalista, reivindicador de patrimonios culturales y lingüísticos, hizo que la jovencísima Rosalía, con inclinaciones para la música, la declamación y el dibujo, fuera evolucionando hacia la defensa de la galleguidad, en sus diferencias socioculturales. Estas inquietudes sociológicas, fueron magnificándose su relación con intelectuales de “la misma cuerda”, como Eduardo Pondal, Aurelio Aguirre, Rodríguez Seoane y Manuel Antonio Martínez Murguía, creador de la Academia Galega y realizador de esa idea surgida entre importantes escritores e intelectuales gallegos, en sus reuniones en la librería la Cova Céltica, de Santiago. Todo ello, fue fortaleciendo sus convicciones nacionalistas. Recordemos que las primeras estrofas del poema “Os pinos”, de Eduardo Pondal, componen la letra del himno gallego Y Murguía el que hizo la crítica de “la Flor”, primer poemario de Rosalía.

Posteriormente, esta motivación artística estimuló una íntima relación afectiva, que les llevó a contraer un esperanzador matrimonio, cuando Rosalía contaba 21 años.

Al año siguiente, publica la Hija del Mar. Le seguirían otras obras como: Ruinas y El Caballero de Botas Azules, una fantasía satírica que supone una ruptura con la narrativa de su tiempo, donde pone en clave la ridiculez, la hipocresía, la locura y la ignorancia que reinaba en la sociedad. Sus relaciones conyugales, llenas de turbulentas desavenencias, hizo que Rosalía pasase, alternativamente, largas temporadas con su madre, dejando a su marido en soledad.

Mas, centrémonos en la trayectoria literaria de Rosalía y su urgente análisis.

Al decir de sus críticos, su obra maestra en castellano es: “En las orillas del Sar”. Versos de tono íntimo, cargados de nocturna belleza.

Posteriormente, Rosalía fue ofreciendo rítmicos ríos de alfabetos, donde sus poemas y novelas buscaron la vidente luz de su libertad expresiva.

Rosalía tiene en común con los poetas postrománticos de su tiempo, un espíritu inconformista y la idea de que existe otro tipo de sociedad más justa y equitativa.

Lógicamente, Rosalía se acoge a estos principios redentores y transformadores, para que en sus manifestaciones líricas, entre sus angustias y adversidades, afloren bálsamos confortadores que puedan cicatrizar sus profundas heridas emocionales.

Al caer despeñado en la hondura desde la alta cima,
duras rocas quebraron sus huesos,
hirieron sus carnes agudas espinas

vino a darle su beso de muerte
cerrando en los suyos el paso a la vida

Despertáronle luego, y temblando de angustia y de miedo,
-¡Ah!, ¿por qué despertar? – preguntóse
después de haber muerto

Se “deshace” de sus miedos ocultos: miedo a la vida, miedo a la muerte, miedo a la vida después de la muerte, miedo a la soledad. En este empeño, desea crear imaginativamente un mundo más bello, armónico e ilusionante.

Aunque la vida está llena de dolor, afortunadamente, hay naturaleza y música que conversan con nuestras almas. A veces, sus versos son como flores silvestres, espontáneas, con toda la frescura natural. Ahí podemos encontrar muchas respuestas a nuestras preguntas, entre sortilegios visionarios, metáforas con misterioso lenguaje dialogante, irradiando un siroco de saudades y morriñas, que conforman un mágico o conceptual corolario de temas y situaciones.

Dicen que no hablan las plantas,
ni las fuentes, ni los pájaros
ni el onda con sus rumores,
ni con su brillo los astros:
lo dicen, pero no es cierto,
pues siempre cuando yo paso de mí murmuran y exclaman:
-Ahí va la loca, soñando

Rosalía, intenta dar sentido a una “belleza espiritual” deseada, que van a tener repercusiones en sus producciones artísticas, con más intensidad y pluralidad de ideas y mayor implicación en temas sociales.

De esta forma, se puede considerar a Rosalía como una poetisa anunciadora de la modernidad, con ilusionante esperanza vivificadora, llena de musicalidad, con nuevos ritmos que alcanzan su propia alquimia-visión totalizadora, desconocidos en su época.

Sus descripciones literarias de sueños, visiones y realidades imposibles, segregan una serie de sublimes simbolismos, que sólo la sensible alma del poeta puede captar.

Yo no sé lo que busco eternamente
en la tierra, en el aire y en el cielo;
yo no sé lo que busco, pero es algo que perdí
no sé cuándo y que no encuentro
aun cuando sueñe
que invisible habita en todo cuanto toco y cuanto veo.

Ya hemos destacado su miedo a la muerte, la máxima certidumbre de la soledad infinita. Pero hay que seguir soñando. Como nos proponía Rimbaud: hay que ser rebeldes a la existencia y sumisos al ensueño. Sólo la invicta esperanza da sentido a la vida.

No importa que los sueños sean mentira,
ya que al cabo es verdad
que es venturoso el que soñando muere,
infeliz el que vive sin soñar

Hay que admitir, que pese a tener un cuerpo débil y enfermizo, Rosalía es una poetisa fuerte. Sabe que los relojes del tiempo llevan agujas como zarpas. Tiene urgencia para acuñar en los troqueles de la poesía su imaginativa y desbordante creatividad. Desprecia la vanidad y tiene el orgullo de denunciarlo.

¡ Oh, Gloria! deidad vana
cual todas las deidades
que en el orgullo humano
tienen altar y asiento
Jamás te rendí culto
jamás mi parte altiva
se inclinó de tu trono
ante tu dosel soberbio

En Rosalía, la duda y el impreciso temor alternan con una angustia radical o un desengaño escéptico. Quizás, pudo sufrir las estúpidas cornadas del desamor. Si consideramos el temor como antesala de la angustia y ese temor es a algo incierto, imprevisible o incontrolable, estaremos ante rotunda situación de desconuelo, que está latente en muchos poemas de Rosalía.

Ya duermen en su tumba las pasiones
el sueño de la nada;

El dolor de ella, inspira un respeto muy distinto a la simpatía compasiva de los airiños o de la despedida de los emigrantes.

Tengamos en cuenta, que ella es nativa de una región de la brujería y de la superstición de los Akelarres. La nostalgia, otro de los grandes temas que suele estar presente en los sentimientos de Rosalía, llama la atención el papel simbólico de los elementos que proyecta el paisaje gallego.

Sedientas las arenas,
en la playa sienten del sol los besos abrasados,
y no lejos, las ondas, siempre frescas,
ruedan pausadamente murmurando

Pero ¿quién sabe...? Acaso luzca un día
en que, salvando misteriosos límites,
avance el mar y hasta vosotras llegue
a apagar vuestra sed inextinguible.

Si repasamos con atención “Cantares gallegos”, podemos encontrar una combinación interesante de poemas con carácter descriptivo y narrativo, enlazados con poesía intimista cívico-social, con una apasionada apología de su tierra y de su lengua, donde asume la protagonista voz del pueblo gallego.

Cantares fue un buen precedente orientativo, para lo que se puede considerar una enriquecida segunda parte: “Follas Novas”. En este nuevo título, nos encontramos a una poetisa con más

“oficio”, donde piensa que la poesía es un regalo del alma. Sabe conciliar de forma excelente el ritmo de la muñeira, con el romance, la silva y la seguidilla.

Definitivamente, no es de extrañar que “Follas Novas”, se considere el compendio más significativo de Rosalía, ya que con mayor autenticidad exfolia su corazón, con una visión sombría de la existencia humana, por todas las injusticias y incomprensiones de la sociedad que la rodeaba. Da un paso adelante e incita a enfrentarse a la opresión y a tomar la justicia por su mano.

Según manifestó el prestigioso profesor Rot Caballo, padre de la medicina psicosomática, en su interpretación psicoanalítica de los hechos que rodean la biografía de Rosalía, la ausencia de imagen paterna, pieza importante en la construcción mental-emocional del niño, para lograr su adecuada formación y desarrollo integral, convierte a la poetisa en una vagabunda espiritual, perpetuamente insatisfecha.

Paralelamente, en varios de sus poemas, Rosalía adopta una actitud moralizante, donde se cree con derecho a opinar y aconsejar sobre la verdad, la justicia. Incluso, se atreve a denunciar vicios o defectos. Utiliza su gran facilidad para construir, en muchas composiciones, frases rotundas con tono

rud
mujeres, en la literatura, tienen la dificultad de llegar y la facilidad de desaparecer. Quiero destacar, tras este análisis personal y literario, que los sentimientos descritos por Rosalía, se hacen algo nuestro.

Definitivamente, el haber conseguido conectar con el pueblo gallego y los críticos estudiosos, hace que la cosmovisión de su obra alcance un éxito añadido, para celebrarla como una poetisa universal. Como decía Camilo José Cela:” Sólo el que resiste puede ganar”. Y ella resistió.

Alfonso Monteagudo

BIOGRAFÍA

FINAL. EL MAR Y LAS CENIZAS

A principios de julio de 1885 Rosalía de Castro setraslada con la familia a O Carril para pasar unos días de descanso. Está gravemente enferma, pero algunas tardes quiere sentarse todavía al atardecer en las piedras del embarcadero para contemplar la puesta de sol en la ría de Arousa. El día que deja el pueblo, como tarda en llegar el carruaje que los lleva a la estación, deciden hacer por mar el breve trayecto. Son palabras de su marido, Manuel Murguía. Casi todas las palabras que nos acerquen a la vida de la escritora han de ser suyas o han de pasar por él. Podría parecer que por unos instantes los rumores de las olas la reanimasen trayéndole recuerdos de otros días. “Ir pola verde ribeira, / da ribeira do Carril!” Cuando la ve de pie en la cancilla del vagón, sonriendo, rodeada por las hijas, casi alberga esperanzas. Desde el tren de John Trulock, el abuelo inglés de Camilo José Cela, a contramano de las aguas del río Ulla, Rosalía va dejando atrás las que fueron sus riberas familiares: las Torres de Oeste, las Brañas den Laiño, las vegas de Campaña, el Pazo de Hermida



Rosalía en dibujo de Portela

de Lestrobe, el estero del Sar, el camino de San Lois, Padrón, A Matanza, al fin. Esa otra casa en la que llevan dos años. Después los amigos se van: “Tecín soia a miña tea, plantei soia o meu nabal”. Sola queda en su jardín umbrío. Quedar, en realidad, queda con los suyos, como nos dice Murguía en su relato, como para arroparla, por no querer contarnos de sus soledades. Él marcha para Santiago sin querer presagiar la inminencia del fin.

Llevaba lloviendo dos o tres largos días. Ahora ya no llueve. Como si la Tierra de Iria y Galicia entera contuviesen el aliento. Rosalía de Castro muere en la casa de A Matanza a las doce del mediodía del 15 de julio de 1885. Tenía cuarenta y ocho años. Poco antes pidió un ramo de



Postal antigua de la casa de A Matanza

pensamientos y le mandó a Alejandra, la primogénita, que abriese la ventana para poder ver el mar. Será la hija quien quemee los manuscritos al anochecer en la huerta, como le había hecho prometer. Cuando llegó Murguía lloró antes las cenizas de la hoguera, aunque hay otra versión que sitúa la escena en la sala de la casa y Murguía pidiendo explicaciones. Da lo mismo.

Decía el escritor Torres Villarroel que es peligroso meterse en las vidas ajenas sin lastimarlas. Al cabo, todas las biografías so, iguales y todas misteriosas. También el pasado es siempre incierto. Todas las vidas duran ese instante en que el pájaro del Venerable Beda entra volando por la

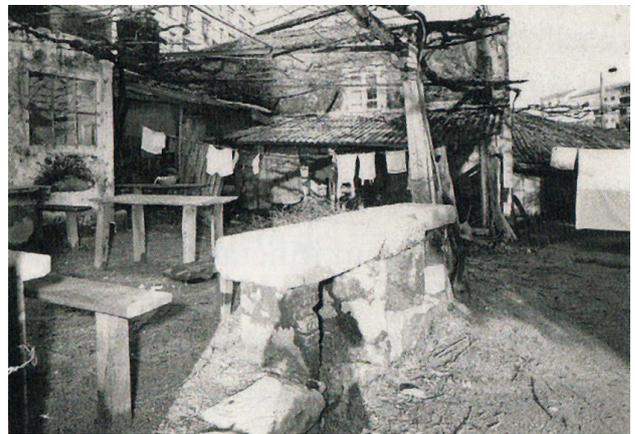
ventana del salón altísimo, siente apenas la tibieza lejana del fuego en el hogar del pazo y sale después a la oscuridad eterna. De sí misma ya hablo ella cuando quiso y pocos poetas nos mostraron su alma tan desnuda. Bajó hasta lo más profundo de nosotros, en donde acaso somos. ¿Podemos los demás hablar sobre su vida? Y bien, para recomponer esta breve biografía iremos recogiendo las palabras que nos llegaron cribadas las imágenes que imprecisas nos devuelven los espejos. Hay silencios y tierras de penumbra, muchas dudas y unas cuantas certezas. Entrad en sus textos. No os demoréis demasiado en estas páginas.,

PRELUDIO. CONVOCADA POR CAMPANAS

Rosalía nació en la madrugada del 24 de febrero de 1837 en una casa del Camino Novo, en el lugar de As Barreiras. Por aquel entonces pertenecía al ayuntamiento de Conxo, pero después pasaría a formar parte del de Santiago. La vivienda era propiedad, según Murguía, de los abuelos del que había de ser el político progresista Antonio Romero Ortiz. Se ha dicho que llegó atender el parto el señor Varela de Montes, una eminencia de la medicina compostelana que estará ese mismo año indagando en el misterio de la espiritada de Gonzar. Rosalía era hija de María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía, de 33 años, nacida en la casa Grande da Arretén, en Padrón, y muy probablemente, de José Martínez Viojo, de 39 años, natural de Ortoño, clérigo en la Colegiata de Iria. Dadas las particulares condiciones de su nacimiento, es María Francisca Martínez, criada y mujer de confianza de la madre, quien se encarga de llevar a la pequeña a la capilla del Hostal Real (actual Hostal de los Reyes Católico), donde es bautizada con los nombres de María Rosalía Rita, quedando inscrita como hija de padres incógnitos. La propia sirvienta actúa de madrina y regresa con la niña, no entrando así en la inclusa.

Durante mucho tiempo se silenció el nombre del padre y se retrasó el momento en que la madre se hace cargo de la pequeña. Los datos de los primeros años son confusos y también tardíos y provienen exclusivamente, por tradición oral

primero y después en forma epistolar, de la familia paterna. La carta que da cuenta de ellos, custodiada por Bouza Brey desde 1923, no se publicó hasta los años setenta del siglo pasado, después de muerte este, sabedor de que ofrecía sin duda una visión sesgada de aquellos momentos decisivos. Es lo que tenemos. Dejando aparte los juicios de valor que en ella se exponen y si hemos de hacerle caso a los hechos que relata, parece que en un primer momento el padre le confía la pequeña a la mujer de un tal lesteiro, sastre de Ortoño, que hace de ama de cría, corriendo el curo con los gastos de la crianza y manutención.



Casa natal de Rosalía en Santiago

Es después cuando pasa a ser cuidada en la casa del Castro de Ortoño con la familia paterna. Una carta de la propia Rosalía, en 1883, dos años antes de morir, confirma esa relación, alegrándose la escritora de que todavía esté viva María Josefa Martínez, hermana del padre, y por lo tanto tía suya, que supuestamente la había cuidado: “no ignoraba que debía haber en S. Félix de Brión persona estimables con las cuales me unen, como V. dice muy bien, lazos más estrechos que los de la simple amistad [...] no dude que en la primera ocasión que se me presente, que no tardará, pasaré a ésa a ver a mi apreciable Sra. María Josefa para darle un cariñoso abrazo”. Desafortunadamente ya Rosalía no estaba en condiciones de hacer ese viaje, pero podemos nosotros todavía regresar con ella a esos lugares: “Dos Anxos o val hermoso, / sabán de verdor ostenta / alá no fondo tranquilo / que soaves brisas ourean”.

Como en un itinerario sonoro, a lo largo de su vida Rosalía fue deando registrados los ecos de las campanas que la convocan. Las hay anónimas repicando en las romerías; graves, en el toque del alba, las de la catedral; las del pomar que son de despedidas; dulces y vaporosas las de Iria; las más tristes de todas, las de Herbón... También las de estos primeros años quedaron preservadas en sus versos: “Campanadas de Bastabales, / cando vos oio tocar, / mórrome de soidades”, con las ostras de Bugallido, que aparecen en una copla popular ente las notas inéditas de la escritora. Los dos lugares quedan a tiro de piedra de Ortoño. El acto fundacional del Seminario de Estudios Gallegos que se celebró allí en 1923, poco después de conocer Bouza Brey el contenido de la misiva a la que aludimos, ni le resta ni le da crédito a esta historia

PADRÓN. SANTA MARÍA. LESTROBE

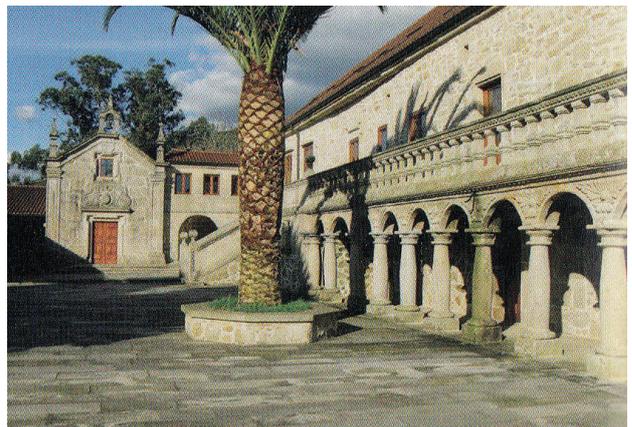
Buena parte de los supuestos que se hicieron sobre el comportamiento de la madre eran errados. Ahora sabemos que, en 1842, con 5 años de edad, Rosalía de Castro vivió en Padrón con ellas, en una casa de la calle del sol (hoy Rodríguez do Padrón, nº4), enfrente de la capilla e la Orden Tercera de San Francisco. Así consta en el censo municipal, por primera vez con el apellido materno. “Inda vexo onde xogaba / cas meniñas que eu quería, / o enxidiño onde folgaba,



Casa de Rosalía en Padrón, en la antigua calle del Sol, hoy calle Rodríguez do Padrón.

/ os rosales que coidaba / i a fontíña onde bebía. / Vexo a rúa solitaria / que en paz baña un sol sereno”. Son versos de Cantares que sin duda retratan esos días. En la villa viven sus tías,

hermanas de la madre y copropietarias de la vivienda citada y vive también su tío, José María de Castro y Abadía, heredero del Pazo da Arretén del que procede la familia, que está en esta época en clara decadencia. El primogénito pasa todavía los veranos en la “casa da aldea”, antes de verse obligado a tener que deshacerse de la herencia. Rosalía la describirá después en demorados versos: “e tamén vexo enloitada / da arretén a casa noble, / donde a miña nai foi nada / [...] Alí está sombra perdida, / voz sin son, corpo sin alma”. Escribe sobre su abuelo, “venerable cabaleiro”, sobre el que compone una biografía que no conservamos: Historia de mi abuelo. José Castro y Salgado, que así se llamaba, casado con María Josefa Abadía Taboada, coronel de milicias, fue hecho prisionero en Francia, en la campaña de los Pirineos y llegó a regidor de la ciudad de Santiago. Siempre se dijo que ese era uno de los libros que ardieron en la casa de A Matanza la noche que murió Rosalía. Habla aún de la capilla, del silencio que mora en los salones en los que antes resonaron las risas, de las hierbas y zarzas que crecen en el patio abandonado. “¡Casa grande, triste casa, / [...] Mes tras mes, pedra tras pedra, / ti te irás desmoronando, / ceñida por sintas de hedra”.



Pazo da Arretén

No sabemos si Rosalía pasó algún tiempo en el Pazo da Arretén, pero es de suponer que sí, dado el aprecio que ella y su tío se tenían, como se desprende de alguna de las cartas conservadas. Aunque no figura en las biografías, sí que sabemos, porque nos lo cuenta la escritora mucho después en Padrón y las inundaciones (1881), que pasó largas temporadas de su infancia y adolescencia en el pazo de los Hermida de

Lestrobe, en Dodro, donde su tía M Josefa de Castro se casó con Gregorio Antonio Hermida. Pocos paisajes se relatan con semejante afecto:



Pazo de Hermida en Lestrobe

“Hemos vuelto una vez más a refugiarnos en la casa solariega, en donde vimos deslizarse tantas flores, lo mismo que los olorosos mirtos, mientras los enormes laureles, y los boj es no menos altos que ellos, mezclados con los verdes limoneros, prosiguen siendo amparo y preciadísimo adorno de esta vetusta casa”. Los árboles, rememorados, están también en sus versos: “Xigantescos olmos, mirtos [...] Buxos que xa contan sigros [...] Loureiros, irmáns dos buxos [...] Limoeiros e laranxos”.

A mediados del siglo XIX Padrón no vive sus mejores momentos. A pesar de ser cabecera de una comarca rica, con un importante mercado agrícola y ganadero, la producción textil de la que dependía está declinando ahora después de ser el lino de estas tierras uno de los más renombrados de Galicia. Rosalía tuvo que conocer todavía de cerca los pormenores de esa industria porque figura en varios lugares de sus obras. “Tal coma a neve, albeas, /as roupas i as marañas”. Como en una madeja de lino recién hilada, en una maraña, todos los hilos confluyen en la pequeña villa y en sus alrededores. También en Padrón vive su padre, el canónigo José Martínez Viojo. Había nacido en 1798 en San Xoán de Ortoño, en Amaía, hijo de un labrador apodado “O Muiñeiro” porque poseía un molino. Primero fue clérigo de menores en Iria hasta que tomó las órdenes en 1829. Reside a pocos metros de ellas, hospedado en la casa de un comerciante de lino. Teniendo en cuenta las reducidas dimensiones de

la población no podemos pensar que no se vieran, sabiendo además que él decía misa en la iglesia de Santiago, un hermoso templo gótico a orillas del Sar, mástarde sustituido por este insípido de ahora. Sabemos que José Martínez Viojo pasó posteriormente a vivir en Iria con su hermana María Josefa y con su sobrina en las casas que para el cabildo iriense hizo construir el arzobispo Bocanegra, donde residían asimismo los otros catorce curas de la Colegiata (actual Fundación Cela). Allí permaneció como capellán fabricero

y como coadjutor de la parroquia hasta 1871, el año de su muerte. Fue enterrado en el Atrio del cementerio de Adina, a las puertas del templo. Hoy conocemos el testamento del padre de Rosalía, pero no encontramos en él el esperado reconocimiento a su paternidad.



Casa del cabildo y actual Fundación Camilo José Cela

En O Divino Sainete le llama Curros “a ilustre padronesa”. Padrón es el paraíso perdido de la infancia, donde se concentran las geografías y los seres queridos. Sin duda en esta villa de la ribera del Sar pasó Rosalía sus días más felices. Hay múltiples referencias en sus escritos, desde las más amables de los primeros versos (“I a Padrón, poliña verde, / fada branca ó pé dun río”), hasta el memento final de En las Orillas del Sar: “¡Cuan hermosa es tu vega, oh Padrón, oh Iria Flavia! / Mas el calor, la vida juvenil y la savia/ que extraje de tu seno, / [...] de mi existencia en el torrente amargo / pasaron...”. Murguía nos dice en Los Precursores que de no haber sido por los primeros contratiempos que la hicieron marchar a la triste ciudad en que naciera, su vida habría transcurrido en Padrón, “bajo estos cielos

que le son tan propicios”. Escribe como huyendo de los inviernos compostelanos, “tornaba a las alegres vegas y se bañaba en sus tibiezas y vivía de sus claros resplandores”. Rosalía recordará una pequeña laguna en la vega de Iria, en el fondo de la que le contaban que se podían ver las torres de la antigua ciudad sumergida. La iglesia de Santa María de Iria y el cementerio de Adina son para ella siempre referencias entrañables. “O simiterio da Adina / n’hai duda que é encantador, / cos seus olivos escuros / de vella recordazón”. Tuvo que ser la madre quién la llevó hacer el ritual del Corpo Santo, bajo el arcosolio de la epítola en el altar de la colegiata, donde se conserva en una tumba el cuerpo incorrupto de un arzobispo desconocido. Se voltea el cuerpo desnudo del enfermo del “mal do aire” sobre la cubierta del sepulcro de piedra y el sacristán deja después las ropas abandonadas e el crucero del atrio. Murguía refiere de manera sucinta el hecho en Los Precursores: “el viejo sepulcro sobre el cual la pusieron moribunda y la devolvió viva”. ¿Presenciaría su padre, que ejercía de sacerdote en el templo, el ritual al pie de la sepultura taumatúrgica? Quizás Rosalía escogiese en sus últimos días la casa de A Matanza porque desde ella se divisaban los olivos y la silueta de las torres piramidales de la iglesia. “A través del follaje perenne / que oír deja rumores extraños, / y entre un mar de ondulante verdura, / amorosa mansión de los pájaros, / desde mis ventanas veo / el templo que quise tanto”. Allí se casaron sus abuelos, bautizaron a su madre y tiene enterrados a muchos de sus antepasados. “Cebileiras que is e vindes / de Adina polos camiños, / á beira do camposanto / pasá leve e paseniño. / que anque din que os morts n’oien, / cando os meus lle vou falar, / pensó que anque estén calados / ben oien o meu penar”. Otero Pedrayo afirmó que, si los griegos amaron los olivos del Cephiso porque escucharon las palabras de Platón, nosotros debemos amar los de Iria porque oyeron el sollozar de Rosalía. Todos nuestros grandes creadores dialogaron con ella.

El mismo otero dijo que entrar en su obra era como entrar al atardecer en el jardín abandonado de un pazo. Resuenen todavía bajo la bóveda vegetal de los arcos que le dan *sombra de sombras* a la estatua de la escritora en el Espolón las pala-

bras que pronunció en 1958, en el homenaje a Ramón Cabanilla



Estatua de Rosalía en el Espolón en Padrón

No sabemos el tiempo que pasaron Rosalía y su madre en Padrón entre 1842 y 1847, años que se vende la casa de la que hablamos, y en el que ya tiene como lugar de residencia Compostela. Hasta 1833 la madre figura cotizando por la vivienda, si bien no aparecen en los archivos municipales. Si como afirma Murguía escribió sus primeros versos con once años, tenemos que suponer que los escribió aquí. Padrón es un leixapré, un remanso al que vuelven siempre verso y pensamiento. “¡Padrón!... ¡Padrón! / Santa María... Lestrove... / ¡Adiós! ¡Adiós!”

COMPOSTELA Y LAS VELEDAS DEL LICEO

Rosalía era alta y espigada, de pelo acastañado y busto generoso, con los pómulos salientes, la boca grande y los ojos oscuros y profundos. De salud precaria desde la infancia, propensa a las afecciones pulmonares, parece que se desarrolló muy prematuramente. Por esas contrariedades que Murguía no desvela, o muy probablemente porque la madre quisiera darle una educación más completa, se marchan pues para Santiago y

desde ese momento da comienzo una vida nómada que no abandonará hasta el fin de sus días. “Quen casa ten de seu ten media vida”, había de escribir quién no la tuvo nunca.

De 1859 a 1863 figuran censadas madre e hija, con la madrina, la criada fiel María Martínez, en la calle Bautizados nº6, compartiendo casa con la familia del platero Manuel Aller. En el año 1852 Rosalía actúa en el Liceo de la Juventud de Santiago. En 1853 asiste en compañía de Eduarda Pondal, hermana del poeta al que también conoce en las veladas del Liceo, a la romería de Nosa Señora de Barca Muxía. “Muxía a das altas penas”. Contraen las dos amigas el tifus y pasan juntas la enfermedad en la casa de un médico tío de Podal, el abuelo del escritor Gonzalo López Abente. Eduarda muere; es la primera de una serie de muertes de seres queridos a las que va a tener que enfrentarse a lo largo de su vida.



Rosalía de joven (autor desconocido)

Podemos imaginar la llegada a Compostela, los prejuicios con los que en ciertos ambientes habían de ser madre e hijas recibidas. “De soidás morriase, / na vila sospirando pola aldea; / asombrábana as casas cos seus muros, / e asombrábana as torres e as igrexas”. Algunos versos de lo que será después *La Flor* (1857) tuvieron que ser

pensados en esos días: “La risa y el sarcasmo por doquiera / que fuera yo mi corazón palpaba”. Murguía (Ignotus) pone en boca de Rosalía el relato estremecedor del hambre que en el tristísimo invierno de 1853 asoló Galicia: “Todos los días, nuevas horas de angustia traían á nuestras plazas y calles, bandas de infelices hambrientos” [...] “Caían por los caminos y en las calles de la ciudad”. El viajero inglés George Borrow describe Compostela como un inmenso Lazareto. Una misma desolación invade los campos y las aldeas. “Deitouse a fame ó longo dos sembrados” (X.M. Pintos). En la historia que referimos, contada con detalle por Murguía, un niño aterido bajo la nieve silba una melodía a la puerta de la casa en la que vive la escritora. Ella los acoge y delante de los amigos que la acompañan toca para él una canción con una guitarra inglesa, la barcarola de *La Straniera* de Bellini. La narración, que recuerda el inicio del poema “Tembra un neno no húmido pórtico”, más allá de los adornos literarios, nos permite imaginar el ambiente culto en el que se movía Rosalía, así como una formación musical confirmada por su marido y por sus hijas. En una carta al folclorista Casto Sampedro cuenta Murguía como a veces después de comer improvisaba diferentes piezas en un pequeño piano, concluyendo siempre con la Alborada, una composición que a él le gustaba especialmente. Parece que estudió dibujo y frances y que tenía condiciones para la música, cantando con afición y tocando diferentes instrumentos: arpa, flauta, guitarra, piano, armonio... Una educación por lo tanto acorde con la hidalguía a la que pertenece, aunque venida a menos.

Con la revolución de 1854 da inicio el bienio progresista. En el Liceo, Rosalía toma contacto con las primeras reivindicaciones políticas y sociales y conoce la vida bohemia de los artistas y escritores que allí se reunían. Casi diez años después de que fracasara el levantamiento de Solís de 1846, que finaliza trágicamente como es sabido con los fusilamientos de Carral, es cierto que se atempera la proclama revolucionaria de Antolín Faraldo: “Galicia se levantará como un hombre solo para conquistar la dignidad de los pueblos libres”, pero permanece todavía como un referente mítico en el recuerdo de todos aque-

llos jóvenes que con Rosalía asisten al Liceo: Rofríguez Seoane, Aguirre, Pondal, Muguía... Republicanos y federalistas, progresistas que luchan contras las corrientes del absolutismo y el inmovilismo del clero. Detrás esas demandas laten las primeras reivindicaciones del galleguismo político que busca recuperar la identidad perdida de Galicia.

Ese es el ambiente en el que Rosalía pasa los últimos años de su juventud que acabarán determinando su vida y las ideas que reflejó en sus escritos.



Colexio Maior de Santo Agostiño, antiguo Liceo de la Juventud de Santiago de Compostela

Rosalía forma parte de la sección de declamación del Liceo. Interpreta Rosmunda de Gil y Zárate y el público arrebatado le lanza flores y palomas. Actúa al menos en otras seis obras en pa peles protagonistas muy diferentes, desde una cantante de ópera hasta una amante del rey Felipe II. En 1885 y 1886 aparecen censadas la madre, ella y la criada, con la tía María de Castro y los hijos de ésta, en el exconvento de Santo Agostiño, en donde tiene la sede el Liceo. Después de la desamortización el edificio, destartado según algunos testimonios de la época, se alquila a particulares. Son confusos los datos que se manejan en esos años sobre su lugar e residencia, pues también figuran censadas en Padrón y parece que Rosalía pasa ese invierno en Lestrobe escuchando las historias de Choíña, una criada de Laxe que después se ocupará de cuidar a su hija Alejandra. En 1856 consta que abandonan una casa alquilada en Santiago, en porta Faxeira 6. Tal vez simultaneasen los dos sitios. En marzo de ese año se produce un hecho que va a tener amplias

repercusiones en la opinión pública del momento, el Banquete de Conxo, donde en una comida simbólica confraternizan estudiantes y obreros.

Allí están, cercados por el ejército, sus amigos incendiarios del Liceo, con Aguirre a la cabeza brindando por el primer protestante que dijera en España o por el torero que usara el manto real como capote. No hay datos que confirmen si ella también estuvo. Tan solo el periódico progresista La Oliva de Vigo, alrededor del que están Compañel, Alejandro Chao y Murguía, defiende la relevancia de ese acto revolucionario rechazado con rotundidad por todas las fuerzas conservadoras.

EN MADRID CON MURGUÍA. NAVEGACIONES Y REGRESOS.

En abril de 1856 marcha para Madrid, acaso para completar su formación, aunque se aducen motivos tan diversos como la resolución de negocios de la familia (llevaría un poder para recuperar el patrimonio perdido en la fianza de un tío suyo), la partida después del Banquete de Conxo, la búsqueda de trabajo o incluso la decisión de la propia escritora de seguir a Murguía si es cierto que lo conoce en los veranos del Liceo, cuando él lo frecuentaba. De ser así quedaría claro su temperamento independiente, pero tan solo podemos hacer suposiciones. Lo que sabemos con certeza es que viaja desde Padrón acompañada por su amiga de la infancia Eugenia Gasset Montaner, y por el padre de ésta, José Gasset Montaner, bisabuelo del filósofo Ortega y Gasset. El viaje formativo a la capital era casi preceptivo para los jóvenes de las familias acomodadas, aunque la de Rosalía estuviese agotando sus últimas posibilidades. Madrid ejerce una especie de atracción sobre la juventud de provincias que quiere prosperar. Manuel Murguía, hijo de un farmacéutico, había nacido en 1833 en Arteixo, en la aldea de Froxel. Está ya en la villa y corte en donde, para disgusto de su padre, abandona los estudios de farmacia para dedicarse al periodismo y a la literatura y para continuar con la vida despreocupada que ya había prodigado en Compostela. Estamos en las vísperas de los acontecimientos contrarrevolucionarios que pon-

drá fin a dos años de gobiernos de progreso. Rosalía quiere ver las barricadas y está a punto de ser alcanzada por una bala perdida en el balcón. Vive en la calle ballesta 13, cerca de la Puerta del Sol, con su prima María Carmen García Lugin, futura madre de Alejandro Pérez Lugin, el autor de *La Casa de la Troya*. Ya fuese por lazos de amistad o de parentesco, Rosalía mantiene relación con familias de buena posición en la sociedad madrileña del momento: los Gasset, los Lugin, los Armero, los propios Hermida de Lestrobe... Hoy sabemos que no cursó estudios de conservatorio como se pensaba. En 1857, el mismo año en que Baudelaire publica *Les fleurs du mal*, se edita el primer libro, *La Flor*, un folleto de poesías en castellano en el que se pueden encontrar ecos de Aurelio Aguirre o de Espronceda. Murguía escribe un comentario elogioso en *La Iberia*, el periódico progresista por excelencia. El escritor ya una persona con importante presencia sobre todo en la prensa escrita madrileña y con apoyos entre la clase política del momento y entre la intelectualidad gallega que lo reconocía en esa altura como el líder de su generación. Él afirmó y defendió siempre que no la conocía de antes. Dar a entender lo contrario parecería querer significar que Rosalía no empezó a valer por sí misma. Nunca permitió otras interpretaciones al respecto. Como fuese, desde finales de ese mismo año son novios y seguramente ya en marzo de 1858 deciden casarse porque ella le pide a su madre que le mande desde Galicia las certificaciones necesarias. En abril, con tan solo 25 años, aparece muerto en la playa de Santo Amaro (A Coruña) el poeta Aurelio Aguirre, en oscuras circunstancias que podrían hacer pensar en un suicidio. A pesar de las opiniones de Antonio Machado y de otros no existen informaciones que permitan suponer un romance entre Rosalía y Aurelio Aguirre. Algunos detalles casi íntimos en las cartas de Murguía con él y con otros amigos como Alejandro Chao revelan el grado de complicidad que había entre ellos y también la sorpresa que manifiestan su relación con Rosalía. En el verano de ese año se queda embarazada. Se casan en la iglesia de San Ildefonso el 10 de octubre de 1858. La pequeña figura del novio — media poco más de 1,30 — con su gran sombrero de copa y la levita negra, al lado de Rosalía, una

mujer de gran estatura para la época, debía ser una estampa que no pasaba desapercibida. En diciembre, dos meses después de la boda, vuelven a Galicia precipitadamente. Su marido nos explica que estaba muy enferma “ausente de su país y sintiendo que la muerte la tenía ya en sus garras”. Viven en la casa de la Concha, una pensión de la calle de la Conga en donde el 12 de mayo de 1859 nacerá Alejandra, la primera hija. La verdad es que nadie contaba que pudiese resistir el parto. Él se trasladó a Coruña para dirigir el *Diario de la Coruña*, pero la publicación desaparece a los tres meses. La precariedad de los trabajos de Murguía es una circunstancia



Manuel Murguía, esposo de Rosalía

que se va a repetir una y otra vez a lo largo de su vida. La madre alquiló entonces piso en la Rúa do Vilar nº 20 (hoy nº 41) en el que van a vivir la dos, la pequeña Alejandra y las criadas. Murguía viaja a Vigo para colaborar en *El Miño*, sustituto de *La Oliva*, dirigido también por el editor Compañel, que tiene en prensa *La hija del mar* de Rosalía, una novela romántica ambientada en Muxía, en la línea de George Sand. Después va ella y se arregla un cuarto en la propia imprenta, en la calle Real, en donde pasará una pequeña temporada el matrimonio. En esos momentos se produce la declaración de guerra a Marruecos. Rosalía redacta un artículo que le piden sobre el tema en apenas unos instantes. Quien la vio cuenta que su mano corría por el papel con un entusiasmo febril. Parece que era algo habitual por lo que relata Murguía cuando describe la factura del primer poema de *Cantares* o cuando escribe las sesenta octavas del cuento de Vidal sin levantar la pluma, pero no debió ser así en com-

posiciones que sabemos más elaboradas, en las que cada adjetivo y cada giro del idioma parece calculado. Rosalía regresa a Santiago y participa en una representación benéfica a favor de los heridos de África con el mismo éxito de público que unos años antes.



Casa de la Concha en la calle de la Conga en Santiago

En agosto de 1860 Manuel Mugía marcha a Madrid para trabajar en *La Crónica de Nueva York* y a fines de ese año lo sigue ella. Viven en la calleja del Gato 4, en la que Valle Inclán hará nacer el esperpento cuando Max Extrella se contemplan deformado en los espejos de una ferretería. Les va mejor ahora económicamente y Rosalía empieza a publicar algunos de los que serán después poemas de *Cantares* en *El Museo Universal*, donde se estaban dando a conocer composiciones parecidas de Antonio Trueba y Ruís de Aguilera, inspiradas en la tradición popular, a semejanza de las ballads inglesas o de los lieder alemanes. El primer poema en gallego, en septiembre de 1861, lleva por título “adiós qu’eu voume”, lo que ha de ser “Adios ríos, adiós fontes”. Con el añadido inicial de esta conocida copla. También se excluye de él la estrofa “Por xiadas, por calores / Desde que amañece o día / Dou á terra os meus sudores / Mais canto a terra cría / Todo todo e dos señores”. Murguía lleva las culpas de esa poda que dejaba bien claro el pensamiento rosaliano. En las páginas de la misma revista publica en castellano, *Flavio*, en palabras suyas, un ensayo de novela. Ese verano viajan por Alacant, Murcia, Extremadura y La Mancha, lugares que se citarán en el prólogo de *Cantares*. Debíó ser este uno de los periodos más felices por los que pasó el matrimonio.

LA VIDA EN EL AIRE. CARTAS Y VENCEJOS.

La madre de Rosalía va a Madrid con Alejandra y regresan las tres en diciembre de 1861. Nos cuenta en una carta las peripecias de viaje, “a paso de galera”, la rotura del eje de una rueda, el cólico de la niña, los mareos de la madre, sus dolores continuos de estómago, la taza de caldo que toman pasado Valladolid, o el chocolate de León, la llegada a Coruña a medianoche. La descripción de Santiago cuando llegan a la ciudad es desoladora. “Jamás he visto tanta soledad, tanta tristeza, un cielo más pálido. En cambio, la Coruña estaba hermosísima. [...] Santiago no es una ciudad, es un sepulcro”. Parecen más bien paisajes interiores, geografías del alma rosaliana de las que se nos escapan los motivos, porque se repiten en varias ocasiones impresiones muy semejantes de la ciudad. En la correspondencia con Murguía, que empieza a menudo con un “Mi querido Manolo” y acaba con cariñosas despedidas, hay siempre esa cotidianidad. Así cuenta en otra carta “Voy a pasearme un poco por tu cuarto, pues tengo los pies helados” o le manda cien besos para despedirse. Unas veces firma como Rosa, como él la llamaba, y otras como Rosalía. Una de las misivas, se ve interrumpida porque “me llaman a comer”. Mientras las cartas van y vienen la vida queda en suspenso. Quizás de principios de 1862 es otra de las más reveladoras. “No debía escribirte hoy, pues tú, que me dices que lo haga yo todos los días, escaseas las tuyas cuando puedes”. Está enferma de nuevo, con mucha tos y, susceptible, como ella dice. “Cuando estoy buena no me acuerdo de que estoy enferma”. “¿Quién demonios habrá hecho de la tisis una enfermedad poética? Las más sublimes de las enfermedades sería para ella una apoplejía o un rayo que no le dejase a los gusanos ni las cenizas. El humor está presente incluso cuando toca los temas más dramáticos. Le cuenta que sigue tomando leche de burra pues el médico por lo visto no le dijo de eso “oste ni moste”. No parece que se fie mucho de la medicina y dice que comprará cerveza, pero gallinas no; “lo mismo he de morir de un modo u otro”. En otra carta le habla al marido del tono feroz que veces

emplea con él, de su carácter sombrío y de lo bien que se siente cuando lo tiene a su lado, “de lo contrario estoy dada a todos los santos [...] y hago reflexiones harto filosóficas respecto a las realidades de los maridos”. Podemos imaginar rápidamente esas reflexiones sabiendo cual era todavía la situación de la mujer en esa altura del siglo. De Concepción Arenal es la afirmación de que en España las mujeres sólo podían ser maestras, estanqueras o reinas. La posición de Murguía de que las mujeres no tienen biografía es un lugar común entre los intelectuales de la época. En el Prólogo de *La hija del mar* citará Rosalía a Feijoo y Malebranche que defendían que están capacitadas como los hombres para el estudio de las artes y las ciencias. Como ocurre con las propias escritoras del momento tendrá que contar con el beneplácito de su marido para poder publicar. “tú no sabes lo que es ser escritora”, dirá en *Las Literatas*, confesándose quizás con su amiga muerta Eduarda Pondal, “¡que continuo tormento! [...] Los hombres miran las literatas peor que mirarían al diablo [...] Por lo que amí respecta, se dice muy corrientemente que mi marido trabaja sin cesar para hacerme inmortal. [...] “De tal modo le cargan pecados que no ha cometido”. La opinión de Rosalía sobre el matrimonio aparece expresada casi siempre de moco irónico. “Decides que o matrimonio / é santo e bueno. Seraio; / mais non casou san Antonio, / por máis que o mesmo demonio / tentouno a face-lo ensaio”. Muy al contrario, Murguía cuando habla de Rosalía usa siempre un discurso calculado y rara vez pierde la solemnidad que lo caracteriza: “Un día vino a formar conmigo el nuevo hogar y crear una familia. Desde entonces una es la voluntad y uno el amor bajo este techo” nos dice para cerrar la cuestión en *Los Precursores*. Resulta evidente que no se está refiriendo a ningún techo en concreto porque vivieron bajo docenas de ellos, pero hasta donde sabemos, así debió ser. Las pocas correspondencias que quedó, pues Murguía se deshizo de casi toda al final de su vida, nos muestra una relación de cariño y admiración mutua. No tenemos constancia, más allá de los rumores, de las posibles infidelidades del marido. Lo que parece claro es que Rosalía era de menos andar con cumplimientos. El 24 de junio de 1862 muere su madre de repente de una

lesión del corazón mientras bajaba las escaleras de la casa en la que viven. Murguía deja entrever en algún escrito las ínfulas que todavía la suegra conservaba de su ascendencia hidalga, de la que ya no debían quedar en esa altura más que la memoria de los viejos pergaminos y blasones, pero también él echa mano de ese linaje en ocasiones e incluso hace nacer en el Pazo da Arretén al poeta Juan Rodríguez de Padrón, sin que sepamos en que se fundamenta para afirmarlo. En el fondo pareciera que culpase a la madre de las desgracias que tanto habían de acompañar a la hija: <desde sus primeros años, estuvo ya, materialmente, en la vida y la muerte; parecía llevar en su corazón los secretos terrores que sintió su madre todo el tiempo que la tuvo en sus entrañas>. Para Rosalía su madre fue un pilar en el que apoyar su vida. En esos días de dolor escribe el pequeño volumen *A mi madre*, que publica Compañel al año siguiente. Siendo como dice Murguía, sin tener que aparentar una condición que ya no tienen, o por las razones que fuese, el caso es que cambian otra vez de domicilio, dejan la Rúa do Vilar para ir a la del Mercado Vello nº7, más humilde, hoy Praza da universidade nº4.



Antigua rúa do Mercado Vello y actual praza da universidade

En esa casa había nacido el mismo año que Rosalía el historiador Antonio López Ferreiro y tiene actualmente su sede el Instituto da Lingua Galega. Vuelve a Galicia Murguía para ocuparse del proyecto más ambicioso: la Historia de Galicia. Va a Vigo. En el verano toman las aguas en el Balneario de Caldas de Reis, donde coinciden a veces con el poeta Eduardo Pondal. En septiembre están en las Torres de Lestrobe. “Como

chove miudiño, cmo miudiño chove; / como chove miudiño / pola banda de Laíño, / pola banda de Lestrove...” No hay duda de que el poema tuvo que ser escrito en alguna de las estancias del Pazo de Hermida. Siguiendo la nube llevada por el viento, como quien pasa el dedo por un atlas, va enumerando los lugares que desde allí se vistan, los que verá en el tren desde la orilla cuando vuelve de O Carril, para acabar el viaje vital en el útero materno, la Casa Grande da Arretén, al pie del “Miranda altivo”, ahora en ruinas, triste y solitaria, símbolo de la eterna fugacidad de las cosas.

La situación económica sigue siendo desesperante. Se anuncia la publicación de *Cantares*. Muere Nicomedes Pastor Díaz, el autor de “Alborada”, que iba a ser el prologuista. Murguía publica la biografía de Rosalía de Castro en el *Diccionario de escritores gallegos*. Él había regresado a Madrid y Rosalía y la hija están ahora en Santiago. Con la vida en el aire, entre una carta y otra, siempre volviendo sobre los mismos pasos. Como los vencejos, esas aves huidizas que también viven y mueren en el viento, sin acabar de posarse nunca. Sombras apenas que reflejan las aguas. “Y hoy bebiera anhelosa / las aguas del olvido, que es de la muerte hermano; / donde de los vencejos que vuelan en la altura, / la sombra se refleja”.

CANTARES GALLEGOS

17 de mayo de 1863. Rosalía escoge la fecha del aniversario de su marido para la publicación de *Cantares gallegos*. La obra es un hito en nuestra historia cultural, el inicio del Rexurdimento. Entre la imprenta de Gutenberg y la de Compañel que publica el libro, en Galicia no hay tinta. Estaban los cancioneros, pero Rosalía no tuvo acceso a ese jardín. Estaba sarmiento que lo fue todo, y poco más. Si no es el grado cero, sí que podemos decir que con *Cantares* empiezan a contar verdaderamente nuestras letras y da inicio el verdadero proceso de regeneración de Galicia. Todo podrá ser posible después de ellos. Había algunas obras recientes anteriores (la selección del *Albúm de la Caridad* en el que también ella participa, Pintos, Añón...), pero esta quiere ser otra cosa y acaba siendo mas de lo que los

propios Cantares son: un referente simbólico para las generaciones que después vinieron. Murguía explica bien en *Los Precursores* el inicio inicio de esa tarea como que planifica una batalla: “Una verdadera reeina en el cielo literario de Galicia. Los soldados andaban dispersos”. Y en otro fragmento: “Cada uno escogió su puesto, y nuestra escritora que, como la mujer gala seguía a los suyos al combate, sabiendo que podía ayudarles, se colocó resueltamente en las primeras filas”. En los *Cantares* están, esbozados o desenvueltos, algunos de los rasgos esenciales del cosmos rosaliano. La poesía regresa a sus orígenes, cuando el canto y la música eran una misma cosa. Además de ser una declaración de intenciones, son también una apuesta por la dignificación de un país y de unas gentes con frecuencia olvidadas o injuriadas: (“Castellanos de Castilla, / tratade ben ós gallegos, /cando van, van como rosas; / cando vén, vén como negros.”), de una lengua, viva todavía, después de uinientos años de obligados silencios. Como respondiendo a una llamada ancestral: “Que así mo pediron, / que así mo mandaron, / que cante e que cante / na lengua que eu falo”. Rosalía sabe que todas las palabras son prestadas. En pocos libros se manifiesta esa deuda de manera tan abierta. Es en ese buscar la voz del pueblo como descubre también su propia voz. Camilo Álvarez Castro, chantre de la catedral de Salamanca, le envía una emotiva carta en gallego con motivo de la aparición del libro, una de las primeras que conservamos escrita en nuestra lengua. Nunca tuvo la más mínima vanidad literaria. “grande atrevemento”, dirá el prólogo “é, sin duda, para un probe inxenio como o que me cadrou en sorte, dar á luz un libro cuias páxinas debían estar cheias de sol”. Tan escaso era su afán de protagonismo que incluso porpuso que saliese el libro a nombre de Murguía. Rosalía ha de cuestionar todavía la necesidad de escribir, a veces de manera desgarrada. “Mollo na propia sangre a dura pruma / rompiendo a vena inchada / i escribo... escribo... ¿para qué?” Lo que no manifiesta nunca es el deseo de publicar. Tres años más tarde, en la fingida carta a Eduarda, *Las Literatas*, explica que hay ya más libros publicados que arenas tiene el mar. *Cantares* es por tanto un regalo inesperado. Cien años

después de su aparición, en 1963, se acordó instituir el 17 de mayo como *Día das Letras Galegas*.



Rosalía por Carderelly (década de 1860)

Entre 1863 e 1868 Murguía visita diferentes pueblos de Galicia recogiendo información para elaborar sus obras. Debe ser en esa época cuando Rosalía hace las caminatas por los alrededores de Santiago, algunas en compañía de Peregrina Compañel. Las ruinas de San Lourenzo, el robledal de Conxo donde se había celebrado el Banquete. Estampas que la conmueven. Le escribe a Murguía: “Anteayer fui a Conjo y nos enseñaron el Cristo. Me ha gustado muchísimo el rostro [...] ¡Y el bosque, qué hermosísimo estaba! Era materialmente el suelo un mar de hojas secas; no quiero decirte cuánto me acordé allí de ti. Pero estuve muy triste. ¿Cuándo nos veremos?”. “Vi aquel patio con aquella fuente tan profunda y aquella virgen de piedra, todo lo cual me ha dejado encantada. ¡Qué silencio tan inmenso! ¡Y tú nunca has querido llevarme allí! De buena gana hubiera pagado una habitación en San Lorenzo para poder escribir en aquel claustro”. Después aparecerán reflejados en sus poemas. “Conxo, o do craustro triste i as soedades prácidas, / San Lourenzo, o escondido, cal un niño antre as ramas”. El reproche que le hace a Murguía es curioso teniendo en cuenta que hablamos de lugares que están al lado de la

ciudad. De nuevo la condición de la mujer. En el prólogo ya citado de *La hija del mar* había escrito: “todavía no les e permitido a las mujeres decir lo que sienten”. Mucho menos hacerlo. Debían llevar una vida bastante al margen. No consta que el matrimonio participase en los acontecimientos sociales de Santiago y hasta hay quien apunta que Rosalía era juzgada a veces como mujer estafalaria, quizás porque rechazó después aquellos salones donde la miraban con recelo en los días de juventud. Lo cierto es que siempre prefirió la belleza de los campos y las frondas, la de los alrededores de la ciudad, o buscó dentro de ella, para sí, rincones de silencio. Una fuente en la alta noche. “¡Calade, ouh ventos nouturnos; / calá, fonte da Serena, / que alá por cabo das Trompas / quero oír quen chega!” Las naves de la catedral. La penumbra violeta del pórtico. “¿Estarán vivos?, ¿serán de pedra / aqués sembrantes tan verdadeiros, / aquelas túnicas maravillosas, / aqueles ollo de vida cheos?”

A pesar de las afirmaciones que los sitúan en Lugo en esas fechas, a día de hoy solamente se tiene constancia de que era Murguía quien se desplazaba para visitar al editor de la *Historia de Galicia*, Soto y Freire. En 1864 los seminaristas de esa ciudad rompen los cristales de su periódico. *El Almanaque de Galicia* donde se iba a publicar *El Codio*, obra en la que Rosalía criticaba su forma de vida miserable como las cortezas (codias) del pan. En 1866 se publican el relato *Ruinas* y *El Cadiceño*, una sátira del emigrante desarraigado que regresa a la tierra, una reflexión sobre el autoodio y la pérdida de la propia identidad. En ese año hay constancia de la venta de una finca de la escritora en Luáns (Iria), la única propiedad que sabemos que poseyó, herencia de su madre. Figura en el documento notarial con los dos apellidos maternos: Rosalía de Castro Abadía. Ella firmaba habitualmente como Rosalía Castro de Murguía, quizás por no repetir la preposición. En 1867 se publica también en la imprenta de Soto y Freire *El caballero de las botas azules*, ambientada en Madrid, una mezcla de realismo y fantasía que critica la moral ruin de la aristocracia y de la burguesía del momento, en la línea del pensamiento Krausista. Es invitada a los Jocs

Florals de Barcelona. “Venga usted, señora, será la reina del certamen”. Pero declina la invitación. Están de nuevo en Lestrobe cuando se produce la revolución de 1868 que va a permitir el regreso de muchos republicanos amigos de Rosalía y de Murguía exiliados en los años anteriores: Castelar, Pi i Margal, Eduardo Chao... Se pueden retomar ahora demandas progresistas como el matrimonio civil, el laicismo o el sufragio universal. Murguía forma parte de la Xunta Revolucionaria de Santiago, aunque no participa activamente en ella.

SIMANCAS. LAS SEMILLAS DE ALEJANDRA

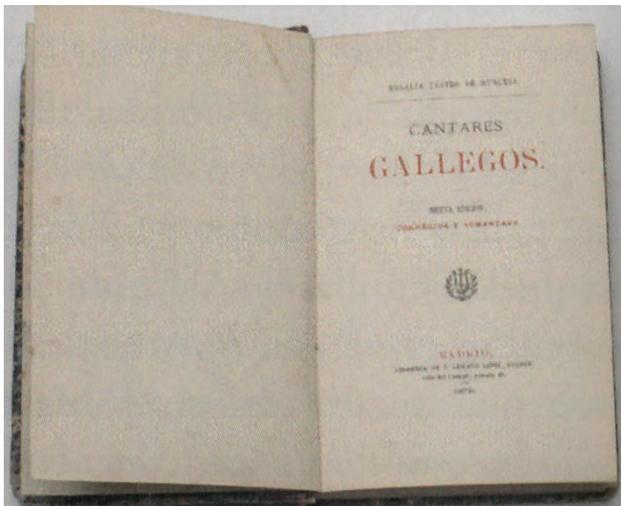
Murguía siempre había deseado tener una plaza de funcionario. En noviembre de 1868 con sus amigos revolucionarios en el gobierno le llegó por fin la oportunidad y fue nombrado jefe del Archivo de Simancas (uno de los más importantes del Estado). A él le pareció el más triste de los lugares. Las ausencias del puesto de trabajo parece que fueron continuas. Un médico amigo cubría las bajas oportunas. En diciembre de 1868 nace Aura en Compostela (calle Calobre). Vivió hasta 1842, año en que muere en Carmona (Sevilla), en donde se había casado. Tuvo gemelos que fallecieron poco después de nacer. En septiembre de 1869 van para Simancas Rosalía y Alejandra, y después fue Aura, que había quedado en Santiago con las criadas. El pueblo tiene apenas mil habitantes. Nunca se acostumbraron a vivir allí ni hicieron amistades. El padre de Murguía le escribía a la nieta Alejandra hablándole de las romerías y los carros de centollos y langostas que llegaban a la Plaza de Santiago, le mandaba semillas para que las plantase en aquel yermo y textos en gallego para que no se olvidase de su lengua. El carácter de Murguía era áspero. Las disputas con los empleados y acaban con una bofetada a un subalterno. Por lo visto se acordó en sus juramentos del capitán general y del ministro del ramo. El seis de octubre de 1870 es trasladado al Arquivo do Reino de Galicia, en A Coruña, rebajado por tanto de categoría, ya que pasa a un archivo de provincias. Simancas fue un recuerdo triste para el matrimonio, pero es de esa tristeza

y ese alejamiento, de aquellas semillas de Alejandra, de donde surgirá como veremos más tarde, Follas Novas. A finales de 1869 o principios de 1870 parece que Rosalía conoce en Madrid a Gustavo Adolfo Bécquer. Alejandra pasó por la casa del escritor en diciembre de 1870 para cobrar un artículo que su madre había publicado en la *Ilustración Española*. Se encontró al poeta lleno de frío, envuelto en mantas y muy enfermo. Murió a los pocos días. Si como se dice, Rosalía estaba en la capital haciendo unas gestiones a favor de su marido, hay que pensar que estuviese presente en el sepelio. Murguía trata de volver a Madrid. En A Coruña que es donde por fuerza tiene que estar, alquilan un piso en la calle del Príncipe 3 (después Padilla). Ella está de nuevo embarazada. En junio van a tomar las aguas a Caldas, pero encontrándose indispuesta pasan unos días en Lestrobe, en donde nacen el 2 de julio de 1871, los gemelos Gala y Ovidio. Eran nombres poéticos los de sus hijos. Dos de ellos están en el inicio de aquel poema de *Arnaut Daniel L'aura amara / fa'ls briels brancutz clarzir*. Gala, que vivirá hasta los 92 años (muere en 1964 en A Coruña), explicó que su madre había escuchado su nombre en una calle de Simancas y que fue entonces cuando decidió ponérselo a la primera hija que tuviera. Ovidio va a ser uno de los pintores más importantes de la que se dio en llamar “Xeración Doente” y murió a los 29 años. El nombre tiene que ver, sin dudarlo, con el gran poeta latino. A finales del verano –dorarían los racimos en Lestrobe en su “parra de albariñas uvas” regresan a Coruña. El 13 de diciembre de ese año muere el padre de Rosalía.

En 1872 se publica la segunda edición de los Cantares. Es un momento de serios problemas económicos para la familia. En Padrón, en una casa de la calle Murgadán (hoy, número 5) en la que algunos autores afirman que también vivió Rosalía, muere su tío José María, el primogénito de los Castro que tanto afecto había mostrado por la escritora. Lo poco que queda de la herencia va pasando a manos de la pequeña burguesía local.

En febrero de 1873 se proclama la República. El 17 de julio nace Amara en A Coruña. Morirá sin descendencia en 1921, a los 48 años. Aunque

Murguía mantiene la plaza en el Archivo do Reino de Galicia, es éste un periodo angustioso por la escasez de recursos y los muchos hijos,



Fotografía de un ejemplar de la segunda edición de *Cantares Gallegos*

tres de ellos pequeños. Se desespera por ir para Madrid, pero los amigos no pueden atenderlo con la prontitud que siempre él quisiera y los enemigos –nunca rechazó un enfrentamiento y fueron muchas las polémicas en las que se vio metido a lo largo de su vida- aprovechan los momentos de dificultades. Les fian en las tiendas, no pueden pagar el piso y se tienen que enfrentar a denuncias por impago. El padre de Murguía, Juan Martínez, los acusa de no pensar más allá del día en que viven y les dice que se cuenta que comen y beben oro. Sabe que la caída del gobierno llevará consigo también la de Murguía en la plaza que tiene y le pregunta en una carta si cree que los miles de reales son como las arenas del mar. Aún así los ayuda con las deudas. Murguía vuelve a las disputas con estos otros empleados poco después de reintegrarse en el archivo. Pide bajas por enfermedad del médico amigo que ya se las había dado en Simancas. No hay control. Este desgobierno fue frecuente en la vida de Murguía y por lo tanto en la de Rosalía, como si el azar pudiese siempre resolverlo todo. El padre muere en noviembre de 1874 y Murguía recibe algún dinero y una casa en el lugar de Luci (Teo), donde había pasado algunas temporadas de su infancia. La vende pocos días después. El golpe de Estado del general Pavía le pone fin a la República en enero de 1874. En 1875 la

restauración de la monarquía borbónica derriba el régimen revolucionario de 1868 y Murguía es efectivamente destituido teniendo que buscar de nuevo apoyos. Un amigo consigue que lo destinen como bibliotecario a Valencia, pero llega siete días tarde y pierde la plaza. Vuelve a Galicia.

CUANDO ERA TIEMPO DE INVIERNO

Ahora van a estar en Santiago hasta 1878. Queda todavía algo de la herencia del padre. Viven en la calle de A Senra 17, una zona más cara que se podrán permitir en tanto duren los posibles. Llega Rosalía embarazada de Adriano que nace el 10 de abril de 1875. El 4 de noviembre de 1876 el niño muere al caerle al ama de cría desde una mesa. “Era apacible el día” (*En las orillas del Sar*) reflejará los momentos dramáticos del entierro del niño. “Tierra sobre el cadáver insepulto / antes que empiece a corromperse... ¡tierra!” Grita Rosalía sus dudas. Se responde a sí misma: “¿Es verdad que todo / para siempre acabó ya? / No, no puede acabar lo que es eterno”. Se hunde en certezas que no quisiera tener: “Nada hay eterno para el hombre, huésped / de un día en este mundo terrenal”. Han de ser muchos los versos dramáticos que no agotan los infinitos matices de la desesperanza: “Acá bajo los yermos de la vida, / más allá las llanadas del vacío”. Ya está embarazada otra vez cuando Adriano muere. El 14 de febrero de 1877 nace muerta Valentina. Como su madre, son enterrados los dos en el cementerio de San Domingos Bonaval. “Santo Domingo, en donde canto eu quixen descansa, vidas da miña vida, anacos das entrañas”. Se ve sumisa en una hondísima depresión. “Del luto de mis noches / mi ángel funesto / tejió un velo pesado, / tupido y denso / más que las sombras / que en los hondos abismos / eternas moran”. Sabe que no tendrá más descendencia. “Y la esperanza / no alumbró más el yermo / de mis entrañas”. Tampoco sus hijos la tendrán y desaparecerá con ellos la estirpe de los Murguía-Castro. El dinero va a menos y tienen que despedir a dos criadas. Murguía viaja a Portugal para estudiar el arte manuelino. Seguramente a principios de 1878 van a vivir a la calle Altamira 2 en donde el alquiler es más



Óleo de Rosalía por Brocos

barato. Agotados de nuevo los recursos, Murguía vuelve a mover los hilos. En 1878 Alejandro Chao, lo llama a Madrid para dirigir *La ilustración de Galicia y Asturias*. Sabe el viejo amigo de su irritabilidad y de esas indolencias periódicas que le dan, pero también sabe que es una de las plumas mejor cortadas del Estado, y un símbolo del galleguismo en la emigración, de donde el editor viene. Colaboran algunos de los más brillantes escritores del momento: Rosalía, Pardo Bazán, Clarín, así como reconocidos ilustradores: Dionisio Fierros, Avendaño, Brocos... Es desde luego una publicación extraordinaria pero no rentable. Otra vez más, en 1879, es cesado Murguía como director de la revista.

“Cuando era tiempo de invierno / pensaba en donde estarías”. Rosalía está enferma con cinco hijos en Santiago hilando soledades y Murguía en Madrid, atento eso sí, a las necesidades de la prole. Hasta donde pueda atenderlas. El sueldo no es el que espera. Las cartas son casi diarias. Alejandra fue en ocasiones como una hermana para Rosalía y le sirve de consuelo en las largas separaciones. Aquel escondrijo para escribir, *A Room of One's Own*, que Virginia Woolf demandaba cincuenta años después, estaba en Rosalía poblado de niños que atender, de dolores

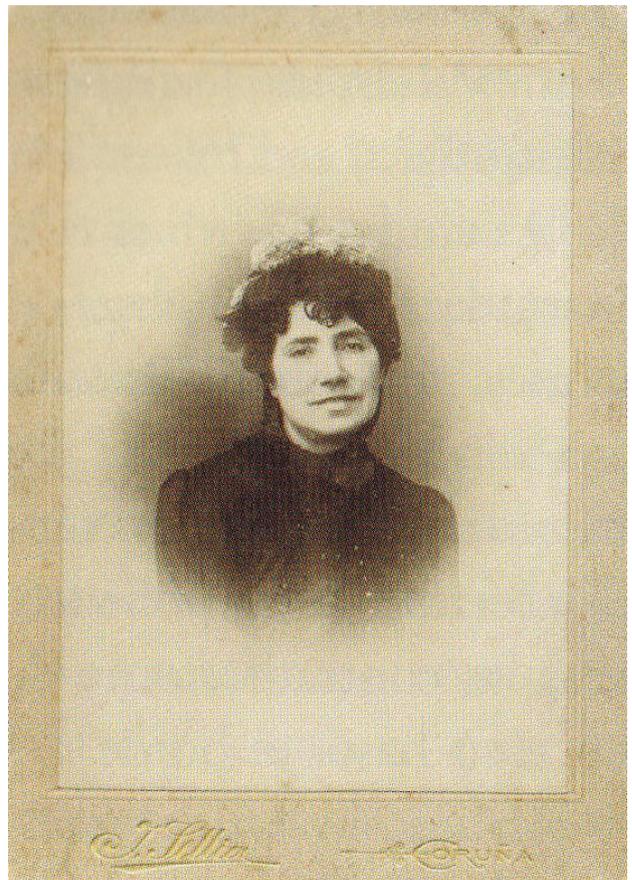
y de fantasmas. Cambian varias veces de casa en Santiago (Hórreo nº 9 y Rúa do Vilar nº 45) hasta que en 1879 o 1880 deciden mudarse a Lestrobe, así ahorrarán cuando menos, les dice Murguía en una carta, “los doce duros que pagáis de casa”. El queda en la capital elaborando un trabajo sobre los foros y vuelve sobre la Historia de Galicia. Se contaba que Rosalía plantó en el jardín de Lestrobe enredaderas y azalea y que escribía a la sombra de un gran madroño. En la “Durmida” como se llamaba la finca, celebraron en el año 1930 los republicanos gallegos el famoso Pacto de Lestrobe. Xosé Vázquez Batalla, propietario de la heredad en aquel momento, siempre afirmó que esa era la verdadera casa de Rosalía. Muchos años después, para respetar su memoria, al secar el viejo madroño, con ayuda de los vecinos, cavó una honda zanja para enterrar el árbol como si de una persona se tratara. Cuando Rosalía se acoge nuevamente en las Torres, viven allí sus tios y su primo José Hermida, un personaje curioso del que paisanos decían que tenía la cabeza algo ambulante. Tanto se paseaba por los salones de la corte como publicaba encendidos artículos literarios. El hidalgo de barbas blancas y mirar alucinado, que heredaría el pazo antes de vendérselo al republicano Batalla, quedó retrasado por Castela en *Sempre en Galiza* diciendo que usaba camisas de lino del país, que se alimentaba de leche, de borona y de sol y que dejó que las golondrinas anidasen en los paredones arruinados. Malgastó la herencia vendiendo los árboles de la finca, escribía versos describiendo “los contornos indecisos” de las viudas de Padrón, defendió a capa y espada el mítico Banquete de Conxo y por lo visto entro en la catedral con una escopeta para matar al apóstol. Él estuvo presente en Compostela en el bautizo de Alejandra, en la iglesia de Salomé, en nombre del padrino ausente, Alejandro Chao, que no había podido acudir. Hasta 1833 Rosalía y sus hijos van a permanecer en Lestrobe. El maestro del pueblo lleva a los escolares a ver a la escritora sentada en la mesa de piedra de la huerta y les dice que se parece a la Virgen de los afligidos, una hermosa talla neoclásica del escultor Manuel de Praco que se conserva en otro pazo del lugar, el Palacio, residencia de los

arzobispos compostelanos, retratado también por Rosalía: “I o Palacio, serio e grave, / ¡canto en pura luz se baña! / Tal parés pesada nave / que volver ó mar non sabe, / se encallou na fresca braña”.

FOLLAS NOVAS

En junio de 1880 se publica *Follas Novas* en la imprenta de La ilustración Gallega y Asturiana, pero es una obra que Rosalía había empezado a escribir años antes, en 1872, durante su estancia en Simancas. Lo revela en el prólogo: “guardados estabn, ben podó decir que para sempre, estes versos [...] Máis de dez anos pasaron [...] desde a maior parte destes versos foron escritos, sin que as contrariedades da miña vida desasosegada, i una saúde decote endebre, me permitisen apousar neles os meus cansados ollos i o meu fatigado esprito. [...] Escritos no deserto de Castilla [...] en medio de tódolos destellos”. El compromiso con la lengua se mantiene, pero se afianza la conciencia crítica: “... menos pode o poeta prescondir do medio en que vive e da natureza que o rodea; ser alleo a seu tempo...” Poesía social, siempre con Galicia como telón de fondo, que tropieza con el silencio de los intelectuales acostumbrados a acercamientos costumbristas y banales. Lo deja bien claro desde el primer verso. Rosalía no es de las que “cantan as pombas i as frores”. Echa sal en las heridas. Nada más lejos que la visión amable que muchas veces se quiso transmitir. “Non coidarei xa os rosales que teño seus, ni os pombos: / que sequen, como eu me seco, / que morran, como eu me morro”. Hay muchas Rosalías en *Follas Novas*. “Vaguedás”: “Diredes destes versos, i é verdade, / [...] que se asomellan á parruma incerta / que voltexa no fondo das cortiñas”. “Do íntimo”: “Hai infernos na memoria”. Leed “A xusticia pola man”. Es una mujer quien habla. En “As viudad dos mortos” la poeta reflexiona con crudeza sobre la plaga de la emigración. Sin esperanza: “Dentro dun mes, no simiterio imenso / da Habana, ou nos seus bosques, / ide a ver que foi deles...” Le presta la fuerza de su voz a las mujeres que quedan. “¡Olvidémo-los morto!” Muchas visiones, como las caras facetadas de un poliedro. Unha rosa de cen follas. Están en ellas

todas las contradicciones de quien vivió intensamente. De quien se acercó hasta el borde del abismo y miró más allá, Viejos miedos con nombres diferentes. “That whiter host”. El huésped más blanco de Emily Dickinson. “Le soleil noir”. El sol negro de la melancolía de Nerval. La Negra sombra. “Cando pensó que te fuches, / negra sombra que me asombras, / ó pé dos meus cabezales / tornas facéndome mofa”. La afirmación del prólogo de los Cantares, tantas veces repetida: “non habendo desprendido en máis escola que a dos nosos probes aldeáns”, es fruto simplemente de la humildad de la escritora. Detrás de su obra inmensa, universal, están, como no podía ser de otra manera, los clásicos: Homero y Shakespeare, Dante, Góngora, Camoens y San Juan de la Cruz, y también los escritores de su tiempo: Poe y Heine, Hugo, Goethe o Lord Byron, por citar tan solo algunos autores que se pueden encontrar fácilmente en sus escritos.



Rosalía por Sellier (c. 1880)

En 1881 se publica *Padrón y las inundaciones*, firmado en Lestrobe, y *El primer loco*,

ambientado en el monasterio de Conxo. Estaba en debate en esos años si el convento se podría convertir en sanatorio para acoger a los enfermos mentales abandonados por las calles, como proponía Espoz y Mina, la condesa liberal, frente a la oposición de la Iglesia. En marzo sale el artículo *Costumbres gallegas*, en el que relata la tradición de algunas villas marineras de ofrecerá los naufragos la compañía de una mujer o de una hija como señal de hospitalidad, lo que provoca críticas feroces contra ella. Ya lo había adelantado en el prólogo de *Follas Novas*: “difícil é que volva a escribir máis versos na lingua materna”, pero cuando en julio Murguía le habla de la necesidad de publicar en gallego otro libro de poemas, le contesta e estos términos: “que algarada ha sido esta que en contra mía han levantado, cuando es notorio el amor que a mi tierra profeso?[...] ni por tres, ni por seis, ni por nueve mil reales volveré a escribir nada en nuestro dialecto, ni acaso a ocuparme de nada que a nuestro país concierna, con lo cual no perderá nada, pero yo perderé mucho menos todavía. [...] No quiero volver a escandalizar a mis paisanos”. Carácter no le faltaba desde luego. Y Retranca tampoco. Mejora algo su salud. En 1882 aparecen en revistas los primeros poemas de *En las orillas del Sar*. Vuelve Murguía a Galicia. Manuel Barros lo llama desde Buenos Aires para colaborar en *La Nación Española* donde publica diversos artículos. Escribe también en *El Eco de Galicia* de La Habana de Waldo Álvarez Insua. Los gallegos de ultramar seguían con fervor las obras de Rosalía y la figura de Murguía como historiador y como etnógrafo, como defensor infatigable de Galicia era, y había se seguir siendo hasta su muerte en 1923, un referente.

EN LAS ORILLAS DEL SAR

Cuando Murguía recibe la asignación para elaborar el catálogo de los monumentos artísticos de Galicia se alivia un poco la situación económica de la familia. En 1883 pasan a vivir a la aldea de A Matanza, en Padrón, al lado de la vía del tren. Viaja todavía él a Madrid. “Pero yo en el rincón más escondido / y también más hermoso de la tierra, / sin esperar a Ulises, / que el nuestro ha naufragado en la tormenta, / semejante a Penélope

/ tejo y destejo sin cesar mi tela”. No sabemos lo que hay de cierto en la historia de que Rosalía les enseñaba a leer en el jardín a los niños de la aldea, pues el cáncer avanzaba ya imparable minando definitivamente su salud. Es en esos momentos cuando Lois Tobío le escribe la carta de la que citamos un fragmento al inicio de esta líneas, conservada por Bouza Brey: “Mi anciana abuela María Josefa Martínez Tobío, cuyo nombre no debe serle desconocido...”, que contesta Rosalía en los términos afectuosos que vimos. Con todo, nos faltan datos que expliquen ese largo distanciamiento de la familia paterna. La visita que no pude hacer había quedado ya cumplimentada en sus versos: “Paseniño, paseniño, / vou pola tarde calada, / de Bastabales camino”. El Alcalde de Padrón, Ángel Baltar, amigo de la familia desde los tiempos de la infancia, viendo la situación en que se encuentra se pone en contacto con el Centro Galego de La Habana que a través de Waldo Álvarez Insua le envía 10000 reales recaudados en una función benéfica. Murguía, que tiene alquilado un piso en Santiago para poder estar cerca de sus bibliotecas, publica en 1884 *El arte en Santiago* y en el mes de abril de ese año ve la luz *En las orillas del Sar*, la última obra de la escritora. Nada que ver con el romanticismo vacuo. Pocas obras tan conmovedoras como esta y tan radicales. Ninguna



Retrato de la familia en la huerta de A Matanza en 1883/4

desde luego en el panorama literario español: “Ya que de la esperanza, para la vida mía / triste y descolorido ha llegado el ocaso, / a mi morada oscura, desmantelada y fría, / tornemos paso a paso, / porque son su alegría no aumente mi amargura / la blanca luz del día”.

Esta gravemente enferma desde seis meses antes, pero en aquel momento el texto ya casi estaba finalizado. El 18 de mayo de 1884 le llega una carta del poeta y amigo Eduardo Pondal: “Mi muy estimada y distinguida amiga: ávidamente, y con un placer indecible, he leído las estrofas de su última colección poética”. La visitan Manuel Barros y su mujer. “Pero la ilustre cantora de Galicia yace enferma, triste y pobre e una desmantelada casa “. No era pues el edificio afortunadamente restaurado que ahora podemos contemplar. En la fotografía de ese mismo año en el jardín nada hace presagiar todavía el fatal desenlace. Ella nos mira con naturalidad desde el centro de la composición, como si ya cerrasen todas las heridas. Nos contempla desde el futuro como si fuésemos nosotros los retratados. Tiene una pequeña flor blanca en una mano y con la otra acaricia un perrito pinto que se agacha. El marido corona la cima de la pirámide que componen los suyos en torno a ella. Debe ser una de las fotos más fieles que tenemos de la escritora. Además del retrato que modesto Brocos le pitó en 1880. En mayo de 1885 se acerca A Matanza el periodista Lisardo Barreiro. Golpea con un guijarro en el portal de la huerta. Ladra inquieto en el jardín el perro de la foto. Lo recibe el joven Ovidio y habla con Murguía en el estudio rodeado de libros. Rosalía, con los hijos a su alrededor, yace en el lecho casi sin aliento. Pero debió de sacar fuerzas para asistir todavía a una misa en la iglesia de Iria, porque explica Murguía como la ve partir con ellos por la vía inundada de sol y como a la salida del templo besa primero “una sepultura y con ella cuantas en el atrio encerraban algo suyo”. Sino es literatura lo que se cuenta, esa sepultura singularizada por fuerza tiene que ser la del padre, enterrado a los pies de la portada ojival del templo. Es entonces, en el lapso de esa breve mejoría, cuando realiza el viaje con el que empezamos este pequeño acercamiento biográfico. Murguía está trabajando

apresuradamente en *Los Precursores*, para que ella pueda leer el capítulo que llevaba su nombre, pero o pudo ser. Las últimas líneas no podían estar en el texto originario: “En sus ojos no se refleja ya otra luz que la del mal que la consume y aniquila”.

El mar que quiso ver Rosalía en los últimos instantes era el de la *Ría de Padrón*, que se veía en aquel tiempo desde allí. Así la llamó Sarmiento al río Ulla y todavía le llamamos *mar* nosotros, los que vivimos en la Terra de Iria. Después,



Iglesia de Iria y cementerio de Adina

como los rumores de una fiesta lejana, se van desvaneciendo las voces y los rostros queridos. Rosebud. En la bola de nieve que rodó sobre las tablas pulidas del cuarto se suceden vertiginosas las imágenes: los ejidos primero donde jugó de niña, una calle solitaria que bañaba un sol sereno, las hojas doradas de las robledas de Lestrobe arremolinadas alrededor de las Torres dos Hermida... “É que a norte queme para o seu enxido”. En Padrón se cierra el círculo de la existencia rosaliana. Lo pidió ella. Ser enterrada en el cementerio de Adina, el ejido final que también se ve desde las ventanas de A Matanza. “¡Quero quedar onde os meus dores foron!” Murguía identifica en una imagen hermosa aquellos rosales en los versos de la infancia con los de este otro jardín. Han de estar después en poema de Pimentel, bajo la lluvia, al lado de las escalinatas de un pazo. Ovidio esbozó todavía su retrato, que conservamos, de la madre muerta. Se le dio sepultura al día siguiente, el 16 de julio de 1885. Iban y venían los vencejos por el cielo azul de Adina.

EL ÚLTIMO TREN. LA CASA DE ROSALÍA

El mismo día del fallecimiento se recibió en A Matanza una crítica elogiosa de *En las orillas del Sar* en la Rasegna Nazionale de Firenze. Fueron innumerables las muestras de afecto, sobre todo las llegadas desde la emigración. Tal vez, o tal vez no, los relatos que hablan del lamentable abandono de la tumba solo dos meses después, lo que hacen es repetir lo que ella había escrito: “Num corruncho do adro / onde as ortigas árperas medraban, / sin cruz, señal, nin lousa, / alí quedou perdida e sepultada”. Pasados casi seis años, frente a la oposición de los que defendieron que se respetasen las últimas voluntades de la escritora, se acordó trasladar sus restos mortales a Compostela. Dejó escuchar delante de Murguía su queja el hidalgo de Lestrobe, su primo José Hermida, pero la decisión estaba tomada y Rosalía proseguía con su peregrinar después de muerta. Cuando el historiador portugués Oliveira Martins recibió el aviso para asistir a las exequias ya era tarde. “Sinto por iso náo poder contribuir para a apotheose de Rosalía de Castro. [...] Desde o finisterra polo menos até o Mondego,



Lugar en el cementerio de Adina donde fue enterrada Rosalía

o povo é absolutamente o mesmo [...] Galegos somos pois”. *Dende as fartas orelas do Mondego* había escrito Rosalía en uno de sus versos. El 25 de mayo de 1891 se procedió a la exhumación del cadáver. Un mismo sepulturero remueve otra vez la misma tierra de Adina y abre el ataúd de cinc dentro del que se conserva el cuerpo casi intacto con un ramo de pensamientos descoloridos entre las manos. No se preguntó a las gentes del pueblo que ya sabían recitar de memoria sus poemas, aquellas palabras que ella les había pedido prestadas, pero

cuentan las crónicas de la época que los campesinos se descubrían con respeto al paso de la comitiva por las vegas de Iria y paraban en sus trabajos con las azadas al hombro. Desde la estación de Padrón, Rosalía volvió a subir en el tren de los Trulock, aquel que ya tomara en el Carril cuando empezamos estas líneas. Hasta la estación de Cornes, en Conxo, viajó el féretro en la locomotora. Desde la ventana del vagón el campo aparecía salpicado de lirios a esa hora: “Formoso campo de Cornes / cando te crobes de lirios, / tamén se me cobre a ialma / de pensamentos sombrisos”. Desde allí, a unos pasos de donde naciera, en un carro mortuorio fue trasladada a Compostela. En la Praza da Universidade, al lado de una de las tantas casas que no tuvo, se entonó el *Pieta Signore* de Alessandro Stradella delante de los millares de personas que se congregaron. Al paso de la comitiva fúnebre cerraron las tiendas en señal de duelo. Al atardecer llegó la multitud a San Domingos. Se interpretó una *Misa de Réquiem* que había compuesto un tío abuelo de Murguía y se depositó al fin el cuerpo en una de las capillas del templo, hoy Panteón de Galegos Ilustres. El monumento sepulcral fue promovido por los emigrantes gallego de La Habana, los mismos que la habían ayudado en los días finales de la enfermedad. También desde La Habana volvió en 1904 el poeta Curros Enríquez para depositar un ramo de flores en la tumba de Rosalía. “Collidas a pedir de porta en porta [...] aquí estas frores a tragerche veño”. Todo empezó en Compostela una noche lluviosa de incertezas, pero no se acabó un mediodía en el que se cerraron sus ojos en A Matanza en otra casa prestada que ya es un símbolo: La Casa de Rosalía. Desde entonces un torrente de palabras fue creciendo como un hilo de Ariadna



Curros Enríquez en la tumba de Rosalía en San Domingos

ROSALÍA DE CASTRO. CRONOBIOGRAFÍA

1837 COMPOSTELA

Nace en el ayuntamiento de Conxo (después anexionado al de Santiago de Compostela), en la casa del Camiño Novo (hoy calle Rosalía de Castro), en la madrugada del 24 de febrero de 1837. Su madre era María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía (1804-1862), nacida en el Pazo de Arretén, en Padrón, de ascendencia hidalga, por tanto, pero ya en clara decadencia en esos instantes. El padre, José Martínez Viojo, natural de San Xoán de Ortoño, ejercía como sacerdote en la Colegiata de Iria. Es bautizada en el hospital Real (actual Hostal dos Reis Católicos) como María Rosalía Rita, “hija de padres incógnitos, actuando de madrina María Francisca Martínez, criada de confianza de la madre

1837- ? Ortoño (AMES)

Las noticias que tenemos de estos primeros años proceden exclusivamente por tradición oral de la familia paterna y aparecen expuestas en una carta de Luis Tobío Fernández enviada a Fermín Bouza Brey en el año 1923. Según esta, Rosalía fue criada por la mujer de un sastre de Ortoño, corriendo el padre con los gastos de la manutención hasta que pasa a vivir en la llamada “casa do Castro” con la familia del capellán.

1842 PADRÓN

Rosalía vive con su madre y con la criada María Francisca Martínez en Padrón, en una casa de la calle del sol (actual Xoán Rodríguez do Padrón) de la que también son copropietarias las tías de Rosalía. En estos años pasa algunas temporadas en Lestrobe, en el pazo de Hermida, donde se había casado su tía María Josefa de Castro.

1847 COMPOSTELA

En el documento de venta de la casa de Padrón de la madre de Rosalía figura ese año censada en Compostela. 1850 En Santiago residen las dos, con la criada ya citada, en la calle Bautizados. 1852 Participa en una primera actuación teatral en el Liceo de La juventud.

1853

Viaja a Muxía, a la romería de la Virxe da Barca,

con Eduarda Pondal, hermana del poeta, también amigo de ella. Cogen las dos el tifus y Eduarda muere. Es el año del hambre en Galicia. Murguía pone en boca de Rosalía la descripción de la situación terrible por al que pasa la ciudad de Santiago en ese invierno.

1854

Protagoniza *Rosamunda de Gil y Zárate* en el Liceo. En esto años interpreta diferentes papeles, cuando menos en otras cinco piezas teatrales.

1855

Después de la exclaustación, el arruinado convento de Santo Agostiño, sede del Liceo, tiene alquiladas algunas de sus habitaciones. Allí vive Rosalía con la madre, la criada y con otros familiares de la escritora. Tanto en ese año 1855 como en los primeros meses del siguiente figuran en la documentación diferentes lugares de residencia. Están vecindadas en Padrón y sabemos que ella pasa ese invierno en Lestrobe.

1856

MADRID

En marzo se celebra el famoso banquete de Conxo, aunque ignoramos si Rosalía participó en él, consta que en abril de 1856 abandonan una casa de alquiler en Santiago en la Potra Faxeira y que ese mismo mes, desde Padrón, viaja a Madrid. Vive en una casa de la calle Ballesta, propiedad de su prima Carmen Lugin. En el mes de julio, en una de las algaradas contrarrevolucionarias que suceden al bienio progresista, está a punto de ser alcanzada por una bala perdida en un balcón.

1857

Se publica *La Flor*, su primer libro. Manuel Murguía, crítico ya de prestigio en la prensa madrileña, hace una elogiosa reseña del mismo. Rosalía y Murguía se hacen novios desde finales de ese año.

1858

En la playa de Santo Amaro de A Coruña aparece ahogado el poeta Aurelio Aguirre, amigo de los días del Liceo y referente simbólico del

romanticismo galego. Publicación de *Lieders*. Rosalía está embarazada. El 10 de octubre de 1858 se casa con Manuel Murguía en la iglesia de San Ildefonso de Madrid. Regresan a Galicia en el mes de diciembre ya que la escritora está muy enferma.

1859 **COMPOSTELA**
El 12 de mayo, en una pensión de la calle de la Conga nace su hija Alejandra Teresa (Alejandra) (muerte en 1937). Murguía se traslada a A Coruña para dirigir el *Diario de La Coruña*, pero la publicación desaparece a los tres meses. Pasan allí un breve tiempo. Murguía viaja a Vigo y después va ella. Viven en un cuarto de la imprenta de Compañel (Calle Real), que va a publicar ese año su primera novela: *La hija del mar*. La madre alquila piso en Santiago, en la Rúa do Vilar, a donde Rosalía regresa.

1860 **MADRID**
En enero participa en una velada a favor de los soldados de la guerra de África. En octubre Murguía va a Madrid (*La Crónica de Nueva York*) y lo sigue a fin de año Rosalía. La hija queda en Compostela con la abuela y con una ama de cría.

1861
Publicación en *El Museo Universal* del primer poema en gallego “¡Adiós qu’eu voume!” (“Adiós ríos, adiós fontes” en *Cantares*). Publica *Flavio*, por entregas. El matrimonio viaja por España (Alacant, Murcia, Estremadura, A Mancha...). En el mes de diciembre la madre de la escritora y la hija Alejandra viajan a Madrid para regresar con ella.

1862 **COMPOSTELA**
Siguen viviendo en Compostela en la Rúa do Vilar donde fallece repentinamente su madre doña María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía.

1863
Pasan a vivir entonces en el Mercado Vello (hoy praza da Universidade). Publica el poemario *A mi madre*. El 17 de mayo se publica en la imprenta de Juan Compañel en Vigo *Cantares Gallegos*, la obra fundacional de nuestras letras.

1864
Aparece *Contos da miña terra* (después *Conto gallego*). Los seminaristas de Lugo rompen los cristales de *El Almanaque de Galicia* de Soto y Freire donde se iba a publicar *El Codio*, en el que Rosalía criticaba su forma de vida.

1865
Posiblemente Murguía disponga temporalmente de una vivienda en Lugo, propiedad de Soto y Freire, el editor de su *Historia de Galicia*, pero no hay constancia de que el matrimonio viviese en esa ciudad. Rosalía sigue residiendo en el Mercado Vello en Compostela. Publica un cuento satírico, *El Cadiceño*, y el artículo feminista *Las literatas. Carta a Eduarda*.

1866
Publicación por entregas del relato *Ruínas*. En verano probablemente Rosalía está en Lestrobe. En septiembre están empadronados en la calle Callobre, en Compostela.

1867
Se publica *El caballero de las botas azules*. Es invitada a los Jocs Florals de Barcelona, pero no acepta la invitación. En Cataluña se seguirá siempre con gran interés la obra de Rosalía, traduciendo muchos de sus poemas.

1868
La revolución de 1868 propicia el nombramiento de Murguía como director del Archivo de Simancas. Toma posesión el día 5 de diciembre. El 7 de ese mes nace Aura (muere en 1942) en Santiago, en la vivienda de la calle Callobre.

1869 **Simancas (VALLADOLID)**
En un primer momento, en septiembre, van para Simancas Rosalía y Alejandra, y después Aura, que había quedado en Santiago con las criadas. En diciembre de ese año o a principios de 1870 afirma Alejandra que su madre conoció al poeta Gustavo Adolfo Bécquer.

1870
En Simancas Rosalía escribe algunos de los primeros poemas de *Follas Novas*. En octubre Murguía es destinado al Arquivo do Reino de

Galicia en A Coruña. A fines de ese año y principios del siguiente Rosalía está en Madrid por lo que es posible que asistiese al entierro de Bécquer que fallece en esas fechas.

1871 **A CORUÑA**

Regresa a Galicia. En A Coruña alquilan piso en la calle del Príncipe (Padilla) donde viven con dos criadas. Está de nuevo embarazada. El 2 de julio de 1871, estando en Lestrobe, nacen los gemelos Gala Blanca Eleonora (Gala) (muere en 1964) y Ovidio (muere en 1900). Muere del padre de Rosalía, D. José Martínez Viojo.

1872
Se publica la 2ª edición de *Cantares Gallegos*.

1873
Proclamación de la República. El 17 de julio nace Amara Honorata María del Carmen (Amara) (muere en 1921). El matrimonio pasa por graves problemas económicos.

1874
Muerte del padre de Murguía, D. Juan Martínez.

1875 **COMPOSTELA**
Con la restauración monárquica Murguía es destituido. Van a vivir ahora en Santiago, en la calle de la Senra, donde el 10 de abril nace Adriano Honorato Alejandro (Adriano). El matrimonio vive con seis hijos y tres criadas.

1876
El 4 de noviembre muere Adriano al caerle al ama de cría de una mesa.

1877
El 14 de febrero nace muerta Valentina.

1878
Seguramente a principios de ese año se trasladan a la calle Altamira. Murguía viaja a Madrid para dirigir *La Ilustración de Galicia y Asturias*.

1879
Viven todavía en la calle del Hórreo y en la Rúa do Vilar. Murguía es cesado. Rosalía se va con los hijos para Lestrobe.

1880 **Lestrobe (DODRO)**
Publicación de *Follas Novas*, obra fundamental en nuestra historia literaria. Es nombrada socia de honor del Centro Gallego de La Habana. Modesto Brocos pinta su retrato.

1881
Publicación de *El primer loco y Padrón y las inundaciones*, datados los dos en Lestrobe. Publica el polémico artículo "Costumbres gallegas".

1882
Aparecen diferentes poemas en castellano que recogerá después en el libro *En las orillas del Sar*.

1883 **A Matanza (PADRÓN)**
Pasan a vivir a una casa de la aldea de A Matanza (Padrón), actual Casa Museo Rosalía de Castro. Padece cáncer de útero. Rosalía recibe y contesta la carta de Luís Tobío Campos en que la invita a Brión para visitar a María Josefa Martínez Viojo, tía abuela de la escritora a la que no ve desde hace muchos años.

1884
Publicación de *En las orillas del Sar*, uno de los poemarios fundamentales del siglo XIX.

1885
A pesar de estar gravemente enferma pasa todavía unos días de reposo a principios de julio con la familia en O Carril, a orillas del mar. De regreso en Padrón, muere en la casa de A Matanza a los 48 años, en el mediodía del 15 de julio. Al día siguiente es enterrada en el cementerio de Adina.

1891 **COMPOSTELA**
Pasados casi seis años, el 25 de mayo de 1891, después de proceder a la exhumación del cadáver, se trasladan sus restos solemnemente en tren hasta la estación de Comes en Conxo, y desde allí en carruaje por las calles de Compostela hasta el convento de San Domingos de Bonaval, actual Panteón de Galegos Ilustres.

BIOGRAFÍA

FINAL. O MAR E AS CINZAS

A primeiros de xullo de 1885 Rosalía de Castro vai coa familia ao Carril para pasar uns días de repouso. Está gravemente enferma, pero algúns seráns quere sentar aínda á tardiña nas pedras do peirán para ver o pór do sol na Arousa. O día que deixa a vila, como non dá chegada a carruaxe que os había de levar ata a estación, deciden facer por mar o breve traxecto. Son palabras do seu home, Manuel Murguía. Case todas as palabras que nos acheguen á vida da escritora han de ser súas ou han de pasar por el. Semella por uns intres que o aire e os rumores das ondas a reaniman traéndolle lembranzas doutros días. "Ir pola verde ribeira, / da ribeira do Carril!" Cando a ve de pé na cancela do vagón, sorrinte, rodeada polas fillas, mesmo alberga esperanzas. Non as hai. Acompañana ata Padrón algunhas amizades que o saben. Desde o tren de John Trulock, o avó inglés de Camilo José Cela, a contramán das augas do postremeiro Ulla, Rosalía vai deixando atrás as que foron as súas ribeiras familiares: as Torres de Oeste, as Brañas



Rosalía en debuxo de Portela

de Laiño, as veigas de Campaña, o Pazo de Hermida de Lestrobe, o esteiro do Sar, o camiño de San Lois, Padrón, a Matanza á fin. Esoutra casa na que levan dous anos. Despois os amigos vanse. "Tecín soia a miña tea, plantei soia o meu nabal". Soa queda no seu xardín umbrío. Quedar queda cos seus, dinos Murguía no relato, cunha expresión da que gusta, coma para arroupala, por non contar das súas soidades. El vai para Santiago sen querer presaxiar a inminencia da fin.



Postal antiga da casa da Matanza

Chovera dous ou tres longos días. Agora xa non chove. Coma se a Terra de Iria e Galicia toda contivesen o alento. Rosalía de Castro morre na casa da Matanza ás doce do mediodía do 15 de xullo de 1885. Tiña corenta oito anos. Pouco antes pediu un ramallo de pensamentos e mandoulle a Alejandra, a primoxénita, que abriera a fiestra para poder ver o mar. Será a filla quen queime os manuscritos á noitiña na horta, como ela lle fixera prometer. Polo visto, cando chegou Murguía chorou a carón das cinzas da fogueira, aínda que outra versión sitúa a escena na sala da casa e Murguía demandando explicacións. Tanto ten. Decía o escritor Torres Villarroel que é perigoso meterse en vidas alleas sen magoalas. Ao cabo todas as biografías son iguais e todas misteriosas. Mesmo o pasado é sempre incerto. Todas as vidas duran ese intre no que o paxaro do Venerable Beda entra voando pola fiestra do salón altísimo, sente apenas a mornura afastada do lume na lareira do pazo e sae despois á escuridade eterna. *Do íntimo* xa falou cando ela quixo e poucos amosaron tan espida a súa alma, baixou ata os profundos de nós,

en onde acaso somos. Podemos os demais contar a súa vida? E ben, para recompor esta breve biografía iremos recollendo as palabras cribadas que chegaron ata nós, as imaxes que anubriadas nos devolven os espellos. Hai silencios e terras de penumbra, moitas dúbidas e unhas cantas certezaas. Non vos demoredes moito nestas páxinas, entredade nos seus textos.

PRELUDIO. CONVOCADA POR CAMPÁS

Rosalía naceu a madrugada do 24 de febreiro de 1837 nunha casa do Camiño Novo, na paraxe das Barreiras. Naquel entón pertencía ao concello de Conxo, pero despois pasaría a formar parte do de Santiago. A vivenda era propiedade, segundo Murguía, dos avós do que había de ser o político progresista Antonio Romero Ortiz. Tense dito que chegou para atender o parto o doutor Varela de Montes, unha eminencia da medicina compostelá que andaré ese mesmo ano indagando no misterio da *espiritada* de Gonzar. Rosalía era filla de María Teresa de la Cruz de Castro e Abadía, de 33 anos, nada na Casa Grande da Arretén, en Padrón, e moi probablemente, de José Martínez Viojo, de 39 anos, natural de Ortoño, crego na Colexiata de Iria. Dadas as particulares condicións do seu nacemento, é María Francisca Martínez, criada e muller de confianza da nai, quen se encarga de levar a pequena á Capela do Hostal Real.(actual Hostal dos Reis Católicos), onde é bautizada cos nomes de María Rosalía Rita. Queda inscrita como filla de pais incógnitos. A propia serventa actúa de madriña e regresa coa nena, non entrando por tanto na inclusa.

Durante moito tempo silenciouse o nome do pai e adiuouse o momento en que a nai se fai cargo da pequena. Os datos dos primeiros anos son confusos e tamén tardíos e proveñen exclusivamente, por tradición oral primeiro e despois en forma epistolar, da familia paterna. A carta que dá conta deles, custodiada por Bouza Brey desde 1923, non se publicou ata os anos setenta do século pasado, despois de morto este, sabedor de que ofrecía sen dúbida unha visión nesgada daqueles intres decisivos. É o que temos. Deixando á parte os xuízos de valor que nela se fan e se lles habemos de facer caso aos feitos que relata, parece

que nun primeiro momento o pai lle confía a pequena á muller dun tal Lesteiro, xastre de Ortoño, que fai de ama de cría, correndo o cura cos gastos da crianza e manutención. É despois cando pasa a ser coidada na casa do Castro de Ortoño coa familia paterna. Unha carta da propia Rosalía, en 1883, dous anos antes de morrer, confirma esa relación, alegrándose a escritora de que aínda estea viva María Josefa Martínez, a irmá do pai, e por tanto tía dela, quen supostamente a coidara: "no ignoraba que debía haber en S. Félix de Brión personas estimables con las cuales me unen, como V. dice muy bien, lazos más estrechos que los de la simple amistad [...] No dude que en la primera ocasión que se me



Casa natal de Rosalía en Santiago

presente, que no tardará, pasará a ésa a ver a mi apreciable Sra. María Josefa para darle un cariñoso abrazd. Infortunadamente xa Rosalía non estaba en condicións de facer esa viaxe, pero podemos nós regresar con ela a aqueles eidos: "Dos Anxos o val hermoso, / sabán de verdor ostenta / alá no fondo tranquilo / que soaves brisas ourean".

Coma nun itinerario sonoro, ao longo da súa vida Rosalía foi deixando rexistrados os ecos das campás que a convocan: hainas anónimas de repenicar nas romarías; graves no toque da alba, as da catedral; as do Pomar que son de despedidas; doces ou vagarosas as de Iria; as máis tristes de todas, as de Herbón... Tamén as destes anos primeiros quedaron preservadas nos seus versos: "Campanas de Bastabales, / cando vos oio tocar, / mórrome de soidades", coas outras de Bugallido, que aparecen nunha cántiga popular entre as notas inéditas da escritora. Os dous lugares

quedan a tiro de pedra de Ortoño. O acto fundacional do Seminario de Estudos Galegos que se celebrou alí en 1923, ao pouco de Bouza Brey coñecer o contido da misiva á que aludimos, nin lle resta nin lle dá creto a esta historia.

PADRÓN. SANTA MARÍA. LESTROBE

Boa parte dos supostos que se fixeron sobre o comportamento da nai eran errados. Agora sabemos que en 1842, con 5 anos de idade, Rosalía de Castro vive en Padrón con ela, nunha casa da rúa do Sol (hoxe Rodríguez do Padrón, n.º 4), enfronte da capela da Orde Terceira de San Francisco. Así consta no censo municipal, por primeira vez co apelido materno. "Inda vexo onde xogaba / cas meniñas que eu quería, / o enxidiño onde folgaba, / os rosales que coidaba / i a fontaña onde bebía. / Vexo a rúa solitaria / que en paz baña un sol sereno". Son versos de *Cantares* que sen dúbida retratan eses días. Na vila viven as súas tías, irmás da nai e copropietarias da vivenda citada e vive tamén o seu tío, José María de Castro e Abadía, morgado do Pazo da Arretén do que procede a familia, que está nese tempo en clara decadencia. O herdeiro pasa aínda os veráns na "casa da aldea", antes de ter que se ir desfecendo da habenza por mor das penurias económicas. Rosalía hase de demorar describíndoa en longos versos: "e tamén vexo



Casa de Rosalía en Padrón na antiga rúa do Sol, hoxe rúa de Rodríguez de Padrón

enloitada / da Arretén a casa nobre, / donde a miña nai foi nada / [...] Alí está sombra perdida, / voz sin son, corpo sin alma". Escribe do seu avó, "venerable cabaleiro", sobre o que compón unha biografía que non conservamos: *Historia de mi abuelo*. José e Castro e Salgado que así se

chamaba casado con María Josefa Abadía Taboada, foi coronel de milicias, estivo preso en Francia na campaña dos Pirineos e chegou a rexedor da cidade de Santiago. Sempre se dixo que ese era un dos libros que arderon na casa da Matanza a noite que Rosalía morreu. Fala aínda da capela, do silencio que mora nos salóns onde antes resoaron as risas, das herbas e silveiras que medran no patio abandonado. "¡Casa grande, triste casa, / [...] Mes tras mes, pedra tras pedra, / ti te irás desmoronando, / ceñida por sintas de hedra".

Non sabemos se Rosalía pasou algún tempo no Pazo da Arretén pero é de supor que si, pois ela e o seu tío tiríanse aprecio mutuo como se desprende dalgunha das cartas que se conservan. Aínda que se obvia nas biografías, si que sabemos, porque nolo conta a escritora moito despois en *Padrón y las inundaciones* (1881), que botou longas tempadas da súa infancia e adolescencia no pazo dos Hermida de Lestrobe, en Dodro, onde súa tía M.ª Josefa de Castro casou con Gregorio Antonio Hermida. Poucas paisaxes se relatan con semellante afecto: "Hemos vuelto una vez más a refugiarnos en la casa solariega, en donde vimos deslizarse tantos alegres días de nuestra infancia y alegre juventud". "Sí, a pesar de las tristes mudanzas, consecuencia de los incesantes cambios de la vida y del inflexible paso del tiempo, Lestrove sigue siendo un lugar donde se goza de una alegría y sosiego incomparables. Todavía están en pie las limeras y naranjos que prestan amorosa sombra y perfuman el pequeño patio de piedra. Pronto lucirá el gigantesco castaño de Indias sus hermosísimas flores, lo mismo que los olorosos mirtos, mientras los enormes laureles, y los



Pazo da Arretén

bojes no menos altos que ellos, mezclados con los verdes limoneros, prosiguen siendo amparo y preciadísimo adorno de esta vetusta casa". As árbores, rememoradas, están tamén nos seus versos: "Xigantescos olmos, mirtos [...] Buxos que xa contan sigros [...] Loureiros, irmáns dos buxos [...] Limoeiros e laranxos".

O Padrón de mediados do XIX non vive os seus mellores momentos. Malia ser cabeceira dunha comarca rica e cun importante mercado agrícola e gandeiro, a produción téxtil da que sobre todo dependía está no seu declive despois de ser o liño destas terras un dos máis afamados de Galicia. Rosalía debeu coñecer aínda de preto os pormenores desa industria porque está en varios lugares dos seus versos. "Tal coma a neve, albeas, / as roupas i as mararias". Coma nunha madeixa de liño xa fiada, nunha maraña, todos os fíos conflúen na pequena vila e nos seus arredores. Tamén en Padrón vive seu pai, o cóengo José Martínez Viojo. Nacera en 1798 en San Xoán de



Pazo de Hermida en Lestrobe

Ortoño, na Amaía, fillo dun labrador alcumado "O Muirieiro", porque posuía unha acea. Fora primeiro crego de menores en Iria e tomou as ordes en 1829. Reside a poucos metros delas, hospedado na casa dun comerciante de liño. Dadas as características reducidas da poboación, non podemos pensar que non se viran, tendo en conta que ademais el misaba na igrexa de Santiago, un fermoso templo gótico á beira do río Sar, máis tarde substituído por este insípido de agora. Sabemos que José Martínez Viojo pasou posteriormente a vivir en Iria coa irmá María Josefa e cunha sobriña nas casas que para o cabido iriense construíu o arcebispo Bocanegra, onde tamén residían os outros catorce curas da Colexiata (actual Fundación Cela). Alí

permaneceu como capelán fabriqueiro e como coadxutor da parroquia ata o ano 1871 en que acontece a súa morte. Foi enterrado no adro do cemiterio de Adina ás portas do templo. Hoxe coñecemos o testamento do pai de Rosalía e non



Casa del cabildo y actual Fundación Camilo José Cela

hai nel o agardado recoñecemento da paternidade. Chámalle Curros "a ilustre padronesa" en *O Divino Sainete*. Padrón é o paraíso perdido da infancia, onde se concentran as xeografías e os seres queridos. Sen dúbida nesta vila da ribeira do Sar pasou os días máis felices. Hai múltiples referencias nos seus escritos, desde as máis amables dos primeiros versos ("I a Padrón, ponliña verde, / fada branca ó pé dun río"), ata o memento final de *En las Orillas del Sar*: "¡Cuán hermosa es tu vega, oh Padrón, oh Iria Flavia! / Mas el calor, la vida juvenil y la savia / que extraje de tu seno, / [...] de mi existencia en el torrente amargo / pasaron...". Murguía dinos en *Los Precursores* que de non ser polos primeiros *contratempos* que a fixeron marchar á triste cidade en que nacera, a súa vida tivera transcrito en Padrón, "bajo estos cielos que le son tan propicios". Escribe como, fuxindo dos invernos composteláns, "tornaba a las alegres vegas y se bañaba en sus tibiezas y vivía de sus claros resplandores". Rosalía ha de lembrar unha pequena lagoa na veiga de Iria, no fondo da que lle contaban que se vían as torres da antiga cidade somerxida. A igrexa de Santa María de Iria e o cemiterio de Adina son para ela sempre referencias entrañables. "O simiterio da Adina / n'hai duda que é encantador, / cos seus olivos escuros / de vella recordazón". Debe de ser a nai quen a leva a facer o ritual do Corpo Santo baixo o arcosolio da epístola no altar da Colexiata,

onde se conserva nunha tumba o corpo incorrupto dun bispo descoñecido. Voltéase aínda hoxe o corpo espido do doente enfermo do mal do aire enriba da tampa do sartego de pedra e despois deixa o sancristán as roupas abandonadas no



Estatua de Rosalía en el Espolón en Padrón

cruceiro do adro. Refírese de maneira sucinta o feito unha vez máis Murguía en *Los Precursores*: "el viejo sepulcro sobre el cual la pusieron moribunda y la devolvió viva". Presenciaría seu pai que era crego do templo o ritual ao pé da sepultura taumatúrxica?

Quizais Rosalía escolleu nos derradeiros días a casa da Matanza porque desde ela se divisaban as torres piramidais da igrexa e as oliveiras do adro. "A través del follaje perenne / que oír deja rumores extraños, / y entre un mar de ondulante verdura, / amorosa mansión de los pájaros, / desde mis ventanas veo / el templo que quise tanto"; escribirá na véspera dos derradeiros días. Alí casaron os seus avós, bautizaron a súa nai e ten enterrados moitos dos seus antepasados. "Ceboleiras que is e vindes / de Adina polos camiños, / á beira do camposanto / pasá leve e paseniño. / Que anque din que os mortos n'oien, / cando os meus lle vou falar, / penso que anque estén calados / ben oien o meu penar". Otero Pedrayo afirmou que se os gregos amaron as

oliveiras do Cephiso porque escoitaron as palabras de Platón, nós debemos amar as *oliveiras* de Iria porque ouviron o saloucar de Rosalía. Todos os nosos grandes creadores dialogaron con ela. O mesmo Otero dixo que entrar na súa obra "é como entrar no empardecer no xardín deixado dun pazo". Resoan aínda baixo a bóveda verdeal dos pradairos que lle dan *sombra de sombras* á estatua da escritora no Espolón, as palabras que pronunciou en 1958, na homenaxe a Cabanillas.

Non sabemos o tempo que pasaron Rosalía e súa nai en Padrón entre 1842 e 1847, ano en que se vende a casa da que falamos máis arriba, e no que xa teñen o lugar de residencia en Compostela. Ata 1844 a nai figura aínda cotizando pola vivenda, aínda que non aparecen nos padróns municipais. Se como afirma Murguía escribiu os primeiros versos con once anos, entón temos que supor que os escribiu aquí. Padrón é un leixaprén, un pousadoiro ao que volven sempre verso e pensamento. "¡Padrón!...- i -Padrón! / Santa María... Lestrove... / ¡Adios! ¡Adios!"



Rosalía de joven (autor desconocido)

COMPOSTELA E AS VELADAS DO LICEO

Rosalía era alta e espigada, de pelo acastañado e busto xeneroso, cos pómulos saíntes, a boca grande e os ollos escuros e profundos. De saúde precaria desde a infancia, propensa a afeccións pulmonares, parece que se desenvolveu moi prematuramente. Por esas contrariedades que Murguía non desvela, ou moi probablemente porque a nai quixera darlle unha máis ampla educación á súa filla, marchan pois para Santiago e desde ese momento comeza unha vida nómade que non abandonou ata a fin dos seus días. "Quen casa ten de seu ten media vida", había de escribir quen nunca a tivo. De 1850 a 1853 figuran censadas a nai e a filla coa madriña, a criada fiel María Martínez, na rúa Bautizados n.º 6, compartindo casa coa familia do prateiro Manuel Aller. No ano 1852 Rosalía actúa no Liceo de la Juventud de Santiago. En 1853 asiste en compañía de Eduarda Pondal, irmá do poeta do que tamén ela se fai amiga nas veladas do Liceo, á romaría da Nosa Señora da Barca de Muxía. "Muxía a das altas penas". Collen as dúas amigas o tifo e pasan xuntas a enfermidade na casa dun médico tío de Pondal, o avó do escritor Gonzalo López Abente. Eduarda morre; é a primeira dunha serie de mortes de seres queridos ás que vai ter que se enfrontar na súa vida.



*Colexio Maior de Santo Agostiño, aniguo Liceo
dela Juventud de Santiago de Compostela*

Podemos imaxinar as dificultades da chegada a Compostela, os prexuízos cos que en certos ambientes habían de ser a nai e a filla recibidas. "De soidás morriase, / na vila sospirando pola

aldea; / asombrábana as casas cos seus muros, / e asombrábana as torres e as igrexas". Algúns versos do que ha de ser *La Flor* (1857) deberon de ser pensados neses días: "La risa y el sarcasmo por doquiera / que fuera yo mi corazón palpaba". Murguía (*Ignotus*) pon en boca de Rosalía o relato aterrecedor da fame que no *tristísimo* inverno de 1853 asola Galicia: "Todos los días, nuevas horas de angustia traían á nuestras plazas y calles, bandas de infelices hambrientos" [...] "Caían por los caminos y en las calles de la ciudad". O viaxeiro inglés George Borrow describe Compostela coma un inmenso lazareto. Unha mesma desolación invade os campos e as aldeas. "Deitouse a fame ó longo dos sembrados" (X. M. Pintos). Na historia que referimos, contada con detalle por Murguía, un neno atrecido baixo a neve asubía unha melodía ás portas da casa en que vive a escritora. Ela acólleo e diante dos amigos que a acompañan, toca para o rapaz unha canción nunha guitarra inglesa, a barcarola de *La Straniera* de Bellini. A narración, que lembra o inicio do poema "Tempra un neno no húmido pórtico", por enriba dos adobíos literarios, permítenos imaxinar o ambiente culto en que se movía Rosalía, así como unha formación musical confirmada polo seu home e polas fillas. Nunha carta de Murguía ao folclorista Casto Sampedro conta como ás veces despois de comer improvisaba diferentes pezas nun pequeno piano que concluía sempre coa *Alborada*, unha composición que a el lle gustaba especialmente. Parece que estudou debuxo e francés e que tiña condicións para a música, cantando con afinación e tocando diferentes instrumentos: arpa, frauta, guitarra, piano, harmonio... Unha educación por tanto consonte a súa pertenza á clase fidalga, aínda que vinda a menos neses intres. Coa revolución de 1854 dá inicio o bienio progresista. No Liceo, Rosalía toma contacto coas primeiras reivindicacións políticas e sociais e coñece a vida bohemia dos artistas e escritores que alí se reunían. Case dez anos despois de fracasar o levantamento de Solís de 1846, que remata como é sabido cos fusilamentos de Carral, é certo que se tempera a proclama revolucionaria de Faraldo: "Galicia se levantará como un hombre solo para conquistar la dignidad de los pueblos libres", pero fica aínda coma un referente mítico na

lembranza de todos os mozos que coma Rosalía asisten ao Liceo: Rodríguez Seoane, Aguirre, Pondal, Murguía... Republicanos e federalistas, progresistas que loitan contra as correntes do absolutismo e o inmovilismo do clero. No fondo desa demanda latexan as primeiras reivindicacións do galeguismo político que busca recuperar a identidade perdida de Galicia. Ese é o ambiente en que Rosalía pasa os derradeiros anos en Santiago que acabarán determinando a súa e as ideas que puxo nos seus libros.

Rosalía forma parte da sección de declamación do Liceo. Interpreta *Rosmunda* de Gil y Zárate e o público *arreatado* bóttalle flores e pombas. Actúa cando menos noutras seis obras en papeis protagonistas moi diferentes, desde unha cantante de ópera ata unha amante do rei Felipe II. En 1855 e 1856 aparecen censadas a nai, ela amais a criada, coa tía María de Castro e cos fillos desta, no exconvento de Santo Agostiño, onde ten a sede o Liceo. Despois da desamortización o edificio, destartalado segundo algunhas testemuñas da época, alúgase a particulares. Son confusos os datos que se manexan a respecto do lugar de residencia neses anos, pois tamén figuran censadas en Padrón e parece que ela pasa o inverno en Lestrobe, escoitando as historias da Choíña, unha criada de Laxe que despois se ocupará de coidar a súa filla Alejandra. En 1856 consta que abandonan unha casa alugada en Santiago, na Porta Faxeira n.º 6. Quizais simultaneasen a estancia nos dous sitios. En marzo dese ano, prodúcese un feito que vai ter amplas repercusións na opinión pública do momento, o Banquete de Conxo, onde nunha comida simbólica confraternizan estudantes e obreiros. Alí están, cercados polo exército, os seus amigos incendiarios do Liceo, con Aguirre á cabeza brindando polo primeiro protestante que dixera misa en España ou polo toureiro que usara o manto real como capote. Non hai datos que confirmen se ela tamén estivo. Tan só o periódico progresista *La Oliva* de Vigo, arredor do que están Compañel, Alejandro Chao e Murguía defende a relevancia dese acto revolucionario que será rexeitado con rotundidade por todas as forzas conservadoras.

EN MADRID CON MURGUÍA. NAVEGACIÓNS E REGRESOS

En abril de 1856 marcha para Madrid, acaso para completar a súa formación, aínda que se aducen motivos tan diversos como a resolución de negocios da familia (levaría un poder para recuperar o patrimonio perdido que serviu de fianza nos negocios dun tío seu), a partida despois do Banquete de Conxo, a procura de traballo ou mesmo a decisión da propia escritora de seguir a Murguía, se é certo que o coñece nos veráns do Liceo, cando el o frecuentaba. De ser así quedaría claro o seu temperamento independente, pero só podemos facer suposicións. O que sabemos é que viaxa desde Padrón acompañada pola súa amiga da infancia Eugenia Gasset e polo pai desta, José Gasset Montaner, bisavó do filósofo Ortega y Gasset. A viaxe formativa á capital era case preceptiva para os mozos das familias acomodadas, aínda que a de Rosalía estivera naqueles días xa nas últimas. Madrid exerce unha especie de atracción sobre a mocidade de provincias que quere prosperar. Manuel Murguía era fillo dun farmacéutico e nacera en 1833 en Arteixo, no lugar de Froxel. Está xa na vila e corte onde, para desgusto do pai, abandona os seus estudos de boticario co fin de dedicarse ao periodismo e á literatura e para continuar coa vida despreocupada que xa prodigara en Compostela. Son vésperas dos acontecementos contrarrevolucionarios que lles poñen fin a dous anos de go-



Manuel Murguía, esposo de
Rosalía

bernos de progreso. Rosalía quere ver as barricadas e está a piques de ser alcanzada por unha bala perdida nun balcón. Vai vivir na rúa Ballesta nº. 13, preto da Porta do Sol, coa súa curmá María Carmen García Lugín, futura nai de Alejandro Pérez Lugín, o autor de *La Casa de la Troya*. Xa sexa por lazos de amizade ou de parentesco, Rosalía mantén relación con familias de boa posición na sociedade madrileña do momento: os Gasset, os Lugín, os Armero, os propios Hermida de Lestrobe... Hoxe sabemos que non cursou estudos de conservatorio como se pensou. En 1857, o mesmo ano en que Baudelaire publica *Les fleurs du mal*, editase o seu primeiro libro, *La Flor*, un folleto de poesías en castelán en que se poden atopar ecos de Aurelio Aguirre ou de Espronceda. Murguía escribe un comentario eloxioso en *La Iberia*, o periódico progresista por excelencia. O escritor era xa unha persoa con importante presenza sobre todo na prensa escrita madrileña e con apoios entre a clase política do momento e entre a intelectualidade galega que o recoñecía nesa altura como o líder da súa xeración. El afirmou e defendeu sempre que non a coñecía de antes. Dar a entender o contrario parecería querer significar que Rosalía non empezou a se valer por si mesma senón coa súa axuda. Nunca permitiu outras interpretacións ao respecto. Como fose, desde fins dese mesmo ano son mozos e seguramente en marzo de 1858 deciden casar porque ela pídelle a súa nai as certificacións necesarias. En abril,



Casa da Concha na rúa da Conga en Santiago

con tan só 25 anos, aparece morto en escuras circunstancias que poden facer pensar nun suicidio o poeta Aurelio Aguirre na praia de Santo Amaro na Coruña. Malia as opinións de Antonio Ma-

chado e doutros, non existen informacións que fagan supor un romance entre Rosalía e Aurelio Aguirre. Algúns detalles case íntimos nas cartas de Murguía con el e con outros amigos coma Alejandro Chao revelan o grao de complicidade que había entre eles e tamén a sorpresa que manifestan pola súa relación con Rosalía. No verán dese ano queda embarazada. Casan na igrexa de San Ildefonso o 10 de outubro de 1858. A pequena figura do noivo —medía pouco máis de 1,30— co seu gran sombreiro de copa e a levita negra, a carón de Rosalía, unha muller cumprida, de grande estatura para a época en que estamos, debía ser unha estampa que non había de pasar desapercibida.

En decembro, dous meses despois da voda, volven a Galicia precipitadamente. O seu home explícanos que estaba moi enferma ausente de su país y sintiendo que la muerte la tenía ya en sus garras". Viven na Casa da Concha, unha pensión na rúa da Conga onde o 12 de maio de 1859 nacerá Alejandra, a primeira filla. A verdade é que ninguén contaba que puidera resistir o parto. El trasládase á Coruña para dirixir o *Diario de la Coruña*, pero a publicación desaparece aos tres meses. A precariedade dos traballos de Murguía é unha circunstancia que se vai repetir unha e outra vez ao longo da súa vida. A nai alugou entón piso na rúa do Vilar n.º 20 (hoxe 41) no que van vivir as dúas, a pequena Alejandra e as criadas. Murguía viaxa a Vigo para colaborar en *El Miño*, substituto de *La Oliva*, dirixido tamén polo editor Compañel, que ten en prensa *La hija del mar* de Rosalía, unha novela romántica ambientada en Muxía, na liña de George Sand. Despois vai ela e arránxase un cuarto na propia imprenta, na rúa Real, no que pasará unha pequena tempada o matrimonio. Neses momentos prodúcese a declaración de guerra a Marrocos. Rosalía redacta un artigo que lle piden sobre o tema en apenas uns intres. Quen a viu dinos que a súa man corría polo papel cun entusiasmo febril. Parece que era algo habitual polo que Murguía relata cando describe a factura do primeiro poema dos *Cantares* ou cando escribe as sesenta oitavas do conto de Vidal sen levantar a pluma, pero non puido ser así en composicións que sabemos máis elaboradas, nas que cada adxectivo e cada xiro do idioma semella

calculado. Rosalía regresa a Santiago e participa nunha representación benéfica a favor dos feridos en África co mesmo éxito de público duns anos antes.

En agosto de 1860 Manuel Murguía marcha a Madrid para traballar en *La Crónica de Nova York* e a fins dese ano séguese ela. Viven na calella do Gato n.º 4, na que Valle Inclán fai nacer o esperpento cando Max Estrella se contempla deformado nos espellos dunha ferretería. Vailles ben agora economicamente e Rosalía empeza a publicar algúns dos que despois serán poemas de *Cantares* en *El Museo Universal*, no que se estaban dando a coñecer composicións análogas de Antonio Trueba ou Ruíz de Aguilera inspiradas na tradición popular, a semellanza das *ballads* inglesas ou dos *lieders* alemáns. O primeiro poema en galego, en setembro de 1861, leva por título "Adiós, qu'eu voume", o que ha de ser "Adiós ríos, adiós fontes", co engadido inicial desta coñecida copla. Tamén se excluíu del a estrofa "Por xiadas, por calores / Desde que amañece o día / Dou á terra os meus sudores / Mais canto a terra cría / Todo todo e dos seriores". Murguía leva as culpas desa poda, que deixaba ás claras o pensamento rosaliano. Nas páxinas da mesma revista publica en castelán, *Flavio*, en palabras dela, un ensaio de novela. Ese verán viaxan por Alacant, Murcia, Estremadura e A Mancha, lugares que se citarán no prólogo de *Cantares*. Debeu ser dos períodos máis gozosos polos que pasaron.

A VIDA NO AIRE. CARTAS E PEDREIROS

A nai de Rosalía vai a Madrid con Alejandra e regresan as tres en decembro de 1861. Cóntanos nunha carta as peripecias da viaxe, a paso de galera", a rotura do eixe dunha roda, o cólico da nena, os mareos da nai, as súas dores continuas de estómago, a cunca de caldo que toman pasado Valladolid ou o chocolate en León, a chegada á Coruña a medianoite. A descrición de Santiago cando chegan á cidade é desoladora. "Jamás he visto tanta soledad, tanta tristeza, un cielo más pálido. En cambio La Coruña estaba hermosísima. [...] Santiago no es una ciudad, es un sepulcro". Semellan máis ben pasaxes interiores, xeografías

da alma rosaliana das que se nos escapan os motivos, porque se repiten en varias ocasións impresións moi semellantes da cidade. Na correspondencia con Murguía, que empeza a miúdo cun "Mi querido Manolo" e remata con cariñosas despedidas, hai sempre esa cotidianeidade. Así conta noutra carta "Voy a pasearme un poco por tu cuarto, pues tengo los pies helados" ou mándalle cen bicos para se despedir. Asina unhas veces como *Rosa*, como el lle chamaba, e outras como *Rosalía*. Unha das misivas, vese interrompida porque "me llaman a comer". Entrementres as cartas van e veñen a vida fica suspensa. Quizais de principios de 1862 é outra das máis reveladoras. "No debía escribirte hoy, pues tú, que me dices que lo haga yo todos los días, escaseas las tuyas cuanto puedes". Está enferma de novo, con moita tose e, *susceptible*, como ela di. "Cuando estoy buena no me acuerdo de que estoy enferma". "Quien demonios habrá hecho de la tisis una enfermedad poética?" A máis sublime das enfermidades sería para ela unha apoplexía ou raio que non lles deixe aos vermes máis que as cinzas. O humor está sempre presente, mesmo cando toca os temas máis dramáticos. Cóntalle que segue a tomar leite de burra pois o médico seica non lle dixo sobre iso "oste ni moste". Non parece que fíe moito na medicina e di que mercará cervexa, pero galiñas non; "lo mismo he de morir de un modo u otro". Noutra carta fálalle ao home do ton *feroz* que ás veces emprega con el, do seu carácter sombrío e do ben que se sente cando o ten ao seu lado, "de lo contrario estoy dada a todos los santos [...] y hago reflexiones harto filosóficas respecto a las realidades de los maridos". Podemos imaxinar doadamente esas reflexións sabendo cal era aínda a situación da muller nesa altura do século. De Concepción Arenal é a afirmación de que en España as mulleres só podían ser mestras, estanqueiras ou raíñas. A posición de Murguía de que as mulleres non teñen biografía é un lugar común mesmo entre os intelectuais da época. No prólogo de *La hija del mar* vai citar Rosalía a Feijoo e Malebranche que defendían que estaban tan capacitadas coma os homes para o estudo das artes ou das ciencias. Aínda así, coma as poucas escritoras do momento ten que contar co beneplácito do seu home para poder publicar.

"Tú no sabes lo que es ser escritora", dirá en *Las Literatas*, confesándose quizais coa súa amiga morta Eduarda Pondal, "¡que continuo tormento! [...] Los hombres miran a las literatas peor que mirarían al diablo [...] Por lo que a mi respecta, se dice muy corrientemente que mi marido trabaja sin cesar para hacerme inmortal. [...] De tal modo le cargan pecados que no ha cometidd. A opinión de Rosalía sobre o matrimonio aparece expresada case sempre de xeito irónico. "Decides que o matrimonio / é santo e bueno. Seraio; / mais non casou san Antonio, / por máis que o mesmo demonio / tentouno a face-lo ensaid. Murguía, pola contra, cando fala de Rosalía usa sempre un discurso calculado e rara vez perde a solemnidade que o caracteriza: "Un día vino a formar conmigo el nuevo hogar y crear una familia. Desde entonces una es la voluntad y uno el amor bajo este techo" dinos para fechar a cuestión en *Los Precursores*. Resulta evidente que non se está a referir a ningún teito concreto porque viviron debaixo de varias ducias deles, pero ata onde sabemos, así debeu de ser. A pouca correspondencia que quedou, pois Murguía desfíxose de case toda ao final da súa vida, amósanos unha relación de cariño e admiración mutua. Non temos constancia, máis alá dos rumores, das posibles infidelidades do marido. O que parece claro é que Rosalía era de menos andar con requilorios.

O 24 de xuño de 1862 morre súa nai de repente dunha lesión do corazón mentres baixaba as escaleiras da casa en que viven. Murguía deixa entrever nalgún escrito as ínfulas que aínda a sogra conservaba da súa ascendencia de fidalga, da que xa só debía quedar nesa altura a memoria dos vellos pergameos e brasóns, pero tamén el bota man desa liñaxe en ocasións e mesmo fai nacer no Pazo da Arretén o poeta Juan Rodríguez de Padrón, sen que saibamos en que se fundamenta para afirmalo. No fondo semella coma se culpase a nai das desgrazas que tanto habían de acompañar a filla: «Desde sus primeros años, estuvo ya, materialmente, entre la vida y la muerte; parecía llevar en su corazón los secretos terrores que sintió su madre todo el tiempo que la tuvo en sus entrañas». Para Rosalía súa nai foi un esteo en que apoiar a súa vida. Neses días de dor escribe o libriño *A mi Madre*, que publica Compañel o ano seguinte. Sendo como di Murguía,

sen ter que aparentar unha condición que xa non teñen, ou polas razóns que fose, o caso é que cambian outra vez de domicilio, deixan a rúa do Vilar para ir á do Mercado Vello n.º 7, máis humilde, hoxe Praza da Universidade 4. Nesa casa nacera o mesmo ano que Rosalía o historiador Antonio López Ferreiro e ten actualmente a súa sede o Instituto da Lingua Galega.

Volve a Galicia Murguía para ocuparse do seu proxecto máis ambicioso: a *Historia de Galicia*.



Antiga praza do Mercado Vello e actual praza da Universidade

Vai a Vigo. No verán toman as augas no balneario de Caldas de Reis, onde coinciden ás veces co poeta Eduardo Pondal. En setembro están nas Torres de Lestrobe. "Como chove miudiño, como miudiño chove; / como chove miudiño / pola banda de Laíño, / pola banda de Lestrove..." Non hai dúbida de que o poema tivo que ser escrito nalgunha das súas estancias no Pazo de Hermida. Seguindo a nube levada polo vento, coma quen pasa o dedo por un atlas, vai nomeando os lugares que desde alí se avistan, os que verá no tren desde a outra banda cando volve do Carril, para rematar a viaxe vital no útero materno, a Casa Grande da Arretén, ao pé do "Miranda altivo", agora en ruínas, triste e solitaria, símbolo da eterna fugacidade das cousas.

A situación económica seguía a ser desesperante. Anúnciase a publicación dos *Cantares*. Morre Nicomedes Pastor Díaz, o autor de "Alborada", que ía ser o prologuista. Murguía publica a biografía de Rosalía no *Diccionario de escritores gallegos*.

El xa regresara a Madrid e Rosalía e a filla están agora en Santiago. A vida no aire, entre unha carta e outra, sempre volvendo sobre os mesmos

pasos. Coma os pedreiros, esas aves fuxidías que viven e morren no vento, sen dar nunca pousado. Deixounos ela nun dos poemas finais, sombras apenas reflectidas nas augas. "Y hoy bebiera anhelosa / las aguas del olvido, que es de la muerte hermano; / donde de los vencejos que vuelan en la altura, / la sombra se refleja".

CANTARES GALLEGOS

17 de maio de 1863. Rosalía escolle a data do aniversario do seu home para asinar *Cantares Gallegos*. A obra é un fito na nosa historia cultural, o inicio do Rexurdimento. Entre a imprenta de Gutemberg e a de Compañel que publica o libro, en Galicia non hai tinta. Estaban os cancioneros, pero Rosalía non tivo acceso a ese xardín. Estaba Sarmiento que o foi todo, e pouco máis. Se non é o grao cero, si que podemos dicir que con *Cantares* empezan a contar as nosas letras e dá inicio tamén o verdadeiro proceso de rexeneración de Galicia. Todo vai ser



Rosalía por Cardarely (década de 1860)

posible despois deles. Había algunhas obras recentes anteriores (a escolma do *Álbum de la Caridad* en que tamén ela participa, Pintos, Arión...), pero esta quere ser outra cousa e remata sendo máis do que os propios *Cantares* son: un referente simbólico para as xeracións que viñeron. Murguía explica ben en *Los Precursores*

o inicio desa angueira coma quen planifica unha batalla: "Una verdadera noche reinaba en el cielo literario de Galicia. Los soldados andaban dispersos". E noutro fragmento: "Cada uno escogió su puesto, y nuestra escritora que, como la mujer gala seguía a los suyos al combate, sabiendo que podía ayudarles, se colocó resueltamente en las primeras filas". Nos *Cantares* están, esbozados ou desenvoltos, algúns dos trazos esenciais do cosmos rosaliano. A poesía regresa ás súas orixes, cando canto e música eran a mesma cousa. Ademais de seren unha declaración de intencións, son tamén unha aposta pola dignificación dun país e dunhas xentes decote esquecidas ou aldraxadas ("Castellanos de Castilla, / tratade ben ós gallegos, / cando van, van como rosas; / cando vén, vén como negros."), dunha lingua, viva aínda, despois de cincocentos anos de obrigados silencios. Coma respondendo a un chamado ancestral: "Que así mo pediron, / que así mo mandaron, / que cante e que cante / na lengua que eu falo". Rosalía sabe que todas as palabras son prestadas. En poucos libros se amosa esa débeda de maneira tan aberta. É nese procurar a voz do pobo, como descubre tamén a voz de seu. Camilo Álvarez de Castro, chantre na catedral de Salamanca, envíalle unha emotiva carta en galego con motivo da aparición do libro, unha das primeiras escritas na nosa lingua. Nunca tivo a máis mínima vaidade literaria. "Grande atrevemento", dirá no prólogo "é, sin duda, pra un probe inxenio como o que me cadrou en sorte, dar á luz un libro cuías páxinas debían estar cheias de sol". Tan escaso era o seu afán de protagonismo que propuxo que saíra o libro a nome de Murguía. Rosalía ha de cuestionar aínda moitas veces a necesidade de escribir, mesmo de xeito desgarrado. "Mollo na propia sangre a dura pruma / rompendo a vena inchada / i escribo... escribo... para que?" O que non manifesta case nunca é o desexo de publicar. Tres anos máis tarde, na finxida carta a Eduarda, *Las Literatas*, explica que hai xa máis libros publicados que areas ten o mar. *Cantares* é polo mesmo un agasallo inagardado. Cen anos despois da súa aparición, en 1963, acordouse instituír o 17 de maio como Día das Letras Galegas. Entre 1863 e 1868 Murguía visita diferentes vilas de Galicia recollendo información para

elaborar as súas obras. Debe ser nesa época cando Rosalía fai as camiñatas polos arredores de Santiago, algunhas en compañía de Peregrina Compañel. As ruínas de San Lourenzo, a carballeira de Conxo onde se celebrara o Banquete... Estampas que a conmoven. Escríbelle a Murguía. "Anteayer fui a Conjo y nos enseñaron el Cristo. Me ha gustado muchísimo el rostro [. . .] ¡Y el bosque, qué hermosísimo estaba! Era materialmente el suelo un mar de hojas secas; no quiero decirte cuánto me acordé allí de ti. Pero estuve muy triste. Cuándo nos veremos?". "Vi aquel patio con aquella fuente tan profunda y aquella virgen de piedra, todo lo cual me ha dejado encantada. ¡Que silencio tan inmenso! ¡Y tú nunca has querido llevarme allí! De buena gana hubiera pagado una habitación en San Lorenzo para poder escribir en aquel claustro". Despois reflícteos nos poemas. "Conxo, o do craustro triste i as soedades prácidas, / San Lourenzo, o escondido, cal un niño antre as ramas". O reproche que lle fai a Murguía é curioso tendo en conta que falamos de lugares que están á beira mesmo da cidade. De novo a condición da muller. No prólogo xa citado de *La hija del mar* escribira: "todavía no les es permitido a las mujeres decir lo que sienten". Moito menos facelo. Á parte diso, debían vivir bastante á marxe. Non consta que o matrimonio participase na vida social de Santiago e mesmo hai quen apunta que Rosalía era xulgada ás veces coma unha muller *estrafalaria*, quixais porque rexeitou despois aqueles salóns onde a ollaran con receo nos días de xuventude. O certo é que sempre preferiu a beleza dos campos e a das *frondas*, a dos arrabaldos da cidade, ou buscou dentro dela, para si, recantos de silencio. Unha fonte na alta noite. "¡Calade, ouh ventos nouturnos; / calá, fonte da Serena, / que alá por cabo das Trompas / quero oír quen chega!" As naves da catedral. A penumbra violeta do pórtico. "Estarán vivos?, serán de pedra / aqués sembrantes tan verdadeiros, / aquelas túnicas maravillosas, / aqueles ollos de vida cheos?"

Malia as afirmacións que os sitúan en Lugo nestas datas, a día de hoxe só se ten constancia de que era Murguía quen se desprazaba para visitar o editor da *Historia de Galicia*, Soto e Freire. En 1864 os seminaristas desa cidade

rompen os cristais do seu periódico *El Almanaque de Galicia* onde se ía publicar *El Codio*, no que Rosalía criticaba a súa forma de vida miserenta coma as codias do pan. En 1866 publícanse o relato *Ruinas e El Cadiceño*, unha sátira do emigrante desleigado que regresa á terra, unha reflexión sobre o autoodio e a perda da propia identidade. Nese ano hai constancia da venda dunha leira que posuía a escritora en Luáns (Iria), a única propiedade que saibamos que tivo, herdanza da súa nai. Figura no documento notarial cos dous apelidos maternos: Rosalía de Castro Abadía. Ela asinaba normalmente como Rosalía Castro de Murguía, quizais por non repetir a preposición. En 1867 publícase tamén na imprenta de Soto e Freire *El caballero de las botas azules*, ambientada en Madrid, unha mestura de realismo e fantasía que critica a moral ruinceira da aristocracia e da burguesía do momento, na liña do pensamento krausista. É invitada aos Jocs Florals de Barcelona. "Venga usted, señora, será la reina del certamen". Pero declina a invitación.

Están de novo en Lestrobe cando se produce a revolución de 1868 que vai permitir o regreso de moitos republicanos amigos de Rosalía e Murguía exiliados nos anos anteriores: Castelar, Pi i Margall, Eduardo Chao... Pódense retomar agora de novo demandas progresistas coma o matrimonio civil, o laicismo ou o sufraxio universal. Murguía forma parte da Xunta Revolucionaria de Santiago aínda que non participa activamente nela.

SIMANCAS. AS SEMENTES DE ALEJANDRA

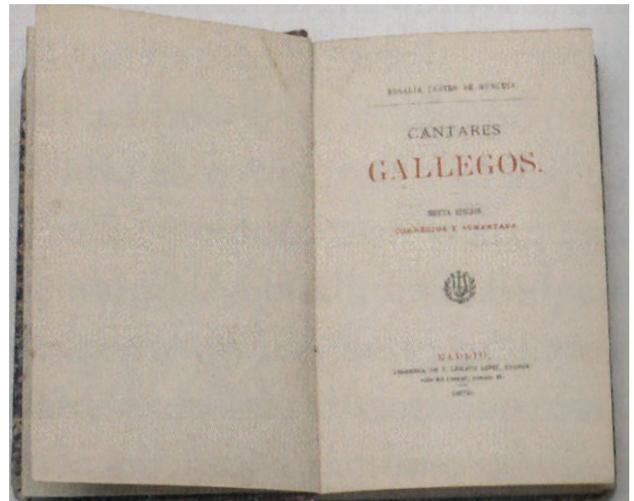
Desde sempre degoirou Murguía ter unha praza de funcionario. En novembro de 1868 cos seus amigos revolucionarios no goberno chegoulle a oportunidade e foi nomeado xefe do Arquivo de Simancas (un dos máis importantes do Estado). A el parecíalle o máis triste dos lugares. As ausencias do posto de traballo parece que foron continuas. Un médico amigo cubría as baixas oportunas. En decembro de 1868 nace Aura en Compostela (rúa Callobre). Viviu ata 1942, ano en que morre en Carmona (Sevilla), onde casara. Tivo xemelgos que faleceron ao pouco de naceren. En setembro de 1869 van para Simancas

Rosalía e Alejandra, e despois foi Aura, que quedara en Santiago coas criadas. A vila ten apenas mil habitantes. Non se afixeron a vivir alí nin deixaron amizades. O pai de Murguía escribíalle á neta Alejandra falándolle das romarías e dos carros de centolas e lagostas que chegaban á praza de Santiago, mandáballe sementes para que as plantase naquel ermo e textos en galego para non esquecer a lingua. O carácter de Murguía era áspero. As disputas cos empregados son frecuentes e rematan cunha labazada a un subalterno. Acordouse polo visto nos seus xuramentos do capitán xeneral e do ministro do ramo. O 6 de outubro de 1870 é trasladado ao Arquivo do Reino de Galicia na Coruña, rebaixado por tanto de categoría xa que pasaba a un arquivo de provincias. Simancas foi un recordo triste para o matrimonio pero é de tristeza e dese alleamento, daquelas sementes de Alejandra, de onde xurdirán como veremos máis tarde *Follas Novas*. A fins de 1869 ou principios de 1870 parece que Rosalía coñece en Madrid a Gustavo Adolfo Bécquer. Alejandra pasou pola casa do escritor en decembro de 1870 para cobrar un artigo que súa nai publicara en *La Ilustración Española*. Atopou o poeta, cheo de frío, envolto en mantas e moi enfermo. Morreu aos poucos días. Se como se di, cando aconteceu o pasamento, Rosalía estaba na capital facendo unhas xestións a prol do seu marido, hai que pensar que estivera presente no sepelio.

Murguía tenta volver a Madrid. Na Coruña, que é onde ten por forza que estar, alugan piso na rúa do Príncipe n.º 3 (despois Padilla). Ela está de novo embarazada. En xuño van tomar as augas a Caldas, pero atopándose indisposta pasan uns días en Lestrobe, onde nacen o 2 de xullo 1871, os xemelgos Gala e Ovidio. Eran nomes poéticos os dos fillos. Dous deles están no inicio daquel poema de Arnaut Daniel *L'aura amara I fa'ls bruels brancutz clarzir*. Gala, que vivirá ata os 92 anos (morre en 1964 na Coruña), dixo que súa nai escoitara o seu nunha rúa de Simancas e que foi entón cando decidiu poñerllo á primeira filla que despois tivera. Ovidio vai ser un dos pintores máis importantes da que se deu en chamar "Xeración Doente" e morreu aos 29 anos. O nome ten que ver, a non dubidar, co gran poeta latino. A fins do verán —dourarían os acios en

Lestrobe na súa "parra de albaririas uvas"— regresan á Coruña. O 13 de decembro dese ano morre o pai de Rosalía. En 1872 publícase a segunda edición dos *Cantares*. É un momento de serios atrancos económicos para a familia. En Padrón, nunha casa da rúa Murgadán (hoxe, n.º 5), na que algúns autores afirman que tamén habitou Rosalía, morre o seu tío José María, o vinculeiro dos Castro que tanto afecto amosara por ela, e o pouco que quedaba da herdanza vai pasando a mans da pequena burguesía local.

Proclámase a República en febreiro de 1873. O 17 xullo nace Amara na Coruña, que morrerá sen descendencia en 1921, aos 48 anos. Aínda que Murguía mantén a praza no Arquivo do Reino de Galicia, é este un período angustioso pola escaseza de recursos e os moitos fillos, tres deles pequenos. Rabea por ir para Madrid, pero os amigos non poden atendelo coa prontitude que sempre el quixera e os inimigos —nunca refugou un enfrontamento, e foron moitas as polémicas



Fotografía dun exemplar da segunda edición de *Cantares Gallegos*

nas que se veu metido ao longo da súa vida— aproveitan os momentos de dificultades. Fíanlles nas tendas, non poden pagar o piso e teñen que se enfrontar a denuncias por impago. O pai de Murguía, Juan Martínez, acúsaos de non pensaren máis alá do día de hoxe e dilles que se conta deles que comen e beben ouro. Sabe que a caída do goberno levará consigo tamén a de Murguía na praza que ten na Coruña e preguntalle nunha carta se cree que os miles de reais son areas do mar. Axúdaos non obstante coas

débedas. Murguía volve ás desavinzas cos empregados ao pouco de reintegrarse no arquivo. Pide baixas por enfermidade do médico amigo que xa llas dera en Simancas. Non hai relo. Ese desgobierno foi frecuente na vida de Murguía e por tanto na de Rosalía, coma se o azar puidese sempre resolvelo todo. O pai morre en novembro de 1874 e Murguía recibe algúns cartos e unha casa no lugar de Luci (Teo), onde pasara algunhas tempadas da súa infancia. Véndea poucos días despois.

O golpe de Estado de Pavía ponlle fin á República en xaneiro de 1874. En 1875 a restauración da monarquía borbónica derruba o réxime revolucionario de 1868 e Murguía é efectivamente destituído tendo que buscar de novo apoios. Un amigo consegue que o destinen de bibliotecario a Valencia, pero chega sete días tarde e perde a praza. Volve a Galicia.

CANDO ERA TEMPO DE INVERNO

Agora van estar en Santiago ata 1878. Quedan aínda algúns cartos da herdanza do pai. Viven na rúa da Senra n.º 17, unha zona máis cara que se poderán permitir mentres duren os posibles. Chega Rosalía embarazada de Adriano que nace o 10 de abril de 1875. O 4 de novembro de 1876 o neno morre ao caerlle á ama de costas dunha mesa. "Era apacible el día" (*En las orillas del Sar*) reflectirá os momentos dramáticos do enterro do neno. "Tierra sobre el cadáver insepulto / antes que empiece a corromperse... ¡tierra!" Berra Rosalía as súas dúbidas. Respóndese a si mesma: c'Es verdad que todo / para siempre acabó ya? / No, no puede acabar lo que es eterno". Afúndese en certezas que non quixera ter: "Nada hay eterno para el hombre, huésped / de un día en este mundo terrenal". Han de ser moitos os versos dramáticos que non esgotan os infinitos matices da desesperanza: "Acá abajo los yermos de la vida, / más allá las llanadas del vacío". Xa está embarazada outra vez cando Adriano morre. O 14 de febreiro de 1877 nace morta Valentina. Coma súa nai, son enterrados os dous no cemiterio de San Domingos de Bonaval. "Santo Domingo, en donde canto eu quixen descansa, vidas da miña vida, anacos das entrarias". Vese sumida nunha fondísima depresión. "Del luto de mis noches / mi

ángel funesto / tejió un velo pesado, / tupido y denso / más que las sombras / que en los hondos abismos / eternas moran". Sabe que non terá máis descendencia. "Y la esperanza / no alumbró más el yermo / de mis entrarias". Tampouco os seus fillos han de tela e desaparecerá con eles a estirpe dos Murguía - Castro. Os cartos van a menos e teñen que despedir dúas criadas. Murguía viaxa a Portugal para estudar a arte manuelina.

Seguramente a principios de 1878 vanse a vivir á rúa Altamira n.º 2, onde o aluguer é máis



Óleo de Rosalía por Brocos

barato. Esgotados outra volta os recursos, Murguía volve mover os fíos. En 1878 Alejandro Chao, chámalo a Madrid para dirixir *La Ilustración de Galicia y Asturias*. Sabe o vello amigo da súa irritabilidade e desas indolencias periódicas que lle dan, pero tamén sabe que é unha das plumas mellor cortadas do Estado e un símbolo da galeguidade na emigración, de onde o editor vén. Colaboran algúns dos máis brillantes escritores do momento: Rosalía, Pardo Bazán, Clarín, así como recoñecidos ilustradores: Dionisio Fierros, Avendaño, Brocos ... É desde logo unha publicación extraordinaria, pero non rendible. Outra vez máis, en 1879, é cesado Murguía como director da revista.

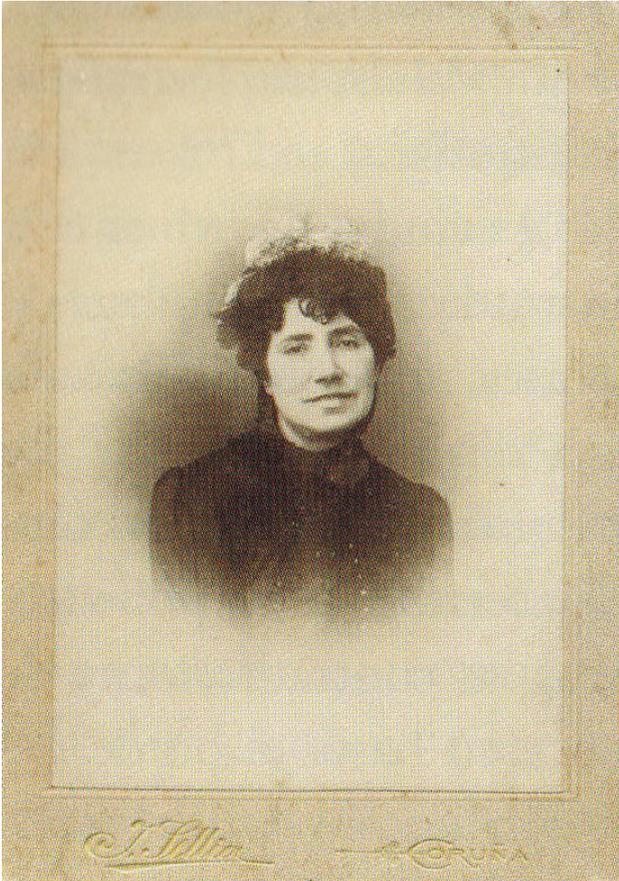
"Cando era tempo de inverno / pensaba en donde estarías". Rosalía está enferma con cinco fillos en Santiago fiando soidades e Murguía en Madrid, atento, iso si, ás necesidades da prole. Ata onde pode atendelas. O soldo non é o que agarda. As cartas son case diarias. Alejandra foi en ocasións coma unha irmá para Rosalía e sérvelle de consolo nas longas separacións. Aquel escondedoiro para escribir, *A Room of One's Own*, que Virginia Woolf demandaba cincuenta anos despois, estaba en Rosalía poboado de pícaros que atender, de dores e pantasma. Cambian varias veces de casa en Santiago (Hórreo, n. 9 e Rúa do Vilar, n. 45) ata que en 1879 ou 1880 deciden mudarse a Lestrobe, así aforrarán cando menos, dilles Murguía nunha carta, "los doce duros que pagais de casa". El queda na capital elaborando un traballo sobre os foros e volve sobre a *Historia de Galicia*. Contábase que Rosalía plantou no xardín de Lestrobe enredadeiras e azaleas e que escribía á sombra dun grande érbedo. Na "Durmida", como se chama aínda a propiedade, celebraron no ano 1930 os republicanos galegos o famoso "Pacto de Lestrobe". Xosé Vázquez Batalla, o dono nesas datas, sempre dixo que esa era a verdadeira casa de Rosalía. Para respectar a súa memoria ao secar o vello érbedo moitos anos despois, cavou un rego fondo coa axuda dos veciños e enterrou a árbore coma se dunha persoa se tratase. Cando Rosalía se acolle novamente nas Torres, viven alí seus tíos e seu curmán José Hermida, un personaxe curioso do que os paisanos dicían que tiña a cabeza algo *ambulante*. Tanto se paseaba polos salóns da corte como publicaba acendidos artigos libertarios. O fidalgo de barbas brancas e mirar alucinado, que herdaría o pazo antes de llo vender ao republicano Batalla, quedou retratado por Castelao en *Sempre en Galiza*, onde dicía que usaba camisas de liño do país, que se mantiña de leite, de boroa e de sol e que deixou que as andorrias aniñaran nos paredóns esfuracados. Desbaldiu a herdanza cortando as árbores da finca, escribía versos describindo C'os contornos indecisos" das viúvas de Padrón, defendeu a capa e espada o mítico Banquete de Conxo e seica entrou na catedral cunha escopeta para matar o apóstolo. El estivo presente en Compostela no bautizo de Alejandra, na igrexa

de Salomé, no nome do padriño ausente, Alejandro Chao, que non puidera acudir. Ata 1883 Rosalía e os seus fillos van permanecer en Lestrobe. O mestre da aldea leva os escolares a ver a escritora sentada na mesa de pedra da horta e dilles que semella a Virxe dos Afixidos, unha fermosa talla neoclásica do escultor Manuel de Prado que se conserva no outro pazo do lugar, o Palacio, residencia dos arcebispos composteláns, retratado tamén por Rosalía nos seus versos. "I o Palacio, serio e grave, / ¡canto en pura luz se baña! / Tal parés pesada nave / que volver ó mar non sabe, / se encallou na fresca braria".

FOLLAS NOVAS

En xuño de 1880 publícase *Follas Novas* na imprenta de *La Ilustración Gallega y Asturiana*, pero é unha obra que Rosalía empezara a escribir anos antes, en 1872, durante a súa estancia en Simancas. Revélaos no prólogo: "gardados estaban, ben podo decir que para sempre, estes versos [...] Máis de dez anos pasaron [...] desde a maior parte destes versos foron escritos, sin que as contrariedades da miña vida desasosegada, i unha saúde decote endebre, me permitisen apousar neles os meus cansados ollos i o meu fatigado espírito. [...] Escritos no deserto de Castilla [...] en medio de tódolos destellos". O compromiso coa lingua mantense pero afiánzase a conciencia crítica: "...menos pode o poeta prescindir do medio en que vive e da natureza que o rodea; ser alleo a seu tempo..." Poesía social, sempre con Galicia como pano de fondo, que tropeza co silencio dos intelectuais afeitos a achegamentos costumistas e banais. Déixao claro desde o primeiro verso. Rosalía non é "daquelas que cantan as pombas i as frores". Bota sal nas feridas. Nada máis lonxe que a visión amable que moitas veces se quixo transmitir. "Non coidarei xa os rosales que teño seus, ni os pombos: / que sequen, como eu me seco, / que morran, como eu me morro". Hai moitas Rosalías en *Follas Novas*. "Vaguedás": "Diredes destes versos, i é verdade, / [...] que se asomellan á parruma incerta / que voltexa no fondo das curtirias". "Do íntimo": "Hai infernos na memoria". Lede "A xusticia pola man". É unha muller quen fala. En "As viudas dos vivos

e as viudas dos mortos" a poeta reflexiona con crueza sobre a praga da emigración. Sen esperanza: "Dentro dun mes, no simiterio imenso / da Habana, ou nos seus bosques, / ide a ver que foi deles..." Préstalle a forza da súa voz ás mulleres que quedan. "¡Olvidémo-los mortos!"



Rosalía por Sellier (c.1880)

Moitas visións, coma caras facetadas dun poliedro. *Unha rosa de cen follas*. Están nela todas as contradicións de quen viviu intensamente. De quen se achegou ata a beira do abismo e ollou máis alá. Vellos medos con nomes diferentes. "That whiter host". *O hóspede máis branco* de Emily Dickinson. "Le soleil noir". *O sol negro da melancolía* de Nerval. *A Negra sombra*. "Cando penso que te fuches, / negra sombra que me asombras, / ó pé dos meus cabezales/ tornas facéndome mofa".

A afirmación do prólogo dos *Cantares*, tantas veces repetida: "non habendo deprendido en máis escola que a dos nosos probes aldeáns", é froito simplemente da humildade da escritora. Detrás da súa obra inmensa, universal, están, como non podía ser doutra maneira, os clásicos: Homero e

Shakespeare, Dante, Góngora, Camoens e San Juan de la Cruz, e tamén os escritores do seu tempo: Poe e Heine, Hugo, Goethe ou Lord Byron, por citar tan só algúns autores que se poden atopar doadamente nos seus textos.

En 1881 publícanse *Padrón y las inundaciones*, asinado en Lestrobe, e *El pirrner loco*, ambientado no mosteiro de Conxo. Estaba en debate neses anos se o convento se podía converter en sanatorio para acoller os enfermos mentais abandonados polas rúas, como propoñía Espoz y Mina, a condesa liberal, fronte á oposición da Igrexa. En marzo sae o artigo *Costumbres gallegas*, en que relata a tradición dalgunhas vilas mariñeiras de ofrecerlles aos náufragos a compañía da muller ou dunha filla como sinal de hospitalidade, o que provoca críticas feroces contra ela. Xa o adiantara no prólogo de *Follas Novas*: "difícil é que volva a escribir máis versos na lingua materna", pero cando en xullo Murguía lle fala da necesidade de publicar en galego outro libro de poemas, contéstalle nestes termos: "Que algarada ha sido esta que en contra mía han levantado, cuando es notorio el amor que a mi tierra profeso? [...] ni por tres, ni por seis, ni por nueve mil reales volveré a escribir nada en nuestro dialecto, ni acaso a ocuparme de nada que a nuestro país concierna. Con lo cual no perderá nada, pero yo perderé mucho menos todavía. [...] No quiero volver a escandalizar a mis paisanos". Xenio non lle faltaba desde logo. E retranca tampouco. Mellora entón algo a saúde. En 1882 aparecen en revistas os primeiros poemas de *En las orillas del Sar*. Volve Murguía a Galicia. Manuel Barros chámalo desde Buenos Aires para colaborar en *La Nación Española* onde publica diversos artigos. Escribe tamén en *El Eco de Galicia* de La Habana de Waldo Álvarez Insua. Os galegos de ultramar seguían con fervor as obras de Rosalía e a figura de Murguía como historiador e como etnógrafo, como defensor infatigable de Galicia era, e había de seguir sendo ata a súa morte en 1923, un referente.

EN LAS ORILLAS DEL SAR

Cando Murguía recibe unha asignación para elaborar o catálogo dos monumentos artísticos de

Galicia alívase algo a situación económica da familia. En 1883 pasan a vivir na aldea da Matanza, en Padrón, á beira da vía do tren. Viaxa aínda el a Madrid. "Pero yo en el rincón más escondido / y también más hermoso de la tierra, / sin esperar a Ulises, / que el nuestro ha naufragado en la tormenta, / semejante a Penélope / tejo y destejo sin cesar mi tela". Non sabemos o que hai de certo na historia de que Rosalía lles ensinaba a ler no xardín aos rapaces da aldea, pois o cancro avanzaba xa imparable minando definitivamente a súa saúde. É nestes intres cando Lois Tobío lle escribe a carta da que citamos un fragmento ao inicio destas liñas, conservada por Bouza Brey: "Mi anciana abuela María Josefa Martínez Tobío, cuyo nombre no debe serle desconocido...", que lle contesta Rosalía nos termos afectuosos que vimos. Aínda así, fáltannos datos que expliquen ese longo arreda-



Retrato da familia na horta da Matanza en 1883/4

mento da familia paterna. A visita que non pode facer estaba xa cumprimentada nos seus versos: "Pasenirio, paseniño, / vou pola tarde calada, / de Bastabales camirio". O alcalde de Padrón, Ángel Baltar, amigo da escritora desde os tempos da infancia, vendo a situación en que se atopa ponse en contacto co Centro Galego de La Habana que

a través de Waldo Álvarez Insua lle envía 10000 reais recadados nunha función benéfica. Murguía ten alugado un piso en Santiago para poder estar preto das súas bibliotecas. Publica el en 1884 *El arte en Santiago* e no mes de abril sae do prelo *En las orillas del Sar*, a derradeira obra da escritora. Nada que ver co romantismo vougo. Poucas obras tan desacougantes coma esta e tan radicais. Ningunha desde logo no panorama literario español: "Ya que de la esperanza, para la vida mía, / triste y descolorido ha llegado el



Iglesia de Iria y cementerio de Andina

ocaso, / a mi morada oscura, desmantelada y fría, / tornemos paso a paso, / porque con su alegría no aumente mi amargura / la blanca luz del día". Está gravemente enferma desde seis meses antes pero xa daquela ficaba o texto case rematado. O 18 de maio de 1884 chégalle carta do poeta e amigo Eduardo Pondal: "Mi muy estimada y distinguida amiga: avidamente, y con un placer indecible, he leído las estrofas de su última colección poética". Recibe despois a visita de Manuel Barros e a súa dona. "Pero la ilustre cantora de Galicia yace enferma triste y pobre en una desmantelada casa". Non era pois o edificio afortunadamente restaurado que agora podemos contemplar. Na fotografía dese mesmo ano no xardín nada fai presaxiar aínda o fatal desenlace. Ela óllanos con naturalidade desde o centro da composición, coma se xa fechasen todas as feridas. Míranos desde o futuro coma se fósemos nós os retratados. Ten unha pequena flor branca nunha man e coa outra acariña un cadeliño pinto que se agocha. O home coroa o cumio da pirámide que compoñen os seus arredor dela. Debe de ser unha das fotos máis fieis que temos da escritora. Amais o retrato que Modesto Brocos

Ile pintou en 1880. En maio de 1885 visita a o xornalista Lisardo Barreiro. Bate cun seixo no portal da horta. Ladra inqueda no xardín o can da foto. Recíbeo o rapaz Ovidio e fala con Murguía no estudio rodeado de libros. Rosalía, cos fillos arredor de si, xace no leito case sen alento. Pero debeu sacar forzas para asistir aínda a unha misa na igrexa de Iria, porque explica Murguía como a ve partir con eles pola vía inundada de sol e como á saída do templo bica primeiro "una sepultura y con ella cuantas en el atrio encerraban algo suyo". Senón é literatura o que se conta, esa sepultura singularizada ten por forza que ser a do pai, soterrado aos pés da portada oxival do templo. É entón, no lapso desa breve melloría, cando realiza a viaxe en tren coa que empezamos esta pequena achega biográfica. Murguía está traballando en Los Precursores, á présa, para que ela poida ler o capítulo que levaba o seu nome, pero non puido ser. As últimas liñas non podían estar no texto orixinario: "En sus ojos no se refleja ya otra luz que la del mal que la consume y aniquila".

O mar que Rosalía quixo ver nos derradeiros intres era o da *Ría de Padrón*, que se vía naquel tempo desde alí. Chamoulle así Sarmiento ao río Ulla e dicímoslle *mar* aínda nós hoxe os que vivimos en toda a Terra de Iria. Despois, coma os rumores dunha ruada lonxana, van esvaendo as voces e os rostros queridos. *Rosebud*. No calcapapeis que rolou sobre as táboas puídas do sollado da casa sucédense vertixinosas as imaxes: os enxidos primeiros onde folgou de nena, unha rúa solitaria que bañaba un sol sereno, as follas louridas das carballeiras de Lestrobe arremuiñadas arredor das Torres dos Hermida... "É que a morte quierme para o seu enxido". En Padrón cérrese o círculo da existencia rosaliana. Pediuno ela. Ser soterrada no cemiterio de Adina, o derradeiro enxido que tamén se ve desde as fiestras da Matanza. "¡Quero quedar onde os meus dores foron!" Murguía identifica nunha imaxe fermosa aquelas roseiras dos versos da infancia coas deste outro seu xardín. Han de estar despois no poema de Pimentel, baixo da chuvia, a carón das escalinatas dun pazo. Ovidio esbozou aínda un retrato, que conservamos, da nai morta. Déuselle sepultura ao día seguinte, o 16 de xullo de 1885. Pedreiros ían e viñan polo ceo azul de Adina.

O DERRADEIRO TREN. A CASA DE ROSALÍA

O mesmo día do pasamento recibíuse na Matanza unha crítica eloxiosa de *En las orillas del Sar* na *Rasegna Nazionale* de Firenze. Foron innumerables as mostras de afecto, sobre todo as chegadas da emigración. Quizais, ou quizais non, os relatos que falan do lamentable abandono da tumba dous meses despois tan só repiten o que ela deixou escrito: "Nun corruncho do adro / onde as ortigas ásperas medraban, / sin cruz, serial, nin lousa, / alí quedou perdida e sepultada".

Pasados case seis anos, fronte á oposición dos que defenderon que se respectasen as derradeiras vontades da escritora, acordouse trasladar os seus restos a Compostela. Deixou ouvir diante de Murguía a súa queixa o fidalgo de Lestrobe, seu curmán José Hermida, pero a decisión estaba tomada e Rosalía proseguía co seu peregrinar despois de morta. Cando o historiador portugués Oliveira Martins recibiu o aviso para asistir ás exequias xa era tarde. "Sinto por iso não poder contribuir para a apotheose de Rosalía Castro. [...] Desde o Finisterra polo menos até o



Lugar no cemiterio de Adina onde foi enterrada

Rosalía

Mondego, o povo é absolutamente o mesmo [...] Galegos somos pois". *Dende as fartas orelas do Mondego* puido escribir coma Rosalía nun seu verso. O 25 de maio de 1891 procedeuse á exhumación do cadáver. Un mesmo sepultureiro remove outra vez a mesma terra de Adina e abre o ataúde de cinc dentro do que se conserva o corpo case intacto cun ramallete de pensamentos descoloridos entre as mans. Non se preguntou ás xentes do pobo, que xa daquela recitaban de cor os seus poemas, as palabras que ela lles pedira prestadas, pero contan as crónicas da

época que os campesiños se descubrían con respecto ao paso da comitiva polas veigas de Iria e paraban nos seus trafegos coas eixadas ao lombo. Desde a estación de Padrón, Rosalía volveu subir no tren dos Trulock, aquel que xa tomara no Carril cando empezamos estas liñas. Ata a estación de Cornes, en Conxo, viaxou na locomotora o cadaleito. Alguén había de ver desde a fiestra do vagón que o campo estaba salferido de lirios nesa hora. "Formoso campo de Cornes / cando te crobes de lirios, / tamén se me crobe a ialma / de pensamentos sombrisos". Desde alí, a uns pasos de onde nacera, nun carro mortuorio foi trasladada a Compostela. Na Praza da Universidade, a carón dunha das tantas casas que non tivo, entoouse o *Pietà Signore* de Alessandro Stradella diante dos milleiros de persoas que se congregaron. Ao paso da comitiva fúnebre fecharon as tendas en sinal de dó. Á tardiña chegou a multitude a San Domingos. Interpretouse unha *Misa de Réquiem* que un tío avó de Murguía compuxera e depositouse á fin o corpo nunha das capelas do templo, hoxe Panteón de Galegos Ilustres. O monumento sepulcral foi promovido polos emigrantes galegos na Habana, os mesmos que a axudaran nos días finais da enfermidade. Tamén desde a Habana, volveu en 1904 a Galicia o poeta Curros Enríquez para depositar un ramo de flores na tumba de Rosalía. "Collidas a pedir de porta en porta [...] aquí estas frores a tragerche verio".

Todo empezou en Compostela unha noite chuviosa de incertezas, pero non rematou un mediodía no que se fecharon os seus ollos na Matanza noutra casa prestada que xa é un símbolo: A Casa de Rosalía. Desde aquela un regueiro de palabras foi medrando coma un fio de Ariadna que nos guía desde o fondal dos tempos. O demais xa o sabedes.



Curros Enríquez na tumba de Rosalía en San Domingos

ROSALÍA DE CASTRO. CRONOBIOGRAFÍA

- 1837** **COMPOSTELA**
Nace no concello de Conxo (despois anexionado ao de Santiago de Compostela), nunha casa do Camiño Novo (hoxe rúa Rosalía de Castro), na madrugada do 24 de febreiro de 1837. Súa nai era María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía (1804-1862), nada no Pazo da Arretén, en Padrón, de ascendencia fidalga por tanto, pero xa moi en decadencia neses entres. O pai, José Martínez Viojo, natural de San Xoán de Ortoño, exercía como sacerdote na Colexiata de Iria. É bautizada no Hospital Real (actual Hostal dos Reis Católicos) como María Rosalía Rita, "filla de pais incógnitos", actuando de madriña María Francisca Martínez, criada de confianza da nai.
- 1837-?** **Ortorio (AMES)**
As noticias que temos destes primeiros anos proceden exclusivamente por tradición oral da familia paterna e aparecen expostas en carta de Luis Tobío Fernández enviada a Fermín Bouza Brey no ano 1923. Segundo esta, Rosalía foi criada pola muller dun xastre de Ortoño, correndo o pai cos gastos da manutención ata que pasa a vivir na chamada casa do Castro coa familia do capelán.
- 1842** **PADRÓN**
Rosalía vive coa súa nai e coa criada María Francisca Martínez en Padrón, nunha casa da rúa do Sol (actual Xoán Rodríguez do Padrón) da que tamén son copropietarias as tías de Rosalía. Nestes anos pasa algunhas tempadas en Lestrobe, no Pazo dos Hermida, onde casara súa tía M.a Josefa de Castro.
- 1847** **COMPOSTELA**
No documento de venda da casa de Padrón a nai de Rosalía figura nese ano habitando en Compostela.
- 1850**
En Santiago residen as dúas, coa criada xa citada, na rúa Bautizados.
- 1852**
Participa nunha primeira actuación teatral no Liceo de La Juventud.
- 1853**
Viaxa a Muxía, á romaría da Virxe da Barca, con Eduarda Pondal, irmá do poeta, tamén amigo dela. Collen as dúas o tifo e Eduarda morre. É o ano da fame en Galicia. Murguía pon en boca de Rosalía a descrición da situación terrible pola que pasa a cidade de Santiago nese inverno.
- 1854**
Protagoniza *Rosamunda* de Gil y Zárate no Liceo. Nestes anos interpreta diferentes papeis cando menos noutras cinco pezas teatrais.
- 1855**
Despois da exclaustación, o arruinado convento de Santo Agostiño, sede do Liceo, ten alugadas algunhas das súas habitacións. Alí vive Rosalía coa nai e coa criada e con outros familiares da escritora. Tanto nese ano 1855 coma nos primeiros meses do seguinte figuran na documentación diferentes lugares de residencia. Están aveciñadas en Padrón e sabemos que ela pasa ese inverno en Lestrobe.
- 1856** **MADRID**
En marzo celébrase o famoso Banquete de Conxo, aínda que ignoramos se Rosalía participou nel. Consta que en abril de 1856 abandonan unha casa de aluguer en Santiago na Porta Faxeira e que nese mesmo mes, desde Padrón, viaxa a Madrid. Vive nunha casa da rúa Ballesta, propiedade da súa curmá Carmen Lugin. No mes de xullo, nunha das algaradas contrarrevolucionarias que suceden ao bienio progresista, está a piques de ser acadada por unha bala perdida nun balcón.
- 1857**
Publicase *La Flor*, o seu primeiro libro. Manuel Murguía, crítico xa de prestixio na prensa madrileña, fai unha eloxiosa reseña deste. Rosalía e Murguía fanse mozos desde fins dese ano.

1858

Na praia de Santo Amaro da Coruña aparece afogado o poeta Aurelio Aguirre, amigo dos días do Liceo e referente simbólico do romanticismo galego. Publicación de *Lieders*. Rosalía está embarazada. O 10 de outubro de 1858 casa con Manuel Murguía na igrexa de San Ildefonso de Madrid. Regresan a Galicia no mes de decembro xa que a escritora está gravemente enferma.

1859

COMPOSTELA

O 12 de maio, nunha pensión da rúa da Conga nace a súa filla Alejandra Teresa (Alejandra) (1937). Murguía trasládase á Coruña para dirixir o *Diario de La Coruña*, pero a publicación desaparece aos tres meses. Pasan alí un breve tempo. Murguía viaxa a Vigo e despois vai ela. Viven nun cuarto na imprenta de Compañel (rúa Real), que vai publicar ese ano a súa primeira novela: *La hija del mar*. A nai entre tanto aluga piso en Santiago, na rúa do Vilar, a onde Rosalía regresa.

1860

MADRID

En xaneiro participa nunha velada en favor dos soldados da guerra de África. En outubro Murguía vai a Madrid (*La Crónica de Nueva York*) e séguelo a fin de ano Rosalía. A filla queda en Compostela coa avoa e cunha ama de cría.

1861

Publicación en *El Museo Universal* do primeiro poema en galego "¡Adiós qu'eu voume!" ("Adiós ríos, adiós fontes" en *Cantares*). Publica Flavio, por entregas. O matrimonio viaxa por España (Alacant, Murcia, Extremadura, A Mancha...). No mes de decembro a nai da escritora e a filla Alejandra viaxan a Madrid para regresar con ela.

1862

COMPOSTELA

Seguen a vivir en Compostela na rúa do Vilar onde falece repentinamente a súa nai, dona María Teresa de la Cruz de Castro y Abadía.

1863

Pasan a vivir entón no Mercado Vello (hoxe Praza da Universidade). Publica o poemario *A mi madre*. O 17 de maio publícase na imprenta de Juan Compañel en Vigo *Cantares Gallegos*, a obra fundacional das nosas letras.

1864

Aparece *Contos da miña terra* (despois *Conto gallego*). Os seminaristas de Lugo rompen os cristais de *El Almanaque de Galicia* de Soto e Freire onde se ía publicar *El Codio*, en que Rosalía criticaba a súa forma de vida.

1865

Posiblemente Murguía dispoña temporalmente dunha vivenda en Lugo, propiedade de Soto e Freire, o editor da súa *Historia de Galicia*, pero non hai constancia de que o matrimonio vivira nesa cidade. Rosalía segue a residir no Mercado Vello en Compostela. Publica un conto satírico *El Cadiceño* e o artigo feminista *Las literatas*. Carta a Eduarda.

1866

Publicación por entregas do relato Ruínas. No verán probablemente Rosalía está en Lestrobe. En setembro están empadronados na rúa Calobre, en Compostela.

1867

Publícase *El caballero de las botas azules*. É convidada aos Jocs Florals de Barcelona, aínda que non acepta a invitación. En Cataluña hase de seguir sempre con grande interese a obra de Rosalía, traducindo moitos dos seus poemas.

1868

A revolución de 1868 propicia o nomeamento de Murguía como director do Arquivo de Simancas Toma posesión o 5 de decembro. O 7 de decembro nace Aura (t 1942) en Santiago, na vivenda da rúa Calobre.

1869

Simancas (VALLADOLID)

Nun primeiro momento, en setembro, van para Simancas Rosalía e Alejandra, e despois Aura, que quedara en Santiago coas criadas. En decembro deste ano ou a principios de 1870 afirma Alejandra que súa nai coñeceu o poeta Gustavo Adolfo Bécquer.

1870

En Simancas Rosalía escribe algúns dos primeiros poemas de *Follas Novas*. En outubro Murguía é destinado ao Arquivo do Reino de Galicia na

Coruña. A fins dese ano e principios do seguinte Rosalía está en Madrid polo que é posible que asistise ao enterro de Bécquer que falece nesas datas.

1871 **A CORUÑA**

Regresa a Galicia. Na Coruña alugan piso na rúa do Príncipe (Padilla) onde viven con dúas criadas. Está de novo embarazada. O 2 de xullo 1871, estando en Lestrobe, nacen os xemelgos Gala Blanca Eleonora (Gala) (t1964) e Ovidio (t1900). Prodúcese o pasamento do pai de Rosalía, D. José Martínez Viojo.

1872

Publícase a 2.ª edición de *Cantares Gallegos*.

1873

Proclámase a República. O 17 de xullo nace Amara Honorata María del Carmen (Amara) (t1921). O matrimonio pasa por graves problemas económicos.

1874

Morre o pai de Murguía, D. Juan Martínez.

1875 **COMPOSTELA**

Coa restauración monárquica Murguía é destituído. Van vivir agora en Santiago, na rúa da Senra, onde o 10 de abril nace Adriano Honorato Alejandro (Adriano). O matrimonio vive cos seis fillos e tres criadas.

1876

O 4 de novembro morre Adriano ao caerlle á ama de costas dunha mesa.

1877

O 14 de febreiro nace morta Valentina.

1878

Seguramente a principios dese ano trasládanse á rúa Altamira. Murguía vai a Madrid para dirixir *La Ilustración de Galicia y Asturias*.

1879

Viven aínda na rúa do Hórreo e na rúa do Vilar. Murguía é cesado. Rosalía vai cos fillos para Lestrobe.

1880

Lestrobe (Dodro)

Publicación de *Follas Novas*, obra fundamental na nosa historia literaria. É nomeada socia de honra do Centro Gallego de La Habana. Modesto Brocos pinta o seu retrato.

1881

Publicación de *El primer loco e Padrón y las inundaciones*, datados os dous en Lestrobe. Publica o polémico artigo "Costumbres gallegas".

1882

Publicación de diferentes poemas casteláns que recollerá despois no libro *En las orillas del Sar*.

1883

A Matanza (PADRÓN)

Pasan a vivir nunha casa da aldea da Matanza (Padrón), actual Casa Museo Rosalía de Castro. Padece cancro de útero. Rosalía recibe e contesta a carta de Luís Tobío Campos na que a convida a Brión para visitar a María Josefa Martínez Viojo, tía avoa da escritora á que non ve desde hai moitos anos.

1884

Publicación de *En las orillas del Sar*, un dos libros de poemas fundamentais do século

1885

Malia estar gravemente enferma pasa aínda uns días de repouso a principios de xullo coa familia no Carril, á beira do mar. De regreso en Padrón, morre na casa da Matanza aos 48 anos, no mediodía do 15 de xullo. O día seguinte é soterrada no cemiterio de Adina.

1891

COMPOSTELA

O 25 de maio, despois de se proceder á exhumación do cadáver, trasládanse os seus restos solemnemente en tren ata a estación de Cornes en Conxo, e desde alí en carruaxe polas rúas de Compostela ata o convento de San Domingos de Bonaval, actual Panteón de Galegos Ilustres.

CANTARES GALLEGOS

1

*Has de cantar,
que che hei de dar zonchos;
has de cantar,
que che hei de dar moitos.*

I

"Has de cantar,
meniña gaiteira;
has de cantar,
que me morro de pena.

Canta, meniña,
na beira da fonte;
canta, daréiche
boliños do pote.

Canta, meniña,
con brando compás;
daréiche unha proia
da pedra do lar.

Papiñas con leite
tamén che daréi;
sopiñas con viño,
torrexas con mel.

Patacas asadas
con sal e vinagre,
que saben a nocés.
¡Qué ricas que saben!

¡Qué feira, rapaza,
si cantas faremos...!
Festiña por fora,
festiña por dentro.

Canta, si queres,
rapaza do demo;
canta, si queres;
daréiche un mantelo.

Canta, si queres,
na lingua que eu falo.
Daréiche un mantelo.
Daréiche un refaixo.

Co son da gaitiña,
co son da pandeira,
che pido que cantes,
rapaza morena.

Co son da gaitiña,
co son do tambor,
che pido que cantes,
meniña, por Dios."

II

Así mo pediron
na beira do mar,
ó pe das ondiñas
que veñen e van.

Así mo pediron
na beira do río
que corre antre as herbas
do campo frorido.

Cantaban os grilos,
os galos cantaban,
o vento antre as follas
runxindo pasaba.

Campaban os prados,
manaban as fontes
antre herbas e viñas,
figueiras e robres.

Tocaban as gaitas.
Ó son das pandeiras
bailaban os mozos
cas mozas modestas.

¡Qué cofias tan brancas!
¡Qué panos con freco!
¡Qué dengues de grana!
¡Qué sintas! ¡Qué adresos!

¡Qué ricos mandiles!
¡Qué verdes refaixos!
¡Qué feitos xustillos
de cor colorado!

Tan vivos colores
a vista trubaban;
de velos tan váreos
o sol se folgaba.

De velos bulindo
por montes e veigas,
coidóu que eran rosas
garridas e frescas.

III

Lugar máis hermoso
non houbo na terra
que aquel que eu miraba,
que aquel que me dera.

Lugar máis hermoso
no mundo n'achara
que aquél de Galicia.
¡Galicia encantada!

¡Galicia froлива!
Cal ela ningunha,
de froles cuberta,
cuberta de espumas.

De espumas que o mare
con pelras gomita;
de froles que nacen
ó pe das fontañas.

De valles tan fondos,
tan verdes, tan frescos,
que as penas se calman
nomáis que con velos.

Que os ánxeles neles
dormidos se quedan,
xa en forma de pombas,
xa en forma de niebras.

IV

Cantarte hei, Galicia,
teus dulces cantares,
que así mo pediron
na beira do mare.

Cantarte hei, Galicia,
na lingua gallega,
consolo dos males,
alivio das penas.

Mimosa, soave,
sentida, queixosa,
encanta si ríe,
conmove si chora.

Cal ela ninguna
tan dose que cante
soidades amargas,
sospiros amantes,

misterios da tarde,
murmuxos da noite:
cantarte hei, Galicia,
na beira das fontes.

Que así mo pediron,
que así mo mandaron,
que cante e que cante
na lingua que eu falo.

Que así mo mandaron,
que así mo dixeron...
Xa canto, meniñas.
Coidá, que comenzo.

Con dulce alegría,
con brando compás,
ó pe das ondiñas
que veñen e van.

Dios santo premita
que aquestes cantares
de alivio vos sirvan
nos vosos pesares;

de amabre consolo,
de soave contento
cal fartan de dichas
compridos desexos.

De noite, de día,
na aurora, na sera,
oirésme cantando
por montes e veigas.

Quen queira me chame,
quen queira me obriga;
cantar, cantaréille
de noite e de día.

Por darlle contento,
por darlle consolo,
trocando en sonrisas
queixiñas e choros.

Buscáime, rapazas,
velliñas, mociños.
Buscáime entre os robres.
Buscáime entre os millos,

nas portas dos ricos,
nas portas dos probes,
que aquestes cantares
a todos responden.

A todos, que á Virxen
axuda pedín,
porque vos console
no voso sufrir;

nos vosos tormentos,
nos vosos pesares.
Coidá, que comenso...
Meniñas, ¡Dios diante!

Nasín cando as prantas nasen,
no mes das froles nasín,
nunha alborada mainiria,
nunha alborada de abril.
Por eso me chaman Rosa,
mais a do triste sorrir,
con espiñas para todos,
sin ningunha para ti.

Desque te quixen, ingrato,
todo acabou para min,
que eras ti para min todo,
miña gloria e meu vivir.
¿De qué, pois, te queixas, Mauro?

¿De qué, pois, te queixas, di,
cando sabes que morrera
por te contemplar felís?

Duro cravo me encravaches
con ese teu maldesir,
con ese teu pedir tolo
que non sei qué quer de min,
pois dinche canto dar poden
avariciosa de ti.

O meu corasón che mando
cunha chave para o abrir.
Nin eu teño máis que darche,
nin ti máis que me pedir.

3

—Dios bendiga todo, nena;
rapaza, Dios te bendiga,
xa que te dou tan grasiada,
xa que te dou tan feitiña
que, anque andiven moitas terras,
que, anque andiven moitas vilas,
coma ti non vin ningunha
tan redonda e tan bonita.
¡Ben haia quen te paríu!
¡Ben haia, amén, quen te cría!

—Dios vos garde, miña vella;
gárdevos Santa Mariña,
que, abofé, sos falangueira,
falangueira e ben cumprida.

—Meniña, por ben falada
ningunha se perdería.
Cóllense antre os paxariños
aqueles que mellor trían.
Morre afogado antre as pallas
o pitiño que non chía.

—Pois si vós foras pitiño,
dígovos, miña velliña,
que dese mal non morreras;
que chiar, ben chiarías.

—¡Ai! ¡Qué, si non, de min fora,
miña filla, miña filla!
Sin agarimo no mundo
desde que nasín orfiña,
de porta en porta pedindo
tiven que pasar a vida.
E cando a vida se pasa
cal vida de pelegrina,
que busca peleginando
o pan de todo-los días,
de cote en lares alleos,
de cote en estrañas vilas,
hai que depender estonces,
por non morrer, coitadiña,
ó pe dun valo tumbada
e de todos esquencida,
o chíó dos paxariños,
o recramo das pombiñas,

o ben falar que comprase,
a homildá mansa que obriga.

—¡Moito sabés, miña vella,
moito de sabiduría!
¡Quén poidera correr mundo
por ser como vós sabida!
Que anque traballos se pasen
álo polas lonxes vilas,
tamén ¡qué cousas se saben!,
tamén ¡qué cousas se miran!

—Máis val que n'as mires nunca,
que estonces te perderías:
¡o que ó sol mirar precura
logo quedará sin vista!
—Dirés verdá, miña vella;
mais craras as vosas niñas
emprestóuvos hastra agora
groriosa Santa Lucía.

—Moita devosón lle teño,
I miña santiña bendita!;
mais non sempre as niñas craras
son proba de craras vistas.
Moitas eu vin como a augua
que corre antre as penas frías
gorgorexando de paso,
sereniña, sereniña,
que antre tiniebras pousaban,
que antre tiniebras vivían,
nas tiniebras dos pecados
que son as máis escondidas.

—Si de pecados falades,
é pan que onde queira espiga,
en toda-las partes crese,
en todas partes se cría;
mais uns son cor de veneno,
outros de sangue runxida,
outros, como a noite negros,
medran cas lurpias dañinas
que os paren entre ouro e seda,
arrolados pola envidia,
mantidos pola luxuria,
mimados pola cobiza.

—"Quen ben está, ben estea."
Déixate estar, miña filla,
nin precures correr mundo,
nin tampouco lonxes vilas,
que o mundo dá malos pagos
a quen lle dá prendas finas,
e nas vilas mal fixeras
que aquí facer non farías;
que, anque ese pan barolento
en todas partes espiga,
nunhas apoucado crese,
noutras medra que adimira.

—Falás como un abogado,
e calquera pensaría
que deprendestes nos libros
tan váreas palabrerías,
todiñas tan ben faladas,
todiñas tan entendidas.
E tal medo me puñeches,
que xa de aquí non saíra
sin levar santos escritos
e medalliñas benditas
nun lado do meu xustillo,
xunto dunha negra figa,
que me librasen das meigas
e máis das lurpias dañinas.

—Que te libren de ti mesma,
pídelle a Dios, rapariga,
que somos nós para nós
as lurpias máis enemigas.
Mais xa ven a noite vindo
co seu manto de estreliñas;
xa recolleron o gando
que pastaba na curtiña;
xa lonxe as campanas tocan,
tocan as Ave-Marías;
cada conexo ó seu tobo,
lixeiro, lixeiro tira,
que é mal compañeiro a noite
si a compañeiro se obriga.

Mas, ¡ai!, que eu non teño tobo
nin burata conocida,
nin tellado que me cruba
dos ventos da noite fría.
¡Qué vida a dos probes, nena!

¡Qué vida! ¡Qué amarga vida!
Mais Noso Señor foi probe.
¡Que esto de alivio nos sirva!

—Amén, miña vella, amén;
mais, polas almas benditas,
hoxe dormirés nun leito
feito de palliña triga,
xunta do lar que vos quente
ca borralliña encendida,
e comerés un caldiño
con patacas e nabizas.

—¡Bendito sea Dios, bendito!
¡Bendita a Virxe María,
que con tanto ben me acode
por unha man compasiva!
O Señor che dé fortuna
con moitos anos de vida.
¡Válvanseche as tellas de ouro,
as pedras de prata fina,
e cada gran seu diamante
che se volva cada día!
I agora, miña rapaza,
porque un pouco te adivirtas
bailando cas compañeiras
que garulan na cociña,
heiche de contar historias,
heiche de cantar copriñas,
*heiche de tocar as cunchas,
miña carrapucheiriña.*

4

—*Cantan os galos pra o día;
érguete, meu ben, e vaite.*
—*¿Cómo me hei de ir, queridiña;
cómo me hei de ir e deixarte?*

—Deses teus ollíños negros
como doas relumbrantes,
hastra as nosas maus unidas
as bágoas ardentes caen.
¿Cómo me hei de ir si te quero?
¿Cómo me hei de ir e deixarte,
si ca lingua me desbotas
e co corasón me atraes?
Nun corruncho do teu leito
cariñosa me abrigaches;
co teu manso caloríño
os fríos pes me quentastes;
e de aquí xuntos miramos
por antre o verde ramaxe
cál iba correndo a lúa
por enriba dos pinares.
¿Cómo queres que te deixe?
¿Cómo, que de ti me aparte,
si máis que a mel eres dulce
e máis que as froles soave?

—Meiguiño, meiguiño, meigo,
meigo que me namoraste,
vaite de onda min, meiguiño,
antes que o sol se levante.

—Aínda dorme, queridiña,
antre as ondiñas do mare;
dorme por que me acariñes
e por que amante me chames,
que sólo onda ti, meniña,
podo contento folgare.

—Xa cantan os paxariños.
Érguete, meu ben, que é tarde.

—Deixa que canten, Marica;
Marica, deixa que canten...
Si ti sintes que me vaia,
eu relouco por quedarme.

—Connmigo, meu queridiño,
mitá da noite pasaches.

—Mais en tanto ti dormías,
contentéime con mirarte,
que así, sorrindo entre soños,
coidaba que eras un ánxel,
e non con tanta pureza
ó pe dun ánxel velase.

—Así te quero, meu ben,
como un santo dos altares;
mais fuxe..., que o sol dourado
por riba dos montes saie.

—Iréi; mais dáme un biquiño
antes que de ti me aparte,
que eses labiños de rosa
inda non sei cómo sabén.

— Con mil amores cho dera;
mais teño que confesarme,
e moita vergonza fora
ter un pecado tan grande.

—Pois confésate, Marica,
que, cando casar nos casen,
non che han de valer, meniña,
nin confesores nin frades.
¡Adiós, cariña de rosa!

—¡Raparigo, Dios te garde!

5

*Miña Santiña,
miña Santasa,
miña cariña
de calabasa:*

*hei de emprestarvos
os meus pendentes,
hei de emprestarvos
o meu collar;
hei de emprestarcho,
cara bonita,
si me deprendes
a puntear.*

—Costureiriña
comprimenteira,
sacha no campo,
malla na eira,
lava no río,
vai apañar
toxiños secos
antre o pinar.

Así a meniña
traballadora
os punteados
deprende ora.

—Miña Santiña,
mal me quixere
quen me aconsella
que tal fixere.

Mans de señora,
mans fidalgueiras
teñen todiñas
as costureiras;
boca de reina,
corpo de dama,
cómprelle a seda,
foxen da lama.

-Ai, rapaciña!
ti te-lo teo:
¡seda as que dormen
antre o centeo!
¡Fuxir da lama
quen nacéu nela!
Dios cho perdona,
probe Manuela.

Lama con honra
non mancha nada,
nin seda limpa
honra emporcada.

—Santa Santasa,
non sos comprida,
decindo cousas
que fan ferida.

Faláime sólo
das muiñeiras,
daquelas voltas
revirandeiras
daqueles puntos
que fan agora
de afora adentro,
de adentro afora.

—Costureiriña
do carballal,
colle unha agulla,
colle un dedal;
cose os buratos
dese teu cós,
que andar rachada
non manda Dios.

Cose, meniña,
tantos furados
i ora non penses
nos punteados.

—Miña Santasa,
miña Santiña,
nin teño agulla,
nin teño liña,
nin dedal teño,
que aló na feira
roubóumo un majo
da faltriqueira,
decindo: "As perdas
dos descoidados
fan o lotiño
dos apañados."

—¡Costureiriña
que a majos trata!
Alma de cobre,
collar de prata.
Mocidá rindo,

vellez chorando...

Anda, meniña,
coida do gando.

Coida das herbas
do teu herbal:
terás agulla,
terás dedal.

—Deixade as herbas,
que o que eu quería
era ir cal todas
á romería.

¡I alí con aire
dar cada volta!
Os ollos baixos,
a perna solta.

Pes lixeiriños,
corpo dereito.
¡Pero, Santiría...,
non lle dou xeito!

Non vos metades
pedricadora;
bailadoriña
facéme agora.

Vós dende arriba
andá correndo;
facede os puntos,
i eu adeprendo.

Andá, que peno
polos penares...
Mirái que o pido
chorando a mares.

—¡Ai da meniña!
¡Ai da que chora,
ai, porque quere
ser bailadora!

Que cando durma
no camposanto,
os enemigos
faránlle espanto,
bailando enriba
das herbas mudas,
ó son da negra
gaita de Xudas.

I aquel corpiño
que noutros días
tanto truara
nas romerías,

ó son dos ventos
máis desatados
rolará logo
cos condenados.

Costureiriña,
n'hei de ser, n'hei,
quen che deprenda
tan mala lei.

—¡Ai, qué Santasa!
¡Ai, qué Santona!
Ollos de meiga,
cara de mona,
pór n'hei de pórche
os meus pendentes,
pór n'hei de pórche
o meu collar,
xa que non queres,
xa que non sabes
adeprenderme
a puntear.

6

*Nosa Señora da Barca
ten o tellado de pedra;
ben o pudiera ter de ouro
miña Virxe si quixera.*

I

¡Cánta xente..., cánta xente
por campiñas e por veigas!
¡Cánta polo mar abaixo
ven camiño da ribeira!
¡Qué lanchas tan ben portadas
con aparellos de festa!
¡Qué botes tan feituquiños
con tan feituquiñas velas!
Todos cargadiños veñen
de xentiña forasteira
e de rapazas bonitas
cura de toda-las penas.
¡Cántos dengues encarnados!
¡Cántas sintas amarelas!
¡Cántas cofias pranchadiñas
dende lonxe relumbrean
cal si fosen neve pura,
cal froles da primadera!
¡Cánta maxesa nos homes!
¡Cánta brancura nas nenas!
I eles semellan gallardos
pinos que os montes ourean,
i elas cogolliños novos
co orballo da mañán fresca

As de Muros, tan finiñas
que un coidara que se creban,
c'aquelas caras de virxe,
c'aqueles ollos de almendra,
c'aqueles cabelos longos
xuntados en longas trenzas,
c'aqueles cores rousados
cal si a aurora llos puñera,
pois así son de soaves
como a aurora que comenza;
descendentes das airosas
fillas da pagana Grecia,
elas de negro se visten, d
elgadiñas e lixeiras,
refaixo e mantelo negro,

zapato e media de seda,
negra chaqueta de raso,
mantilla da mesma peza,
con terciopelo adornado
canto enriba de sí levan;
fillas de reinas parecen,
griegas estatuas semellan
si a un raio de sol poniente
repousadas se contempran;
ricos panos de Manila, b
rancos e cor de sireixa,
crúzanse sobre o seu seio
con pudorosa modestia,
e por antre eles relosen
como brillantes estrelas,
aderesos e collares
de diamantes e de pelras,
pendentes de filigrana
e pechuguiñas de cera.

As de Camariñas visten
cal rapaciñas gaiteiras,
saías de vivos cores
polo pescozo da perna,
lucindo o negro zapato
enriba de branca media;
chambras feitas de mil raias
azuladas e vermellas,
con guarnición que lles caen
sobre a rumbosa cadeira.
Para tocar o pandeiro
non hai coma tales nenas,
que son as camariñanas
feitas de sal e canela.

As de Cé, ¡Virxe do Carme!,
¡qué cariñas tan ben feitas!
Cando están coloradiñas
no ruxe-ruxe da festa,
cada mirar dos seus ollos
fire como cen saetas.
Nin hai mans tan ben cortadas,
tan branquiñas e pequenas
como as que amosan finxindo
que non queren que llas vexan.

Son as de Laxe unhas mozas...
¡Vaia unhas mozas aquélas!
Sólo con velas de lonxe

quítaselles a monteira,
porque son vivas de xenio,
anque son rapazas netas.
Bailadoras... n'hai ningunhas
que con elas se entrometan,
pois por bailar bailarían
no cribo dunha peneira;
mais, en tocando a que recen,
en rezar son as pirmeiras...
Dan ó mundo o que é do mundo,
dan á igrexa o que é da igrexa.

As de Noia ben se axuntan
cas graciosas rianxeiras,
polos redondos peños,
polas cabeleiras crechas,
polos morenos lunares
e polas agudas linguas,
que abofé que en todo pican
como si fosen pementa.

Veñen dempóis, recatadas
anque un pouquiño soberbias
por aquilo que elas saben
de antigüedad e nobresa
(pois por acó todos somos
tal coma Dios nos fíxera),
as meniñas ben compostas
dunha vila quisquilleira,
que por onde van parece
que van dicindo "¡Canela!
¿Prantamos ou non prantamos
a cantas hai nesta terra?"
Mais si prantan ou non prantan
non son eu quen o dixera,
que fora pouca cordura,
que fora farta llanesa.
Baste desir que, xuntiñas
todas na porta da igrexa,
máis bonitas parecían
que un ramiño de asucenas,
máis frescas que unha leituga,
máis sabrosiñas que fresas.

Xa que fosen de Rianxo,
que fosen de Redondela,
de Camariñas ou Laxe,
de Laxe ou de Pontareas,
todas eran tan bonitas,

todas tan bonitas eran
que o de máis duras entrañas
dera as entrañas por elas...
Por eso se derretían,
cal si foran de manteiga,
diante delas os rapaces,
os rapaciños da festa,
os mariñeiros do mare
que donde á Virxe viñeran
porque a Virxen os salvara
de naufragar na tormenta.
Mais si salvaron no mare
non se salvarán na terra,
mariñeiros, mariñeiros,
que aquí tamén hai tormentas
que afogan corasonciños
sin que lle vallan ofertas,
que oie a Virxe ós que se afogan
do mar antre as ondas feras,
mais non oie ós namorados
que de afogarse se alegran.

II

Ramo de froles parece
Muxía a das altas penas
con tanta rosa espallada
naquela branca ribeira, c
on tanto caraveliño
que relose antre as areas,
con tanta xente que corre,
que corre e se sarandea
ó son das gaitas que tocan
e das bombas que reventan,
uns que venden limoada,
outros auga que refresca,
aquéles dulce resolio
con rosquilliñas de almendra;
os de máis alá sandías
con sabrosas sirigüelas,
mentras tanto que algún cego
ó son de alegre pandeira,
toca un carto de guitarra
para que bailen as nenas.
¡Bendita a Virxe da Barca!
¡Bendita por sempre sea
miña Virxe milagrosa
en quen tantos se recrean!
Todos van por visitala,

todos alí van por vela
 na súa barca dourada,
 na súa barca pequena,
 donde están dous anxeliños,
 dous anxeliños que reman.
 Alí chegou milagrosa
 nunha embarcación de pedra.
 Alí, porque Dios o quixo,
 sempre adoradores teña.
 A pedra, bala que bala,
 sírvelle de centinela
 e mentras dormen os homes
 ela adoración lle presta
 con aquel son campanudo
 que escoitar lonxe se deixa
 e a quen o mar con bramidos
 humildosos lle contesta.
 Cando as campanas repican
 E a música retumba,
 cal nun ceo, polas naves
 da recollidiña igrexa;
 cando os foguetes estalan
 nos aires, e voces frescas
 polo espazo cas gaitiñas
 e cos tambores se mescran,
 estonces a pedra bala
 tan alegre e tan contenta
 que anque un cento de presos
 brinca e salta enriba dela,
 coma si fose mocinha,
 máis que unha pruma lixeira,
 alegre como unhas pascuas
 salta e rebrinca con elas.
 Choven estonces presentes,
 choven estonces ofertas
 que lle traen os romeiros
 en feitiñas carabelas
 diante da Virxe bendita,
 ós pes da sagrada Reina,
 e por eso alí lle cantan
 cando se despiden dela:

*"Nosa Señora da Barca
 ten o tellado de pedra;
 ben o pudiera ter de ouro
 miña Virxe si quixera."*

7

Fun un domingo,
 fun pola tarde,
 co sol que baixa
 tras dos pinares,
 cas nubes brancas
 sombra dos ánxeles,
 cas palomiñas
 que as alas baten
 con un batido
 manso e suave,
 atravesando
 vagos celaxes,
 mundos estraños
 que en raios parten
 ricos tesouros
 de ouro e diamante.
 Pasín os montes,
 montes e valles;
 pasín llanuras
 e soledades;
 pasín os regos,
 pasín os mares
 cos pes enxoiros
 e sin cansarme.

Colléume a noite,
 noite brillante
 cunha luniña
 feita de xaspes,
 e fun con ela
 camiño adiante,
 cas estreliñas
 para guiarme,
 que aquel camiño
 sólo elas saben.

Dempóis a aurora
 co seu sembrante
 feito de rosas
 veu a alumbrarme,
 e vin estonces,
 antre o ramaxe
 de olmos e pinos,
 acobexarse

branca casiña
con palomare
donde as pombiñas
entran e saien.
Nela se escoitan
doces cantares,
nela garulan
mozos galantes
cas rapaciñas
de outros lugares.
Todo é contento,
todo é folgare
mentras a pedra
bate que bate,
mole que mole,
dálle que dálle,
con lindo gusto
faille compases.

Non hai sitiño
que máis me agrade
que aquel muíño
dos castañares,
donde hai meniñas,
donde hai rapaces
que ricamente
saben loitare;
donde rechinan
hasta cansarse
mozos e vellos,
nenos e grandes,
e, anque non queren
que aló me baixe,
sin que o soupera
na casa naide,
*fun ó muíño
do meu compadre;
fun polo vento,
vin polo aire.*

8

Un repoludo gaiteiro,
de pano sedán vestido,
como un príncipe cumprido,
cariñoso e falangueiro,
antre os mozos o pirmeiro
e nas siudades sin par,
tiña costume en cantar
aló pola mañanciña:
—*Con esta miña gaitiña
ás nenas hei de enganar.*

Sempre pola vila entraba
con aquél de señorío;
sempre con poxante brío
co tambor se acompasaba;
e si na gaita sopraba,
era tan dose soprar,
que ben fixera en cantar
aló pola mañanciña:
— *Con esta miña gaitiña
ás nenas hei de enganar.*

Todas por el reloucaban,
todas por el se morrían;
si o tiñan cerca, sorrían;
si o tiñan lonxe, choraban.
¡Mal pecado! Non coidaban
que c'aquel seu frolear
tiña costume en cantar
aló pola mañanciña:
—*Con esta miña gaitiña
ás nenas hei de enganar.*

Camiño da romería,
debaixo dunha figueira,
¡cánta meniña solteira
"Quérote", lle repetía...!
I el ca gaita respondía
por a todas emboucar,
pois ben fixera en cantar
aló pola mañanciña:
—*Con esta miña gaitiña
ás nenas hei de enganar.*

Elas louquiñas bailaban
e por xunta del corrían
cegas..., cegas, que non vían

as espiñas que as cercaban;
probes palomas, buscaban
a luz que as iba queimar,
pois que el soupera cantar
aló pola mañanciña:
—*Ó son da miña gaitiña
ás nenas hei de enganar.*

Nas festas ¡cánto contento!
¡Cánta risa nas fiadas!
Todas, todas, namoradas,
déranlle o seu pensamento.
I el que, de amores sedento,
quixo a todas enganar,
cando as veu dimpóis chorar,
cantaba nas mañanciñas:
—*Non sean elas toliñas:
non veñan ó meu tocar*

9

Díxome nantronte o cura
que é pecado...
Mais aquél de tal fondura
¿cómo o facer desbotado?

Dálle que dálle ó argadelo,
noite e día,
e pensa e pensa naquelo,
porfía que te porfía...

Sempre malla que te malla,
enchendo a cunca,
porque o que o diancre traballa
din que acaba tarde ou nunca.

Canto máis digo: "¡Arrenegado!
¡Demo fora!",
máis o demo endemoncrado,
me atenta dempóis i agora.

Máis ansias teño, máis sinto,
¡rematada!,
que non me queira Jacinto
nin solteira nin casada.

Porque deste ou de outro modo,
a verdá digo,
quixera atentalo e todo,
como me atenta o enemigo.

¡Que é pecado..., miña almiña!
Mais que sea,
¿cál non vai, si é rapaciña,
buscando o que ben desea?

Nin podo atopar feita,
nin asento,
que me está dando amargura
sempre este mal pensamento.

Din que parés lagarteiro
desprumado,
si é verdad, ¡meu lagarteiro
tenme o corasón prendado!

"Cara de pote fendido"
ten de alcume;
mellor que descolorido,
quéroo tostado do lume.

Si elas cal eu te miraran,
meu amore,
nin toliña me chamaran,
nin ti me fixeras dore.

Vino unha mañán de orballo,
á mañecida,
durmindo ó pe dun carballo,
enriba da herba mollida.

Arriméime paseniño
á súa beira,
e sospiraba mainiño
coma brisa mareeira.

E tiña a boca antraberta,
como un neno
que mirando ó ceu desperta
deitadiño antre o centeno.

I as guedellas enrisadas
lle caían,
cal ovellas en manadas,
sobre as froliñas que abrían.

¡Meu Dios! ¡Quén froliña fora
das daquelas...!
¡Quén as herbas que en tal hora
o tiñan pretiño delas!

¡Quén xiada, quén orballo
que o mollóu!
¡Quén aquel mesmo carballo
que cas ponlas o abrigóu!

Mentras que así o contempaba,
rebuléu;
e penséi que me afogaba
o corasonciño meu.

Bate que bate, batía
sin parar;
mais eu tembrando decía:
"Agora lle hei de falar."

E volvéu a rebulir
moi paseniño.
¡Ai!, e botéi a fuxir,
lixreira polo camiño.

Dempóis, chora que te chora,
avergonzada,
dixen: "Si el non me namora,
non lle diréi nunca nada."

E non me namora, non,
¡maldizoado!
Mentras o meu corasón
quérelle anque sea pecado.

E vai tras de outras mociñas
tan contento,
o eu con unhas cadiñas
prendíno ó meu pensamento.

E que queira que non queira,
está comigo,
i á postre i á derradeira,
con el me atenta o enemigo.

¡Sempre malla que te malla
enchendo a cunca!
I é que o que o demo traballa,
acabará tarde ou nunca.

Por eso, anque o cura dixó
que é pecado,
mal que tanto mal me fixo
nunca o daréi desbotado.

10

“Quíxente tanto, meniña,
tívenche tan grande amor
que para min eras lúa,
branca aurora e craro sol;
auga limpa en fresca fonte,
rosa do xardín de Dios,
alentiño do meu peito,
vida do meu corazón.”
Así che falín un día
camiño de San Lois,
todo oprimido de angustia,
todo ardente de pasión,
mentras que ti me escoitabas
depinicando unha frol
porque eu non vise os teus ollos
que refrexaban traiciós.
Dempóis que sí me dixeches,
en proba de teu amor,
décheme un caraveliño
que gardín no corazón.
¡Negro caravel maldito,
que me firéu de dolor!
Mais, a pasar polo río,
¡o caravel afondóu...!
*Tan bo camiño ti leves
como o caravel levóu.*

11

*Campanas de Bastabales,
cando vos oio tocar,
mórrome de soidades.*

I

Cando vos oio tocar,
campaniñas, campaniñas,
sin querer torno a chorar.

Cando de lonxe vos oio,
penso que por min chamades,
e das entrañas me doio.

Dóime de dor ferida,
que antes tiña vida enteira
i hoxe teño media vida.

Sólo media me deixaron
os que de aló me trouxeron,
os que de aló me roubaron.

Non me roubaron, traidores,
¡ai!, uns amores toliños,
¡ai!, uns toliños amores.

Que os amores xa fuxiron,
as soidades viñeron...
De pena me consumiron.

II

Aló pola mañanciña
subo enriba dos outeiros
lixeriña, lixeriña.

Como unha craba lixeira,
para oír das campaniñas
a batalada pirmeira.

A pirmeira da alborada,
que me traen os airiños
por me ver máis consolada.

Por me ver menos chorosa,
nas súas alas ma traen
rebuldeira e queixumbrosa.

Queixumbrosa e retembrando
por antre a verde espesura,
por antre o verde arborado.

E pola verde pradeira,
por riba da veiga llana,
rebuldeira e rebuldeira.

III

Paseniño, paseniño,
vou pola tarde calada
de Bastabales camiño.

Camiño do meu contento;
i en tanto o sol non se esconde,
nunha pedriña me sento.

E sentada estou mirando
cómo a lúa vai saíndo,
cómo o sol se vai deitando.

Cál se deita, cál se esconde
mentras tanto corre a lúa
sin saberse para dónde.

Para dónde vai tan soia,
sin que aos tristes que a miramos
nin nos fale, nin nos oia.

Que si oíra e nos falara,
moitas cousas lle dixera,
moitas cousas lle contara.

IV

Cada estrela, o seu diamante;
cada nube, branca pruma;
triste a lúa marcha diante.

Diante marcha crarexando
veigas, prados, montes, ríos,
donde o día vai faltando.

Falta o día, e noite escura
baixa, baixa, pouco a pouco,
por montañas de verdura.

De verdura e de follaxe,
salpicada de fontañas
baixo a sombra do ramaxe.

Do ramaxe donde cantan
paxariños piadores
que ca aurora se levantan.

Que ca noite se adormecen
para que canten os grilos
que cas sombras aparecen.

V

Corre o vento, o río pasa.
Corren nubes, nubes corren
camiño da miña casa.

Miña casa, meu abrigo;
vanse todos, eu me quedo
sin compañía nin amigo.

Eu me quedo contemprando
as laradas das casiñas
por quen vivo suspirando.

.....

Ven a noite..., morre o día,
as campanas tocan lonxe
o tocar da Ave María.

Elas tocan pra que rece;
eu non rezo, que os saloucos
afogándome parece
que pon min tén que rezar.
*Campanas de Bastabales,
cando vos oio tocar,
mórrome de soidades.*

12

II

I

Vinte unha crara noite,
 noitiña de San Xoán,
 poñendo as frescas herbas
 na fonte a serenar.
 E tan bonita estabas
 cal rosa no rosal
 que de orballiño fresco
 toda cuberta está.
 Por eso, namorado,
 con manso suspirar
 os meus amantes brazos
 botéiche polo van,
 e ti con dulces ollos
 e máis doce falar,
 meiguiña, me emboucastes
 en prácido solás.
 As estrelliñas todas
 que aló no espazo están,
 sorrindo nos miraban
 con soave craridá.
 E foron —¡ai!— testigos
 daquel teu suspirar
 que ó meu correspondía
 con amorinho igual.
 Pero dempóis con outros
 máis majos e galáns
 (mais non que máis te queiran,
 que haber non haberá),
 tamén, tamén, meniña,
 soupeches practicar
 á sombra dos salgueiros,
 cabo do romeiral.
 Por eso eu che cantaba
 en triste soledá,
 cando —¡ai de min!— te vía
 con eles parolar:
 “Coida, miña meniña,
 das prácticas que dás,
 que donde moitos cospén,
 lama fan.”

¡Qué triste ora te vexo...!
 ¡Qué triste, nena, estás...!
 Os teus frescos colores,
 ¿dónde, meniña, van?
 O teu mirar sereno,
 o teu doce cantar,
 ¿dónde, meniña, dónde,
 coitada, toparás?
 Xa non te vin, meniña,
 na noite de San Xoán,
 poñendo as frescas herbas
 na fonte a serenar.
 Xa non te vin fresquiña
 cal rosa no rosal,
 que muchadiña estabas
 de tanto saloucar.
 Ora, de dor ferida,
 buscando a honriña vas,
 a honriña que perdeches;
 mais ¿quén cha volverá?
 Eu ben, miña meniña,
 ben cha quixera dar,
 que aquel que ben te quixo
 doise de verte mal.
 Mais anque dir eu diga
 que limpa, nena, estás,
 respóndenme sorrindo
 por se de min bulrar:
 “Ben sabes, Farruquiño,
 Farruco do Pombal,
*que donde moitos cospén,
 lama fan.* ”

13

*San Antonio bendito,
dádeme un home,
anque me mate,
anque me esfole.*

Meu santo San Antonio,
daime un homiño,
anque o tamaño teña
dun gran de millo.
Daimo, meu santo,
anque os pes teña coxos,
mancos os brazos.

Unha muller sin home...
¡santo bendito!,
é corpiño sin alma,
festa sin trigo,
pau viradoiro
que onda queira que vaia
troncho que troncho.

Mais, en tendo un homiño,
¡Virxe do Carme!,
non hai mundo que chegue
para un folgarse.
Que, zambo ou trencó,
sempre é bo ter un home
para un remedio

Eu sei dun que cobisa
causa miralo,
lanzaliño de corpo,
roxo e encarnado.
Carniñas de manteiga,
e palabras tan doces
cal mentireiras.

Por el peno de día,
de noite peno,
pensando nos seus ollos
color de ceo;
mais el, xa doito,
de amoriños entende,
de casar pouco.

Facé, meu San Antonio,
que onda min veña
para casar conmigo,
nena solteira
que levo en dote
unha culler de ferro,
catro de boxe,

un irmanciño novo
que xa ten dentes,
unha vaquiña vella
que non dá leite...
¡Ai, meu santirio!:
facé que tal suceda
cal volo pido.

San Antonio bendito,
*dádeme un home,
anque me mate,
anque me esfole,*
que, zambo ou trencó,
sempre é bo ter un home
para un remedio.

14

Acolá enriba
na fresca montaña,
que alegre se crobe
de verde retama,
meniña morena,
de branco vestida,
nubiña parece
no monte perdida,
que xira, que corre,
que torna, que pasa,
que rola e, mainiña,
serena se para.

Xa envolta se mira
na espuma que salta
do chorro que ferve
na rouca cascada.
Xa erguida na punta
de pena sombrisa,
inmóbil cal virxe
de pedra se mira.
A cofía de liño
aos ventos soltada,
as trenzas descoida
que os aires espallan.
Tendida-las puntas
do pano de seda,
as alas dun ánxel
de lonxe semellan
si as brisas da tarde,
xogando con elas,
as moven ca gracia
que un ánxel tivera.
Eu penso, ¡coitado
de min!, que me chaman,
si as vexo bulindo
na verde enramada.
Mas, ¡ai!, que os meus ollos
me engañan traidores,
pois vou e, lixeira,
na niebra se esconde.
Se esconde outras veces
na sombra dos pinos,
e canta escondida
cantares dulciños

que abrasan, que firen
ferida de amor
que teño feitiña
no meu corazón.

¡Qué feita, qué linda,
qué fresca, qué branca
dou Dios á meniña
da verde montaña!
¡Qué hermosa parece
que chore, que xima;
cantando, sorrindo,
disperta, dormida!

¡Ai!, si seu pai
por regalo ma dera,
¡ai!, non sentira
no mundo máis penas.
¡Ai!, que por tela
connigo por dama,
eu Ila vestira,
eu Ila calzara.

15

Adiós, ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista dos meus ollos:
non sei cándo nos veremos.

Miña terra, miña terra,
terra donde me eu criéi,
hortiña que quero tanto,
figueiriñas que prantéi,

prados, ríos, arboredas,
pinares que move o vento,
paxariños piadores,
casiña do meu contento,

muíño dos castañares,
noites craras de luar,
campaniñas trimbadoras
da igrexiña do lugar,

amoriñas das silveiras
que eu lle daba ó meu amor,
camiñiños antre o millo,
¡adiós, para sempre adiós!

¡Adiós, gloria! ¡Adiós, contento!
¡Deixo a casa onde nacín,
deixo a aldea que conoso
por un mundo que non vin!

Deixo amigos por estraños,
deixo a veiga polo mar,
deixo, en fin, canto ben quero...
¡Quén pudera no o deixar...!

.....

Mais son probe e, ¡mal pecado!,
a miña terra n'é miña,
que hastra lle dan de prestado
a beira por que camiña
ó que nacéu desdichado.

Téñovos, pois, que deixar,
hortiña que tanto améi,

fogueiriña do meu lar,
arboriños que prantéi,
fontiña do cabañar.

Adiós, adiós, que me vou,
herbiñas do camposanto
donde meu pai se enterróu,
herbiñas que biquéi tanto,
terriña que vos crióu.

Adiós, Virxe da Asunción,
branca como un serafín:
lévovos no corasón;
pedídelles a Dios por min,
miña Virxe da Asunción.

Xa se oien lonxe, moi lonxe,
as campanas do Pomar;
para min, ¡ai!, coitadiño,
nunca máis han de tocar.

Xa se oien lonxe, máis lonxe...
Cada balada é un dolor;
voume soio, sin arrimo...
Miña terra, ¡adiós!, ¡adiós!

¡Adiós tamén, queriduría...!
¡Adiós por sempre quizáis...!
Dígoche este adiós chorando
desde a beiriña do mar.

Non me olvides, queridíña,
si morro de soidás
tantas légoas mar adentro...
¡Miria casiña!, ¡meu lar!

16

*Eu ben vin estar o moucho
enriba daquel penedo.
¡Non che teño medo, moucho;
moucho, non che teño medo!*

I

Unha noite, noite negra
como os pesares que eu teño,
noite filla das sombrisas
alas que estenden os medos;
hora en que cantan os galos,
hora en que xemen os ventos;
en que as meigas bailan, bailan,
xuntas co demo pirmeiro,
arrincando verdes robres,
portas e tellas fendendo,
todas de branco vestidas,
tendido-los brancos pelos
contra quen os cans oubean
agoirando triste enterro;
cando relumbrar se miran
antre os toxales espesos,
cal encendidas candeas
ollos de lobo famento;
e os ramallaxes dos montes
antre sí murmuxan quedos,
e as follas secas que espallan
os aires da noite inquietos,
en remuíños se xuntan
con longo estremecemento,
indo camiño da igrexa,
soia cos meus pensamentos,
cabo da fonte da Virxe,
pretiño do cimiterio,
dempóis de sentir un sopro
que me deixou sin alento,
*eu ben vin estar o moucho
enriba daquel penedo.*

II

Arrepuiñadas todas
as carnes se me puñeron,
e os cabelos no curuto
fóronse erguendo dereitos;

gotas de sudor corrían
a fío polo meu peito,
e trembaba como tremban
as augas cando fai vento,
na pía da fonte nova,
que sempre está revertendo.
Aquel moucho alí fincado,
cal si fose o mesmo demo,
fito a fito me miraba
cos seus ollos rapiñeiros,
que coidéi que me roubaban
non máis que de lonxe velos.
De lume me paresían
e que me queimaron penso;
da fogueira dos infernos,
que polas niñas me entraron
hastra o corazón dereitos.
En el remorsos había
de amoriños pecadentos...
;Ai, quen ten deses amores,
non pode achar bon sosiego!

Chovía si Dios ten augua,
ventaba en todo-los ventos,
e ensarrapicada toda
a camiñar non me atrevo;
que o moucho, fita que fita,
me aspera naquel penedo;
mais acordéime da Virxe
que sempre conmigo levo;
résolle un Ave-María,
e cobrando novo alento,
como os páxaros do mare,
nadando paso o regueiro,
corro a enriba do valado,
brinco en baixo do portelo,
e dende alí berro estonces
con cantas forzas eu teño:
*¡Non che teño medo, moucho;
moucho, non che teño medo!*

17

*Airiños, airiños aires,
airiños da miña terra;
airiños, airiños aires,
airiños, leváime a ela.*

Sin ela vivir non podo,
non podo vivir contenta;
que adonde queira que vaia,
cróbeme unha sombra espesa.
Cróbeme unha espesa nube,
tal preñada de tormentas,
tal de soidás preñada,
que a miña vida envenena.
Leváime, leváime, airiños,
como unha folliña seca,
que seca tamén me puxo
a callentura que queima.
¡Ai!, si non me levás pronto,
airiños da miña terra;
si non me levás, airiños,
quisáis xa non me conesan,
que a frebe que de min come,
vaime consumindo lenta,
e no meu corazónciño tamén
traidora se ceiba.

Fun noutro tempo encarnada
como a color de sireixa;
son hoxe descolorida
como os cirios das igrexas,
cal si unha meiga chuchona
a miña sangre bebera.
Voume quedando muchiña
como unha rosa que inverna;
voume sin forzas quedando,
voume quedando morena,
cal unha mouriria moura,
filla de moura ralea.

Leváime, leváime, airiños,
leváime a donde me esperan
unha nai que por min chora,
un pai que sin min n'alenta,
un irmán por quen daría
a sangre das miñas venas,
e un amoriño a quen alma

e vida lle prometera.
Si pronto non me levades,
¡ai!, morreréi de tristeza,
soia nunha terra estraña,
donde estraña me alomean,
donde todo canto miro
todo me dice: "¡Estranxeira!"

¡Ai, miña probe casiña!
¡Ai, miña vaca vermella!
Años que balás nos montes,
pombas que arrulás nas eiras,
mozos que atruxás bailando,
redobre das castañetas,
xas-co-rras-chás das cunchiñas,
xurre-xurre das pandeiras,
tambor do tamborileiro,
gaitiña, gaita gallega,
xa non me alegrás dicindo:
"¡Muiñeira, muiñeira!"
¡Ai, quén fora paxariño
de leves alas lixeiras!
¡Ai, con qué prisa voara,
toliña de tan contenta,
para cantar a alborada
nos campos da miña terra!
Agora mesmo partira,
partira como unha frecha,
sin medo ás sombras da noite,
sin medo da noite negra;
e que chovera ou ventara,
e que ventara ou chovera,
voaría e voaría h
astra que alcansase a vela.
Pero non son paxariño
e iréi morrendo de pena,
xa en lágrimas convertida,
xa en sospiriños desfeita.

Doces galleguiños aires,
quitadoiriños de penas,
encantadores das auguas,
amantes das arboredas,
música das verdes canas
do millo das nosas veigas,
alegres compañeiriños,
run-run de toda-las festas,
leváime nas vosas alas
como unha folliña seca.

Non permitás que aquí morra,
airiños da miña terra,
que aínda penso que de morta
hei de sospirar por ela.
Aínda penso, airiños aires,
que dimpóis que morta sea,
e aló polo camposanto
donde enterrada me teñan,
pasés na calada noite
runxindo antre a folla seca,
ou murmuxando medrosos
antre as brancas calaveras;
inda dimpóis de mortiña,
airiños da miña terra,
heivos de berrar: "¡Airíños,
airíños, leváime a ela!"

18

AO SR. D. CAMILO ALVAREZ E
CASTRO,
Chantre da catedral de Salamanca

I

Roxiña cal sol dourado,
garrida cal fresca rosa,
iba polo monte hermosa
co branco pe descalzado...
Copo de neve pousado,
deslumbrando á luz do día,
tan branco pe parecía.

As longas trenzas caídas,
con quen os ventos xogaban,
ondiñas de ouro formaban
na branca espalda tendidas;
apertadas e bruñidas,
que espigas eran coidara
o que de lonxe as mirara.

Tiñan os cores do mare
os seus oliños dormentes;
máis doces, máis transparentes
naide os poidera encontrare;
naide velos, sin amare
o corasón sin falsía
que por antre eles se vía.

Levaba na frente a ialma,
nos doces labios a risa;
auguiña que o vento enrisa,
pousaba no fondo en calma.
Tal como gallarda palma,
cimbréase con folgura
a delgadiña cintura.

Ó par da brisa temprada
que antre os salgueiros corría,
ela correndo seguía
unha beiriña encantada;
que alí mansa e sosegada
manaba unha fresca fonte
cabo da falda do monte.

II

Franca, pura, sin enganoso,
canta, canta, garruleira,
ó pe da verde Silveira
lavando os seus brancos panos.
Ó son dos romores vanos
que nacen ca mañanciña,
lava, lava na fontiña.

Xunto dela, os paxariños
gorgorexan que é un contento;
faielle festiñas o vento
cos seus irmáns os airiños.
Os pastores, coitadiños,
cántanlle a doce a... la... la... la...,
que lingua de amores fala.

Ela honesta está escoitando,
mais con sospiros responde,
que aló garda non sei dónde
saudades de non sei cándo.
Os paniños vai lavando,
e a tendelos se apresura
nun campiño de verdura.

Dempóis, no rego que pasa,
verte unha bágoa serena,
filla da escondida pena
que o seu peitiño traspasa.
Pois que de amores se abrasa
aquela que é fresca rosa,
tan amante como hermosa.

Compañeiras van chegando,
cál máis a máis ben portada;
xarros de louza vidrada
antre os seixos van pousando.
Cai a auguiña mormuxando,
brancas vinchas se levantan,
as meniñas cantan..., cantan.

As estrelas van fuxindo,
a espesa niebra enrarece,
o arboriño que frorece
por antre ela vai saíndo.

O craro sol vai subindo
por riba do firmamento,
limpo, garrulo e contento.

Arredor todo arrescende
a olido de primadera,
i aló na azulada esfera
fogax de gloria se encende;
mais a meniña n'atende
sinón ao dor, ¡mal pecado!,
que ten no peito encravado.

Danlle estrañeza os cantares,
danlle de chorar deseios,
i, os ollos de bágoas cheios,
pensa nos nativos lares.
Que n'hai máis tristes pesares,
máis negra malencolía
que a que entre estraños se cría.

Paxariños, verde prado,
branca lúa e sol ardente,
todo consolo é impotente
en mal tan desconsolado;
todo contento é trubado
pola peniña sin fondo
que hai no corasón abondo.

Por eso a meniña hermosa,
foxe da alegre fontiña,
tal como triste ovelliña
que trema de dor queixosa.
Vai sentida, vai chorosa,
mentras lle cantan con saña:
"¡Da montaña!, ¡da montaña!"

I ela, que de tal se estraña,
ferida no que máis sinte,
que a maltraten non consinte,
i así lles contesta huraña:
*"Anque che son da montaña,
anque che son montañesa,
anque che son, non me pesa."*

Pasa, río, pasa, río,
co teu maino rebulir;
pasa, pasa ante as froliñas
color de ouro e de marfil,
a quen cos teus doces labios
tan doces cousas lle dis.
Pasa, pasa, mais non vexan
que te vas ao mar sin fin,
porque estonces, ¡ai, probiñas,
cánto choraran por ti!
¡Si souperas qué estrañesa,
si souperas qué sufrir
desque del vivo apartada
o meu corasón sentíu!
Tal me acoden as soidades,
tal me queren afrixir,
que inda máis feras me afogan,
si as quero botar de min.
I ¡ai, qué fora das froliñas
véndote lonxe de sí
ir pola verde ribeira,
da ribeira do Carril!

Pasa, pasa caladiño,
co teu manso rebulir,
camiño do mar salado,
camiño do mar sin fin;
e leva estas lagrimiñas,
si has de chegar por alí,
pretiño dos meus amores,
pretiño do meu vivir.
¡Ai, quén lagrimiña fora
pra ir, meu ben, unda ti...!
Quén fixera un camiño
para pasar, ai de min!

*Si o mar tivera barandas,
fórate ver ao Brasil;
mais o mar non ten barandas,
amor meu, ¿por dónde hei de ir?*

*"Ora, meu meniño, ora,
¿quén vos ha de dar a teta,
si túa nai vai no muiño,
e teu pai na leña seca?"*

Eu cha dera, miña xoia,
con mil amores cha dera,
hastra rebotar, meu santo,
hastra que máis non quixeras,
hastra verte dormidiño
con esa boca tan feita,
sorrindo todo fartiño,
cal ubre de vaca cheia.
Mais ¡ai, qué noite che agarda!
Mais ¡ai, qué noite che espera!
Que anque dúas fontes teño,
estas fontañas non deitan.
Ora, meu meniño, ora,
¡cánto chorarás por ela!
Sin ter con qué te acalente,
sin ter con qué te adormesa,
que soio, soio quedaches
como unha ovelliña enferma,
tremando, malpocadiño,
como as ovelliñas treman.
Sin cobirtor que te cruba,
nunhas palliñas te deitan
e neve e chuvia en ti caen
por ante as fendidas tellas.
E silba o vento que pasa
polas mal xuntadas pedras,
e cal coitelo afilado
no teu corpiño se ceiba.
¡Ai!, cando veña túa nai,
¡ai!, cando che a túa nai veña,
¡cál te topará, meniño,
frío como a neve mesma,
para chorar sin alento,
rosiña que os ventos creban...!
¡Ai, máis valera, meniño,
que quen te dou non te dera!
Que os fillos dos probes nacen,
nacen para tales penas."

Así se espicaba Rosa
no medio da noite negra,
ó pe dunha negra porta,
toda de lañas cuberta.

Mentras tanto murmuraban
por antre a robreda espesa
do río as revoltas ágoas
e os berridos da tormenta.
Todo era sombras no ceo,
todo era loito na terra,
e parece que a Compañía
bailaba antre as arboredas
cas chuchonas enemigas,
e cas estricadas meigas.

En tanto un choro soave
sentir no espazo se deixa,
tal como gaita tocada
nunha alborada serena;
tal como lexana frauta
cando o sol no mar se deita,
cuio son nos trai o vento
cos cheirifios da ribeira.

No meio da chouza escura
que triste Rosa contemptra,
unha luz branca se mira
como aurora que comensa.
Olido de frescas rosas
os aires da noite incensan,
cal si todas se xuntaran
as froles da primadera.
Soan cantares estraños,
soan músicas que alegran;
músicas son e cantares
nunca sentidos na terra;
por eso, pasmada, Rosa
pouquiño a pouco se achega
e por unha regandixa
postrada no chan axexa.

Nunca humanos ollos viron
e que veu estonces ela,
que si non morréu estonces
foi porque Dios n'ou quixera:
de resplandecente gloria
raios de amor se refrejan
do abandonado meniño,
sobre a dourada cabeza;
e porque esté máis contento,
e porque máis se entreteña,
cabe os seus peños crecen
frescos ramos de azucenas.

Xa non dorme en probe cuna,
que outro berce lle fixeran
cas alas os anxeliños
e co seu lume as estrelas.
Nubes de color de rosa
fanlle branda cabeceira,
sírvelle de cobertura
un raio de luna cheia,
i a Virxen santa, vestida
con vestido de inocencia,
porque de fame non morra
e fartiño se adormesa,
dálle maná do seu peito
con que os seus labios refresca.

Mentras o mundo esistise,
Rosa mirando estivera,
con tanta gloria encantada,
con tanta dicha suspensa.
Mais unha voz lonxe se oie
por antre os olmos da veiga,
que cantando amorosiña
se esprica desta maneira:
—Ora, meu meniño, ora,
logo che daréi a teta;
ora, meu meniño, ora,
xa non chorarás por ela.

Esto cantaron. En tanto,
coa Virxe desapareceran
os anxeliños, deixando
en derredor noite espesa.
Xa se sinten as pasadas
por xunto da corredeira;
xa saltaron o portelo,
xa cerraron a cancela...
A probe nai corre, corre,
que o seu filliño lle espera;
mais, cando chega, dormido
o seu filliño contemptra.
Dille estonces, mentras tanto
que en bicalo se recrea:

—Miña xoia, miña xoia,
miña prenda, miña prenda,
¿qué fora de ti, meu santo,
si naiciña non tiveras?
¿Quén, meu fillo, te limpára;
quén a mantensa che dera?

—O que mantén ás formigas
e ós paxariños sustenta.

Dixo Rosa, i escondéuse
por antre a nebrina espesa.

21

Non che digo nada...
Pero ¡vaia!

I

Pasan naquesta vida
cousiñas tan estrañas,
tan raros feitos vense
neste mundo de trampa;
tantos milagres vellos,
tan novas insinanzas,
e tan revoltos allos
con nome de ensaladas,
que non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Meniña ben vestida,
meniña ben calzada,
que ten roupa de cote,
que ten roupa de garda;
meniña que ben folga,
meniña que anda maja,
i é probe, malpecado,
como unha triste araña,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Véxote aló antre os millos,
véxote aló nas brañas,
xa no pinar espeso,
xa na beiriña mansa
do río que correndo
vai antre as vdrdes canas,
e xuras que estás soia,
que naide te acompaña...
Non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Casada casadiña,
que gustas ser falada,
que bailas cas solteiras
nas festas e ruadas,
que tes na boca a risa
e que cos ollos falas,
e que ao falar con eles

parece que che saltan,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Cando mirar te miro,
tan limpa e tan peinada,
loitar cos rapaciños
hastra que en ti se fartan,
e ves dimpóis xurando
que eres muller sin chata,
e dis que as máis non teñen
contigo comparanza,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

E ti, roxa roxiña,
modesta e recatada,
que falas tan mainiño,
que tan mainiño andas,
que ós pes dos homes miras
para non verlle a cara,
e fas que non entendes
cando de amor che falan,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Vas pola mañanciña
a misa cas beatas;
dempóis... (por qué, ti o sabes)
de xunta delas largas;
e si na corredoira,
xunto da verde parra,
non sei con qué xentiña,
párase ou non te paras,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

E ti, rapás garrido,
de tan melosas falas,
tan majo de monteira,
tan rico de polainas,
tan fino de calzado
como de mans fidalgas,
cando me dis que gustas
de traballar na braña,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Ti falarás de amores
cousiñas ben faladas;
ti loitarás cas nenas
como ningún loitara;
ti beberás do mosto
hastra quedar sin fala;
pero cos teus sudores
mollar a terra ingrata...
Non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Mais tantas cousas vexo
que me parecen trampa;
tanto sol entre nubes,
e tan revoltas auguas
que asemellarse intentan
a unha fontíña crara,
que por non perder tempo
donde non quito racha,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

II

Pasan naquesta vida
cousiñas tan estrañas,
tan raros feitos vense
neste mundo de trampa;
tantos milagres vellos,
tan novas insinanzas,
e tan revoltos allos
con nome de ensaladas,
que non che digo nada...
Pero ¡vaia!

E que algo deprendera,
triste de min coidaba;
e que a experiencia neta
ninguén me iba en puxanza
por ter na fronte enrugas
e ter caniñas brancas,
cando hai hoxe uns mociños
mesmo dende que maman,
que non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Xa non che val, Farruco,
que vivas en compañía
dos anos pensadores
nin da esperencia calva,
nin que ollo alerta vivas
como a cordura manda;
que donde menos penses
tamaña lebre salta
que non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Xa sendo noite oscura
dinche que é noite crara;
xa estando o mar sereno
che din que fai borrasca;
e tanto te confunden
e tanto te acobardan,
que anque falar quixeras
tal coma Dios che manda,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Si eres francés, meu vello,
si eres da lonxe Australia,
si aló do sol baixaches
ou das estrelas pálidas,
con seria gravidade
quisáis che preguntaran,
e ti, pasmado todo,
calado mormuraras:
Non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Por eso, meu velliño,
si de estudar non tratas
a ciencia destes tempos,
que é como el augua crara,
anque ca parromeira
tamén ten comparanza,
que nesto a ciencia estriba,
i en ter distintas caras,
non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Sin entender un ele,
verás qué ben se amañan
honrados e sin honra,
rameiras e beatas;
verás cómo se axuntan,

verás cómo se tratan,
mentras que ti marmuras
ca lingua dunha coarta.
Non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Verás cor de sireixa
quen foi cor de esmeralda,
i aqueles tan azúes
que sangue azul manaban,
manar sangue vermella
pola moderna usanza;
i esto con tal chistura
e con fachenda tanta,
que non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Verás qué revolturas,
qué ricas contradanzas,
qué gaitas con salterio,
qué pífanos con arpas,
qué dengues encarnados
con mantillañas brancas,
chapurra que chapurra
en confusión tan várea,
que non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Ti pensarás que aquesto
é todo unha antroidada;
que aquí un levita sobra
i unha chaqueta falta;
que alí se comen lebres
en vez de calabazas,
e tocan frautas donde
deben tocar campanas...
Máis non che digo nada...
Pero ¡vaia!

Deprende, meu velliño,
a ciencia ben amada,
que saibamente insina
tan rica mesturaza,
si queres ser sabido
en cousas tan estrañas,
pois antre tantas novas
as costumiñas rancias...
Non che digo nada...
Pero ¡vaia!

22

*Mais ó que ben quixo un día,
si a querer ten afición,
sempre lle queda unha mágoa
dentro do seu corasón.*

I

Aló nas tardes serenas,
aló nas tardes caladas,
fanse máis duras as penas
que nas brandas alboradas.

Aló nas tardes sombrisas,
aló nas tardes escuras,
fanse máis cortas as risas,
máis negras as desventuras.

Que non hai sera tranquila
para quen remorsos garda,
e máis presto se aniquila
canto máis á noite agarda.

II

Eu ben sei destes secretos
que se esconden nas entrañas,
que rebolen sempre inquietos
baixo mil formas estrañas.

Eu ben sei destes tormentos
que consomen e devoran,
dos que fan xemer os ventos,
dos que morden cando choran.

.....

I anque ora sorrindo canto,
anque ora canto con brío,
tanto choréi, choréi tanto
como as auguiñas dun río.

Tiven en pasados días
fondas penas e pesares,
e choréi bágoas tan frías
como as auguiñas dos mares.

Tiven tan fondos amores
e tan fondas amarguras,
que eran fonte de dolores
nacida entre penas duras.

III

Ora río, ora contento
vou polas eiras cantando,
vendo de onda ven o vento
cando vou levar o gando.

Ora con grande sosiego
durmo na beira das fontes,
durmo na beira dos regos,
durmo na punta dos montes.

Mais ó que ben quixo un día,
si a querer ten afición,
sempre lle queda unha mágoa
dentro do seu corasón.

23

Castellana de Castilla,
tan bonita e tan fidalga,
mais a quen para ser fera
ca procedensia lle abasta.
Desíme, miña señora,
xa que os mostrás tan ingrata,
si o meu rendimento homilde
bascas de enoxo vos causa,
pois cando onda vós me achego
cuspís con ardentes ansias
i ese mirar de pombiña volvéis
en fosca mirada,
tornando en sombrisa noite
o día que en sol se baña.
En vano intento, señora,
saber por qué me maltrata
dama dun alma tan nobre,
aunque soberba por fama,
pois n'é motivo a despreso
sintirse tan ben amada,
que as mesmas pedras, señora,
dun bon querer se folgaran.
Din que na nobre Castilla
así ós gallegos se trata;
mais debe saber Castilla,
que de tan grande se alaba,
que sempre a soberbia torpe
foi filla de almas bastardas;
e sendo vós tan sabida,
nunca de vó-lo pensara,
que de tan alto baixando
vos emporcades na lama;
nin que chamándovos nobre,
tanta nobreza enfousaras
imitando ós que vaidosos
no que está débil se ensañan.
Pero máis val que enmudesa,
pois tes condición de ingrata;
que predicar en deserto
da miña terra n'é usanza.
Si fun curpabre en quereros
coma ningún vos amara,
por ser de terra gallega
e serdes vós castellana,
en paz, señora, vos deixo
ca vosa soberba gracia,
e voume á Galicia hermosa

donde en xuntanza me agardan
e que non tendes, señora,
i o que en Castilla n'achara:
campiños de lindas rosas,
fontiñas de frescas auguas,
sombra na beira dos ríos,
sol nas alegres montañas,
caras que nacen sorrindo
e que sorrindo vos aman,
e que inda mesmo morrendo
en sonriñas se bañan.
Alí, señora, contento
cantando a doce *ala lala*,
baixo a figueira frondosa,
en baixo da verde parra,
c'aquelas frescas meniñas
que mel dos seus labios manan,
cando en falar amoroso
meigo nos din en voz maina
con toda-las de Castilla
nobrísimas castellanas
olvidaréivos sin pena,
anque sos vós tan fidalga.
Que aló saben ser altivas,
pero non saben ser vanas,
i é fácil con doces tomas
olvidar tomas amargas.
Déchesmas vós, mi señora,
con despreso envenenadas,
inda con fero máis fero
que pelica de laranxa;
mais teño por que me pase
aquel sarrapio que escalda,
teño unha dama nos Portos,
outra no Ribeiro de Avia;
si a dos Portos é bonita,
a do Ribeiro lle gana.

24

Queridiña dos meus ollos,
saberás como estóu vivo
nesta vila donde adoito
dende que cheguín de Xinzo.
Saberás como a Dios gracias
i ó escapulario bendito
non afogamos no mare
como coidaba Xacinto
que é tan valente, abofellas,
como os alentos dun pito.
Saberás como dempóis
me puñeron moi vestido
con roupa azul e amarela,
cal andan todo-los quintos,
e logo todos xuntados,
inda máis de vintecinco,
nos paseamos polas calles,
que era mesmo un adimiro
de tan majos como íbamos,
de tan brancos e tan limpos.
¡Si me viras, queridiña,
cal outras que eu sei me viron!
Cada ollada me botaban
xa de través, xa de fito...
I eran meniñas graciosas
con moita salsa no pico,
mais ningunha deste peito
poido arrincarme un sospiro,
que o teu retrato alí estaba
rabuñando paseniño,
que anque de onda ti partín,
prendiña que tanto estimo,
non vin soio, miña xoia,
que ti viñeche comigo.

¡Si souperas cánto peno,
si souperas cál me afrixo
cando me acordo nas noites
daqueles teus cantariños...!
Ora en ti penso desperto,
ora en ti penso durmindo,
e sempre en ti estóu pensando
coma si foses feitiso.
Seique meigallo me deche
na festa do San Martiño,
amasado cos teus dedos
nunha bola de pan trigo.

Mais non o sinto por eso,
que anque me deras martirio,
por vir de ti, queridiña,
como un año recibírao.

Nada me distráí, Rosiña,
da pena que por ti sinto;
de día como de noite
este meu corazonciño
contigo decote fala,
porque eu falar ben o sinto,
un falar tan amoroso
que me estremeso de oílo.
¡Ai!, qué estrañeza me causa
e soidás e martirio,
pois así cal el che fala,
quixera falar contigo,
cal outros tempos dichosos,
dos nosos amores finos.

¡Cántas veces nos xuramos,
cando lavabas no río
ó pe dun alto salgueiro,
antre risas e sospiros,
xa nunca máis separarnos,
xa nunca máis desunirnos!
Mais aqueles xuramentos,
tal como rosas de espiño,
lixeriños se espallaron
a un sopro dos ventos fríos.
Ora, co mar de por medio,
¡adiós, amantes cariños!
Nin ti me ves, nin te vexo
aló na beira do río,
naquelas crariñas noites
de folga polos domingos.
As amoriñas maduran
nas silveiras dos camiños,
nasen as froriñas brancas
por antre as canas do millo,
o río pasa que pasa,
cantan nas ponlas os xílgaros,
todo está verde e frondoso,
todo está fresco e frorido;
sólo nós, Rosa, faltamos
naqueles verdes campiños.

Rosiña, dáme un consolo
para este dolor que eu sinto.

¡Ai, que os recordos me matan!
 ¡Ai, que acabarán comigo!
 Di si inda me queres moito,
 mándamo a decir pretiño;
 dime si garda-lo pano
 que che din por San Benito,
 que o merquéi na quinta feira
 por doce cartos e pico.
 Dime tamén si drepndes
 pola cartilla de *Cristus*
 a ler como me ofreceches
 para ler os meus escritos,
 que en sabendo algunhas letras
 dempóis irás traducindo.
 Eu xa lle perdín o medo
 a escribiduras e libros,
 pois fago uns palotes netos
 de que eu mesmo me adimiro,
 tan grandes como fungueiros
 e máis gordos, si non minto.

Adiós, espresiós che mando
 polo burro de Camilo,
 que non sei cál che dirá
 estas cousas que lle esprico;
 mais sabe, miña Rosiña,
 Rosiña de doce olido,
 que si ti xa ler souperas
 os palotes que eu escribo,
*escribírache unha carta
 nas alas dun paxariño.*

25

A Roberto Robert, redactore
 da *Discusión*, a quen lle gustan
 os contos i o gallego.

I

Aló no currunchiño máis hermoso
 que a luz do sol na terra alumeara, v
 eiga frorida e prado deleitoso
 que aos campiños do Edén se acomparara;
 aló onde o Sar soberbo e caudaloso
 parece que se dorme ou que se para
 (tan maino corre antre a robreda escura),
 alí nacéu Vidal o sin ventura **1**.

II

¡Qué reposo! ¡Qué luz...! ¡Qué garruleiro
 brando cantar dos váreos paxariños
 cando ó salir do sol polo quinteiro
 douraba fontes, lagos e campirios!
 ¡Qué libre respirar...! ¡Qué placenteiro
 ir e vir dos cabirtos xuntadiños!
 ¡Qué frescas, qué polidas, qué galanas
 iban co gando as feitas aldeanas!

1 Eu ben sei que en rigor estas octavas non son en maneira algunha a glosa dun cantar, e que mellor e con máis propiedade podía chamarse conto; pero como polo de agora non penso facer en gallego nengún libro de contos póño aquí, unha vez que nestes cantares tratéi de pintar as costumes dos nosos pro-bes aldeáns, e sirven estas octavas pra dar a conocer unha das máis antigas e máis usadas. Sempre me conmovéu o relato deste conto sencillo, patriarcal, e por eso decidínme a versificalo contando ca benevolencia dos lectores. ¡Son tantos os desdichados a quen nas nosas aldeas non se ofrece a proba do porco, e que soñan co día en que, como Vidal, poidan decir aos seus avaros veciños: Diante co varal...!

III

Nunca o rumor do mundo corrompido,
nunca da louca sociedade as vaidades,
nin brillo dos honores fementido
foran trubar tan doses soledades.
Ceo azul, sol de amor, campo frorido,
santa paz sin remorso nin saudades,
horas que van mainiñas camiñando:
tal alí tempo e vida iban pasando.

IV

¡Cómo o ventío da mañán pirmeiro
no seio das rosiñas se dormía,
e cál dempóis toliño e rebuldeiro
polo espazo inmensísimo subía,
e volvendo a baixar murmuradeiro
por enriba das chouzas rebulía,
nas aliñas levando o fumo leve
que en trubias ondas a subir se atreve!

V

¡E cómo ó mediodía, fasta o río,
brisas, aires, pradiños e arborado
pousaban calorosos e sin brío
cal viaxeiro sedento e fatigado;
e cómo da serán o alento frío
de arrulos misteriosos impregnado,
con pasiño lixeiro se achegaba
i aire, río e floriñas axitaba!

VI

Pasiño a paso a traballada xente
dos campos ás chousiñas se volvía,
mentras no lar o pote sarpullente
cas ricas berzas a cachón fervía.
As fabas i as balocas xuntamente
co touciño sabroso nel se vía
en comparia amigable e farturenta
que alegre, que convida e que sustenta.

VII

Dempóis da frugal cea, ó cariñoso
resplandor do luar claro e soave
iban gozar ó enxido de reposo
co abó, que a longa historia contar sabe.
O rosario da Virxe proveitoso
logo rezaban con asento grave,
i alma e corpo tranquilo se dormía
esperando o folgor do novo día.

VIII

Todo era paz e amor i augua serena,
todo era craro azul no firmamento,
nin houbo alí a soberba que envenena;
nin vano goce, nin fatal tormento,
nin louco rebuldar, nin fonda pena,
nin baixo aborrecido pensamento,
vidiña tan risoña atormentaba,
pois dose e mainamente se folgaba.

IX

Naide naquel lugar probe se vira,
que uns ben i outros non mal foran
vivindo,
i un que afroxa de máis i outro que estira,
fórnanse acomodando e repartindo.

Ningún da negra fame a man sentira
o seu peito fortísimo oprimindo,
nomáis que a desdichada criatura
que se chamóu Vidal o sin ventura.

X

Orfo ende que nacera, a sorte triste
déralle por herencia o desconsolo,
coa negra soledá, que ó probe asiste;
naide na terra se topóu tan solo
de canto en polvo terrenal se viste
inda correndo un polo i outro polo,
que era probe e dorido antre os doridos
e afrixido antre os tristes afrixidos.

XI

Tiña por casa un cortelliño escuro,
tiña por leite o chan humedecido,
por cubirtor a neve e vento duro
que entraba polas fendas arresido.
Tiña o sustento escaso e mal seguro
que dan de porta en porta ó que é perdido,
que así lle din con bulra non escasa
ó que por probe neste mundo pasa.

XII

En jamás o infeliz decir poidera
"¡Esto que teño é meu!", que a sorte dura
n'inda, por conceder, lle concedera
un pouco de querer ou de ternura,
nin un pouco de amor, que donde houbera
pobreza, e soledade e desventura,
groria, dicha e querer correndo pasan
i a entradiña da porta non traspasan.

XIII

Sempre por dicha pra Vidal había
caldo e máis pan nalgún lariño alleo,
i a máis a caridá non se estendía,
que fora un mal matarlle outro deseo.
Que si a cousas mellores se afacía
i outro váreo comer i outro recreo,
traballo lle custara a bon seguro
comer dempóis berciñas e pan duro

XIV

Tal conta a xente corda se botaba
con parsimonia concensuda e grave,
e refráns sabios con afán buscaba
dos que din "Nunca des do que ben sabe."
I o compango Vidal nunca probaba,
porque era a sobriedá santa e saudabe,
según a xente de poder decía,
aunque ela ben folgaba e ben comía.

XV

Cando dos porcos a matanza viña,
¡qué amabre chamuscar nas limpas eiras
ó despertar da fresca mafianciria...!
¡Qué alegre fumo antre olmos e figueiras
olendo a cocho polos aires viña!
¡Qué arremangar das nenas mondongueiras!
¡Qué ir e vir dende o banco hastra a cociña!
I aló no lar, ¡qué fogo!, ¡qué larada!,
¡qué rica e qué ben feita frixolada!

XVI

Fígado con cebola ben frixida
i unha folliña de laurel cheirosa,
que inda a un morto ben morto dera vida
de tan rica, tan tenra e tan sabrosa.
Raxo en sorsa cun cheiro que convida,
i a sangre das morcillas sustanciosa
en fregada caldeira rebotando,
a que fagan morcillas convidando.

XVII

Cuadro tan agradabre e farturento
por toda a vecindá se repetía
con garular, e risa, e gran contento,
que suceso tan grande o requería.
Mais, por que lle sirvise de tormento,
sólo na chouza de Vidal n'había
nin porco, nin mondongo, nin fartura,
que era todo nubrado e desventura.

XVIII

Nas frías pedras do seu lar sentado,
tan váreo movemento contemplaba
de negra soledade acompañado:
naide á festa do porco o convidaba.
Que era probe Vidal i era olvidado,
i a presensa dun probe alí estorbaba;
por eso antre suspiros repitía:
"¡Ai, quién fora riquiño un soio día!"

XIX

Tales eran decote os seus desexos,
mais nunca, ¡triste sorte!, se cumprían;
e todos, todos de miseria cheos,
anos tras anos sin cesar corrían.
Xa era vello Vidal, i os duros ceos
de tan negro sufrir non se doían,
que inda o porco Vidal nunca probara,
nin naide a tal festiña o convidara.

XX

Tal como era costume, a rica proba
veciños con veciños se trocaban
(inda hoxe esta costume se renova),
mais a Vidal veciño non chamaban,
que fora indina mesturanza boba
ir a dar donde daiva non topaban,
e por eso Vidal, probe coitado,
nunca catou morcilla o desdichado.

XXI

Mas, ¡ai, pícaro mundo!, ¡mundo aleve!,
¿quén de teus pasos e revoltas fia?
¿Quén afirmar empávedo se atreve
que non se pode a noite tornar día?
¿Quén en tempo tan rápido e tan breve
ós conocidos de Vidal diría
que aquela triste homilde criatura
iba nadar en ondas de ventura?

XXII

¡I así pasou...! Que Aquel que todo mira
aló da inmensa e trasparente esfera
donde cos astros sentellantes xira,
misericordia de Vidal tivera,
o torpe olvido dos podentes vira
i a pena de Vidal compadecera,
e co seu brazo misterioso e forte
trocóu dun sopro a temeraria sorte.

XXIII

Tal polas portas de Vidal entrara
como en campo sedento farto río,
aló de Cais harencia que envidiara
o máis encopetado señorío.
Hucha de ouro ós seus ollos relumbrara
dándolle desvareo, e risa, e frío,
sendo tamaña a dicha que sentía,
que o corasón con ela non podía.

XXIV

Dempóis chorou, sorréu, bicou a terra
inda polo seu pranto humedecida,
e canta dicha a humanidade encerra
vertéuse do seu peito escandecida.
Logo, volvendo en sí, casi se aterra
de ver ventura tan sin par cumprida,
e postrado ante Dios fervente ora
i o seu misterio portentoso adora.

XXV

Cumprido este deber, Vidal, repostado
de sorpresa tan grave e pranteira,
ponse limpio, amañado e ben composto,
coa graciña de Dios por compañeira.
Cál se admira de o mirar tan posto,
cál lle di que é galán por derradeira,
i, anque calvo quedóu como San Pedro,
dinlle que ten risado pelo negro.

XXVI

Chámalle aquél "amigo", ¡cousa rara!,
que antes "¡Vidal!" con sorna lle desía,
i outro lle volve pranteiro a cara
que nantronte o carís lle retorsía.
Tal miniña de velo se trubara,
tal outra xunta del se revolvía,
e seica non faltóu quen lle dixera
que feito como un santo se volvera.

XXVII

Que é triste o rostro da mortal pobreza
que entre ximidos e dolores nace,
i hastra a hermosura ven cando riqueza
co seu mirar risoño nos compace;
presta o diñeiro encanto e gentileza,
i un Dios o mesmo demo se tornase
si tomando figura de banqueiro
remexese diñeiro e máis diñeiro.

XXVIII

Estos misterios son... eu me confundo
i en vano os espricar me propuñera;
pero Vidal, filósofo profundo,
que, anque xamáis nos libros deprendera,
a conta propia deprendeu no mundo,
non de mudansa tal se sorprendera,
que aló no seu caletre a adiviñara
cando en ser rico con afán soñara.

XXIX

Por eso recibeu con cortesía
recrebos, agasaxo e comprimento,
que un tras outro homildoso lle facía,
escoria vil do humano sentimento.
El a baixesa deles comprendía,
i anque vano nin torpe pensamento
contra xentiñas tales meditaba,
forte e seria lisión darlles pensaba.

XXX

Unha mañán a un santo e bon suxeto
un quiño lle mercóu, ¡soberbo quiño!,
tan níveo, tan plantado e tan repleto
cal nunca o vira tal ningún veciño.
Era curto de perna, o lombo neto,
do rabo hastra a cabeza redondiño,
i o coiro tan graxento relusía
que mesmo de manteiga paresía.

XXXI

"¡Alabado sea Dios!, ¡Dios cho bendiga!,
¡San Antonio cho garde!", así escramaban
mentras que o cocho a paso de formiga

i o seu dono Vidal serios pasaban.
A falarlle a Vidal cada un se obriga,
que ó porco xa mortiño contempraban
e n'era de perder tan bon bocado
polas mans de Vidal morto e salgado.

XXXII

Logo o berrido do infeliz pasente
que sofre co coitelo morte dura
fender os aires no lugar se sente,
pouco a pouco a gorxiña queda muda,
o suspiro postrer soa estredente,
a sangue corre, o matachín xa suda,
e naquel grave e quírtico momento
é o porco vida e mundo e pensamento.

XXXIII

O difunto alí está repantrigado,
cunha cebola na antraberta boca
(que inda parés que a come o desdichado);
pero non o chorés, que a el solo toca
dormir sono tan triste descuidado,
pois as iras do inferno non provoca,
nin gloria ten nin porgatorio ardente;
el dormirá insensible eternamente.

XXXIV

Non cabe en sí Vidal de tan contento,
o cheiriño do porco lle enlouquece,
que antre os porcos nacidos é un portento
aquele que ante seus ollos aparece.
Certa satisfacción, certo contento
no rostro dos presentes resplandece,
que mesmo quer decir en linguax mudo:
"¡Este sí que che é un porco repoludo!"

XXXV

Mais co cocho Vidal soio se encerra,
mentras que a xente aturrullada mira...
Cál se pasma, cál bufa, cál se aterra,
que nunca tal naquel lugar se vira,
cál outro lle xurando eterna guerra,
das voltas que dá o mundo se admira,
pois que nunca en xamáis nengún veciño
lle batera ca porta no fuciño.

XXXVI

Era aquél un rifar desesperado,
pero Vidal o xordo se facía;
a noite enteira se pasou cerrado,
i ó arbor primeiro do seguinte día,
cun varal de morcillas ben cargado,
que a pouco de cargado se rompía,
apareceu lavado e reverendo,
a todos co seu porte sorprendendo.

XXXVII

El dereitiño ó seu facer marchaba
con paso despacioso camiñando,
e un sorrir nos seus labios se atopaba
que antroido iba decindo ou contrabando.
Dempóis, con voz que ás xentes atroaba,
foise de porta en porta preguntando:
—¿Déronlle aquí morcillas a Vidal?
—¡¡¡Aquí non!!! —¡Pois adiante co
varal!

XXXVIII

Así as chousas corréu unha por una
i o varal inteiriño inda se vía;
que un triste sí non respondéu ninguna
de cantas en redondo requería.
Ríndose en tanto a falsa de fertunha
con sonsa voz de bulra repetía:
—¿Déronlle aquí morcillas a Vidal?
¡¡¡Aquí non!!! —¡Pois adiante co varal!

.....
.....

XXXIX

Vidal morréu, i o tempo foi pasando,
braso que os duros mármores arrasa,
antre helados escombros enterrando
do bon Vidal a solitaria casa;
mais sempre esta historiña foi quedando;
inda hoxe mesmo por proverbio pasa,
e cando o nome de Vidal se invoca,
muda sole quedar máis dunha boca.

26

—Meniña, ti a máis hermosa
que a luz do sol alumbrara;
ti a estrela da mañanciña
que en puras tintas se baña;
ti a frol das froridas cumbres,
ti a ninfa das frescas auguas,
ti como folla do lirio
branca, pura e contristada.
¿Quén eres, fada sin nome
de tan dormentes miradas,
de tan dorida sonrisa,
de feiturina tan cándida?
¿Quisáis de muller naceches
sendo tan limpa e tan casta?
¿Quisáis das brisas da tarde,
quisáis das brétemas vagas,
das burbulliñas dun río,
quisáis dunha nube branca?
¿Ou as espumas do mare
a un raio de sol xuntadas
pousáronte ó ser da aurora
nunha cunchiña de nacra?
Mais, de onde queira que seas,
tristísima pasionaria,
por ti sinto un amor puro
que pouco a pouco me mata.
Por ti, de noite e de día,
cal vaga sombra encantada,
preto do teu vivir ximo,
ximo cos ventos que pasan
facendo vibrar sonoras
sentidas cordas dun arpa,
que con ecos tembradores
dos meus amores che falan.
Mais dime: ¿por qué estás muda?
Di por qué estás solitaria,
di por qué vives nos montes
cos paxariños que cantan,
mentras ti choras e choras
ó pe dun olmo sentada,
toda de loito cuberta,
toda cuberta de lágrimas.

—Déixame vivir nos montes,
déixame estar solitaria,
déixame cos paxariños
que en derredor de min cantan.

Déixame vestir de loito,
 cuberta por tristes bágoas,
 i eco de homes non escoite
 nin son de armoniosas arpas,
 que eses sons de amor á vida
 rompen as miñas entrañas.
 ¡Si deles, galán, por sorte,
 doce consolo arrancarás
 para un dor que non ten cura,
 para un mal que non se acaba!
 ¡Si ó seu vibrar sonoro
 as tombas se levantarán
 i o polvo que nelas mora
 volto a vivir se axitara...!
 Mais, cala, galán...; non toques
 as soaves cordas dun arpa
 que nin dá vida ós que morren
 ni as tristes tombas levanta.
 Cala, galán, cos cantares
 que con pasión de amor cantas,
 que os meus amores morreron
 i aló antre tombas me agardan.
 Para min morréu a dicha,
 morréu tamén a esperanza,
 cubréuse o seu de tristura
 i a terra de ásperas prantas.
 Déixame vivir nos montes,
 déixame estar solitaria,
 déixame vestir de loito,
 cuberta de amargas lágrimas.
*Que a rula que viudóu,
 xuróu de non ser casada,
 nin pousar en ramo verde
 nin beber da iaugua crara.*

27

I

¿Qué ten o mozo?

¡Ai!, ¿qué terá?

Ponme agora unha cara de inverno,
 despóis na fiada, ¡sonrisas de tal!

Quer que baile con el no muíño,
 i aló pola vila nin fala quisáis.

¿Qué ten o mozo?

Pois... ¿qué terá?

Unhas veces, canciño de cego,
 por onde eu andare seguíndome vai;
 nin hai sitio donde eu non atope
 un Bras con cirolas i os zocos na man.

¡Ai, qué mociño!

¡Ai, qué rapaz!

Noutro instante, ¡mirá qué fachenda!:
 atruxos que asombran ó mesmo lugar.

¡¡¡Brrr!!!, parece que pasa soberbo,
 mandando nos homes su real maxestá.

Mociño, Les tolo?

¡Ai!, ¿si o serás?

Eu non podo entender, meu amore,
 qué airiños te levan, qué airiños te tran,
 nin tampouco cál xeito te cadra,
 tratándose, mozo, do teu namorar.

¡Ai! ¡Dios me libre

de ti, bon Bras!

Que no meu entender te acomparo
 ó mesiño de marzo marzal:
 pola mañán, cariña de rosas,
 pola tarde, cara de can.

¡Mala xuntanza

facemos! ¡¡Ai!!

II

¿Qué di a meiguiña,

qué di a traidora?

Corazón que enloitado te crubes
 con negros desprezos que a falsa che dona,
 ¿por qué vives sufrindo por ela?,

¿por qué, namorado, de pena saloucas?
Si ela é bonita,
ela é traidora.

Di, con mengua de min, que non sabe
qué airiños me viran, veleta mal posta...
Que cho digan, rapaza, os teus ollos,
que agora me chaman, dempóis me desbotan.
Que anque es bonita,
eres traidora.

Si unhas veces amante che falo,
e si outras renego de ti... ¡pecadora!,
¿cáles auguas repousan serenas,
si o vento que as manda rebole antre as ondas?
E ti ben sabes
que es revoltosa.

Son canciño de cego en quererete...:
tal bulra merece quen ama sin conta,
pois cos zocos na man ou sin eles,
ás portas do inferno seguíndote fora.
Tal estóu tolo,
tal es grasiosa.

¡Que de marzo marzal teño a cara...!
Quisáis que así sea, mais ti, miña xoia,
tamén es cal raiola de marzo,
que agora descrube, que agora se entolda.
Iguales semos,
nena fermosa.

28

*Castellanos de Castilla,
tratade ben ós gallegos;
cando van, van como rosas;
cando vén, vén como negros.*

—Cando foi, iba sorrindo;
cando veu, viña morrendo;
a luciña dos meus ollos,
o amantiño do meu peito.

Aquél máis que neve branco,
aquél de dosuras cheio,
aquél por quen eu vivía
e sin quen vivir non quero.

Foi a Castilla por pan,
e saramagos lle deron;
déronlle fel por bebida,
peniñas por alimento.

Déronlle, en fin, canto amargo
ten a vida no seu seo...
¡Castellanos, castellanos,
tendes corazón de ferro!

¡Ai!, no meu corazonciño
xa non pode haber contento,
que está de dolor ferido,
que está de loito cuberto.

Morréu aquel que eu quería,
e para min n'hai consuelo:
sólo hai para min, Castilla,
a mala lei que che teño.

Premita Dios, castellanos,
castellanos que aborreso,
que antes os gallegos morran
que ir a pedirvos sustento.

Pois tan mal corazón tendes,
secos fillos do deserto,
que si amargo pan vos ganan,
dádesllo envolto en veneno.

Aló van, malpocadiños,
todos de esperanzas cheios,

e volven, ¡ai!, sin ventura,
con un caudal de despresos.

Van probes e tornan probes,
van sans e tornan enfermos,
que anque eles son como rosas,
tratádelos como negros.

¡Castellanos de Castilla,
tendes corazón de aceiro,
alma como as penas dura,
e sin entrañas o peito!

En trós de palla sentados,
sin fundamentos, soberbos,
pensás que os nosos filliños
para servirvos naceron.

E nunca tan torpe idea,
tan criminal pensamento
coupo en máis fatuas cabezas
ni en máis fatuos sentimentos.

Que Castilla e castellanos,
todos nun montón a eito,
non valen o que unha herbiña
destes nosos campos frescos.

Sólo pesoñosas charcas
detidas no ardente suelo,
tes, Castilla, que humedezan
esos teos labios sedentos.

Que o mar deixóute olvidada
e lonxe de ti correron as
brandas auguas que traen
de prantas cen semilleiros.

Nin arbres que che den sombra,
nin sombra que preste alento...
Llanura e sempre llanura,
deserto e sempre deserto...

Esto che tocóu, coitada,
por herencia no universo;
¡miserable fanfarrona...!,
triste herencia foi por certo.

En verdad non hai, Castilla,
nada como ti tan feio,
que aínda mellor que Castilla
valera decir inferno.

¿Por qué aló foches, meu ben?
¡Nunca tal houberas feito!
¡Trocar campiños frolidos
por tristes campos sin rego!

¡Trocar tan craras fontañas,
ríos tan murmuradeiros
por seco polvo que nunca
mollan as bágoas do ceo!

Mais, ¡ai!, de onde a min te foches
sin dor do meu sentimento,
i aló a vida che quitaron,
aló a mortíña che deron.

Morreches, meu quiridiño,
e para min n'hai consuelo,
que onde antes te vía, agora
xa sólo unha tomba vexo.

Triste como a mesma noite,
farto de dolor o peito,
píddolle a Dios que me mate,
porque xa vivir non quero.

Mais en tanto non me mata,
castellanos que aborreso,
hei, para vergonza vosa,
heivos de cantar xemendo:

*¡Castellanos de Castilla,
tratade ben ós gallegos;
cando van, van como rosas;
cando vén, vén como negros!*

29

A GAITA GALLEGA

RESPOSTA

ao eminente poeta D. Ventura Ruiz de Aguilera

I

Cando este cantar, poeta,
na lira xemendo entonas,
non sei o que por min pasa
que as lagrimiñas me afogan,
que ante de min cruzar vexo
a Virgen-mártir que invocas,
cos pes cravados de espiñas,
cas mans cubertas de rosas.
En vano a gaita, tocando
unha alborada de groria,
sons polos aires espalla
que cán nas tembrantes ondas;
en vano baila contenta
nas eiras a turba louca,
que aqueles sons, tal me afrixen,
cousas tan tristes me contan,
que eu podo decirche:
non canta, que chora.

II

Vexo contigo estos ceos,
vexo estas brancas auroras,
vexo estes campos froridos
donde se arrullan as pombas,
í estas montañas xigantes
que aló cas nubes se tocan
cubertas de verdes pinos
e de froliñas cheirosas;
vexo esta terra bendita
donde o ben de Dios rebota
e donde anxiños hermosos
tecen brillantes coroas;
mais, ¡ai!, como tamén vexo
pasar macilentas sombras,
grilos de ferro arrastrando
antre sorrisas de mofa,

anque mimosa gaitiña
toque alborada de groria,
eu podo decirche:
non canta, que chora.

III

Falas, í o meu pensamento
mira pasar temerosas
as sombras deses cen portos
que ó pe das ondiñas moran,
e pouco a pouco marchando
fráxiles, tristes e soias,
vagar as naves soberbas
aló nunha mar traidora.
I ¡ai!, como nelas navegan
os fillos das nosas costas
con rumbo á América infanda
que a morte co pan Iles dona,
desnudos pedindo en vano
á patria misericordia,
anque contenta a gaitiña
o probe gaiteiro toca,
eu podo decirche:
non canta, que chora.

IV

Probe Galicia, non debes
chamarte nunca española,
que España de ti se olvida
cando eres, ¡ai!, tan hermosa.
Cal si na infamia naceras,
torpe, de ti se avergonza,
í a nai que un fillo despreza
nai sin corasón se noma.
Naide por que te levantes
che alarga a man bondadosa;
naide os teus prantos enxuga,
í homilde choras e choras.
Galicia, ti non tes patria,
ti vives no mundo soia,
í a prole fecunda túa
se espalla en errantes hordas,
mentras triste e solitaria
tendida na verde alfombra
ó mar esperanzas pides,

de Dios a esperanza imploras.
 Por eso anque en son de festa
 alegre á gaitiña se oia,
eu podó decirche:
non canta, que chora.

V

"Espera, Galicia, espera."
 ¡Cánto este grito consola!
 Páguecho Dios, bon poeta,
 mais é unha esperanza louca;
 que antes de que os tempos cheguen
 de dicha tan venturosa,
 antes que Galicia suba
 ca cruz que o seu lombo agobia
 aquel difícil camino
 que ó pe dos abismos toca,
 quisáis, cansada e sedenta,
 quisáis que de angustias morra.
 Págueche Dios, bon poeta,
 esa esperanza de gloria,
 que de teu peito surxindo,
 á Virgen-mártir coroa,
 i ésta a recompensa sea
 de amargas penas tan fondas.
 Págueche este cantar triste
 que as nosas tristezas conta,
 que solo ti..., entre tantos!,
 das nosas mágoas se acorda.
 ¡Dina voluntad dun xenio,
 alma pura e xenerosa!
 E cando a gaita gallega
 aló nas Castillas oias,
 ó teu corazón pregunta,
 verás que che di en resposta
que a gaita gallega
non canta, que chora.

30

I

—Vente, rapasa,
 vente, miniña,
 vente a lavar
 no pilón da fontaña.

Vente, Minguíño,
 Minguíño, vente;
 douche si non
 polo demo do dente.

¡Qué augua tan limpa!
 ¡Qué rica frescura!
 Vente a lavar,
 que é un primor, criatura.

Válganos Dios,
 que si auguiña n'houbera,
 lama este corpo
 mortal se volvera.

Vinde a lavarvos,
 andá lixeiriños,
 a cara pirmeiro,
 dimpóis os peñíos.

Ai, ¡qué miniña!
 ¡Qué nena preciosa!
 Dempóis de lavada
 parese unha rosa.

I este miniño
 que teño no colo,
 dempóis de lavado
 parece un repolo.

¡Ai!, ¡qué tan cuco!
 ¡Ai!, ¡qué santiño!
 Ven ós meus brazos,
 daréiche un biquiño.

¡Olliños de gloria!
 ¡Cariria de meiga!

¡Apértame ben,
corasón de manteiga!

Corre, corre
a que Antona te peite;
corre, daráche
unha cunca de leite.

Corre, corre,
a teu pai, Mariquiña,
que come cebola
con pan e sardiña.

II

—¡Válgate Dios,
que inda os figos son duros!
¡Mais qué fartíña
en estando maduros!

El e máis eu
i a comadre de abaixo
hemos de ter
que alargar o refaixo.

Rica figueira,
que Dios te bendiga,
que hasme, abofê,
de fartar a barriga.

¡Jei!, o dos ovos
que vas de camiño,
¿cántas duciñas
topache no niño?

¡Unha nomáis!
¡No me teño ca risa!
Ése éche un conto
que vai para a misa.

Dáme acá seis,
que un fricol che faría,
que ó mesmo rei
que envidiar lle daría.

Xa que non qués,
no camiño che colla
vento de vira
cun saco de molla.

III

—¡Turra, turra,
Xan, pola burra!
Mira que Pedro
a cadela che apurra.

¡Ai, desdichada
de min que a vexo
fincarche o colmillo
no triste pelexo!

¡Diancre de Xan,
que non corre nin toa!
Ben haia, amén,
quen os osos che roa.

¡Churras!, ¡churras!
¡Churriñas!, ¡churras!
Cas-qui-tó,
que escorrenta-las burras.

Pica, pica,
suriña, pica,
lévalle un gran
ó teu fillo na bica.

Marcha, can,
a ladrar ó palleiro,
¡sei que che agrada
o demoro do cheiro!

¡Vaiche co can,
que o peixiño lle gusta!
Mais a teu dono
o diñeiro lle custa.

¡Gachi!, ¡gachi!
¡Qué dencho de gato!
¡Cómo se farta
no prebe do prato!

¡Inda reventes,
larpeiro rabudo!
¡Que inda na gorxa
che aperten un nudo!

Truca, perico,
no gato rabelo

hastra deixalo
quedar sin un pelo.

Que eu, si outra vez
o camiño me atranca,
hei de romperlle
no lombo unha tranca.

¡Malo daquel
que non sabe de misa,
nin entra na igrexa
nin gasta camisa!

¡Ai, qué galiña
saltou no valado!
¡Sei que quer vir
a comer de prestado!

Isca de aí,
galiña maldita,
isca de aí,
non me mate-la pita.

Isca de aí,
galiña ladrona,
isca de aí pra cás túa dona.

31

Cando a luniña aparece
i o sol nos mares se esconde,
todo é silencio nos campos,
todo na ribeira dorme.
Quedan as veigas sin xente,
sin ovelliñas os montes,
a fonte sin rosas vivas,
os árbores sin cantores.
Medroso o vento que pasa
os pinos xigantes move,
i á voz que levanta triste,
outra máis triste responde.
Son as campanas que tocan,
que tocan en sons de morte,
i ó corasón din: "N'olvides
ós que para sempre dormen."

¡Qué triste! ¡Qué hora tan triste
aquela en que o sol se esconde,
en que as estrelliñas pálidas
tímidamente relosen!
Aló as montañas confusas
de espesas niebras se croben,
i a casa branca en que el vive,
en sombra espesa se envolve.
En vano miro e máis miro,
que os velos da negra noite
entre ela i os meus olliños
traidoramente se poñen.

¿Qué fas ti mentras, meu ben?
Dime dónde estás, en dónde,
que te aspero e nunca chegas,
que te chamo e non respondes.
¿Morreches, meu queridiño?
¿O mar sin fondo tragóute?
¿Leváronte as ondas feras
ou te perdeches nos montes?
Vou perguntando ós airiños,
vou perguntando ós pastores,
ás verdes ondas pergunto
e ninguén, ¡ai!, me responde.
Os aires mudiños pasan,
os pastoriños non me oien,
i as xordas ondas fervendo
contra os penedos se rompen.
Mais ti non morreche, ingrato,

nin te perdeches nos montes;
ti, quisáis, mentras que eu peno,
dos meus pesares te goces.
¡Coitada de min! ¡Coitada!
Que este meu peitiño nobre
foi para ti deble xunco
que ó menor vento se torce.
II en recompensa ti olvídasme!
Dasme fel e dasme a morte...
¡Que éste é o pago, desdichada,
que á que ben quer dan os homes!
Mais ¡qué importa!, ben te quixen...
Querréite sempre... Así compre
a quen con grande firmesa
vidiña i alma entregóuche.

*Aí tes o meu corasón,
si o queres matar ben podes:
pero, como estás ti dentro,
tamén, si ti o matas, morres.*

32

I

Si a vernos, Marica, nantronte viñeras
á festa do Seixo na beira do mar,
ti riras, Marica, cal nunca te riches
debaixo dos pinos do verde pinar.

Á sombra dos pinos, Marica, iqué cousas
chistosas pasaron!, ¡qué rir toleirón!
Relouca de arriba, relouca de abaixo,
iñamos, viñamos i o bombo... ¡pon!...,
¡pon!

As cóchegas brandas, as loitas alegres,
os berros, os brincos, os contos sin fel,
todiños peneques, alegres todiños...
I a nosa señora detrás do tonel.

II

¡Coitada!, ¡qué festa brandida
perdeche...!
Cantaras, beberas, dormiras, i así
nun feixe miraras rolar xuntamente
mociños e vellos de aquí para alí.

Coa vista trubada, cos ollos dormentes,
sorrindo, comendo, pifando e aínda
máis,
¡qué apertos, qué olladas tan chuscas
trocaban
as nenas de xenio cos mozos de Cais!

Debaixo dos ricos pareaugas de seda
que abertos formaban tamaño rodel,
todiños chispados, ¡qué cousas decían!
I a nosa señora detrás do tonel.

III

Mais ela decote tan grave e soberba,
tan fina de oído, tan curta de mans,
xordiña quedara falando por sete,
con probes e ricos, con porcos e cans.

Meu amo, folgado de tanta largueza,
que n'era costume na dona tal ver,
tamén, ¡miria xoia!, saltando da burra,
¡pin!, ¡pan!, río arriba botóuse a correr.

I a dona sorría con ollo entraberto,
comendo castañas e viño con mel...
¡Qué festa, Marica...! Todiños
peneques...
I a nosa señora detrás do tonel

33

*Cómo chove miudiño,
cómo miudiño chove;
cómo chove miudiño
pola banda de Laiño,
pola banda de Lestrove.*

¡Cómo a triste branca nube
truba o sol que inquieto aluma;
cál o crube i o descrube,
pasa, torna, volve e sube,
enrisada branca pruma!

Xa, dempóis, lonxe espallada
polos aires fuxitivos,
desteñida, sombrisada,
nos espasos desatada,
cae brillando en raios vivos.

Misteriosa regadeira
fino orballo no chan pouosa
con feitiña curvadeira,
remollando na ribeira
frol por frol, chousa por chousa.

Semellando leve gasa
que sutil o vento move,
en frotantes ondas pasa
refrescando canto abrasa
o que o sol ardente crobe.

¡Cómo chove miudiño
polas veigas de Campaña!
¡Cál se enxugan de camino
os herbales de Laiño!
¡Cómo a Ponte en sol se baña!

Para Caldas todo é escuro,
ceo azul lose na Adina,
trasparente, limpo e puro;
da Arretén no monte duro,
nube corre pelegrina.

Triste vai, que á terra toca
xa cos pes de branca neve,
xa ca fina fresca boca;
triste vai, que ós ceos invoca
i a bicar o chan se atreve.

Triste vai cando se abate
vaporosa, soia e muda,
cando maina as alas bate
como un corasón que late
ferido por pena ruda.

Tal maxino a sombra triste
de mi maa, soia vagando
nas esferas onde existe;
que ir á gloria se resiste,
polos que quixo agardando.

Vexo o Souto en parda sombra
envolvendo o seu ramaxe,
que por bon, do Rei se nombra,
donde fero o vento asombra,
roxe e estala de coraxe.

I o Palacio, serio e grave,
¡cánto en pura luz se baña!
Tal parés pesada nave
que volver ó mar non sabe,
se encallóu na fresca braña.

Vexo Valga á beira hermosa
dun camiño todo prata,
casta virxe candorosa,
sentadiña en chan de rosa,
vestidiña de escalrata.

A San Lois vexo brillando
bañado por tintas puras,
sol e sombras amostrando,
en reposo contemplando,
montes, auguas e verduras.

I a Padrón, ponliña verde,
fada branca ó pe dun río,
froita en frol da que eu quixerde,
lonxe miro que se perde baixo
un manto de resío.

¡Qué hinchadiña branca
vela antre os millos corre soa,
misteriosa pura estrela!
Dille o vento en torno dela:
"Palomiria, ¡voa!, ¡voa!"
Faille arrola a branda ría
cun remanso mormuxante,

que nás da arboleda umbría
baixo un toldo de alegría,
ó calor dun sol amante.

¡Sol de Italia, sol de amore...!
¿Ti paisax mellor alumas?
¿Ti máis rosas, máis verdore,
mellor ceu, máis soave core
ves do golfo antre as espumas?

Sol de Italia, eu non sospiro
por sentirte ardente raio,
que outro sol temprado miro;
dosemente aquí respiro
nun perene, eterno maio.

Nesta terra tal encanto
se respira... Triste ou probe,
rico ou farto de querbanto,
¡se encariña nela tanto
quen baixo o seu ceu se robe...!

Os que son nela nacidos,
os que son dela mimados,
lonxe dela están doridos
porque van de amor feridos
por quen fono amamantados.

Polos fillos a nai tira,
xorda, triste, plañideira,
xeme, chora e máis sospira,
e non para hastra que os mira
ben chegar por derradeira.

¡Probe nai, cánto te quero!
¡Nai tamén —ai— da nai miña!
O teu chan de amor prefiero
a canto hai grande ou severo
en toda a terra xuntiña.

¿Cómo non si ora estou vendo,
nun paisax de prata e rosas,
canto a vida foi querendo,
cos meus ollos remexendo
memoriñas cariñosas?

¡Bosques, casa, sepulturas,
campanarios e campanas
con sons vagos de dosuras

que despertan —ai— ternuras
que en jamás podrán ser vanas!

Elas fono as que tocaron
cando os meus alí naceron;
elas fono as que choraron,
elas fono as que dobraron
cando os meus abós morreron.

Elas fono as que alegrías
me chamaban mainamente
nas douradas mañanciñas,
de mi maa cas cantiguiñas
i os biquiños xuntamente.

Inda vexo onde xogaba
cas meniñas que eu quería,
o enxidiño onde folgaba,
os rosales que coidaba
i a fontaña onde bebía.

Vexo a rúa solitaria
que en paz baña un sol sereno,
sin que a trube man contraria,
igual sempre, nunca varia,
veiga llana en campo ameno.

E tamén vexo enloitada
da Arretén a casa nobre,
donde a miña nai foi nada,
cal viudiña abandonada
que cai triste ó pe dun robre.

Alí está, sombra perdida,
vos sin son, corpo sin alma,
amazona mal ferida
que ó sentir que perde a vida
se adormece en xorda calma.

Casa grande lle chamaban
noutro tempo venturoso,
cando os probes a improraban
e fartiños se quentaban
ó seu lume cariñoso.

Casa grande, cando un santo
venerable cabaleiro **1**,
con tranquilo, nobre encanto,

baixo os priegues do seu manto
cobexaba ó perdieiro.

Cando os cantos na capilla
da *Gran casa* resoaban
con fervor e fe sensilla,
rico fruto da semilla
que os varóns santos sembraban.

Ora todo silencioso
causa alí medo e pavura,
mora esprito temeroso
nos salóns onde o reposo fixo
un niño ca tristura.

Risas, cantos, armonía,
brandas músicas, contento,
festas, dansas, alegría,
se trocáu na triste e fría,
xorda vos do forte vento.

No gran patio as herbas crecen
vigorosas sin coidado,
i as silveiras que frorecen
no seu tempo fruto ofrecen
ós meniños sazonado.

I antre aquel silencio mudo
que a trubar naide alí chega,
antre aquel ¡*xa fun!* tan rudo,
vese inteiro un nobre escudo
que a desir *non son* se nega.

Craros timbres mostra ufano
cun soberbo casco airoso...
Mais detrás dun *son* tan vano
vese o probe orgullo humano
homillado e polvoroso.

1 As virtudes verdadeiramente evanxélicas deste cabaleiro, tan amado dos que o conoceron, inspiráronme un libro, que non tardaré en publicalo con o título de Historia de mi abuelo. Nel rindo un tributo de admiración e amor a aquel cuia maior sabiduría consistéu sempre en facer o ben a ollos cerrados e con man cariñosa.

Tras da calada visera,
que hai uns ollos feridores
que nos miran, se dixera;
que nos din: todo é quimera
neste mundo de dolores.

¡*Casa grande*, triste casa,
quen de aquí tan soia miro,
parda, escura, triste masa!
¡*Casa grande*, pasa, pasa...!
¡Ti xa n'es más que un suspiro!

Meus abós, ¡ai!, xa morreron,
os demais te abandonaron, o
s teus lustros pereceron,
i os que millor te quixeron,
tamén de ti se apartaron.

Mes tras mes, pedra tras pedra,
ti te irás desmoronando,
ceñida por sintas de hedra,
mentras que outra forte medra,
que así o mundo vai rolando.

.....
.....
.....

¡Mais qué lus, qué colorido
nos espasos se dilata!
Luce o sol descolorido
i arco de iris xa nacido,
longa sinta se desata.

*Cómo chove miudiño,
cómo miudiño chove;
cómo chove miudiño
pola banda de Laiño,
pola banda de Lestrove.*

Miña Santa Margarida,
¿con quén te hei de comparare?
Coma ti non vin ninguna
nin na terra nin no mare.

Coma ti, Santa bendita,
tan garrida e tan presiosa,
nin brilou ningunha estrela,
nin se abréu ningunha rosa.

Nin luceiro, nin diamante,
nin luniña trasparente,
luz verteu máis cariñosa
que o teu rostro relucente.

Nin as froles do xilmendro,
nin a rosa purpurina,
nin as neves da montaña,
nin fulgor da mañanciña;

nin alegre sol dourado,
nin corrente de augua pura,
miña Santa Margarida,
che asemella en hermosura.

¿Con quén te hei de comparare,
miña Santa Margarida,
si ti foche ánxel de amore
polos anxés escollida?

Sólo a Virxe é máis hermosa
que eres ti, bendita Santa,
i o teu rostro peagrino
ó temido demo espanta.

De ti vivo namorada,
en ti penso con fervore,
que eu ben sei que che contenta
este puro e santo amore.

¡Quén poidera...! ¡Quén poidera
xunta ti vivir segura,
manantial que mel derrama,
pura fonte de ternura!

Onda ti, lonxe do mundo,
tan feliz me acobexara

que en jamás ó pracer vano
este meu mirar tornara.

Que no monte onda ti moras
tan bon aire se respira,
que o que máis do mundo foxe
sólo alí por Dios suspira.

Miña Santa Margarida,
miña Margarida santa,
tendes a casa no monte,
donde o paxariño canta.

35

ALBORADA 1

I

*Vaite, noi-
te,—vai fuxin-
do.—Vente, auro-
ra,—vente abrin-
do,—co teu ros-
tro—que, sorrin-
do,—¡¡ ja sombra espanta!!!*

*¡Canta,
paxariño, can-
ta—de ponliña en pon-
la,—que o sol se levan-
ta—polo monte ver-
de,—polo verde mon-
te,—alegando as her-
bas,—alegando as fon-
tes...!*

*¡Canta, paxariño alegre,
canta!
¡Canta porque o millo medre,
canta!
¡Canta porque a luz te escoite,
canta!
Canta que fuxeu a noite.*

*Noite escura
logo ven
e moito dura
co seu manto
de tristura,
con meigallos
e temores,
agoreira
de dolores,
agarimo
de pesares,*

*I A máis grande dificultade que achéi pra escribir
esta alborada, foi o meu desexo de que saíse nun
todo arregrada á música. Consequín esto, pro foi a
cus-ta da poesía; non podía ser de outro modo,
cando se dá cun aire tan estraño e tan difíicile de
acomodarlle letra algunha.*

*cubridora
en todo mal.
¡Sal...!*

*Que a auroriña
o ceu colora
cuns arbores
que namora,
cun sembrante
de ouro e prata
teñidiño
de escalrata.
Cuns vestidos
de diamante
que lle borda
o sol amante
antre as ondas
de cristal.*

*¡Sal...!,
señora en todo mal,
que o sol
xa brila
nas cunchiñas do areal;
que a luz
do día
viste a terra de alegría;
que o sol
derrete con amor a escarcha fría.*

II

*Branca auro-
ra—ven chegan-
do,—i ás porti-
rias—vai chaman-
do—dos que dor-
men—esperan-
do—¡o teu folgor...!*

*Cor...
de alba hermosa
lles estende
nos vidriños
cariñosa,
donde o sol
tamén suspende,
cando aló
no mar se tende,*

*de fogax
larada viva,
dempóis leve,
fuxitiva,
triste, vago
resprandor.*

*Cantor
dos aires,
paxariño alegre,
canta,
canta porque o millo medre;
cantor
da aurora,
alegre namorado,
ás meniñas dille
que xa sal o sol dourado;
que o gaiteiro,
ben lavado,
ben vestido,
ben peitado,
da gaitiña
acompañado
¡á porta está...!
¡Xa...!*

*Se espricando
que te esprica,
repinica,
repinica
na alborada
ben amada
das meniñas
cantadeiras,
bailadoras,
rebuldeiras;
das velliñas
alegrías;
das que saben
ben ruar.*

*¡Arriba
todas, rapaciñas do lugar,
que o sol
i a aurora xa vos vén a despertar!
¡Arriba!
¡Arriba, toleirona mocidad,
que atru-
xaremos—cantaremos o ala... lá...!!!*

36

*Eu cantar, cantar, cantéi,
a grasia non era moita,
que nunca (delo me pesa)
fun eu meniria grasiosa.
Cantéi como mal sabía
dándolle reviravoltas,
cal fan aqués que non saben
direitamente unha cousa.
Pero dempóis paseniño,
i un pouco máis alto agora,
fun botando as miñas cántigas
como quen non quer a cousa.
Eu ben quixera, é verdade,
que máis boniteiras foran.
Eu ben quixera que nelas
bailase o sol cas palomas,
as brandas auguas ca luz
i os aires mainos cas rosas;
que nelas craras se visen
a espuma das verdes ondas,
do ceu as brancas estrelas,
da terra as prantas hermosas,
as niebras de cor sombriso
que aló nas montañas rolan,
os berros do triste moucho,
as campaniñas que dobran,
a primadera que ríe
i os paxariños que voan.
Canta que te canta, mentras
os corasóns tristes choran.
Esto e inda máis, eu quixera
desir con lingua grasiosa;
mais donde a grasia me falta
o sentimento me sobra,
anque éste tampouco abasta
para espricar certas cousas,
que a veces por fora un canta
mentras que por dentro un chora.
Non me espiquéi cal quixera
pois son de espricansa pouca;
si grasia en cantar non teño
o amor da patria me afoga.
Eu cantar, cantar, cantéi,
a grasia non era moita.
¡Mais qué faser, desdichada,
si non nacín máis grasiosa!*

FOLLAS NOVAS

I

VAGUEDÁS

I

Daquelas que cantan as pombas i as frores,
todos din que teñen alma de muller.
Pois eu que n'as canto, Virxe da Paloma,
¡ai!, ¿de que a teréi?

II

Ben sei que non hai nada
novo en baixo do ceo,
que antes outros pensaron
as cousas que ora eu penso.

E ben, ¿para qué escribo?
E ben, porque así semos,
relox que repetimos
eternamente o mesmo.

III

Tal como as nubes
que impele o vento,
i agora asombran, i agora alegran
os espazos inmensos do ceo,
así as ideas
loucas que eu teño,
as imaxes de múltiples formas,
de estranas feituradas, de cores incertos,
agora asombran,
agora acrarian
o fondo sin fondo do meu pensamento.

IV

Diredes destes versos, i é verdade,
que tén estrana insólita armonía,
que neles as ideas brilan pálidas
cal errantes muxicas
que estalan por instantes,
que desaparecen xiña,
que se asomellan á parruma incerta
que voltexa no fondo das curtiñas,
i ó susurro monótono dos pinos
da beiramar bravía.

Eu diréivos tan só que os meus cantares
así sán en confuso da alma miña,
como sai das profundas carballeiras
ó començar do día,
romor que non se sabe
si é rebuldar das brisas,
si son beixos das frores,
si agrestes, misteirasas armonías
que neste mundo triste
o camiño do ceo buscan perdidas

V

¡Follas novas!, risa dáme
ese nome que levás,
cal si a unha moura ben moura,
branca lle oíse chamar.

Non *Follas novas*; ramallo
de toxos e silvas sós:
irtas, como as miñas penas;
feras, como a miña dor.

Sin olido nin frescura,
bravas magoás e ferís...
¡Se na gándara brotades,
cómo non serés así!

VI

¿Qué pasa ó redor de min?
¿Qué me pasa que eu non sei?
Teño medo dunha cousa
que vive e que non se ve.
Teño medo á desgracia traidora
que ven, e que nunca se sabe ónde ven.

VII

Algúns din: ¡miña terra! Din outros:
¡meu cariño! I éste: lembranzas!
I aquél: ¡os meus amigos!
Todos sospiran, todos,
por algún ben perdido.
Eu só non digo nada,
eu só nunca suspiro,
que o meu corpo de terra
i o meu cansado esprito,
a donde quer que eu vaia,
van comigo.

VIII

Alá pola alta noite,
á luz da triste e moribunda lámpara
ou antre a negra oscuridad medosa,
o vello ve pantasma.

Uns son árbores muchos e sin follas;
outros, fontes sin auguas;
montes que a neve eternamente crube,
ermos que nunca acaban.

I ó amanecer do día,
cando ca última estrela aquéles marchan,
outros veñen máis tristes e sañudos,
pois a verdade amarga,
escrita trán nos apagados ollos
e nas asienes calvas.

Non digás nunca, os mozos, que perdeches
a risoña esperanza:
do que a vivir comesa sempre é amiga;
¡só enemiga mortal de quen acaba...!

IX

Paz, paz deseada:
pra min, ¿ónde está?
Quixáis n'hei de tela...
¡N'a tiven xamáis!

Sosego, descanso,
¿ónde hei de o atopar?
Nos mals que me matan,
na dor que me dan.

¡Paz, paz, ti es mentira!
¡Pra min non a hai!

X

Unha vez tiven un cravo
cravado no corazón,
i eu non me acordo xa si era aquel cravo
de ouro, de ferro ou de amor.
Sóio sei que me fixo un mal tan fondo,
que tanto me atormentóu,
que eu día e noite sin cesar choraba
cal choróu Madanela na Pasión.
"Señor, que todo o podedes

—pedínlle unha vez a Dios—,
daime valor para arrincar dun golpe
cravo de tal condición."
E doumo Dios, e arrinquéino;
mais... ¿quén pensara...? Despóis
xa non sentin máis tormentos
nin soupen qué era delor;
soupen só que non sei qué me faltaba
en donde o cravo faltóu,
e seica, seica tiven soidades
daquela pena... ¡Bon Dios!
Este barro mortal que envolve o espírito
¡quén o entenderá, Serior...!

XI

Cando un é moi dichoso, moi dichoso,
¡incomprensible arcano!,
cásique —n' é mentira anque a pareza—
lle a un pesa de o ser tanto.

¡Que no fondo ben fondo das entrañas
hai un deserto páramo
que non se enche con risas nin contentos,
senón con froitos do delor amargos!

Pero cando un ten penas
i é en verdá desdichado,
oco n'atopa no ferido peito,
porque a dor, ¡enche tanto!

Tan abonda é a desgracia nos seus dones,
que os verte, ¡Dios llo pague!, ós regazados.
Hastra que o que os recibe,
¡ai!, reventa de farto.

XII

Hoxe ou mañán, ¿quén pode decir cándoo?,
pero quisáis moi logo,
viránme a despertar, i en vez dun vivo,
atoparán un morto.
Ó redor de min levantaránse
xemidos dolorosos,
aies de angustia, choros dos meus fillos,
dos meus filliños orfos.

I eu sin calor, sin movemento, fría,
muda, insensibre a todo,

así estaréi cal me deixare a norte
ó helarme co seu sopro.

E para sempre ¡adiós canto eu quería!
¡Qué terrible abandono!
Antre cantos sarcasmos
hai, ha de haber e houbo,
non vin ningún que abata máis ós vivos
que o da humilde quietú dun corpo morto.

XIII

Xa nin rencor nin desprezo,
xa nin temor de mudanzas;
tan só unha sede..., unha sede
dun non sei qué, que me mata.
Ríos da vida, ¿ónde estades?
¡Aire!, que o aire me falta.

—¿Qué ves nese fondo escuro?
¿Qué ves que tembras e calas?
—¡Non vexo! Miro, cal mira
un cego a luz do sol crara.
E vou caer alí en donde
nunca o que cai se levanta.

XIV

Aquel romor de cántigas e risas,
ir, vir, algarear;
aquele falar de cousas que pasaron
i outras que pasarán;
aquela, en fin, vitalidade inquieta
xjuvenil, tanto mal
me fixo, que lles dixen:
"Ivos e non volváis."

Un a un desfilaron silenciosos
por aquí, por alá,
tal como cando as contas dun rosario
se espallan polo chan.
I o romor dos seus pasos, mentres se ñan,
de tal modo hastra min veu resoar,
que non máis tristemente
resoará quisáis
no fondo dos sepulcros
o último adiós que un vivo ós mortos dá.

I ó fin soia quedéi, pero tan soia
que hoxe da mosca o inquieto revoar,
do ratiño o roer terco e constante,
e do lume o *chis chas*,
cando da verde ponla
o fresco sugo devorando vai,
parece que me falan, que os entendo,
que compañía me fan;
i este meu corasón lles di tembrando:
"¡Por Dios..., non vos vaiáis!"

¡Qué doce, mais qué triste
tamén é a soledad!

XV

A un batido, outro batido;
a unha dor, outro delor;
tras dun olvido, outro olvido;
tras dun amor, outro amor.

I ó fin de fatiga tanta
e de tan diversa sorte,
a vellés que nos espanta
ou o repousar da morte.

XVI

Cando era tempo de inverno,
pensaba en dónde estarias;
cando era tempo de sol,
pensaba en dónde andarías.
¡Agora... tan sóio penso,
meu ben, si me olvidarías!

XVII

Mais ve que o meu corazón
é unha rosa de cen follas,
i é cada folla unha pena
que vive apegada noutra.

Quitas unha, quitas dúas:
penas me quedan de sobra;
hoxe dez, m'arían corenta,
desfolla que te desfolla...

¡O corazón me arrincarás
desque as arrincares todas!

XVIII

Co seu xordo e costante mormorio
atráime o oleaxen dese mar bravío,
cal atrái das serenas o cantar.
"Neste meu leito misterioso e frío
—dime—, ven brandamente a descansar."

El namorado está de min... ¡o deño!,
i eu namorada del.
Pois saldremos co empeño,
que si el me chama sin parar, eu teño
unhas ansias mortáis de apousar nel.

XIX

Ando buscando meles e frescura
para os meus labios secos,
i eu non sei cómo atopo, nin por ónde,
queimores e amarguxos.

Ando buscando almibres que almibaren
estos meus agres versos,
i eu non sei cómo, nin por ónde, sempre
se lles atopa un fero.

I o ceo e Dios ben saben
non teño a culpa deso.
¡Ai!, sin querelo, tena
o lastimado corazón enfermo.

XX

¡SILENCIO!

A man nerviosa e palpitante o seo,
as niebras nos meus ollos condensadas,
con un mundo de dudas nos sentidos
i un mundo de tormentos nas entrañas,
sentindo cómo loitan
en sin igual batalla
inmortales deseos que atormentan
e rencores que matan,
mollo na propia sangre a dura pruma
rompendo a vena hinchada,
i escribo..., escribo..., ¿para qué? ¡Volvede
ó máis fondo da ialma,
tempestosas imaxes!
¡Ide a morar cas mortas lembranzas!

¡Que a man tembrosa no papel só escriba
palabras, e palabras, e palabras!
Da idea a forma inmaculada e pura
¿dónde quedóu velada?

II

IDO ÍNTIMO!

¡ADIÓS!

Adiós, montes e prados, igrexas e campanas;
adiós, Sar e Sarela cubertos de enramada;
adiós, Vidán alegre, moíños e hondanadas;
Conxo, o do craustro triste i as soedades prácidas;
San Lourenzo, o escondido, cal un niño antre as ramas;
Balvís, para min sempre o das fondas lembranzas;
Santo Domingo, en donde canto eu quixen descansa
—vidas da miña vida, anacos das entrañas—;
e vós tamén, sombrisas paredes solitarias
que me vicheis chorare soia e desventurada;
adiós, sombras queridas; adiós, sombras odiadas;
outra vez os vaivéns da fortuna
pra lonxe me arrastran.

Cando volver, se volvo, todo estará onde estaba:
os mesmos montes negros i as mesmas alboradas,
do Sar e do Sarela mirándose nas auguas;
os mesmos verdes campos, as mesmas torres pardas
da catredal severa ollando as lontananzas.
Mais os que agora deixo tal coma a fonte mansa
ou no verdor da vida, sin tempestás nin bágoas,
¡cánto, cando eu tornare, vítimas da mudanza,
terán de presa andado na senda da desgracia!
I eu..., mais eu ¡nada temo no mundo,
que a morte me tarda!

* * *

Grilos e ralos, rans albariñas,
sapos e bichos de todas cras,
mentras ó lonxe cantan os carros,
¡qué serenatas tan amorosas
nos nosos campos sempre nos dan!

Tan só acordarme delas,
non sei o que me fai:
nin sei si é ben,
nin sei si é mal.

* * *

¡Cál as nubes no espazo sin límites
errantes voltexan!

Unhas son brancas,
outras son negras;
unhas, pombas sin fel me parecen;
despiden outras
luz de centela...

Sopran ventos contrarios na altura,
i á desbandada,
van levándoas sin orden nin tino,
nin eu sei pra ónde,
ni sei por qué causa.

Van levándoas, cal levan os anos
os nosos ensoños
i a nosa esperanza.

* * *

Rico ou probe, algún día
¡con qué contento e pracidadez folgaba!
I agora, probe ou rico, ó desdichado
¡todo, todo lle falta!

En balde veñen días, pasan anos,
e inda sigros pasaran.
Si hai abondosas fontes que se secan,
tamén as hai que eternamente manan;
mais as fontes perenes nesta vida
son sempre envenenadas.

Nelas o espírito que ofendido pena,
na humidá enferma do rencor se baña,
sin que dado lle sea
beber do olvido nas saudosas auguas.

¡Odio, fillo do inferno!,
pode acabá-lo amor; mais ti n'acabas,
mamoria que recorda-las ofensas.
Sí, sí, ¡de ti mal haia!

NA CATREDAL

Coma algún día, polos corrunchos
do vasto tempo,
vellos e vellas, mentras monean,
silban as salves i os padrenuestros;
i os arcebispos nos seus sepulcros,
reises e reinas, con gran sosego,
na paz dos mármores tranquilos dormen,

mentras no coro cantan os cregos.
O órgano lanza tristes cramores,
os das campanas responden lexos,
i a santa imaxen do Redentore
parés que suda sangue no Huerto.

Señor Santísimo, ós teus pes ¡cánto
tamén de angustia sudado teño!
Mais si o pecado castigas sempre,
ó que afixido vai a pedircho
daille remedio.

O sol poniente, polas vidreiras
da Soledade, lanza serenos
raios que firen descoloridos
da Groria ós ánxeles i ó Padre Eterno.
Santos e apóstoles, —¡védeos!— parece
que os labios moven, que falan quedo
os uns cos outros, e aló na altura
do ceu a música vai dar comenso,
pois os groriosos concertadores
tempran risorios os instrumentos.

¿Estarán vivos? ¿Serán de pedra
aqués sembrantes tan verdadeiros,
aquelas túnicas maravillosas,
aqueles ollos de vida cheos?
Vós que os fixeche de Dios ca axuda,
de inmortal nome Mestre Mateo,
xa que aí quedaches homildemente
arrodillado, faláime deso.
Mais co eses vosos cabelos rizo,
santo dos croques, calás... i eu rezo.

Aquí está a Groria, mais naquel lado,
naquela arcada negrexo o inferno
cas almas tristes dos condenados,
onde as devoran todo-los demos.
De alí non podo quitá-los ollos,
mitá asombrada, mitá con medo,
que aqueles todos se me figuran
os dun delirio mortaes espeutros.

¡Cómo me miran eses calabres
i aqueles derios!
¡Cómo me miran, facendo moecas
dende as columnas onde os puxeron!
¡Será mentira, será verdade!
Santos do ceo,

¿saberán eles que son a mesma
daqueles tempos...?
Pero xa orfa, pero enloitada,
pero insensibre cal eles mesmos...
¡Cómo me firen...! Voume, sí, voume,
¡que teño medo!

Mais xa nos vidros da grande araña
caí o postreiro
raio tranquilo que o sol da tarde
pousa sereno;
e en cada prancha da araña hermosa
vivos reflexos,
cintileando coma as estrelas,
pintan mil cores no chan caendo,
e fan que a tola da fantasía
soñe milagres, finxa portentos.
Mais de repente veñen as sombras...
Todo é negrura, todo é misterio...
Adiós alxofres, e maravillas...
Tras do Pedroso púxose Febo.

Coma pantasma cruzan as naves,
silbando salves e padrenuestros,
vellos e vellas que a Dios lle piden
El tan só sabe cáles remedios;
que cando o mundo nos deixa, é sóio
cando buscamos con ansia o ceo.

Ós pes da Virxen da Soledade
—¡de moitos anos nos conocemos!—
a oración dixen que antes dicía,
fixen mamoria dos meus sacretos,
para mi madre deixei cariños,
para os meus fillos miles de beixos,
polos verdugos do meu esprito
recí... ¡e funme, pois tiña medo!

* * *

¡Corré, serenas ondas cristaiñas,
pasade en calma e maxestosas, como
as sombras pasan dos groriosos feitos!
¡Rodade sin descanso, como rodan
á eternidá xeneraciós sin número
que cal eu vos contemplo, contempláronvos!
Daime vosos perfumes, lindas rosas;
da sede que me abrasa, craras fontes,
apagade o queimor; nubes de gasa,

cubri cal velo de lixeiro encaixe
do ardente sol os briladores raios;
e ti, temprada e caririosa brisa,
cid encomeso ós concertos misteriosos
antre os carballos da devesa escura
por onde o Sar vai marmurando leve.

O tempo pasou rapido; a centela
tal vez mais lentamente o espazo inmenso
atravesa ó caer, que eles, os anos,
pra min correron en batallas rudas...
¡Mais correron por fin... i o dia chega...!
Dame os teus bicos i os teus brazos abreme
aqui, onde o rio, na espesura fresca...
A ninguén digas ónde estóu...; con frores
das que eu quería, a delatora mancha
crube..., e que nunca co meu corpo acerten
profanas mans para levarme lexos...
¡Quero quedar onde os meus dores foron!

* * *

Cada noite eu chorando pensaba:
que esta noite tan grande non fora,
que durase..., e durase... antretanto
que a noite das penas
me envolve loitosa...

Mais a luz insolente do dia,
costante e traidora,
cada amañecida
penetraba radiante de gloria
hastra o leito donde eu me tendera
coas minas congoxas.

Desde estonces busquei as tiniebras
mais negras e fondas,
e busquéinas en vano, que sempre
tras da noite topaba ca aurora...
Só en min mesma buscando no escuro
i entrando na sombra,
vin a noite que nunca se acaba
na miña alma soia.

TI ONTE, MAÑAN EU

Cain tan baixo, tan baixo,
que a luz onde a min non vai;

perdin de vista as estrelas
e vivo na escurida.

Mais, agarda... ¡O que to riches,
insensibre ó meu afan!
Inda esóu vivo..., inda podó
subir para me vingar.

Tirá pedras ó caído,
tiráille anque sea un cento;
tirá..., que cando caiades,
hanvos de face-lo mesmo.

* * *

Deixa que nesa copa en donde bebes
as dozuras da vida,
unha gota de fel, unha tan sóio,
o meu dorido corazón esprima.
Comprenderás estonces
cómo abranda a delor as pedras frias,
anque abrandar non poida
almas de ferro e peitos homicidas.

BOS AMORES

Cal olido de rosas que sai de antre o ramaxen
nunha mañán de maio, hai amores soaves
que n'inda vir se sinten, nin se ve cando entraren
pola mimosa porta que o corazón lles abre
de seu, cal se abre no agosto
a frol ó orballo da tarde.

E sin romor nin queixa, nin choros, nin cantares,
brandos así e saudosos, cal alentar dos ánxeles,
en nós encarnan puros, corren coa nosa sangue
i os ermos reverdecen do espírito onde moraren.
Busca estes amores..., búscalos,
si tes quen chos poida dare;
que éstos son sóio os que duran
nesta vida de pasaxen.

AMORES CATIVOS

Era delor i era cólera,
era medo i aversión,
era un amor sin medida,
¡era un castigo de Dios!
Que hai uns negros amores de índole pezoñenta
que privan os espíritos, que turban as concencias,

que morden si acariñan, que cando miran queiman,
que dan dores de rabia, que manchan e que afrentan.
Máis val morrer de friaxen
que quentarse á súa fogueira.

* * *

Abride, as frescas rosas;
brilade, os caraveles;
do seu xardín os árbores, vestívos
cas lindas follas verdes;
parras que un tempo sombra nos prestaches,
a cubrirvos de pámpanos volvede.
Natureza fermosa,
a mesma eternamente,
dille ós mortáais, de novo ós loucos dille
¡que eles nomáis perecen!

DE BALDE...

Cando me poñan o hábito,
si é que o levo;
cando me metan na caixa,
si é que a teño;
cando o responso me canten,
si hai con qué pagarlle ós cregos,
e cando dentro da cova...
¡Que inda me leve San Pedro
se só ó pensalo non río
con unha risa dos deños!
¡Que enterrar, han de enterrarme
anque non lles den diñeiro...!

¿QUÉN NON XIME?

Luz e progreso en todas partes..., pero
as dudas nos corazóns,
e bágoas que un non sabe por qué corren,
e dores que un non sabe por qué son.

Outro cantar, din, cansados
deste estribilo, os que chegando van
nunha nova fornada, e que andan cegos
buscando o que inda non hai.

¡Réprobos...! Sempre ó oculto preguntando,
que, mudo, nada vos dí.
Buscade a fe, que se perdéu na duda,
e deixade de xemir.

Mais eles tamén perdidos
por unha i outra senda van e vén,
sin que sepan, ¡coitados!, por ónde andan,
sin paz, sin rumbo e sin fe.

.....

Triste é o cantar que cantamos,
mais ¿qué facer si outro mellor non hai?
Moita luz deslumbra os ollos,
causa inquietude o moito desear.
Cando unha peste arrebatada
homes tras homes, n'hai máis
que enterrar de presa os mortos,
baixá-la frente, e esperar
que pasen as correntes apestadas...
¡Que pasen..., que outras vendrán!

* * *

Ladraban contra min, que camiñaba
cásique sin alento,
sin poder co meu fondo pensamento
i a pezoña mortal que en min levaba.
I a xente que topaba,
ollándome a mantenta,
do meu dor sin igual i a miña afrenta,
traidora se mofaba.
I eso que nada máis que a adiviñaba.
"Si a souperan, ¡Dios mío!,
—penséi tembrando—, contra min volvera
a corrente do río."

Buscando o abrigo dos máis altos muros,
nos camiños desertos,
ensangrentando os pes nos seixos duros,
fun chegando ó lugar dos meus cariños,
maxinando espantada: "Os meus meniños
¿estarán xa despertos?
¡Ai, que ó verme chegar tan maltratada,
chorosa, sin alento e ensangrentada,
darán en se afrixir, malpocadiños,
por súa nai malfadada!"

Pouco a pouco fun indo,
i as escaleiras con temor subindo,
co triste corazón sobresaltado.
¡Escoitéi...! Nin as moscas rebullían.
No berce inda os meus ánxeles dormían,
ca Virxen ao seu lado.

* * *

¿Por qué, miña almiña,
por qué ora non queres
o que antes querías?

¿Por qué, pensamento,
por qué ora non vives
de amantes deseios?

¿Por qué, meu espírito,
por qué ora te humildas,
cando eras altivo?

¿Por qué, corazón,
por qué ora non falas
falares de amor?

¿Por qué xa non bates
co doce batido
que calma os pesares?

¿Por qué, en fin, Dios meu,
a un tempo me faltan
a terra i o ceu?

¡Ouh ti, roxa estrela
que din que comigo
naciche, poideras

por sempre apagarte,
xa que non pudeche
por sempre alumarme...!

O TOQUE DE ALBA

Da catredal campana
grave, triste e sonora,
cando ó raiar do día
o toque de alba tocas,
no espazo silencioso
soando malencónica,
as túas bataladas
non sei qué despertares me recordan.

Foron algúns tan puros
coma o fulgor da aurora,
outros cal a esperanza q
ue o namorado soña,

i á derradeira inquietos,
mitá luz, mitá sombras,
mitá un pracer sin nome,
e mitá unha sorpresa aterradora.

¡Ai!, que os anos correron
e pasaron auroras,
e menguaron as dichas,
e medrano as congoxas.
E cando ora, campana,
o toque de alba tocas,
sinto que se desprenden
dos meus ollos bagullas silenciosas.

¿Qué xorda e tristemente,
qué pavorosa soas
no meu esperto oído,
mensaxeira da aurora,
cando ó romper do día
pausadamente tocas...!
¿En dónde van aqueles
despertares de dichas e de gloria?

Pasaron para sempre;
mais ti, grave e sonora,
¡ai!, ó romper do día,
ca túa voz malencónica
ves decote a lembrarnos
cada nacente aurora;
e parece que a morto
por eles e por min a un tempo dobras.

Da catredal campana,
tan grave e tan sonora,
¿por qué a tocar volveches
a ialba candorosa
desque eu houben de oírte
en bagullas envolta?
Mais ben pronto..., ben pronto, os meus oídos
nin te oirán na tarde nin na aurora.

* * *

¡Mar!, cas túas auguas sin fondo,
¡ceo!, ca túa inmensidá,
o fantasma que me aterra
axudádeme a enterrar.

É máis grande que vós todos,
e que todos pode máis...;
cun pe posto onde brillan os astros,
e outro onde a cova me fan.

Impracabre, bulrón e sañudo,
diante de min sempre vai,
i amenaza perseguirme
hastra a mesma eternidá.

* * *

Cava lixeiro, cava,
xigante pensamento,
cava un fondo burato onde a memoria
do pasado enterremos.
¡Á terra cos difuntos!
¡Cava, cava lixeiro!
E por lousa daráslle o negro olvido,
i a nada lle darás por simiterio.

* * *

Cando penso que te fuches,
negra sombra que me asombras,
ó pe dos meus cabezales
tornas facéndome mofa.

Cando maxino que es ida,
no mesmo sol te me amostras,
i eres a estrela que brila,
i eres o vento que zoa.

Si cantan, es ti que cantas;
si choran, es ti que choras;
i es o marmurio do río,
i es a noite, i es a aurora.

En todo estás e ti es todo,
pra min i en min mesma moras,
nin me abandonarás nunca,
sombra que sempre me asombras.

A VENTURA É TRAI DORA

Tembra a que unha inmensa dicha
neste mundo te sorprenda;

grorias, aquí, sobrehumanas
trán desventuras supremas.
Nin maxines que pasan os dores
como pasan os gustos na terra;
¡hai infernos na memoria,
cando n'os hai na conciencia!

Cal arraigan as hedras nos muros,
nalgúns peitos arraigan as penas,
e unhas van minando a vida
cal minan outra-las pedras.
Sí; tembra cando no mundo
sintas unha dicha imensa:
val máis que a túa vida corra
cal corre a iaugua serena.

* * *

Lévame a aquela fonte cristaiña
onde xuntos bebemos
as purísimas auguas que apagaban
sede de amor e llama de deseios.
Lévame pola man cal noutros días...
Mais non, que teño medo
de ver no cristal líquido
a sombra daquel negro
desengano sin cura nin consolo
que antre os dous puxo o tempo.

O PAZO DE A...

Era ó caer da tarde,
encomenzaba o cántico dos grilos,
xorda a presa ruxía,
brilaban lonxe os lumes fuxitivos.
Ó pe do monte, maxestuoso, erguíase
na aldea escura o caserón querido,
ca oliva centenaria
de cortinax ó ventanil servindo.
Deserta a escalinata,
soio o paterno niño,
e enriba del caendo misteriosas
coas sombras do crepúsculo, as do olvido.

¿Quén ó pasado volve
os ollos compasivos?
¿Quén se lembra dos mortos,
si inda non poden recordarse os vivos?

* * *

No ceo, azul crarísimo;
no chan, verdor intenso;
no fondo da alma miña,
todo sombriso e negro.

¡Qué alegre romaría!
¡Qué risas e contentos!
I os meus ollos en tanto
de bágoas están cheos.

Cubertos de verdura,
brilan os campos frescos,
mentras que a fel amarga
rebosa no meu peito.

A XUSTICIA POLA MAN

Aqués que tén fama de honrados na vila,
roubáronme tanta brancura que eu tiña;
botáronme estrume nas galas dun día,
a roupa de cote puñéronma en tiras.

Nin pedra deixaron en donde eu vivira;
sin lar, sin abrigo, moréi nas curtiñas;
ó raso cas lebres dormín nas campías;
meus fillos..., ¡meus anxos...!, que tanto eu quería,
¡morreron, morreron ca fame que tiñan!

Quedéi deshonorada, mucháronme a vida,
fixéronme un leito de toxos e silvas;
i en tanto, os raposos de sangue maldita,
tranquilos nun leito de rosas dormían.

—¡*Salvádeme, ouh, xueces!*— berréi... ¡Tolería!
De min se mofaron, vendéume a xusticia.
—*Bon Dios, axudáime*— berréi, berréi inda...
Tan alto que estaba, bon Dios non me oíra.

Estonces, cal loba doente ou ferida,
dun salto con rabia pilléi a fouciña,
rondéi paseniño... ¡Ne as herbas sentían!
I a lúa escondíase, i a fera dormía
cos seus compañeiros en cama mullida.

Miréinos con calma, i as mans estendidas,
dun golpe, ¡dun soio!, deixéinos sin vida.
I ó lado, contenta, sentéime das vítimas,
tranquila, esperando pola alba do día.

I estonces..., estonces cumpréuse a xusticia:
eu, neles; i as leises, na man que os ferira.

* * *

Dios puxo un velo enriba
dos nosos corazóns,
velo que oculta abismos
que El pode ollar tan só.

Cando eu penso o que viran
no que adorando estóu
homilde e de rodillas
cal se adora al Señor,
si este velo caíse
de repente antre os dous,
tembro..., e incrinando a frente
digo: " Qué sabio é Dios!"

* * *

¡*Tas-tis, tas-tis!*, na silenciosa noite
con siniestro compás repite a péndola,
mentras a frecha aguda
marcando un i outro instante antre as tiniebras,
do reloxo sempre imóvil
recorre lentamente a limpa esfera.

Todo é negrura en baixo
e só na altura inmensa,
só na anchura sin límites do ceo
con inquietú relumbra algunha estrela,
cal na cinza das grandes estivadas
brilan as charamuscas derradeiras.

I a péndola nomáis, xorda batendo
cal bate un corazón que hinchán as penas,
resoa pavorosa
na escuridade espesa.
En vano a vista con temor no escuro
sin parada vaguea;
uns tras de outros instantes silenciosos
pasando van, e silenciosos chegan
outros detrás, na eternidá caendo
cal cai o grau na moedora pedra,
sin que o porvir velado ós mortáis ollos
rompan as pesadas brétemas.

¡Qué triste é a noite, i o reloxo qué triste,
si inquieto o corpo i a concencia velan!

AMIGOS VELLÓS

Cando antre as naves tristes e frías
de alto mural,
cal elas fría, cal elas triste,
ó ser da tarde vou a rezar,
¡qué pensamentos loucos e estraños
á miña mente vefien e van!

Xordo silencio que eu xa conoso,
que é meu amigo de anos atrás,
pero que é cheo de outras lembranzas,
pero onde o esprito parez que escoita
eco mortal,
reina nos ámbitos da gran basílica
con misteriosa serenidad.

Incertas sombras, raios tembrosos,
cabo do altar,
pousan, vaguean, foxen i agrándanse
de adiante atrás.
I o Santo Apóstol, sempre sentado
no seu sitial
de prata e ouro, contempra inmóvil
con ollos fixos canto alí está.

Quén fora pedra, quén fora santo
dos que alí hai;
como San Pedro, nas mans as chaves;
co dedo en alto como San Xoán,
unhas tras outras xeneracioes
vira pasar,
sin medo á vida, que dá tormentos;
sin medo á morte, que espanto dá.

Logo se acaba da vida a triste
pelerinax.
Os homes pasan, tal como pasa
nube de vran.
I as pedras quedan..., e cando eu morra,
ti, catredal,
ti, parda mole, pesada e triste,
cando eu non sea, ti inda serás.

* * *

Maio longo..., maio longo,
todo cuberto de rosas:
para algús, telas de morte;
para outros, telas de bodas.

Maio longo, maio longo,
fuches curto para min:
veu contigo a miña dicha,
volvéu contigo a fuxir.

LÚA DESCOLORIDA

Lúa descolorida
como cor de ouro pálido,
vesme i eu non quixera
me vises de tan alto.
Ó espazo que recorres,
lévame, caladiña, nun teu raio.

Astro das almas orfas,
lúa descolorida,
eu ben sei que n'alumas
tristeza cal a miña.
Vai contalo ó teu dono,
e dille que me leve adonde habita.

Mais non Ile contes nada,
descolorida lúa,
pois nin neste nin noutros
mundos teréi fortuna.
Se sabes onde a norte
ten a morada escura,
dille que corpo e alma xuntamente
me leve adonde non recorden nunca,
nin no mundo en que estou nin nas alturas.

* * *

¡Qué prácidamente brillan
o río, a fonte i o sol!
Cánto brillan..., mais non brillan
para min, non.

¡Cál medran herbas e arbustos,
cál brota na árbore a fro!l!
Mais non medran nin frorecen
para min, non.

¡Cál cantan os paxariños
enamoradas cancións!
Mais anque cantan, non cantan
para min, non.

¡Cál a Natureza hermosa
sorrí a maio que a mimóu!
Mais para min non sorrí,
para min, non.

Sí..., para todos un pouco
de aire, de luz, de calor...
Mais si para todos hai,
para min, non.

¡E ben...!, xa que aquí n'atopo
aire, luz, terra nin sol,
¿para min n'habrá unha tomba?
Para min, non.

ESTRANXEIRA NA SÚA PATRIA

Na xa vella baranda
entapizada de hedras e de lirios
foise a sentar calada e tristemente
frente do tempo antigo.

Interminable precesión de mortos,
uns en corpo nomáis, outros no esprito,
veu pouco a pouco aparecer na altura
do dereito camiño,
que monótono e branco relumbraba,
tal como un lenzo nun herbal tendido.

Contemprou cál pasaban e pasaban
collendo hacia o infinito,
sin que ó fixaren nela
os ollos apagados e afundidos
deran sinal nin moestra
de habela nalgún tempo conocido.

I uns eran seus amantes noutros días,
deudos eran os máis i outros amigos,
compañeiros da infancia,
sirventes e veciños.

Mais pasando e pasando diante dela,
fono os mortos aqueles prosiguindo
a indiferente marcha

camiño do infinito,
mentras cerraba a noite silenciosa
os seus loitos tristísimos
en torno da estranxeira na súa patria,
que, sin lar nin arrimo,
sentada na baranda contemplaba
cál brillaban os lumes fuxitivos.

* * *

*¡Padrón...! ¡Padrón...!
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!*

I

Aquelas risas sin fin,
aquele brincar sin dolor,
aquela louca alegría,
¿por qué acabou?

Aqueles doces cantares,
aquelas falas de amor,
aquelas noites serenas,
¿por qué non son?

Aquel vibrar sonoro
das cordas da arpa i os sons
da guitarra malencónica,
¿quén os levóu?

Todo é silencio mudo,
soidá, delor,
onde outro tempo a dicha
sola reinóu...

*¡Padrón...! ¡Padrón...!
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!*

II

Osimiterio da Adina
n'hai duda que é encantador,
cos seus olivos escuros
de vella recordazón;
co seu chan de herbas e frores
lindas, cal no'outras dou Dios;
cos seus canónegos vellos

que nel se sentan ó sol;
cos meniños que alí xogan
contentos e rebuldós;
cas brancas que o cruben,
e cos húmedos montóns de terra,
onde algunha probe
ó amañecer se enterróu.

Moito te quixen un tempo,
simiterio encantador,
cos teus olivos escuros,
máis vellos que os meus abós;
cos teus cregos venerables,
que se iban sentar ó sol,
mentras cantaban os páxaros
as matutinas cancións,
e co teu osario humilde
que tanto respeto impón
cando da luz que nel arde
ve un de noite o resprandor.
Moito te quixen e quérote,
eso ben o sabe Dios;
mas hoxe, ó pensar en ti
núbraseme o corazón:
que a terra está removida,
negra e sin frois...

*¡Padrón...! ¡Padrón...!
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!*

III

Fun un día en busca deles,
palpitante o corazón,
funos chamando un a un
e ningún me contestóu.

Petéi nunha i outra porta,
non sentín fala nin voz,
cal nunha tomba baldeira
o meu petar resonóu.

Miréi pola pechadura,
¡que silencio...!, ¡qué pavor...!
Vín nomáis sombras errantes
que iban e viñan sin son,
cal voan os lixos leves
nun raio do craro sol.

Erguéronseme os cabelos
de estrañeza e de delor.
¡Nin un soio...!, ¡nin un soio...!
¿Dónde están?, ¿qué deles foi?

O triste son da campana,
vagoroso a min chegou...
¡Tocaba a morto por eles...!

*¡Padrón...! ¡Padrón...!
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!*

PASADE

Brila, raio da áurora,
cal un sono de paz branco e purísimo.
A aquel que nacéu cego, ¿qué lle importa
o teu fulgor divino?

Xemí, serenas ondas,
co romor dos pinares.
Músicas, ¡ai!, e cantos i armonías,
para un xordo, ¿qué valen?

Pasá, pasade, hermosas,
feitizo dos que esperan e dos que aman.
Amores e praceres son mentira
pra quen ten seca a ialma.

* * *

¿Por qué, Dios piadoso,
por qué chaman crime
ir en busca da morte que tarda,
cando a un esta vida
lle cansa e lle afrixe?

Cargado de penas,
¿qué peito resiste?
¿Cal rendido viaxeiro non quere
buscá-lo descanso
que o corpo lle pide?

¿Por qué si un non rexe
as dores que o oprimen,
por qué din que te amostras airado
de que un antre as tombas
a frente recrine?

Inferno no mundo
e inferno sin límites
máis alá desta cova sin fondo
que a ialma cobiza,
que os ollos non miden.

Si é que esto é verdade
¡verdade terrible!,
ou deixade un inferno tan sóio
de tantos que eisisten,
ou si non, Dios santo,
¡piedade dos tristes!

¡SOIA!

Eran craro-los días,
risoña-las mañáns,
i era a tristeza súa
negra coma a orfandá.

Íñase á mañecida,
tornaba coa serán...;
mais que fora ou viñera
ninguén llo iña a esculcar.

Tomóu un día leve
camiño do areal...
Como naide a esperaba,
ela non tornóu máis.

Ó cabo dos tres días,
botóuna fora o mar,
i alí onde o corvo pousa,
soia enterrada está.

III

VARIA

N'HAI PEOR MEIGA QUE UNHA GRAN PENA

I

—Marianiña, vaite ó río.
—Deixa, ña nai, que aquí estea,
que eu non vexa a luz do día,
que a luz a min non me vexa.
—¿Qué estás dicindo, rapaza...?
—Que onte á mañán na devesa
a iaugua se tornóu roxa
cando me fun lavar nela;
que en baixo dos meus peíños
íñanse muchando as herbas;
que ó ferirme o sol na cara,
tornóuma color da cera;
que os ourizos dos castaños
nos meus cabelos se enredan;
que as espiñas dos espiños
contra min se volven feras;
que ó pasá-las corredoiras
prenden en min as silveiras;
que me pican as ortigas;
que me mágoan as areas,
i os paxariños ó verme,
din cantando en son de queixa:
¡Vai a morrer Marianiña...!
¡Rezade todos por ela!

—¡Ai, miña Virxe do Carme,
que a miña filla está enferma!
¡Ai, Dios, que ma enfeitizaron!
¡Ai, que a abafóu unha meiga!
Non foras ti tan bonita,
naide envidia che tivera.
Prenda das miñas entrañas,
ven a min, non tomes pena,
que has de ir a San Pedro Mártir,
mais que bois e vacas venda...
—Mi madriña, mi madriña,
leváime adonde quixeras,
mas para min n'hai remedio
en todo o redor da terra,
si non é nun corazón
que me oprime antre cadeas,

si n'é nunha mala boca
que me pragueóu maldicenta...

—¿Quén te pragueóu, ña filla?
¿Qué males, meu ben, fixeras?
—Non mo preguntés, mi madre,
vale máis que nunca o sepas.
Secretos desta feitura
deben dormir antre as pedras.
—Fala, rapaza, que sinto
ferverme o sangue nas venas.
—Que eu non vexa a luz do día,
que a luz a min non me vexa...
Mi madriña, mi madriña,
non me maldizás cal ela,
deixáme ir co meu sacreto
dormir no fondo da terra.
—Non irás co teu sacreto;
non irás, anque ben queiras;
que alí a preguntarcho fora
tu madre, e alí responderas.
—¡Ai, mi madre! Era bonito c
oma os anxos das igresias;
era en falas amoroso,
muito, muito máis que as sedas;
era doce..., muito, muito
máis que a mel que sai da cera.
Olía a rosas de maio,
seus ollos eran estrelas,
e tiña cal ouro puro
a enrisada cabeleira...
—Acaba, Mariana, acaba,
que o corazón se me aperta...
¿De quén falas?, dimo, dimo...
¿Ou quizáis soñaches, nena?
—Non soñéi, mi má, non soño,
unque soñar ben quixera.
Folguéi co conde, señora,
prometido da condesa.
Falábame antre os carballos
cando iba ao monte por leña;
falábame ao pe do río
nas tardes do vran serenas;
faléi con el... ¡ai!, falara,
mi madriña, a vida inteira.
—¡Ai! miña Virxe querida,
que a miña filla está enferma,
enferma de mal de amores
que enfermaron a honra dela.

Ben fan en cantarche os páxaros,
Marianiña, miña prenda:
¡Vai a morrer Marianiña!
¡Que recen todos por ela!

Marianiña vai secando,
a probe sin sangre queda,
n'hai alimento que tome,
n'hai augua que lle apeteza,
amigas n'hai que a consolen,
músicas n'hai que a entreteñan,
i á vista do sol acora,
i á vista das frores tembra.
A súa nai anda tola
en busca de santas herbas,
que no leito de Mariana
pon de noite á cabeceira;
e vai de ermida en ermida,
leva ofrenda tras ofrenda
a cada bendita Virxe,
a todo-los santos reza
i ás ánimas lles pon luces
para que pidan por ela.
Pero non sanda Mariana,
Mariana sin sangre queda...
Todos din que unha *chuchona*
ven de noite a chuchar nela,
e hai algún que veu de noite
a *compaña* pola aldea.

II

—¿Conque morre a namorada?
¿Por min morre a linda nena?
¡Nunca!, porque eso non fora
dino da miña nobreza.
Enxugade esas bagullas,
non chores máis, probe vella,
que a nena das trenzas longas
ben pronto será condesa.
Vamos a darlle esta nova,
vámonos a cabo dela.
E a trote largo camiñan
polo medio da devesa.

—Meu señor..., ¿n'oís os corvos?
Veñen camiño da aldea...
Mirá cál baten as alas,
cál baten as alas negras.

—Deixá que as batan, que é cousa
dos corvos facer tal moestra.
—Señor, señor..., ¡cómo chilán!
¡Qué agoreiramente berran!
É porque adiviñan morte,
é que mortandade hai cerca.
—¡Habría! Que Dios acolla
a aquel que deixa esta terra.
—Meu señor, tocan a morto...
¡Ai!, tocan na nosa igrexa...
¡Na Virxe! ¿Quén morrería?
—Non pensés en quén morrera;
pensá, ña vella, tan sóio
na vosa filla que pena.
—Señor, señor..., pouco andamos;
picade, por Dios, espuela,
que ó salir, á mañanciña,
n'había enfermos na aldea
si non era miña filla,
que tiña o color da terra,
i os pes coma a neve fríos,
i as manciñas coma cera,
i ó redor dos tristes ollos
unhas coma manchas negras.
—Afríxíame co eses ditos,
e aguillóame a impacencia...
Medio condado daría
por salvar a vida dela:
da máis fermosa villana
que hai en toda a redondeza;
mas si é que a atopase morta,
si tal nos acontecera...
Xa que a matase, hastra a morte
hei de facer penitencia.

Morréu, morréu Mariana;
o conde viuna antre as velas,
mais ela n'o veu a el,
que antes de chegar morrera.
Morréu como un paxariño,
i antre os lenzos que a rodean
parés un ánxel que agarda
que veñan do ceu por ela.
.....
.....
Ninguén soupo que de amores
e que de olvido morrera.

Uns dixeron que unha Praga
con ela na tomba dera;
outros contaban que fora
da abafada dunha meiga...
Mais por ela o conde fixo
hastra o seu fin penitencia.

VAMOS BEBENDO

—Teño tres pitas brancas
e un galo negro,
que han de poñer bos ovos
andando o tempo;
i hei de vendelos caros
polo xaneiro;
i hei de xuntá-los cartos
para un mantelo;
i heino de levar posto
no casamento;
i hei... —Pois mira, Marica,
vai por un neto,
que antramentas non quitas
eses cerellos,
i as pitas van medrando
co galo negro,
para poñé-los ovos,
e todo aquilo
do xaneiro, dos cartos
i o casamento,
miña prenda da ialma,
¡vamos bebendo!

* * *

—Un verdadeiro amor é grande e santo,
dos encantos encanto,
i é doce..., doce antre as dozuras todas.
—Seica por eso, tanto
tras dunhas i outras modas,
dálle por empachar, anque ben sabe.
—¿Por máis que acabe en bodas?
—Anque en bodas acabe;
pois coma todo doce, miña vida
(i ésta é cousa sabida
como que queima o fogo),
canto máis come un del, repuna logo.

* * *

—Non cantes, non chores, non rías, non fales,
nin entres, nin sallas sin mo preguntare.
¡Válate San Pedro con tanto gardarme!

—Pois de que así sea, nena, non te asañes;
que cantes, que chores, que rías, que fales...
"¡Can pasa!", nun tempo, meniña, diránche.

¡ADIANTE!

No escuro pavoroso
i ante o xordo romor dos pinos bravos
que a tempestá azoutaba como a escravos,
oiéuse, como queixa de raposo,
un asubío medoso.

E un laio de temor que daba frío,
ó medoso asubío
respondéu dende o fondo da espesura,
aumentando no espírito a tristura
que daba o ronco marmurar do río.

Ante as negras ribeiras manso e lento,
como corre o abatido pensamento
ante os tristes remorsos i a esperanza,
ña a compás do vento
correndo tras da estensa lontananza.

Mais cabe da ancha orela,
misterioso e agachado un centinela
nunha lancha do Miño apousentaba;
i a arma na man i en vela,
a través da ramaxen axexaba.

¡NIN ÁS ESCURAS...!

I

—Todo está negro, as sombras envolven a vereda,
e nin o ceu ten ollos, nin o pinar ten lingua.

¡Vamos! Do que hai oculto, ¿quén midéu as fonduras?
¡Alma n'habrá que sepa...! ¡Ven...! A noite está escura.

—¿Escura...?; mais relumbra non sei qué luz traidora...
—É unha estrela que brila nas augas bulidoras.

—¿E non oíes que runxe algo onde aquel herbal?
—É o vento que anda tolo correndo ante a follax.

—Escoita, sinto pasos, e asoma seica un bulto...
—¡Si é un vivo, matarémolo; non fala si é difunto!

Mais aquí onde este cómaro, hai unha cova fonda:
ven, e santos ou deños, que nos atopen ora.

II

¡Adónde iréi connigo? ¿Dónde me esconderéi,
que xa ninguén me vexa i eu non vexa a ninguén?

A luz do día asómbrame, pásmame a das estrelas,
i as olladas dos homes na ialma me penetran.

I é que o que dentro levo de min, penso que ó rostro
me sai, cal sai do mare ó cabo un corpo morto.

¡Houbera, e que saíra...!; mais non: dentro te levo,
¡fantasma pavoroso dos meus remordementos!

* * *

Xigantescos olmos, mirtos
que brancas frores ostentan,
unhas con cogollos inda,
outras que o vento esfollea.
Buxos que xa contan sigros
e que xuntos verdeguean
formando de rama e troncos
valos que naide atravesa,
e nos que moi descansadas
fan o seu niño as culebras.
Loureiros, irmáns dos buxos
pola altura i a nacementa,
pois arraigaron a un tempo
no máis profundo da terra.
Limoeiros e laranxos
que o verde musgo sombrean
i olido esparcen de azare
con que a xente se recrea.
Eternos bosques en donde
sombrió misterio reina,
onde só os paxaros cruzan
polas tristes alamedas
onde ó marmular as fontes
un coidara que se queixan,

i onde o mesmo sol do estío
 melancónico penetra.
 I en medio desta espesura
 e desta hermosa tristeza,
 nunha casa inda máis triste,
 si de fachada soberba,
 alí din que ten o niño
 a nai de toda-las meigas:
 casa con portas de cedro,
 en cada ventana reixa,
 cociña coma de monxes,
 silencio coma de igrexa,
 criados que non dan fala,
 cans que morden como feras.
 Alí a viron negra e fraca
 como unha gata famenta,
 no máis san e máis frorido
 da hermosa terra gallega.
 I estes mals que nos afrixen
 din que todos veñen dela...
 ¡Mais socede nesta vida
 que os que tén culpa n'a levan!

CADA COUSA NO SEU TEMPO

Do alegre maio unha alborada fresca
 foite a sorrir no outono malencónico,
 e por nadal os membros ateridos
 quentache ben contente a un sol de agosto;
 despois tembraches espantado,
 e fuches buscando a sombra inquieto e pesaroso;
 mais a mamoria preguizosa, tarde
 trouxera ó teu recordo
 que aqueses cambios bruscos,
 raros e intempestosos,
 de loitos e pesares nesta vida
 sinal segura eternamente fonon.
 E tras daquel calor que che emprestara
 no inverno un sol de agosto,
 só sentiche da frebe o mortal frío
 que helóu hastra os teus osos.

*As cousas no seu tempo
 i as feras no seu tobo.*

* * *

Cabe das froles a nena
 canta alegre o seu cantar,

i é branca como azucena,
 pálida como o luar.
 E onde a boquiña, un lunar
 gracioso lle dou Dios, tan feito, tanto,
 que é de todos o encanto.

Cor de luar..., ¡qué cor lindo!,
 uns ollos cal noite escura,
 labios que falan sorrindo,
 i aquel sinal... Fermosura
 máis, non cabe en criatura
 que a que Dios quixo darche, linda rosa,
 doce, casta e preciosa.

Ser amada, ése é o teu sino,
 amada cal n'outra houber,
 e Iqué dichoso destino!
 ser querida e ben querer.
 Ei a ambición da muller
 e o soio ben que buscan sin medida
 nesta mísera vida.

Pero, nena alunarada,
 ¿sabes o que o refrán di?
 Que é en amores desdichada
 a que un lunar ten así.
 E tamén din que o eres ti,
 a pesar das risadas dos teus labios
 que non saben de agravios.

En boa hora ou en mal hora,
 que nesto de namorar
 tamén se mete a traidora
 mala sorte a traballar.
 E métese a enfeitizar
 corazóns inocentes e almas puras
 n'afeitas a amarguras.

.....

¡Ai da nena alunarada,
 pálida como o luar!
 Cómo canta o seu cantar
 tan serena, e sin pensar
 que á que lunares ten, fortuna esquiva
 lle ha de ser mentras viva.

Alegre e dichosa canta
aquela linda canzón,
que trai á súa mente tanta
querida recordazón,
que asin é coma oración
que a ialma, triste, con amor marmura
pedindo a Dios ventura.

I ela non pensa, toliña,
e non maxina a coitada
que mal tras do amor camiña
e ten fertuna menguada
a que nase alunarada:
que a que ten un lunar tan primoroso
nunca terá reposo.

Tan sóio te agardan penas,
linda rosa a do lunar;
as grandes tras das pequenas,
unha tras outra a chamar
á túa porta han de chegar;
que naide, tal é a forza do destino,
naide torce o seu sino.

PELOURO QUE RODA

Dou encomenzo pensando;
despóis, gustóulle pensar;
e deste gusto ó deseio
a toda presa se vai.

E decote descendendo,
descendendo sin parar,
desde o deseio ó pecado
a toda presa se vai.

A DISGRACIA

¿Por qué existe? ¿Quién é? ¿Dónde a soberba
morada ten? ¿Arteira, en dónde habita?
Sono lixeiro ou pasaxeira nube
pra moitos é que apenas deixa rastro.
Outros os golpes alevosos sinten
que lle asesta con negra traidoría
dende o comenzo ó fin da vida escrava.
Pero n'a ven, anque a mirada tendan
arrededor, para evitaren, cántos,
o seu bafo pestífero, n'a atopan

no espaso, nin na terra, nin no mare,
anque ela en todo está, sempre dañina.

.....
O mal do inferno é fillo, o ben do ceo;
a disgracia ¿de quen? Loba que nunca
farta se ve, que o seu furor redobra
da fonda frida á vista ensangrentada,
¿de dónde ven?, ¿qué quer?, ¿por qué a consintes,
potente Dios, que os nosos males miras?
¿Non ves, Señor, que o seu poder afoga
a fe i o amor no esprito que en Ti fía?
¿Cómo endurece o corazón que un tempo
era todo brandura! ¿Cómo mata
da espranza a luz, que un resprandor tranquilo
nos astros derramaba da existencia,
nova forza prestando ó pe cansado
e máis valor á ialma temerosa!
Todo o mucha ó seu paso, a pranta súa
maldita todo para sempre estraga;
todo a súa lama pegaxosa entrubia.
¿E qué oco tan profundo fai en torno
daquel a quen persigue! ¿Cómo fuxen
as xentes del pra non oír os laios
que o seu penar lle arrinca, ou a espantosa
brasfemia que con labio balbucente
a sí mesmo mordéndose denuncia!
Que apestado n'ecsiste nesta vida
que tanto horror á humanidade cause
como o que da disgracia vai tocado.

¿E cómo non, si o ben contra el se volve,
si o mesmo sol non loce onde el habita,
si a fonte onde beber envenenada
decote está, si o pan se volve asentes
para seu paladar, i o niar sin fondo
enxoito nun instante se quedara
si el na onda amarga se afogar quixera;
e nos brazos da morte que aborrece,
a mesma morte o deixa abandonado!

¿Ah, piedade, Señor! ¿Barre esa sombra
que en noite eterna para sempre envolve
a luz da fe, do amor e da espranza!
Sombra de horror que os astros briladores
escurece dos ceos, que un novo inferno
neste mundo formóu, e un mundo novo,
donde todo valor perde os seus bríos
e toda forza sin loitar se estrela,

onde as tinebras da impiedá, estendidas,
borran todo camiño que a Ti guíe.

¡Dios de bondá, co teu potente sopro
de nós aparta ese fantasma horrible
que a desesperazón dá por remate;
pois xa abasta cas dores, ca miseria
da carne fraca e coa infalible morte
pra tormento e castigo dos que, tristes
porque pecaron, viven desterrados
da patria celestial por que suspiran!

* * *

¡E ben! Cando cumprido
teñas ese ardentísimo deseo,
o meu rir sin descanso será estonces,
aunque un rir triste e negro.

Dendes do meu corruncho solitario
estaréi axexándovos sereno,
e tras da primadera e tras do estío,
veréi cá l chega para vós o inverno.
¡E qué inverno tan triste,
tan áspero e tan fero...!

Como no outono as follas can dos árbores,
dos vosos corazóns irán caendo
as brancas ilusiós con que crubíades
o chan do simeterio
en donde os nosos mortos dormen xuntos
do olvido no silencio.

E nas negras mortaxas que os envolven,
diante de vós aparecer verédelos,
decindo: "N'era aquilo o que buscábades
cando enganados insultaste ós ceos...
¡N'era aquilo sin duda, desdichados,
mais... tampouco era esto...!"
I eu dende o meu corruncho sorriréime
cun sorrir triste e negro.

SIN NIÑO

Por montes e campías,
camiños e espranadas,
ven unha pomba soia,
soia de rama en rama.

Síguena as probes crías,
sedentas e cansadas,
sin que alimento atope
pra darlles a bicada.

Trai manchada-las prumas
que eran un tempo brancas,
trai muchas e rastreiras
i abatida-las alas.

¡Ai, probe pomba, un tempo
tan querida e tan branca!
¿Ónde vai o teu brillo?
O teu amor, ¿ónde anda?

EU POR VÓS, E VÓS POR OUTRO

—A linda, a grande señora,
de non vista fermosura,
¿ónde irá tan a deshora,
nunha noite tan escura?
¿Ónde irá con tal premura?

Vai enfouzando na lama
o zapatiño de seda...
¡Polo toxal vai a dama,
i o dono antre holandas queda!
¡Bon sono Dios lle conceda!

Que el durma, que eu velaréi
pola dona máis fermosa
que vin no mundo e veréi;
xardiñeiro, coido a rosa
de cuio olido outro gosa.

Coido dela noite e día,
sin descanso nin sosego,
que atopalo non podría;
corpo e ialma, non o nego,
a esa tarefa me entrego.

E aunque desto nada sabe,
eu sei canto poido dela,
mais que tal saber me acabe...
Sai, pombiña; sai, estrela,
que un valente por ti vela.

.....

¿A dónde vai? A escondida
porta se abre paseniño...
Romor de seda comprida
runxe alá polo camiño
que vai da fonte ó muíño...

N'a vexo, mais ela é:
chégame o seu doce olido,
sento o pisar do seu pe,
i o meu corazón ferido
de pracer dou un batido.

Nobre dama, linda dona
dos corazóns que prendás,
perdóname, sí, perdona
si che sigo a donde vas:
¿non ves que en perigo estás?

En noite tan tempestosa,
¿quén vos meteu tal deseio?
¿Enlamugarse así a rosa...!
E no meu corazón leo
que non levás paz no seo.

¿E si atopás a *Compañía*?
¿E si vos sai a *Estadea*?
¿Si con falas vos engaña
e vos pon mantel e cea,
mentras troa e lostreguea?

N'irés soia, pesi a vós,
n'irés mentras que eu alente,
pois fora atentar a Dios.
Señora, Dios non consente
que o perigo busque a xente.

Sin que sepás que vos sigo,
iréi tras de vós agora,
por si vos tenta o enemigo.
I en tanto non sai a aurora
non vos deixaréi, señora.
.....

¿Adiós..., adiós, dama hermosa!
¿Darvos a tan malos modos...!
Non vos levóu a *Compañía*,
mais o enemigo levóuvos.

Embárgame o asombro a ialma...
¡Ai, amor tolo..., amor tolo...!
Ben di aquel refrán sabido:
Eu por vós, e vós por outro.

* * *

—¡Valor!, que anque eres como branda cera,
aquí en perigo estamos,
e noutro lado a libertá che espera
que aquí ninguén che dera.
—Vamos, señor, adonde queiras... ¡Vamos!

—Tan nobre eres, meu ben, como esforzada;
mais ¡tembras coma a cervá acorralada,
ora que xuntos por ventura estamos
para fuxir, ña prenda namorada...!
—¡Pois fuxamos..., fuxamos!

—¿Tes medo, miña vida,
a seres nos meus brazos sorprendida
e a que xuntos amándonos morramos?
—¡Ai, non, que a dicha así fora cumprida...!
Mas partamos..., partamos...
¡E adiós, paz e virtú, sempre querida!

DULCE SONO

Baixaron os ángeles
adonde ela estaba,
fixéronlle un leito
coas prácidas alas,
e lonxe a levano
na noite calada.
Cando á alba do día t
ocóu a campana,
e no alto da torre
cantóu a calandria,
os ángeles mesmos,
pregada-las alas,
"¿Por qué —marmurano—,
por qué despertala...?"

* * *

—Espantada, o abismo vexo
a onde camiñando vou...
¡Corazón..., cánto es tirano,
i es profundo, meu amor!

Pois eu, sin poder conterme,
n'escoito máis que unha voz,
e adonde ela quer que vaia,
sin poder conterme, vou...

Hoxe, á noite, desque durman,
sairéi polo ventanil;
daránme as sombras alento...
e ¡adiós, casa onde nacín!

Honra que tanto estiméi,
santidade do meu lar...
¡Polo meu amor vos deixo
para toda a eternidá!
¡Señor...!, darésme castigo;
que o merezo ben o sei;
mais... ¡condenáme, Señor,
a sufrilo cabo del!

* * *

—Para a vida, para a morte
e para sempre en jamás,
pedínte a Dios, e Dios dóuteme
por toda unha eternidá.

—Para a vida, para a morte
e para sempre en jamás,
quero ser vosa, e que séades
e meu señor natural.

—Mais a que así querer sabe,
non debe ter pai n'irmán;
nin home, si é que é casada;
nin fillos, si acaso é nai.

—Espanta o que estás decindo...
Mais eu sinto que é verdá;
lévame, señor, que iréi
onde me queiras levar...

—Pois vente... ¿Qué importa o mundo
a quen ten a eternidá?
Xuntos hemos de vivir,
xuntos nos han de enterrar,
e os nosos corpos aquí,
e as nosas almas alá, q
uer Dios que en unión
eterna estén pra sempre jamás...

Cal ó paxaro a serpente,
cal á pomba o gavián,
arrincóuna do seu niño
e xa nunca a el volverá.

NA TOMBA DO XENERAL INGLÉS
SIR JOHN MOORE
MORTO NA BATALLA DE ELVIÑA (CORUÑA)
O 16 DE XANEIRO DE 1809

*Á miña amiga María Bertorini,
nativa do país de Gales.*

Coruña, 1871.

¡Cuán lonxe, cánto, das escuras niebras,
dos verdes pinos, das ferventes olas
que o nacer viron, dos paternos lares,
do ceo da patria que o alumou mimoso,
dos sitios, ai, do seu querer; qué lexos
viu a caer baixo enemigo golpe
pra nunca máis se levantar, coitado!
¡Morrer así en estranxeiras praias,
morrer tan mozo, abandoná-la vida
non farto aínda de vivir e ansiando
gustar da froita que coidado houbera!
¡I en vez das ponlas do loureiro altivo
que do héroe a testa varonil coroan,
baixar á tomba silenciosa e muda...!

¡Ouh brancos cisnes das britanas islas;
ouh arboredos que bordás galanos
dos mansos ríos as ribeiras verdes
i os frescos campos donde John correra...!
Si a vós amargo xemidor sospiro
chegou daquel que no postreiro alentó
vos dixo ¡adiós! con amorosas ansias
a vós volvendo o pensamento último,
que da súa mente se escapaba inxele,
¡con qué pesar, con qué dolor sin nome,
con qué estrañeza sin igual diríades
tamén ¡adiós! ó que tan lonxe, tanto,
da patria, soio, á eternidá baixaba!

I o gran sillón, a colgadura inmóvil
do para sempre abandonado leito,
a cinza fría do fogar sin lume,
a branda alfombra que leal conserva
do pe do morto unha sinal visíbre,
o can que agarda polo dono ausente
i o busca errante por camiños ermos,
as altas herbas da alameda escura
por onde el antes con solás paseaba,
o sempre igual mormoruxar da fonte
donde el nas tardes a sentarse íña...

¡cál falarían sin parar de Moore,
co seu calado afrixidor linguaxe,
ós ollos, ¡ai!, dos que por el choraban!
¡Xa nunca máis..., xa nunca máis, ouh triste,
ha de volver onde por el esperan!
Partéu valente a combatir con gloria.
¡Partéu, partéu...! e non tornóu, que a norte
segóuno alí nos estranxeiros campos,
cal frol que cai onde a semilla súa
terra n'atopa en que arraigar poidera.

Lonxe caíche, pobre John, da tomba
onde cos teus en descansar pensaras.
En terra allea inda os teus restos dormen,
i os que te amaron e recordan inda,
mirando as ondas do velado Océano,
doridos din, desde as nativas praias:
"¡Aló está el, tras dese mar bravío;
aló quedóu, quisáis, quisáis por sempre;
tomba onde naide vai chorar, cobexa
amadas cinzas do que nós perdemos...!"
I os tristes ventos i as caladas brisas
que os mortos aman si lexanos dormen
do patrio chan, a refrescarte veñen
do vran na noite calorosa, e traen
pra ti nas alas cariñosas queixas,
brandos suspiros, amorosos ecos,
algunha bágoa sin secar, que molla
a seca pedra do mausóleo frío,
do teu país algún perfume agreste.

¡Mais qué fermosa e sin igual morada
lle coupo en sorte ós teus mortales restos!
¡Quixera Dios que para ti non fora,
nobre estranxeiro, habitación allea!
Que n'hai poeta, ensoñador espírito
non pode haber que ó contemprar no outono
o mar de seca amarillenta folla
que o teu mausóleo con amor cobexa,
que ó contemprar nas alboradas frescas
do mes de maio as sonrosadas luces
que alegres sempre a visitarche veñen,
non diga: "¡Asín cando eu morrer, poidera
dormir en paz neste xardín frorido,
preto do mar..., do cimiterio lonxe...!"
Que ti n'escoitas en jamás, ¡ouh Moore!,
choros amargos, queixumbrosos rezos,
ni os outros mortos a chamarte veñen,
pra que con eles na calada noite

a incerta danza dos sepulcros bailes.
Só dose alento do cogollo que abre,
da frol que mucha o postrimeiro adiose,
loucos rebuldos, infantiles risas
de lindos nenos que a esconderse veñen
sin medo a ti tras do sepulcro branco.
I algunha vez, ¡moitas quizáis!, sospiros
de ardente amor que o vento leva donde
Dios sabe só..., por sin igual compañía
dichoso tes na habitación postreira.
¡I o mar, o mar, o bravo mar que ruxe
cal ruxe aquel que te arrolóu na cuna,
mora onda ti, ven a bicar as pedras
dun chan de amor que con amor te garda,
i arredor teu deixa crecé-las rosas!
¡Descansa en paz, descansa en paz, ouh Moore!
E vós que o amás, do voso honor celosos,
fillos de Albión, permanecéi tranquilos.
Terra fidalga é nosa terra —tanto
cal linda Dios a quixo dar—; ben sabe
honra faser a quen merece honra,
i honrado así, cal merecéu, foi Moore.
Soio no está no seu sepulcro; un puebro
co seu respecto compasivo vela
polo estranxeiro a quen traidora morte
fixo fincar lonxe dos seus, i a alleos
vir a pedir o derradeiro asilo.

Cando do mar atravesés as ondas
i ó voso irmán a visitar vaiades,
poñé na tomba o cariñoso oído,
e si sentís rebuligar as cinzas,
e si escoitás indefinibles voces,
e si entendés o que esas voces digan,
a ialma vosá sentirá consolo.
¡El vos dirá que arredor do mundo
tomba mellor que a que atopóu n'achara
sinón dos seus antre o amoroso abrigo!

* * *

I

Cal graciosa brandeas
o teu corpo lixeiro,
si bailas nos estrados
c'aquel galán soberbo,
brandea o norte as ponlas
xentís dos ameneiros;

i unha tras outra folla
de cor amarillento
vai deixando, enredada
nos teus rizos cabelos,
triste coroa póndoche,
tan mucha, Dios do ceo,
como a que na alma túa
pon o teu pensamento...
¡É que se vai o outono!
¡É que se ven o inverno!

Mas inda nas fonduras
do ameno val, serenos
sopran ventos soaves,
que aromas trán do ceo.
Inda na farta beira
cuberta de xilmendros
por onde corre o Miño,
maxestuoso e lento,
do vran se oie o máis doce
sospiro derradeiro
que alí quedou durmindo
antre o roméu i o espriego,
como quedou un raio
de esperanza no teu peito.

II

Mas ó que ten mal sino,
mal sino o seguirá,
que as rápidas correntes
non volven nunca atrás.
¿Qué asperas, si a esperanza
caso de ti non fai?

Adiante, pelegrina,
dá fin ó teu romax,
que anque acabar non queiras,
aló te han de levar
do teu mal fado as ondas
e os fortes huracáns.

¡Que inda tes fe...! Terála,
ña probe, no teu mal;
terála nas espiñas
que te han de atormentar;
na fel que pezoñosa
sin sede beberás;

no pan amargo e duro
que te alimentará.

Nunca do mar as ondas
doces se tornarán,
nunca a túa sorte terca
ca dicha amainará,
nin ca ilusión te alentes
dun brando descansar;
que só o sono da morte
o triste dorme en paz.

Acaba logo, acaba
o teu triste romax,
que ó que en mal sino nace,
mal sino o seguirá.
Nas alas da desgracia
o teu destino vai,
i as rápidas correntes
non volven nunca atrás.

SIN TERRA

"¡Calade, ouh ventos noutornos;
calá, fonte da Serena,
que alá por cabo das Trompas
quero oír quén chega!"

Calaron os ventos todos,
xurróu a fonte máis queda,
e vin que iban a enterrar
o corazón dela.

Vina despóis inda viva
por campos e por devesas;
mais ña para unha tomba
pedindo terra.

Non a atopou, e por eso
amostra ás vistas alleas
inda aquel corazón morto
a súa cangrena.

* * *

*Para uns, negro;
para outros, branco;
e para todos,
traspoleirado.*

I

—Sé astuto si é que sabes;
víntrate das ofensas si é que podes;
ó que che sirva, págalle;
mais a quen non che dé, nunca lle dones;
porque a moral dos santos
non reza sempre ca moral dos homes.

Esto un gallego montañés e rudo,
farto de humillaciós e de rencores,
ó agonizar lle aconsellaba a un fillo,
herdeiro dos seus mals e de seu nome.

II

—Sé inxenuo e leal sempre,
perdoa a quen te ofenda,
fai ben decote a amigos i enemigos
i, á porta franca, sin temor, espera:
n'hai máis que un Dios i unha moral que salve
ós tristes fillos de Eva.

Esto a probe viuda
do montañés, morrendo antre a miseria,
resinada ó seu fillo lle dicía...
I a Dios o esprito lle entregóu serena.

III

E fíxolle el as honras,
mais tan só con xemidos e con bágoas;
crego non houbo ó redor que á probe
o enterro de limosna lle cantara.

Nun corruncho do adro
onde as ortigas ásperas medraban,
sin cruz, señal nin lousa,
alí quedóu perdida e sepultada;
e triste o fillo e soio,
tornóu sañado á solitaria casa.

"Meu pai doume un consello—ña pensando—
e miña nai doume outro;
e si ela tiña santidá e concencia,
esprencia el tiña e sabidá dabondo.

Son fillo del e dela...
Partiréi, pois, a hirencia de dous modos.

Na nai: faréille ben a quen cho fixo.
Meu pai: vinganza piden os teus osos."

TRISTES RECORDOS

Unha tarde alá en Castilla
brilaba o sol cal decote
naqueles desertos brila.

Craro, ardoroso e insolente,
con perdón del, pois n'é modo
aquel de queimá-la xente

e secar con tales bríos
a probe inxeliña pranta,
a fonte, os sedentos ríos.

Unha tarde, ¡ouh, qué tristeza
me acometéu tan traidora,
véndome en tal aspereza!

¡Adónde vín a parar!,
pensaba mirando o ceo
para a terra non mirar.

Porque o ceo era, eso sí,
un máis ou menos azul
como o que temos aquí.

Mentras que a terra, ¡bon Dios...!
Señor, ¿posibre será
que aquéla a fixeses Vós?

Mais ¿por qué estrañarme tal
si as cousas que Vós facés
jamás as facedes mal?

Fixestes tan tristes llanos,
mais fixécheos, Dios cremente,
sóio para os castellanos.

¡Ai!, cada pomba ó seu niño,
cada conexo ó seu tobo,
cada ialma ó seu cariño.

Aquesto me eu repetía
naquela tarde, recordo d
e negra malencolía.

E namentras, contemplaba
da igual, estensa llanura
a terra que branqueaba.

Do largo pinar cansado
a negra mancha sin término,
do puebro o color queimado.

I antre o chan i o firmamento,
as nubes de denso polvo
que iba levantando o vento.

Do deserto fiel imaxe,
¡co mesmo alento de brasa,
co mesmo ardente coraxe!

lonxe o mular pasaba,
viña a tourada máis preto,
a ovella enferma balaba.

E no xa queimado espiño,
fuxindo do sol ardente,
pousábase o paxariño.

¡Dios mío, qué ansia cativa!
Pesaba en min a tristeza,
cal se me enterrasen viva.

Lembranzas da terra hermosa,
calmá ca vosa frescura
as penas da alma chorosa.

Porque ese sedento río
envolto en malinas brétemas,
dá callentura, dá frío.

De pronto oín un cantar,
cantar que me conmovéu
hastra facerme acorar.

¡Era a gallega canzón,
era o alalá..., que fixo
bater o meu corazón

con un estraño bater,
doce, como o ben amar;
fero, como o padecer!

De polvo e sudor cubertos
ca fouce ó lombo, corrían
por aqués campos desertos

un fato de segadores...
¡I eran eles, eran eles
os meigos dos cantadores!

¡Adiós, pinares queimados!
¡Adiós, abrasadas terras
e cómaros desolados!

Pechéi os ollos e vin...:
vin fontes, prados e veigas
tendidos ó pe de min.

Mais cando a abrilos tornéi,
morrendo de soidades,
toda a chorar me matéi.

E non paréi de chorar
nunca, hastra que de Castela
houbéronme de levar.

Leváronme para nela
non me teren que enterrar.

* * *

Meses do inverno fríos,
que eu amo a todo amar;
meses dos fartos ríos
i o doce amor do lar.

Meses das tempestades,
imaxen da delor
que afrixe as mocedades
i as vidas corta en fro.

Chegade, e tras do outono
que as follas fai caer,
nelas deixá que o sono
eu durma do non ser.

E cando o sol fermoso
de abril torne a sorrir,
que alume o meu reposo,
xa non o meu sufrir.

* * *

I

Era no mes de maio,
no mes do amor, das prantas e das frores,
mes dos soaves perfumes
i os transparentes cores.
Dos trinos matináis dos paxariños,
das cándidas e frescas alboradas,
das pasaxeiras nubes,
e das tardes sorrintes e douradas.
Cando o mar está azul, o ceo sereno
como o dormir dun neno,
manso-los ríos, alta-las estrelas,
máis desvaída a lúa,
si tamén máis fermosa,
co aquela gracia sin igual que é súa,
i era, en fin, cando todo nesta vida
sorrí ós mortáis ca alegre, esplendorosa
sorrisa virxinal da primadera
que a amar i a ser dichoso-los convida.

A todos..., ¡ai!, quixera
que así a sorte o fixera;
mais algún hai que envolto na negrura
da súa propia tristura,
tan sóio ve, da primadera hermosa,
no sol morno e na rosa
co fresco orballo da mañán cuberta,
un triste e mal agoiro que desperta
pensamentos de loito e desventura.

II

Era nunha mañán do mes de maio
en que parés que os ánxeles cantaban,
mentras mansa-las brisas se queixaban
con amoroso laio;
en que o rego ó pasar polas curtiñas
non sei qué cousas mormuraba leve,
i o voar das inquietas anduriñas
que nos aires chiaban,
á vista dos nubeiros sabidores,
venturas e contentos agoiraba:
mañán de encantos cheia,
cal o espírito as deseia
cando espera e confía;
mañán que chama a toda cras de seres

ó pracer i á alegría,
menos á triste ialma
que dendes que é non sabe
que é ter sosego ou calma,
dónde a dozura do gozar comence,
dónde a crudeza da delor acabe.

III

Da Garda ánxel bondoso,
que as brancas alas paseniño bates
ó rededor do acongoxado espírito,
pra derramar en el santos consolos
que nos trás do infinito,
¿en dónde, en dónde estabas,
que antre negros querbantos
soia un alma tristísima deixabas?

Fe, esperanza, virtudes
orixen das eternas beatitudes,
e que dendes rexiós máis venturosas
vindes calmar as amarguras nosas...,
¿dónde estades, en dónde
cando o que en vós confía,
soio, en loita coas ansias da agonía,
orfo, vos chama, e naide lle responde?

IV

Por aqueles que odiaba perseguido,
polos que amaba odiado,
un triste a dura sorte condenado
contempraba do Cántabro a bravura
con un ollar profundo,
cal si tras de tan fonda sepultura
entrevisase as anchuras do outro mundo.

E con ánimo forte,
do líquido cristal hastra tocalo
en carreira chegou vertixinosa
cal si atraisón do abismo misteriosa
con forza estraña o conduxese á morte.

E dixo: —¡Vida, adiós!, ¡adiós, tormento,
que con martirio lento
me arrancache hastra os soños de esperanza!

Da desventura miña
vou a crebar o brazo poderoso
alí donde n'hai dor, nin hai mudanza
e se enterra a inquietude no reposo.
E ti, mala pasión que en min te cebas

e foches o meu Dios i o meu castigo,
¡xa que me qués matar, morre conmigo!

Calóu o triste, e inmensas, pavorosas,
cas súas crins espumosas,
retorcéronse as ondas pola area,
incitando ó coitado
a dar fin á pelea
que houbera no seu peito encomenzado.

Mais un brando sonido
firéu de pronto o contrubado oído
daquel ser desdichado...
E escoitou asombrado
dun invisible ser a fala hermosa
que con branda e celeste melodía,
soave e mainamente lle decía:

—¡Detente ó pe da orela
da túa vida, cobarde centinela;
non queiras por fuxires do presente,
da eternidade descórre-los velos!
Agarda a que a medida,
con rosas ou con fel, enchas da vida;
nin fagas que na tomba se derrame
antes que Dios cha pida.
Que ningún fillo de Eva
ó fin se ha de librar do seu penare
anque á morte se astreva.

Despóis de atravesare
os desertos inmensos do infinito,
ó mundo volverías en esprito
a sufrir, i o teu crimen a pagare.
As noites tras dos días,
sin descanso nin tregua
apegado a aquel seo te verías.
do ingrato corazón vendo os batidos
non por ti, mais por outros repetidos.

E naquel pensamento
con impracable craridá leerías
a traizón alevosa, o olvido amargo
sin velo que os crubir, nin finximento.

—¡Ouh Dios, Dios poderoso!
¡Qué tormento espantoso!

—Ninguén torce o poder dos seus destinos
infaustos ou beninos;
nin a ninguén lle é dado

renegar do seu fado.
Só vence quen espera...
Volve a vivir e espera resinado.

E tornóu a vivir, arrepenido
anque triste e dorido,
aquele probe coitado:
pidéulle a Dios perdón do seu pecado,
e Dios, compadecido,
mandóulle santa paz e doce olvido.

¿QUÉ TEN?

Sempre un ¡ai! prañideiro, unha duda,
un deseio, unha angustia, un delor...
É unhas veces a estrela que brila,
é outras tantas un raio do sol;
é que as follas dos árbores caen,
é que abrochan nos campos as frois,
i é o vento que zoa;
i é o frío, é a calor...
E n'é o vento, n'é o sol, nin é o frío;
non é..., que é tan só
a alma enferma, poeta e sensible,
que todo a lastima,
que todo lle doi.

* * *

—Ti a feiticeira e branca como as neves,
i a linda antre as millares;
ti, arredor de quen, cal as abellas
a redor dunha rosa andan os homes
(xente que o mesmo acaso que as mulleres,
é dada a toda crase de traizoes);
non queiras en jamás, si es queridora;
non dones en jamás, más que che donen
si é que te firen, miña prenda, rite;
si é que te engañan, meu amor, non chores.
Ve que pasóu o tempo das Corinas,
i o máis que ora se sofre,
só porque non se diga,
é rabiarse canto un pode.

—¡Rabiar nomáis..., dixera que mentides!
—Sí, sí, rabear ben forte;
mas ca rabia picante e aguilloeira
que é salsa apetitosa das pasioes.
¿Qué fora, ¡ouh Dios!, sin os asentes ferros
dos estómagos probes?

Dos corazóns do día,
¿qué fora sin as rabias, meu amore?

RUINAS

(ARMONÍAS DA TARDE)

Traducción de Ruiz de Aguilera

Xa novembro espiraba
cando cansado e so toméi asento
ó pe do endebre muro,
vella defensa e límite dun puebro.

Polas abertas fendas,
casa que ás sabandixas abre o tempo,
hoxe o lagarto mira
con fría ollada o estrago en torno feito.

Sin core a trepadora,
ortiga vil e xaramago enfermo,
cuios muchos ramallos
moven os aires ó pasar xemendo;

coroan capiteles
o destrozado pórtico do tempo,
que tende na campía
antre polvo de altares o esqueleto.

Xa no lare sagrado
lume n'encende a nai ó son dun rezo,
e da tisonada pedra
a borralliña os ventos xa barreron;

e xa dos vellos arcos
e columnas as pedras van caendo,
cal unha e outra bágoa
cai dos ollos dun triste sin achego.

¡Cómo as muchadas follas
se desprenden da ponla onde naceron,
restos daquela vida
con que a vista encantaba o souto ameno!

¡E cál amostra o río,
cásique enxoite o empedregado leito,
regueiro miserable
doutro farto raudal, limpo e sereno!

¡Cál os outeiros arden
do sol do outono ó lampo derradeiro,
mentras sombrisa a noite
vai caladiña os valles sorprendendo!

Bataladas ó lonxe
dá unha campana sospirando resos;
i a tarde que agonisa
mándalle á relixión o adiós máis tenro.

I o moucho revoando
berra tamén con chilos agoreiros,
coma morto sin tomba,
que anda soio ó redor dun simeterio.

Cando as alas sacude,
a voz desperta de dormidos ecos;
e parés que resoa
tras do que pasa pensatible, austero,

o ruxir misterioso
de visións que en tropel forman os medos;
polo chan arrastrando
pardo saial, os brancos esqueletos.

Ou ben que resucita
a pobraición do seu reposo eterno,
rendido pelegrino
que cobra, descansando, novo alento,

i a caminata emprende
ó dose amañecer dun día sereno,
que crube os seus albores
baixo un de nubes pudoroso velo.

Mais acábase o encanto
un momento despóis; así os xa restos
das ilusións mortiñas
enchen da ialma o dolorido seo.

I ora outra ves do muro
os cantos sin parar rodan desfeitos,
i ó seu compá-las follas
das amarelas ponlas van caendo,

cal unha e outra bágoa
cai dos ollos dun triste sin achego,
ou anacos da vida
con que a vista encantaba o souto ameno.

Todo así pasa; a sombra
sigue decote á lus do craro ceo;
e, ¡ai!, a vellés caduca,
da moxedá é recordo pasaxeiro.

Ti sóio non acabas,
¡ouh espírito que ximes nun encerro!
Mais con man compasiva
a morte, ó fin, quebrantarás os teus ferros.

Quedarás o fráxil vaso
da túa esencia inmortal, anacos feito,
e polos aires, ela
en busca irá do seu amor eterno.

Á terra que perdeche
voarás lixeira do manchado suelo
que as túas alas tocaron
ó pousarte do mundo no deserto.

Nel, ¡ai!, triste a recordas,
como da súa os azulados ceos
o probe desterrado
na beiriña dos ríos estranxeiros.

* * *

Chirrar dos carros da Ponte,
tristes campanas de Herbón:
cando vos oio partídesme
as cordas do corazón.

Ceboleras que is e vindes
de Adina polos camiños,
á beira do camposanto
pasá leve e paseniño.

Que anque din que os mortos n'oien,
cando ós meus lle vou falar,
penso que anque estén calados
ben oien o meu penar.

A BANDOLINATA

Ca espada asesina
no peito encravada,
o espírito na sombra
i o corpo na lama,

máis negra que a morte,
que a terra máis baixa,
bagullas de sangue
chorando eu estaba.

De pronto antre o espeso
da brétema parda
con rara armonía
salíu unha cántiga...
¡Qué fresca e qué doce,
qué leve e qué estraña
soúu nas recónditas
cavernas da praia!

Calmouse o meu dore
cal sede ca iaugua,
do probe sedento
na fonte se calma.
Nos ollos detidas
quedáronse as bágoas,
namentras inmoble,
suspensa, escoitaba.

De tempos remotos,
de edades leixanas,
de noites sereas,
pra sempre acabadas,
aquele cantar tróuxome
non sei qué lembranzas,
non mortas..., dormentes,
¡quén sabe en qué campas!

Coidara que a oíra
nos campos de Italia,
sendo eu quizáis reina,
quizáis sendo escrava,
na orella do Bósforo,
do pazo á ventana...
Mais sempre amor fondo
sintindo na ialma.

¡Qué estraños soñares
se en min despertaran,
do músico incónito
ca sonora cántiga!
De anteriores vidas,
¿cáles recordanzas
calmaron a dore
das presentes ansias?

¿Quén pode decilo?
Misterios da humana
fráxil natureza,
naide os espicara;
só sei que sintindo
consolo na ialma,
améi dende estonces
a bandolinata.

* * *

Branca virxes de cándidos rostros,
varóns santos de fronte serea,
nobres matronas,
monxas austeras,
i aínda aquelas que parés que nunca
tocaron cas prantas
os lodos da terra,
na concencia ¿quén sabe, a escondidas,
as manchas que levan?

Mais se hai anchos ríos,
e mares imensas,
e lagos sin fondo,
e torrentes que arrancan as penas,
deste mundo nos ámbitos todos
n'hai auguas que laven
manchadas concencias;
i aqués que se manchan,
manchados se quedan.
¡Sóio as lavan as bágoas abondas
da penitencia!

VANIDADE

Algúns ricos entérranse ó probe,
e algúns probes ó grande se enterran,
todos para distinguirse,
e hastra ó morrer ter fachenda.
¡Vanidá, cánto vals antre os homes,
que hastra as portas da morte penetras!
Mas desde cán no burato,
todos iguales se quedan;
i o polvo ó polvo se torna
e onda os vivo-la soberbia.

* * *

Aprisa, Álvaro de Anido,
vive moito en pouco tempo,
espolea o teu cabalo
e espoléandoo, revéntao.
¿Qué importa un nobre cabalo?
¿Qué importan dous nin trecentos?
O que importa, Álvaro Anido,
é chegar cedo.

Vai dun polo a outro polo,
rexistra os antros terreos,
monta na locomotora,
sube nos grobos aéreos,
e coa centela recorre
do vacío o espazo inmenso:
es home, e cansarás, Álvaro,
correndo e correndo.

* * *

Decides que o matrimonio
é santo e bueno. Seráio;
mais non casóu San Antonio,
por máis que o mesmo demonio
tentóuno a facé-lo ensaio.

Celicios, cantos poder;
penitencias, a Dios dar;
mais santo n'houbo, a meu ver,
que dos casados quixer
ca pesada cruz cargar.

Nin os santos padres todos,
de quen tes tantos escritos
e alabas de varios modos,
quixeron naqueles lodos
meter os seus pes benditos.

Do direito, do rivés,
matrimonio, un dogal es;
eres tentazón do inferno;
mais casaréi..., pois no inverno
¡non ter quen lle a un quente os pes...!

* * *

Agora cabelos negros,
máis tarde cabelos brancos;
agora dentes de prata,

mañán chavellos querbados;
hoxe fazulas de rosas,

mañán de coiro enrugado.
Morte negra, morte negra,
cura de dores e engaños
¿por qué non mata-las mozas
antes que as maten os anos?

* * *

—Premita Dios que te vexas
cal as cóbregas a rastro;
que a iaugua que a beber vaias
che se volva xaramagos;
que pidas e non atopas
pousada, acougo ni amparo;
e que inda morto de fame
quedes ó pe dun valado.

—Praguea, boca, praguea
mentras que eu me vou marchando:
pragas de malas mulleres
nunca lle cán ós soldados.

* * *

Teño un mal que non ten cura,
un mal que nacéu comigo,
i ese mal tan enemigo
levaráme á sepultura.

Curandeiros, ceruxanos,
dotores en Medeciña,
pra esta enfermidade miña
n'hai remedio antre os humanos.

Deixá, pois, de remexer,
con concencia ou sin concencia,
os libros da vosa cencia,
pois para min n'a han de ter.

¿Que o dudás? Duda non cabe
nesto que digo, doutores:
aunque pese, hai amargores
que non' pasan con xarabe.

¿Asañásvos porque digo
verdás que sabés de sobra?
Pois a probar..., mans á obra:
vede de curarme, amigo.

O meu mal i o meu sufrir
é o meu propio corazón.
¡Quitáimo sin compasión!
Despóis ¡facéme vivir!

* * *

Sarna con gusto non pica,
o conto é sarna sin el;
i o verdadeiro castigo
no máis fondo ha de doer.
Non é sufrir chorar sangue
ós pes de quen un quer ben.
Del vivir lonxe e olvidado...
¡éste sí que penar é!

* * *

"É verdade que un pode
ser pior ou millor;
pero vir de bon tronco,
eso sempre foi bo.
Teus pais eran xitanos,
e ti hoxe eres marqués,
mas que... que ó fin i ó cabo,
un ven de donde ven.
Can fillo dun raposo,
que o teñan por leal;
que si non come os pitos
é que non poderá."

Esto cantaba un cego
na feira da Asunción,
e do seu cantar ríanse
todos que era un primor.
I uns ós outros mirábanse
cal querendo decir:
"Rásquese a quen lle proia,
que esto non vai pra min."

* * *

Fas uns versos..., ¡ai, qué versos!
Pois cal eles non vin outros,
todos empedregullados,
e de cotomelos todos,
parecen feitos adrede
para lerse a sopramocos.

* * *

Tembra un neno no húmido pórtico...
Da fame e do frío
ten o selo o seu rostro de ánxel,
inda hermoso, mais mucho e sin brillo.

Farrapento e descalzo, nas pedras
os probes peñóns,
que as xiadas do inverno lañaron,
apousa indeciso;
pois parés que llos cortan coitelos
de aceirados fíos.

Coma can sin palleiro nin dono,
que todos desprezan,
nun corruncho se esconde, tembrando,
da dura escaleira.
E cal lirio se dobra ó secárese,
o inocente a dourada cabeza
tamén dobra, esvaesido ca fame,
e descansa co rostro nas pedras.

E mentras que el dorme,
triste imaxen da dor i a miseria,
van e vén ¡a adoraren ó *Altísimo*,
fariseios!, os grandes da terra,
sin que ó ver do inocente a orfandade
se calme dos ricos a sede avarienta.

O meu peito ca angustia se oprime.
¡Señor! ¡Dios do ceo!
¿Por qué hai almas tan negras e duras?
¿Por qué hai orfos na terra, Dios boeno?

Mais n'en vano sellado está o libro
dos grandes misterios...
Pasa a gloria, o poder i a alegría...
Todo pasa na terra. ¡Esperemos!

IV

DA TERRA

¡CALADE!

Hai nas ribeiras verdes, hai nas risoñas praias
e nos penedos ásperos do noso inmenso mar,
fadas de estraño nome, de encantos non sabidos,
que só con nós comparten seu prácido folgar.

Hai antre a sombra amante das nosas carballeiras,
e das curtiñas frescas no vívido esprendor,
e no romor das fontes, espíritos cariñosos
que só ós que aquí naceron lles dan falas de amor.

I hai nas montañas nosas e nestes nosos ceos,
en canto aquí ten vida, en canto aquí ten ser,
cores de brillo soave, de transparencia húmida,
de vaguedade incerta, que a nós só dá pracer.

Vós, pois, os que naceches na orela doutros mares,
que vos quentás á llama de vivos lumiares,
e só vivir vos compre baixo un ardente sol,
calá, se n'entendedes encantos destes lares,
cal, n'entendendo os vosos, tamén calamos nós.

* * *

*Miña casiña, meu lar,
¡cántas onciñas
de ouro me vals!*

Vin de Santiago a Padrón
cun chover que era arroiar,
descalciña de pe e perna,
sin comer nin almorzar.
Polo camiño atopaba
ricas cousas que mercar,
i anque ganas tiña delas,
non tiña para as pagar.
Nos mesóns arrecendía
a cousas de bon gustar,
mais o que non ten diñeiro
sin elas ten que pasar.
Fun chegando á miña casa
toda rendida de andar,
non tiña nela frangulla
con que poidera cear.

A vista se me barría,
que era aquél moito aunar.
Fun á porta dun veciño
que tiña todo a fartar;
pedínlle unha pouca broa
e non ma quixo emprestar.
As bagullas me caían,
que me fora a avergonzar.
Volvínme á miña casiña
alumada do luar;
rexistréi cada burato
para ver de algo atopar;
atopéi fariña munda,
un puñiño a todo dar.
Vino no fondo da artesa.
Púxenme a Dios alabar.
Quixen alcendé-lo lume;
non tiña pau que queimar;
funllo a pedir a unha vella;
tampouco mo quixo dar,
si non era un toxo verde
para me facer rabiñar.
Volvín triste como a noite
a chorar que te chorar;
collín un feixe de palla,
do meu leito o fun pillar;
rexistréi polo cortello
mentras me puña a rezar
e vin uns garabullíños
e feitos a Dios dar.
¡Meu San Antón milagroso,
xa tiven fogo no lar!
Arriméi o pote ó lume
con augua para quentar.
Mentras escarabellaba
na cinza, vin relumbar
un ichavo da fortuna...
¡Miña Virxe do Pilar!
Correndiño, correndiño
e fun en sal a empregar;
máis contenta que unhas páscoas
volvín a porta a pechar,
e na miña horta pequena
unhas coles fun catar.
Con un pouco de unto vello
que o ben soupen aforrar,
e ca fariña munda, x
a tiña para cear.

Fixen un caldo de groria
que me soupo que la mar;
fixen un bolo do pote
que era cousa de envidiar;
despóis que o tiven comido,
volvín de novo a rezar;
e despóis que houben rezado,
puxen a roupa a secar,
que non tiña fio enxoiado
de haber tanto me mollar.
Nantramentras me secaba,
púxenme logo a cantar
para que me oíran
en todo o lugar:

Meu lar, meu fogar,
¡cántas oncifías
de ouro me vals!

SOBERBA

Cor de promo, amontónanse as nubes;
rodan lentas as ondas do mar;
e zoando con son pavoroso,
ven o huracán.

¡Qué cargado está o ceo e qué triste;
qué escuro, qué negro tornándose vai!
Encendamo-la vela bendita,
que hai tempestá.

Cabalgando nas alas dos ánxeles,
por mandado de Dios correrán
as centelas que asombran ós malos
co seu lostregar.

Nove follas de olivo queimemos
porque alexen de nós todo mal,
que nos libren de raio e centela
que nos matar.

O trisaxio cantemos en coro...
Incrináivos i a Dios adorái;
pois si trona, é que quer recordarnos
que é grande e inmortal.
¡Santo, santo!, din todos a unha,
fillos e nai...

Todos non, que un, soberbo e sañado,
calado está.

Mais os tronos afunden os ceos
e cega dos lóstregos o brillo fatal.
¡Ouh, qué noite...! ¡Qué noite terrible
de tempestás!

El Señor está airado... ¡Incrinémonos!
¡Ei, malvados da terra, tembrái!
O que salvo esta noite saíre,
que contar ha.

—Ña nai, a vaca marela
tembra coma vós na corte.
¿Fixo algún pecado ela?
¿Virá un raio a darlle morte?

—Si ela non fixo pecado,
mal cristiano, ti o fixeche;
que es pecador rematado
mesmo dendes que naceche.

—¿I a probe vaca marela
paga, decí, o que eu pequéi?
—Pagas ti; morrendo ela,
di, ¿con qué te manteréi?

¡A PROBIÑA, QUE ESTÁ XORDA...!

"Alá enriba da montaña,
sai fume das chamineas...
Valor, meu corpiño vello.
Leváime aló, miñas pernas.
Paseniño, paseniño,
aquí para, alí te sentas,
irás chegando, Xuana,
adonde as casas fomegan.
¡Dios diante, a Virxe che valla!,
que hoxe, seica... seica... seica...
has de comer sete cuncas
de bon caldo, coa da cea,
e máis compango de porco
ou de sardiñas salpresas,
que os montañeses son homes
que cando dan, dan de veras.

Dempóis, quentaráste a un lume
grande coma unha fogueira,
e cando xa estés ben quente,
¡a dormir... e que amañeza!"

I a vella vai, sube,
sube a costa do mar de ovellas,
cun ollo posto no chan
i outro onde as casas fomegan.

Mentras tanto, o sol da tarde
tras dos pinares se deita,
i aluma con tristes raios
as sombrisas arboredas.
Dos Anxos o val hermoso,
sabán de verdor ostenta
alá no fondo tranquilo
que soaves brisas ourean.
Aquí fonte, alí regato,
a iaugua brila antre as herbas,
color de ouro, que o postreiro
raio de sol fire nelas.
Quieta, docísima calma
arriba i embaixo reina;
a noite ven silenciosa,
maina, pero sin estrelas.
Nin siquera unha relumbra
no firmamento, que espesa
brétema tamén se corre
polas llanuras etéreas.
Comenza a orballar, escuro
todo arrededor, apenas
si acerta o que o máis conosa,
con camiño nin carreira.
Mas non importa por eso,
que o que é valente é de veras.
I a vella vai, sube, sube
a costa do mar de ovellas,
cun ollo posto no chan
i outro onde as casas fomegan;
que alí relumbra unha luz,
e vai direitiña a ela
murmurando: "Arriba, Xuana;
que ou me engaño ou terás festa."

A esperencia insina a todos,
e ten a vella esperencia;
por eso non pensa mal,
pensando que arriba hai festa.

Un carballo arde no lume,
 i arredor do lar se sentan
 rapazas de alegres ollos,
 abós de brancas gadellas,
 vellas que inda rompen mangas
 e tocan as castañetas;
 os afillados que a dona
 i o dono tén pola aldea,
 i os amigos i os cuñados,
 os curmáns i a parentela
 toda xunta, e mai-lo crego
 i o zuruxano das bestas.
 Un cego ca súa zanfona
 en compañía de outra cega
 que, si ben lle dá ó pandeiro,
 fai falar as castañetas;
 un manco, un coxo, unha tola
 i outros probes, que se sentan
 nun tallo, para dez posto
 nun curruncho da lareira,
 i abofellas máis non caben
 aunque algún máis vir quixera.
 Foran chegando, chegando
 máis de nove ulindo a festa,
 i a ningún botóu da porta
 a rica da montañesa;
 que hai para todos, o día
 que alí cocen, carne fresca
 por arrobas, e se fan
 papas de arroz en caldeiras.
 Matóuse un carneiro, grande
 como un boi, e unha tenreira
 como unha vaca, e gordiña
 como unha cocha pequena.
 Hai viño a Dios dar, un viño
 do Ribeiro que é canela;
 e para a xente de *menos*
 haino tamén do da terra,
 un pouco agriño, mais fresco
 e sabroso como fresas.
 Cocéuse unha gran fornada
 de millo branco que albea,
 con mistura de centeo
 i unha pouca de manteiga.
 Parece biscoito a broa,
 i un non se ve farto dela;
 que inda é muito máis sabrosa
 que os moletes que en tres cestas,
 escollidos, de Santiago

trouxeron as panadeiras.
 En fin, a comida roda
 polos pes, i o viño alegre
 as xentes tanto, que rabia
 de envidia a negra tristeza.
 Os probes que alí viñeron
 i atoparon lume e mesa,
 contan contos que dan risa,
 así ás mozas como ás vellas,
 uns en verso, outros en prosa,
 pois falan en todas lénguas,
 i apostan antre eles todos
 a quén fai copras máis feitas.
 Ma-lo da zanfona gana,
 que lle apunta a compañeira,
 e axúdalle o viño branco
 con que a gorxa lle refrescan.

"¡Viva a cega! ¡Viva o cego!",
 de cando en cando lle berran,
 i el di, berrando máis forte:
 "¡Vivan eles! ¡Vivan elas!;
 i a máis bonita de todas,
 que veña a darriue unha prenda.
 ¡Ju-ju-ru-jú". I aturuxa
 hastra enxordecé-las pedras,
 i a cega dálle ó pandeiro,
 i o cego toca nas tecras,
 i ó compás do zongue, zongue,
 de novo bailan as nenas.
 E din os probes, botando
 leña no lar: "I Ésta é festa!
 ¡Quén che hoxe andivera fora
 ca tripa toda valdeira!"
 I un ollo botan sorrindo
 ós feixes de palla fresca,
 onde han de dormir quentiños
 como rixóns en caldeira,
 mentras fora zoa o vento
 e ladran os cans nas eiras.

Xa preto da media noite,
 dan encomenzo as peleas;
 os mozos loitan cas mozas,
 medindo as forzas que teñan
 e n'andan en comprimentos
 para botarse por terra.
 ¡Si as vírades qué valentes
 se amostan na loita as nenas!

¡Fanlle ós mozos cada mágoa
cas súas mans pequeneiras!

—Un xa caíu... Foi un home...
¡Ela vencéu, vencéu ela!
¡Ben pola nena bonita!
¡Que vivan as montañas!
¡Que vivan, pois loitar saben!
—¡Si fixo trampa! —el contesta
avergonzado—: foi trampa,
que si non, nin cen como ela.
—¿Qué trampa nin qué morcegos..?
Vencínte...

—Non.

—Sí.

—¡Me venzas!

E mentras que neste están:
¡plum!, ¡plum!, ¡plum!, dan cunha pedra
na porta.

—¿Quién é? —preguntan.
—Son unha probiña vella
que me perdín neste monte...
—responde unha voz que tembra—.
¿Non me darán pousadiña,
que está chovendo e lostrega?
—Vaia con Dios; xa ven tarde,
non hai sitio— lle contestan.
—¿Qué di, señora? Son xorda
como un canto..., miña prenda.
Ábrame a porta, que Dios llo pagará...

—Probe vella...

Un pouco adiante, pretiño,
hai máis portas: chame nelas.
—¿Qué di, señoríña? Mire
que está unha noite moi fera,
e teño medo que os lobos
me coman...

—¡Dios diante! ¡Seica...!
N'hai lobos aquí; ande, ande,
vaia con Dios, que outra aldea
hai preto.

—¿Qué di, señora?

—Vaia con Dios, non sea terca,
que aquí xa non caben máis
nin probes nin ricos, ¡eia!
—¿Qué di, ña filla? Son xorda,
e non oio anque me fendan.
¡Brrr, qué frío, señoríña!
Vosté que é tan limosneira
déixeme entrar, e estaréi
no cortelliño onde as bestas.
¡Brrr..., que morro ca friaxe!
¡Quenja!, ¡quenja!, ¡quenja!, ¡quenja!
¡Qué tos..., Dios me valla..., brrr!
¡Xa non podó máis!

—Pois veña,

e si non ten onde pórse,
brinque a cabalo da artesa—
falóu a dona, que tiña
o corazón de manteiga.
—¡Dios llo pague, queridiña!
Xa topará a recompensa
no ceu... Abra, miña xoia...—
escramóu de pronto a vella.

—Logo n'é xorda, que oíeu?—
dixeron dentro, antramentras
que quitaban o tranqueiro
da porta.

—¿Qué di, ña prenda?
Non lle oio nada, mais teño
moito sentido...

—¡Abofellas
que non mente! Vaia, vaia, adentro...

—Santas i buenas
noites teñan mis señores...
¡Xesús, seica están de festa,
que hai moita xentiña xunta!
De hoxe nun ano aquí os vexa.
Dio-los bendiga..., el Señor
lles dé fortuna ás mancheas
e saudíña...

—¡Amén, amén!
—Busque un sitio na lareira
e quéntese...

—¿Qué me dixo?
Son xorda coma unha pedra,
e a máis non probéi frangulla
desde onte á noite, e nas venas
xa teño o sangue callado
polo frío...—

I antramentras
que esto di, vaise arrimando
ó lume moi compangueira
cos outros probes, e fura
por antre eles, por antre elas.
Brinca por riba do cego,
e que queiras que non queiras,
sempre tembrando de frío
e xorda como unha pedra,
según di, no mellor sitio
con moita homildá se senta
e arrima un mando de lume
pra onde ela está.

—¡Ei, miña vella!
mire que hai máis que vostede
aquí. ¡Qué comenencia
parece! —lle di outro probe
cunha cara de desteta
nenos.

—¿Cómo di, meu fillo?—
sorrindo reprica ela,
sentándose máis a gusto—.
Eu de calquera maneira
me amaño; que así no ceo
me amañe el Señor...

—¡Bah!, seica
quer facer mofa da xente...
¡Poche, co xuncras da vella!
Mesmo parece un espeto.
—¿Si quero un neto, ña prenda?
Si mo desen, inda pode
que pouco a pouco o bebera,
pois teño moita sedaña,
e fame, e frío...

—¡Rabea,
can!, que non vin unha xorda
máis fraca nin lagarteira.
¿É filla dalgún raposo?

—¿Que pille un oso? Da vella
quérense rir... ¡Ai, Dios mío!
Pero a fame élle moi negra;
traíamo se é que inda ten
apegada algunha febra,
e iréino raspando a modo
cun canteiro que me queda.—

Todos riron ca resposta
e... nunca Dios me dera
—dixo o cego—, que esa xorda
sabe máis que eu, abofellas!
—Merece comer compango
e voulo dar, miña vella,
porque onde queira que a atopo,
gústame sempre a sabencia.
¡Coma e fártese! Aquí ten
talladas e viño ...; beba,
beba pola miña conta
á salú das montañas—,
dixo a dona, e doulle un plato
de callos como unha cesta
á probe, e viño, e pan branco
canto quixo; fartouse ela
mesmo hastra que tuvo a tripa
coma un pandeiro. Raventa
por pouco...; mais o pelexo
tiña duro, e nin siquera
lle arregañou, i ó outro día
xa estaba tan peneireira.

—Coidado —lle dixo a dona
cando se foi—. Conta teña
de non volver por aquí
mentras lle dure a xordeira.
—¿Qué di, miña queridinha?
—respondéu ríndose a vella—.
Son mesmo como unha tapia,
e non lle oio anque me fendan.

XAN

Xan vai coller leña ó monte,
Xan vai a compoñer cestos,
Xan vai a podá-las viñas,
Xan vai a apañá-lo esterco,
e leva o fol ó muíño,
e trai o estrume ó cortello,

e vai á fonte por augua,
e vai a misa cos nenos,
e fai o leite i o caldo...
Xan, en fin, é un Xan compreto,
desos que a cada muller
lle conviña un polo menos.
Pero cando un busca un Xan,
casi sempre atopa un Pedro.

Pepa, a fortunada Pepa,
muller do Xan que sabemos,
mentras seu home traballa,
ela lava os pes no rego,
cátalle as pulgas ó gato,
peitea os longos cabelos,
bótalles millo ás galiñas,
marmura co irmán do crego,
mira si hai ovos no niño,
bota un ollo ós mazanceiros,
e lambe a nata do leite,
e si pode bota un neto
ca comadre, que agachado
traillo en baixo do mantelo.
E cando Xan pola noite
chega cansado e famento,
ela xa o espera antre as mantas,
i ó velo entrar dille quedo:

—Por Dios, non barulles moito,
que me estou mesmo morrendo.
—¿Pois qué tes, ña mulleriña?
—¿Qué hei de ter? Deita eses nenos,
que esta *madre* roe en min
cal roe un can nun codelo,
i ó cabo ha de dar comigo
nos terrós do simiterio...
—Pois, ña Pepa, toma un trago
de resolio que aquí teño,
e durme, ña mulleriña,
mentras os meniños deito.

De bágoas se enchen os ollos
de Xan ó ver tales feitos;
mas non temás, que antre mil
n'hai máis que un anxo antre os demos;
n'hai máis que un atormentado
antre mil que dan tormentos.

O ENCANTO DA PEDRA CHAN

Co sono da inocencia,
que non turban remorsos da concencia,
i a Virxen ó seu lado
dormían os meus ángeles na cuna,
cando, ás furtadas, nun sereno día,
co peito palpitante de alegría
soia saín en busca da fortuna.

Iña tras dun tesouro cobisado,
de todos ñorado,
mais do que solasmentes eu sabía;
e n'era só de prata, nin só de ouro
aquele sin par tesouro,
que era de un canto desear podía.

Nunca eu fora nin rica nin dichosa,
i ó ver que para selo
só me faltaba o gordo dun cabelo,
de seca espiña me tornara en rosa.

E como virxen pura
que por primeira vez sinte a dozura
das inquietús do amor, así eu sentía
que algo que en min dormía,
despertaba, chamándome á ventura.

Por eso, dando ó olvido
as penas que me houberan consumido
dendes de que nacera,
vía a terra i o ceo cor de espranza,
i ó meu redor, perene primadera.

¡Cál o sol relumbraba!
¡Qué mansamente marmuraba o río!
I o paxariño voador cantaba,
mentras que eu camiñaba
lixreira ó meu avío.

Tal como a neve, albeas,
as roupas i as marañas
tendidas nas silveiras e as montañas,
xa en raro, xa ás moreas,
cal pinta a branca nube o ceo sereno,
brilando ó sol pintaban o paisaxe
como ningún ameno.

Cabo da ría na ribeira verde,
a cál gana, a cál perde,
xogaban os rapaces ca onda escrava;
a anxeliño tocaba
en un lugar veciño,
i anque os pais do meniño,
ó enterralo choraban que partían,
compasivo-los vellos
"¡de cántas penas se libróu!", decían.

En tanto os carros sin parar chirraban,
mentras ó seu compás os carreteiros
despaciosos cantaban;
e aquí a fonte corría,
alá nunha canteira resoaban,
metálicos, os picos dos pedreiros.
Máis preto, os cans ladraban
i antre a follax o vento rebulía
indo das encanadas ós outeiros...
¡Cánta paz!, ¡cánto sol!, ¡cánta alegría!

"Ó fin, sorte, cansache,
i o quiñón que famenta me negache
na hirentia dos praceres,
dándome só o das ansias e as peelas,
cal a aqués que ben queres,
ora darásme en gustos ás mancheas."

Esto eu iba dicindo,
de dichosa cal no outra presumindo,
mentras que camiñaba
tan contenta e segura
de atopar a fortuna en que esperaba,
cal sei que atopa a Dios quen o precura.

Antre buxos e silvas agachado
o encanto deseado
estaba como merlo no seu niño,
polo romor das auguas arrolado
do apartado moíño...
Eu din volta á devesa,
paséi a corredoira da Codesa,
¡i ó fin cheguéi...!, i enriba dunha lousa,
en donde á amañecida o corvo pousa,
un nobre cabaleiro
coa súa pruma enrisada no sombreiro,
e vestido de seda e pedrería
a estilo da treidora mourería,
dou en chamarme arteiro,

cun modo loumiñeiro
que do ceo, non da terra, parecía.

"¡El é!", dixen ó punto temerosa...
Mais o do encanto, afeito
seica a tratar con damas dende antano,
sin que de verme se atopase estrano,
dende lonxe chamándome sorría.

I o ceo pódose foi de cor de rosas,
mentras nas carballeiras e encanadas
sopraban unhas brisas repousadas,
soaves e saudosas,
cal promesas cumpridas si esperadas.

Eu non sei qué sentía
vendo que el en chamarme proseguía,
pois antre ansiosa i adusta,
cunha valor que asusta
funme indo cabo del, de gozo chea,
cal palomiña vai tras da candeia.

Tiña nas mans un cetro adiamantado;
batéu con el na laxe misteriosa
que se abréu, como se abre do granado
o froito sazonado;
e con voz armoniosa
e garrido sembrante,
"¡Vamos! —me dixo gasalleiro—, ¡adiante!"

E fun cal folla inxel vai ca encalmada
corrente, que primeiro asosegada
arrastra nas súas auguas cristaiñas
pra darlle sepultura cariñosa
nas orelas veciñas,
e que dempóis a leva, arrebatada
pola negra enxurrada,
ós abismos da mare tormentosa.

¡E entréi pensando penetrar no ceo!
¿Por qué ten a maldade forza tanta?
Pois canto á vista encanta
e nos finxe o ardentísimo deseo
nunca farto nin cheo,
alí os meus ollos viron, e prendados
quedaron como nunca e namorados.

Do tesouro escondido
o brillo e fermosura,

¿a quén que fose de muller nacido,
a qué mortal criatura
n'a houbera contrubado e seducido?

E na lumieira i antreaberta porta,
sin astreverme, de primeiro ausorta,
a vixiar da espréndida morada
unha tras de outra estensa galería,
cal si quedase para todo morta
menos para o que vía,
escraméi no supremo da alegría:

"¡Aquí Dios, aquí as dichas do universo
sin voltas nin reverso;
aquí o que a maxiñar nunca chegara
a comprida ventura,
que nunca outra topara
máis grande, nin máis santa, nin máis pura!"

Tal brasfeméi, sin medo nin coidado.
¡Tola de min, cegábame o pecado!
I aquel brillo que vía
ó par que me alentaba a fantasía
daba comprida fe do ben buscado.

Pensando que por sorte
ó paraíso terreal chegara
i era verdade a dicha que soñara,
sin me acordar da vida nin da morte,
olvidando o pasado i o presente
co porvir xuntamente,
sóio penséi en abarcar nun punto
aquele tanto ben xunto,
iñorado da xente.

Co poder do que pode, erguínme altiva
sin coidar cánto a humana natureza
é falible e cativa;
e maxinando eterna fonte viva
tanta e tanta riqueza
como ante min soberba se ostentaba,
dixen seguindo ó hermoso cabaleiro:
—Xa que vos atopéi tan lisonxeiro
pra gozar logo do que é meu, decíme
por ónde debo encomenzar primeiro.

—Por onde vós querás, reina e señora
—contestóu gasallosco
co seu falar gracioso—,

que é voso canto aquí vos enamora;
pero vós e máis eu antes bebamos
nesta copa dourada
polos mals que nos deixan e deixamos,
i os bes que nos sorrín dende a alborada
dunha mañán de abril nunca acabada.

—¡Pois bebamos!, ¡bebamos!—
repetín eu, trubada e non de viño,
sin que a sinal da crus antes fixese
pra que ben me emprestase o que bebese...
I hastra o líquido fresco e cristaíño
os dous nos abaixamos
e ambas bocas mollamos...

Nunca me olvidaréi daquel momento
de inmensa dicha e de infernal tormento,
pois de dentro da copa
saíndo de repente
unha e outra cabeza de sarpenete
contra min se volveno desatadas,
e todas xuntamente
a un tempo asubiaron,
e nas entrañas mesmas
o aguillón pezoñoso me encravaron.

Caín, caín ferida
e cási que sin vida,
e inda enriba de min, feras volveno
co seu mortal veneno
unha i outra sarpenete maldecida.

Cal brétema espallada
polo Sur, na encanada
disparecéu o lindo cabaleiro,
i espesa nube de trebóns preñada,
partindo da sombrisa Compostela,
que no confín lexano se trasvía
cal se trasvé na tarde morimunda
a raia sin fulgor da noite fría,
veu contrubar a miña mente inxela.

I alí enriba da lousa
en donde á mañecida o corvo pousa,
atopéime de pronto sin ventura,
das miñas doces ilusiós despida,
soia e probe cal no outra criatura,
envenenada, triste e malferida.

E non sei qué voz ronca marmuraba
co vento que soaba:
"Coma ti, mal tesouro,
que aquí deixou o mouro
e que a cubiza alaba,
son os encantos todos terreales:
a tan grandes praCers, tan grandes males."

* * *

"Tanto e tanto nos odiamos,
tanto e tan mal nos quixemos,
que por non verme morriche,
e desque morriche alento.
Mais ora tócame a min
tamén marchar, e di o crego
que che perdona, pois logo
a xuntarnos volveremos.
¡O crego volvéuse tolo!
¡Xuntarnos...! Nunca máis, penso;
que si ti estás onda Dios,
eu penso de ir xunto ó demo."

Esto unha vella viuda,
e terca como un carneiro,
falaba do seu difunto,
xa dos bichocos comesto.
I en tanto que así falaba,
tamén ela iba morrendo.
Mais din que o difunto i ela
se atoparon nos infernos
man a man e codo a codo
como dous bos compañeiros.

—¿Conque estás aquí? —lle dixo
estonces a vella ó vello—;
pois voume adónde está Dios,
xa que ti estás onde o demo—.
E sin saberse por ónde
colléu direitiña ó ceo;
mais topóu fechada a porta,
que lla fechara San Pedro.

—¡Prum!, ¡prum!; ¡abrí, que son eu!—
falóu a vella moi recio.
—¡Non hai!— respondéu o Apóstol,
apertando o tarabelo.
—Coidá que xuréli n'estar
onde el esté, meu San Pedro...

—¡Non hai!— repitéulle o Santo,
índose inda máis adentro.

—¡Por vida das vosas chaves,
que facés un bon porteiro,
e que roncás...! Xa se ve...
¡Como estades satisfeito...!

Mais eu xuréli, e Dios manda q
ue un cumpra seus xuramentos.
¡A terceira vez...! ¿Abrides?
—Nin ás tres nin ós trescentos;
a muller vaia onda o home:
¡Al infierno, anda al infierno
con el, por sempre en jamás!
—¡Poche, meu santo San Pedro,
que ben deixás conocer
que andiveches sempre ceibo,
que nunca foches casado
nin na terra nin no ceo!
Todiña-las comenencias
para vós quixeches,
¡deño! ¿I a min non me dás ningunha?
Pois ve que eu tamén as quero.
Si aló con cadea andiven,
en tela agora non penso,
que todo ca morte acaba
según predicán os cregos.
Unha ves nos separamos
eu i o meu home, e por certo
que foi pra sempre..., e está dito,
pois son terca, si sos terco.
¿Que non me querés na groria?
Pois xuréli non ir ó inferno,
donde el está; i acabóuse,
e n'hai que falar máis desto.
¿Qué habés de facer de min?
¿Iréi ó limbo dos nenos?
¡Me vallas!, que xa estou deles
hasta a punta dos cabelos.
—¡Caramba coa muller esta!
—dixo enfadado San Pedro—,
que si non fora por Dios...
—Bah, señor, deixávos deso
e permitíme que pase...
—Non, non e non. ¡Caramelos!
Fora daqui... —E ¡pum!, botóuna
direitiño cara ó inferno.
—¡Que o xuréli! Xa o teño dito...
—berraba a vella—. Non entro.

Señor, señor... *Sursum corda*;
aquí estóu, i aquí me quedo—.

E quedóuse, sí, quedóuse.
¿Ónde? Non se sabe certo,
nin si foi porque a oíse Dios
ou porque n'a quixo o deño.
Só se sabe, ben sabido,
que anda nas alas do vento
metendo medo ós rapaces
nas negras noites de inverno;
encelando namorados,
desfacendo casamentos,
malquistando matrimonios...
¿Por qué n'a levóu San Pedro?
Que ora anda ceiba e ben ceiba
para meternos no inferno.
Poñélle a figa, mociñas,
si querés ter casamento;
que onde ela esté, nin un home
toparés para un remedio.

EN CORNES

I

Formoso campo de Cornes,
cando te crobes de lirios,
tamén se me crobe a ialma
de pensamentos sombrisos.
De Cornes lindo lugare,
que cruzan tantos camiños:
anque cuberto de rosas,
as rosas tamén fan guizos.

Antre as pedras, alelises;
antre os toxos, campanillas;
por antre os musgos, violas;
regos por antre as curtiñas.
Río abaixo está o moíño,
Compostela río arriba...
Río arriba ou río abaixo,
todo é calma na campía.

Convidando a meditare,
soan de Conxo as campanas;
beben os bois no teu río
i o sol alegre a escampada.

Das túas casas terreñas
sai fume, i os galos cantan...
¡Quén en tan fresco retiro
dirá que as dores fan lama!

Donde hai homes hai pesares;
mais nos teus campos, ña terra,
maxino que os hai máis fondos
cando te amstras máis leda.
Porque eses tríos dos páxaros,
eses ecos i esas brétemas
vaporosas i esas frores,
na alma triste, ¡cánto pesan!

Polas silveiras errante
vexo unha meniña orfa
que triste vai marmurando:
—Na ¡Virxe, quién rosa fora!
—¿Por qué qués ser rosa, nena? —
lle preguntéi cariñosa.
I ela contesta sorrindo:
—Porque non tén fame as rosas—.

Costa arriba, costa arriba,
desandemo-lo camiño.
¡Fuxamos deste sosego,
dos pesares enemigo!
¡Qué negro contraste forman
da natureza o tranquilo
reposo, coas ansias feras
que abaten o inxel espírito!

II

Cruceiro de Ramírez que te ergues solitario
dos Agros na esplanada, antre as rosas dos campos:
o sol da tarde pousa en ti o postreiro raio
coma nun alma triste pousa un soño dourado.

Algunha vez no estío, eu ó teu pe sentada
escoito silenciosa, mentras a tarde acaba;
baixo das pedras mudas, que teu sacreto gardan,
maxino que resoa o brando son dun arpa,
¡música incomprendible que de outros mundos fala!

¡Tal de Memnón se oían ó amanecer na estatua,
aqueles sons divinos que as almas encantaban!

III

Ódiote, campo fresco,
cos teus verdes valados,
cos teus altos loureiros
i os teus camiños brancos
sembrados de violetas,
cubertos de emparrados.

Ódiovos, montes soaves
que o sol poniente aluma,
que en noites máis sereas
vin ó fulgor da lúa,
i onde en mellores días
vaguéi polas alturas.

E ti tamén, pequeno
río cal no outro hermoso,
tamén aborrecido
es antre os meus recordos...
¡Porque vos améi tanto,
é porque así vos odio!

SAN LOURENZO

(Marzo de 1880)

I

Ó mirar cál de novo nos campos
iban a abrochá-las rosas,
dixen: "¡En ónde, Dios mío,
iréi a esconderme agora!"
E penséi de San Lourenzo
na robreda silenciosa.

Nalgún tempo aqués vellos carballos,
amostrando as súas raíces,
calva-las redondas copas
que xa de musgo se visten,
ás tristes almas falábanlles
tan sóio de cousas tristes.

O alciprés que dereito se asoma
do convento tras do muro,
i o lixeiro campanario
cuberto de herbas e musgo,

da devesa, co cruceiro
eran cintinelas mudos.

I aquel Cristo que no arco de pedra
abatido a fronte incrina,
soio, cal si inda no Gólgota
loitase coas agonías,
ós corazóns oprimidos
resignación lle infundía.

E si dentro do craustro deserto
e ruinoso penetraba,
nunca do olvido unha imaxen
vira no mundo máis crara,
nin de máis grande silencio
na terra vos rodeara.

No profundo da fonte escondida
medraban con libertade
antre as silva-las violas,
antre o buxo as dixitales,
i a morte, ¡cál fora grata
naquel deserto lugare!

E por eso ó mirar cál nos campos
de novo abrochan as rosas
dixen: "¡En ónde, Dios mío,
iréi a esconderme agora!"
I ó bosque de San Lourenzo
me encamiñéi silenciosa.

II

¿Ónde estaba o sagrado retiro?
Percibín ruidos estraños.
Pedreiros iñan e viñan
por aquel bosque apartado.
¡Era que unha man piadosa
coidaba ós desamparados!

Dunha ollada medín o interiore...
Todo relumbraba branco,
cada pedra era un espello,
i o vello convento un pazo
cuberto de lindas froes.
¡Qué terrible desencanto!

¡Negra nube cubréu de repente
os meus ollos asombrados;

e máis que nunca abatida,
fuxín...! Que o retiro amado
parecéume a alma limpa dun monxe
sumerxida nos lodos mundanos.

V

AS VIUDAS DOS VIVOS E
AS VIUDAS DOS MORTOS

¡PRA A HABANA!

I

Vendéronlle os bois,
vendéronlle as vacas,
o pote do caldo
i a manta da cama.

Vendéronlle o carro
i as leiras que tiña;
deixárono sóio
coa roupa vestida.

"María, eu son mozo,
pedir non me é dado;
eu vou polo mundo
pra ver de ganalo.

Galicia está probe,
i á Habana me vou...
¡Adiós, adiós, prendas
do meu corazón!"

II

Cando ninguén os mira,
vense rostros nubrados e sombrisos,
homes que erran cal sombras voltexantes
por veigas e campíos.

Un, enriba dun cómaro
séntase caviloso e pensativo;
outro, ó pe dun carballo queda inmóvil,
coa vista levantada hacia o infinito.

Algún, cabo da fonte recrinado,
parés que escoita atento o murmurío
da augua que cai, e eisala xordamente
tristísimos sospiros.

¡Van a deixá-la patria...!
Forzoso, mais supremo sacrificio.
A miseria está negra en torno deles,
¡ai!, ¡i adiante está o abismo...!

III

O mar castiga bravamente as penas,
e contra as bandas do vapor se rompen

as irritadas ondas
do Cántabro salobre.

Chilan as gaviotas
¡alá lonxe...!, ¡moi lonxe!,
na prácida ribeira solitaria
que convida ó descanso i ós amores.

De humanos seres a compauta línea
que brila ó sol adiántase e retórcese,
mais preto e lentamente as curvas sigue
do murallón antigo do Parrote.

O corazón apértase de angustia,
óiense risas, xuramentos se oien,
i as brasfemias se axuntan cos suspiros... ¡
¿Ónde van eses homes?

Dentro dun mes, no simiterio imenso
da Habana, ou nos seus bosques,
ide a ver qué foi deles...
¡No eterno olvido para sempre dormen!
¡Probes nais que os criaron,
i as que os agardan amorosas, probes!

IV

"¡Ánimo, compañeiros!
Toda a terra é dos homes.
Aquel que non veu nunca máis que a propia,
a iñorancia o consome.
¡Ánimo! ¡A quen se muda Dio-lo axuda!
¡I anque ora vamos de Galicia lonxe,
verés desque tornemos
o que medrano os robres!
Mañán é o día grande, ¡á mar, amigos!
¡Mañán, Dios nos acoche!"
¡No sembrante a alegría,
no corazón o esforzo,
i a campana armoniosa da esperanza,
lonxe, tocando a morto!

V

Éste vaise i aquél vaise,
e todos, todos se van.
Galicia, sin homes quedas
que te poidan traballar.
Tes, en cambio, orfos e orfas
e campos de soledad,
e nais que non teñen fillos
e fillos que non téñen pais.
E tes corazóns que sufren

longas ausencias mortás,
viudas de vivos e mortos
que ninguén consolará.

¡OLVIDEMO-LOS MORTOS!

I

¡Profanemos do bosque as umbrías,
e ante estes mudos testigos,
o río, a fonte i os ceos,
que eu rompa os xa vellos vínculos!
Do pasado correron as horas,
só Dios sabe antre qué abismos.
¡Non tornarán..., olvidemos,
que a recordanza é un martirio!

II

Hai un niño de rosas silvestres
cabo da fonte escondido,
e un prado de herba trebiña
alfombra o arredor sombriso.
Cal un tempo, rebuldan as brisas,
na fronda cantan os xílgaros,
as margaridas sorrínme,
i oio o marmurar do río.

III

Sin amar, cál é negra esta vida
e perde o sol o seu brillo.
Deixa que o sorbo postreiro
beba do celeste viño.
Din que dorme o privado no leito
ancho dos fondos olvidos;
ambos, pois, xuntos bebamos
deste bosque antre os espiños.

IV

¡Qué armonioso na altura resoa
o zoar ronco dos pinos!;
mais maxino que nos miran
sereos dende o monte arisco.
E parés que trasvexo antre a brétema,
nas vaguedás do infinito,

o perfil triste, e emborrado
dos meus ensoños perdidos,
e que adustas me axexan as sombras
tras desos coutos e riscos,
dos meus mortos adorados
e dos meus delores vivos.
¡Mais n'importa! Da antigua devesa
profanemos os retiros...
Séntate ao meu lado e dime, dime...
o que tantas oíron.

V

Es garrido e lanzal i os teus ollos
nos meus coma estrelas fixos,
dormentes, din que o amor neles
pousa o seu dedo divino.
Eu contémprote en tanto serea,
dura coma os seixos fríos,
e do teu corazón conto
os turbulentos latidos.
Faise a asmósfera densa ó redore...
¡Decote o mesmo camiño!
Coma o seu cantar os páxaros,
tes, corazón, o teu ritmo.
Mais de bágoas se inunda o meu rostro,
e da ialma no máis íntimo
o hastío lento penetra
como espada de dous fíos.
¡Ea!, apártate lonxe..., non quero
profanar este retiro,
nin pode o corazón tolo
ser de sí mesmo asesino.
Sosegávos, ñas sombras airadas,
que estóu morta para os vivos.
¡Sagrado quedaches, bosque!
¡Sin mancha ti, meu espírito!

¡TERRA A NOSA!

I

Baixo a prácida sombra dos castaños
do noso bon país;
baixo aquelas frondosas carballeiras
que fan dose o vivir;
cabe a figueira da paterna casa,
que anos conta sin fin,

¡qué contos pracenteiros, qué amorosas
falas se din alí!
¡Risas que se oíen nas seráns tranquilas
do cariñoso abril!
E tamén ¡qué tristísimos adioses
se acostuman oír!

II

—Quen casa ten de seu, ten media vida.
Unhas telliñas para nos crubir,
catro paus que ardan na lareira nosa,
¡e a traballar sin fin!
¡Valor, valor! I espera, desdichado,
mentras teñas aquí
unhas paredes tristes e desnudas,
mais que herdache, infeliz,
e das que naide despoarte pode.
¡Naide...? A miseria, sí.

III

O forno está sin pan, o lar sin leña,
non canta o grilo alí
e se non é coa pena que o consome,
o probe soio está co seu sufrir.
Sin qué comer e sin abrigo tembra,
porque os ventos sutís
húmedos inda, silban entre as pedras
i as portas fan xemir.
¡Qué ha de facer, Señor, si o desamparo
ten ó redor de sí!
¡Deixar a terra en que nacéu i a casa
en que espera ter fin?
¡Non, non, que o inverno xa pasóu i a hermosa
primadera vai vir!
¡Xa os árbores abrochan na horta súa,
xa chega o mes de abril,
i anque a torrentes chove en horas tristes,
en outras o sol ri;
xa a terra pode traballarse; a fame
dos probes vai fuxir!
¡Ai!, o que en ti nacéu, Galicia hermosa,
quere morrer en ti.

IV

¡Ouh miña parra de albariñas uvas,
que a túa sombra me das!

¡Ouh ti, sabugo de froriñas brancas,
 que curas todo mal!
 ¡Ouh ti, en fin, miña horta tan querida
 e meus verdes nabals!
 ¡Xa non vos deixo, que as angustias negras
 lonxe de min se irán!
 O vran chega crubíndovos de fruto,
 todos son ricos xa,
 os paxariños tén gran nas campías,
 abrigo na follax.
 As noites son tranquilas e serenas,
 craro é sempre o luar,
 por antre as tellas entran os seus raios
 i hastra o meu leito van,
 i así durmo alumado pola lámpara
 que ós probes lle luz dá:
 lámpara hermosa, eternamente hermosa,
 consolo dos mortals.

V

Esos varios sendeiros das montañas
 ós fondos vales cán...
 Aló enriba o *sun sun* dos pinos bravos;
 en baixo, a dose paz.
 Na cima, crara luz, aires purísimos,
 salvaxen soledá,
 romores misteriosos que despertan
 pensamentos de brava libertá,
 perfumes penetrantes que deseios
 loucos e estraños dan;
 en baixo, amante calma, cariñosas
 brisas que ó rebuldar
 por antre as follas, nas súas alas traen
 romores de siudad,
 eco dalgunha vos fresca e sonora
 de timbre virxinal,
 da campana da aldea o cramoroso
 prolongado soar,
 da presa do moíño o ronco estrondo,
 i o batidor compás
 de lavandeira que cos brancos liños
 contra unha pedra dá.

VI

¡Sí, sí! Dios fixo esta encantada terra
 pra vivir e gozar;
 pequeno paraíso, este é un remedo

do que perdéu Adán.
 Este prácido sol que nos alumas;
 estes aires do mar;
 este tempre soave; estas campías
 que non teñen igual;
 esta fala mimosa que nós temos,
 de tan dose solás,
 que non sabe decir sinón cariños
 que hastra os corazóns van;
 esta terra, n'hai duda..., Dio-la fixo
 pra ser amada e amar.
 ¡Ei, Galicia, a que dorme soños de ánxel,
 e chora ó despertar
 bágoas que si consolan as súas penas,
 non curan os seus mals!

VII

Que te aman os teus fillos...; que os consome
 do teu chan se apartar;
 que ximen sin consolo, si a outras terras
 de lonxe a morar van;
 que aló está o corpo nas rexiós alleas
 i o esprito sempre acá,
 que só viven, só alentan cas lembranzas
 do seu país natal
 e coa esperanza, coa esperanza ardente
 de a Galicia tornar...
 E ¡cómo no adorarte deste modo,
 santa e querida nai, c
 ómo non morrer lonxe daquel seio
 que mel de meles dá,
 i é gloria i é contento e paraíso
 no mundo terreal!

VIII

¡Qué hermosa te dou Dios, terra querida,
 desdichada beldá!
 ¡Qué brando e melancólico sosego
 sinto ó te contemplar!
 ¿Por qué, por qué antre as frores as espiñas
 entreteixidas van,
 nesa coroa que a túa testa ciñe
 de verdor eternal?
 ¡Ouh Galicia, Galicia!, a arpa sonora
 pronto descolga xa
 da seca ponla onde olvidada dorme,
 dorme, a sigros contar.

Os bardos fillos teus a voz levanten
das cordas ó compás
i enchan o mundo armónicas i altivas
tan só pra te alabar.

* * *

Tecín soia a miña tea,
sembréi soia o meu nabal,
soia vou por leña ó monte,
soia a vexo arder no lar.
Nin na fonte nin no prado,
así morra coa carrax,
el non ha de virme a erguer,
el xa non me pousará.
¡Qué tristeza! O vento soa,
canta o grilo ó seu compás...;
ferve o pote..., mais, meu caldo,
soíña te hei de cear.
Cala, rula; os teus arrulos
ganas de morrer me dan;
cala, grilo, que si cantas,
sinto negras soidás.
O meu homiño perdéuse,
ninguén sabe en ónde vai...
Anduriña que pasache
con el as ondas do mar;
andurifía, voa, voa,
ven e dime en ónde está.

* * *

Os manantiales sécanse,
ós robres cáenlle as follas;
pero a túa ialma é plena primadera:
non veu máis que unha aurora.

E en vano oies do mundo,
en vano oies da vida...
N'apagará a túa sede o que outros beben
nas auguas maldecidas.

Mais cando chegue a tarde do teu día
e chegue o teu outono,
ven hastra a miña tomba paseniño,
e deposita nela os teus remorsos.

DOR ALLEO N'É MEU DOR

Uns magoan querendo consolare,
outros o dedo afincannos na Ilaga;
mais o peor de todos é o traidore
que repite ó ferirnos: "¡Todo pasa!"

I, a concencia tranquila,
déixanos tan dichoso e tan sereno,
entregados a un dor que, se non mata,
fai da vida un inferno.

Mais si o trance lle chega
do mesmo que magoa ser magoado,
di que eterno cal Dios é seu penare
e pon no ceo o lastimeiro laio.

* * *

—¡Como venden a carne no mercado,
vendéute o xurafás!
—¡Pero qué importa ó fin que me vendese,
si eu n'o podo olvidar!
—Matóute a penas, sin piedá, e deixóute,
deixóute o desleal.
—Pois olvidada morreréi e triste,
que olvidalo..., ¡non xa!
—Cal se pisan as herbas, el pisóute...
¡Ódiate! ¿E n'o odiarás?
—Anque me odie, e me pise, e me maldiza,
heillo de perdoar.
—¡Mal haia a túa constancia, probe tola,
i a túa lealtad!
Mais anque ti o perdones, Dios, que é xusto,
n'o pode perdoar.

Un incrédulo, aparte,
sorrindo cun sorrir de Satanás.
—Fiádevos en Dios e non corrades.
¡Dios!, ¿quén sabe se o hai?
Unha vella que pasa. —Aquel que as fixo,
eu sei que tarde ou cedo as pagará.

Outro.— Ás escuras vamos,
sen que sepa ningúen pra dónde vai.
Pero cobre na man o que poidere;
máis val ter en seguro que esperar.

Un bon.— Hai tantos homes
como intencióis e pensamentos hai.

Pero dichoso aquel que inda morrendo
ó que o matóu lle pode perdoar.

* * *

Foi a Páscoa enxoita,
chovéu en San Xoán;
a Galicia a fame
logo chegará.

Con malenconía
miran para o mar
os que noutras terras
tén que buscar pan.

* * *

Non coidaréi xa os rosales
que teño seus, nin os pombos:
que sequen, como eu me seco;
que morran, como eu me morro.

* * *

Eu levo unha pena
gardada no peito;
eu lévoa, e non sabe
ninguén por qué a levo.
Orelas vizosas
do Miño sereno,
onde o paxariño
ten o seu espello,
i antre as margaridas
pacen os cordeiros,
vós soias sabedes
o meu sentimento.

Cabo dunha pena
onde mana un rego,
á sombra dun pino
manso e xigantesco
que soberbo brama
cando o move o vento,
coma nun sepulcro'
dorme o meu sacreto.
Mais anque alí dorme
vive en min desperto.

Eu levo unha pena
gardada no peito,
tamaña, tamaña,

bon Dios, que n'a rexo.
¡Quén me dera, orelas
do Miño sereno,
ser un daqués cómaros
que en vós tén asento!
Sin medo e sin penas,
de vran e de inverno,
un sigro tras doutro
morara onde eu quero...,
ca veiga por paso,
co espazo por teito.

* * *

Meus pensamentos, ¡cál voás tolos...!
¿Adónde vás?
¿Adónde? Adónde, si eu non o digo,
naide o sabrá.

Da fonte ó río, do río á veiga,
da veiga ó mar.
¿Qué buscás, tolos...? Si eu non o digo,
naide o sabrá.

Meus pensamentos..., ¿por qué perenes
me atormentás?
¿Por qué ís decote, ¡ai!, si adónde ides
naide o sabrá?

Cal palomiña buscás a llama
que vos queimar..
I a triste morte que vós teredes,
naide a sabrá.

VIVIR PARA VER

Marcháchete un día
ti, aquel que eu quería;
fuxiste da terra
que tanta alegría
i encantos encerra.
Dixeches: "María,
máis dose que as meles,
máis linda que as frores,
paloma sin feles,
non chores, non chores,
que ausencia envivece,
no mata, ni esquece

os doses amores
que a dicha axuntóu.
¡Eu voume...!, mais si ora
delor nos ofrece
fertuna traidora,
jamás te olvidara
quen tanto te adora,
quen tanto te amara.
¡Adiós, miña vida!
No peito escondida
te levo, entretanto
non torno a te ver.
¡Ti espera!, pois xuro
por Dios sacrosanto,
que si non morrer,
aquí hei de volver."

Morrer, non morreche...,
i anque eu esperara...,
¡qué ben que compriche
palabra que diche,
amor que tiveche!
Que os anos pasaron,
as froes mucharon,
os negros cabelos
en brancos tornaron;
e nunca máis, nunca,
¡poder dun querer!,
quixeches volver...
Vivir para ver.

N'É DE MORTE

—¡Xa estás de volta, Rosa de Anido?
¡Eu non coidara verte tan cedo!
I as meigas todas contigo, Rosa,
aló na vila seica andiveron,
que de difunto tes a colore
i a vista brava, i o falar seco.

—É que de pena, da terra lonxe,
pouquiño a pouco me iba morrendo;
mais... colorosa me verás logo,
que agora vivo porque te vexo.

—¡Tola de Rosa, co que ela sai!
¿Inda te acordas daqueles tempos?

—¡Se inda me acordo...! ¿Cómo olvidalos,
cando tan sóio sei pensar neso?
Bebemos xuntos naquela fonte,
xuntos pousamos naquel portelo,
herba collemos xuntos no prado,

e íbamos xuntos tomá-lo fresco
no mes de agosto dendes que a lúa
branca saía tras dos outeiros.
Estas lembranzas me consumían,
de ti apartada, da terra lexos...
Pero e ti, dime, ¿non te acordaches
e non te acordas de todo aquilo?

—¡Ti qué me pides, rapaza, cando
desmemoriado son como un deño!
I ademáis, Rosa, diréicho todo
pra que non volvas a pensar nesto.
Bebín con outras naquela fonte,
pousei con outras naquel portelo,
¡ai, e con tantas á luz da lúa
no mes de agosto toméi o fresco...!
Dime, meniña, si un home pode
cargar con tantos recordos destes,
e si non debe botalos fora
porque n'estorben no pensamento.
Quíxente un día, quíxente, Rosa;
mais di unha copra que o amor i o vento,
desque fixeron o seu facido,
vanse, rapaza, como viñeron.
¡E qué lle vamos a facer, Rosa,
si aquestas cousas non tén remedio!
¡Adiós!, pra a Habana domingo embarco;
i anque ora chores, non teñas medo,
que mal de amores n'é mal de morte,
i ó fin i ó cabo pasa co tempo.

* * *

¡Quérome ire, quérome ire!
Para dónde, non o sei.
Cégame os ollos a brétema.
¿Para dónde hei de coller?

N'acougo cunha inquietude
que non me deixa vivir:
quero e non sei o que quero,
que é todo igual para min.

Quérome ire, quérome ire,
din algúns que a morrer van;
¡ai!, queren fuxir da morte,
¡i a morte con eles vai!

* * *

O meu olido máis puro
dérache si eu fora rosa,
o meu marmurio máis brando
si é que do mar fora onda,
o bico máis amoroso
se fose raio da aurora,
si Dios... Mais ben sei que ti
non qués de min nin a gloria.

* * *

—Médico, doille a cabeza...
Zuruxán, doille unha man...
Mais se é que o espírito lle doi,
¿qué menciña lle darás?
—Para infirmidás das almas
na terra cura non hai;
pídelle a Dios que cha leve;
quizás no ceu sandará.

* * *

Anque me des viño do Ribeiro de Avia,
todo-los almibres e toda-las viandas
das que os reises comen e no mundo haxa,
ña madre querida, non sei qué me falta.

Anque me traiades como un santo en palmas
e que me poñades de toda-las galas
e que me levedes á corte de España,
ña madre querida, non sei qué me falta.

E anque me des ouro, e anque me des prata,
diamantes e alxofres, pelras e esmeraldas
e canto hai no mundo, non me dades nada,
porque, ña madriña, non sei qué me falta.
Da esperanza hermosa cortáronme as alas,
e n'hai alegría si n'hai esperanza.

* * *

Dende aquí vexo un camiño
que non sei adónde vai;
polo mesmo que n'o sei,
quixera o poder andar.
Istreitiño sarpen tea
antre prados e nabals,
i anda ó feito, aquí escondido,
relumbrando máis alá.
Mais sempre, sempre tentándome
co seu lindo crarear,

que eu penso, non sei por qué,
nas vilas que correrá,
nos carballos que o sombrean,
nas fontes que o regarán.
Camiño, camiño branco,
non sei para dónde vas;
mais cada vez que te vexo,
quixera poderte andar.
Xa collas para Santiago,
xa collas para o Portal,
xa en San Andrés te deteñas,
xa chegues a San Cidrán,
xa, en fin, te perdas... ¿quén sabe
en dónde?, ¿qué máis me dá!
Que ojallá en ti me perderá
pra nunca máis me atopar...
Mais ti vas indo, vas indo,
sempre para donde vas,
i eu quedo encravada en onde
arraigo ten o meu mal.
Nin fuxo, non, que anque fuxa
dun lugar a outro lugar,
de min mesma, naide, naide,
naide me libertará.

NO CRAUSTRO

Dábanse bico-las pombas,
voaban as anduriñas,
xogaba o vento coas herbas
pobradas de margaridas,
i as lavandeiras cantaban
mentra-la fonte corría.

Fóronse indo unha tras doutra,
i alí se quedou soíña,
ca triste frente incrinada
cabe unha arcada sombrisa...

Estonces, non sei qué sombras,
quizáis de memorias vivas,
quizáis dos frades difuntos,
pasar en procesión mística
veu naquelas soledades
que amaba canto temía.

Tembróu de angustia e de pena,
e con amarga sorrisa,
mirando ós xasmíns sin follas
que iban a brotar axiña,
marmuróu, mentras dos ollos
as bagullas lle caían:

"Todo volve, todo torna,
menos o ben que eu quería;
todo, todo aquí se queda:
eu soia vou de fuxida.
Non hei de vervos máis, frores,
adorno desas cornisas;
nin a oír os teus marmurios,
fonte que a gozar convidas;
nin a contemplarvos, pedras,
testigos da pena miña.
Outros virán profanarvos,
mentras eu morro esquencida."

Sonaron pasos nas bóvedas,
sopróu unha forte brisa,
oiéuse unha carcaxada
cal si do inferno saíra:
era o trasno do convento,
que recordando outros días,
ríase das ansias negras
e da orfandá da meniña.

* * *

¡Cómo lle doi a ialma,
pero cánto lle doi!
De día nin de noite
non para ca delor.
¡Señor, vó-la fixeche;
Señor, curaina vós!

I o corazón ferido,
tamén ¡cánto lle doi!
I eu ben sei que non pode
sandar do corazón.
¡Señor, daille descanso
na terra que a criou!
¡Que o polvo torne ó polvo,
i o esprito ó ceu, bon Dios!

* * *

Ó sol fun quentarme,
doume escallofríos,
cal si o Norte bravo
me arrastrase arisco.
Sentín unha gaita
de alegre sonido,
i os cabelos todos
puñéronseme hirtos;

e tembréi cal tembra
na beira do río
herba que a corrente
toca cos seus limos.

Miña alma dorida,
meu corpo inxeliño,
faivos mal a gaita,
dávos o sol frío.
Miña alma, meu corpo,
se non é feitizo,
é que a morte queme
para o seu enxido.

* * *

Sempre pola morte esperas,
mais a morte nunca ven;
¡coitado!, ¿pensas que as penas
poden matar dunha vez?
Nunca, que son coma o hético:
tras de roer e roer,
só deixan un corpo cando
xa non tén qué comer nel.

Cando a iaugua das penas
se reverte na copa sin medida,
sóio é remedio a morte
para curar da vida.

¿QUÉ LLE DIGO?

—Eu volvo para a terra;
á túa muller Antona, ¿qué lle digo?

—Pois pra non meter guerra,
porque non veñan a petar connigo,
olvidarás que foches meu testigo.
O demais...; boi á liberdade adoito...
Xa sabes o refrán, meu compañeiro:

a libertá primeiro,
e mellor que alá broa é aquí bizcoito.

—Máis val aquí, coma quen di, solteiro,
que casado e con fillos
andar alá sudando aqueles millos...

¡Entendo, compañeiro!

—Que como poida se governe Antona,
i anque dela me doio,

como de lonxe nada sei nin oio...
Quen non sabe nin ve... sempre perdona.
Cando xa vello sea,
tornaréi cos meus osos para a aldea,
que algo lle hei de levar á terra nosa;
mais mentras mozo son, non pode sere,
porque si é por mullere,
si é que Antona está alá, teño aquí a Rosa.
—Ésa che é a nai do año,
bon Antón de Riaño,
pero en verdade che digo
que as mulleres son toda-lo enemigo,
e xa que esto así o sea,
antre a nosa i a allea
máis ou menos graciosa,
pois..., muller por muller, val máis a nosa.
—A nosa é a que nos quer e nós queremos,
que si falta o cariño,
coidando que unha pomba tes no niño,
unha cóbrega tes, filla dos demos.
—Á cóbrega a cabeza se lle esmaga,
e coa súa vida paga.
Mais de Antona a pacencia
¿con qué lle paga, dime, a túa concencia?
¿Qué cura do seu dor a fonda llaga?
—Déixate de concencias e delores,
que non teñen lugares
tratando de mulleres e de amores.
Que ela vexa, se quer, de se curare;
e cóntalle que cando eu o tivero,
xa lle daréi con qué se precurare.
I agora, ¡adiós, hastra que Dios quixere!

* * *

Teño un niño de tolos pensamentos
onda o lar escondidos,
e desde ven a noite
i o lume está alcendido
e arrimo o pote i a fiar me sento
naquel meu corrunchiño,
mentras que quence o caldo, estonces dígolles:
"¡Vinde, meus queridiros!"
E corren e rebuldan
tan contentos de estar soios connigo,
ca súa nai, súa dona,
seu único agarimo.
E ¡cánto alí falamos en secreto,
e sempre del, Dios mío!

Del, que por irse alá..., soia deixóume
co corazón ferido.
¡Cántas tristezas, cuántos
queixumbrosos sospiros
me atormentaron! ¡Cántos
do meu peito saíron!
Pero todo en sacreto;
que esto a ninguén llo digo:
non foran a pensar que marmuraba
dos feitos que el me fixo.
¡Eu marmurar de ti con xente allea...!
Nunca, meu queridiño,
que ti es meu home, eu túa muller, e debo
calar a miña dor i os teus desvíos.
Só cos meus loucos pensamentos falo,
porque son meus amigos,
e tan discretos, tanto,
que só din o que eu quero e lles premito.
Sin eles, meu Xaquín, ¿qué de min fora?
¡Soia aquí, donde un tempo houben contigo,
estalara de dor, tal como estalan
no lume eses espirios!
Moitas veces, sí, moitas...,
pra non deixarme descansar, ¡rabisos!,
antre o meu leito veñen, e
donde ti dormiche fan o niño;
mais eu, tal coma agora,
pra non chorar a fío
e non ter que levar mañán de cedo
os ollos como brasas alcendidos
cando vaia ó mercado, s
eilles decir: "¡Endinos!,
non me atormentés máis, ide a escondervos
no voso buratiño."
E despídoos de paso
con un amante bico...
Mais si llo dou a eles, ese beixo
é para ti tan só, Xaquín querido.
¡Volve, volve onda min, porque anque diga
que consolada vivo
con estos loucos pensamentos, seica,
seica me axudan a morrer, Dios mío!
Xaquín, Xaquín, que de muller naciche,
e que de outra muller tiveches fillos,
¡ai!, cal teu pai sin túa nai morrera,
ve que morro sin ti, Xaquín querido.

BASTA UNHA MORTE

Cala, can negro, n'ouvees
á porta de quen ben quero;
corvos, non voés por riba
do sobrado onde está enfermo;
co teu resprandor, Compañía,
vaite, non lle poñas medo.
Si é que queres que alguén morra,
eu sei dun san que contento
por el déravo-la vida
e irá convosco ós infernos.

AS TORRES DE OESTE

A iaugua corría
polo seu camiño,
i eu iba ó pe dela
preto dos Laiños, s
in poder cas penas
que moran connigo.

Con tamaña carga,
¿para dónde eu iba?
A Virxe sabraío,
que eu non o sabía;
mais seica fuxindo
de min mesma iña.

Por antre os herbales,
profunda e sombrisa,
cal unha sarpente
de escamas bruñidas,
brilaba ós meus ollos
dándome cobiza.

¡Estaba tan soia!
Nin bote, nin lancha,
nin velas, nin remos
a vista alegraban;
e soia-las veigas
tamén se quedaran.

¡Qué bonitas eran
noutro tempo as rosas
que naqueles campos
medran e se esfollan!
Mais muchas estonces
se amostraban todas.

I o sol, cal a lúa
en noite de brétema,
brilaba tembrando
por antre as vimbieiras,
tan descolorido
como a mesma cera.

I ó ferir as ondas
revoltas e escuras,
víanse no espeso
da negra fondura
as herbas marinas
e longas que a surcan.

De pronto unha i outra
poñéndome medo,
as loitosas cruces
se me apareceron
que se erguen na orela
cal nun cimiterio.

"Meu ben, ¿ónde moras?
—perguntéi chorando—.
Xa que ti morreche,
no mundo, ¿qué fago,
coma vós, ¡ouh torres!,
soia e sin amparo?"

Soidás me consomen,
bágoas me alimentan,
sombras me acompañan,
cómeme a tristeza.
¡Quén pode con tanta
fartura de penas!"

I eu non sei qué negra
tentazón maldita
me afrixéu o esprito,
me anubrrou a vista,
e sorréume como
me o demo sorrira.

Dende a fonda orela
miréi arredore...
A marea viva
petaba nas torres,
orfas antre a líquida
sabán que as envolve.

"¡Alá vou! —lles dixen—.
Daime morte dose,
auguas onde as penas
para sempre dormen..."
Saltéi..., i a corrente
calada levóume.

.....
.....

¡Ouh Torres de Oeste!
Malas tentadoras
auguas apromadas,
de calma treidora;
cómaros pelados
onde o corvo pousa.

¡Ouh Torres de Oeste!
Tan soias e mudas,
ca vosa atentaches
a miña tristura.
Ninguén triste
vaía cabo de vós nunca.

Dos desamparados
tendes o homenaxen,
i aínda ó redor voso
non rexorde o aire,
coma si temese
de vos despertare.

É das que se apegan
a tristeza vosa;
das que o peito oprimen,
das abrumadoras,
que ó inferno encamiñan
as almas loitosas.

Que si inda estou viva,
foi que un mariñeiro,
medio morimunda,
por estes cabelos
tróuxome das ondas
ó mundo en que peno.

Non vaiades nunca,
eu vo-lo aconsello,
ás Torres de Oeste
co corazón negro.

¿POR QUÉ?

—Escoitá: os algoasiles
andan correndo a aldea;
mais ¿cómo pagar, cómo, si un non pode
inda pagá-la renda?

Embargaránnos todo, que non teñen
esas xentes concencia, nin tén alma.
¡Quedaremos por portas,
meus fillos das entrañas!

¡Mala morte vos mate
antes de que aquí entredes!
Dos probes, ó sentirvos,
os corazóns, ¡cál baten tristemente!

—María, se non fora
porque hai un Dios que premia e que castiga,
eu matara eses homes
como mata un raposo a unha galiña.

—¡Silencio! ¡Non brasfemes,
que éste é un valle de lágrimas...!
Mais ¿por qué a algúns lles toca sufrir tanto,
i outros a vida antre contentos pasan?

* * *

De soidás morríase
na vila, sospirando pola aldea;
asombrábana as casas cos seus muros,
e asombrábana as torres e as igrexas.

As rúas enlousadas somellábanlle,
sin verdor nin frescura,
cimiterio onde os mortos
fora andaban das tristes sepulturas.

I as comidas sabíanlle
a fariña sin sal i a xaramagos,
i as poucas que tocaba,
en vez de darlle alento a iñan matando.

Algunha vez chegaban hastra ela,
non sei si en ilusión si de verdade,
uns agrestes olidos
de leixanas ribeiras e pinares.

Íñase estonces a sentar nun alto,
contempraba os estensos horizontes,
e rompendo en sospiros que a afogaban,
ronca escramaba saloucando: "¡Eu voume!"

¡E íñase apresada e sin remedio...! ¡Íñase
coa tristeza mortal que a consumía!
Íñase a probe Rosa,
pero... ¡para a outra vida!

* * *

Pois consólate, Rosa,
que moito ten que padecer na vida
quen moito dela goza,
e olvidada ha de ser quen foi querida.
O que a ti che pasou, pásalle a todos,
desa maneira ou de distintos modos.
¿Non te acordas daquela?
Todo nela era encanto e fermosura,
todo inocencia pura;
e con fonda ternura
e cun amor que as pedras abrandaba,
eu decote a chamaba
pomba sin fel e fonte de cariño.
Bebía no seu peito o paxariño,
¡tan branco, relumbraba!
I olor, color, sabor, —que eu ben sabía
ó que sabía Anxela,
anque n'inda a cheirala me astrevía—
¡todo ós meus ollos era santo nela!

Esto nun tempo foi, tempo dichoso,
que inda o corazón lembra cariñoso,
porque despóis daquelo
e que un de outro vivimos apartados,
ela índose a Ferrol i eu a Cambados,
topámonos na feira do Campelo,
i eu busca que te busca na súa cara,
e no seu xeito todo,
e encanto que nun tempo me encantara,
e n'o poiden topar de ningún modo.

I ela era a mesma, tan lanzal e hermosa,
tan fresca e colorosa
e dose coma a mel dos seus cortisos;
mais a tantos feitosos
eu estaba insensibre,
e do pasado en vano perseguía
un volubre fantasma que fuxía
libre de amor e de cadeas libre.

Meditéi un momento,
e con certo remorso e sentimento,
ó cabo comprendín, ña Rosa cara,
que tanto ben i encanto que namora,
nada para min fora,
si aló, cando eu a amara,
outros o meu amor non lle emprestara.

Porque non val sabencia,
bondade, fermosura ni inocencia,
pureza nin virtude
para ser ben querido e ben querer,
porque basta co o sere.

Mentras o amor non mude,
si es fea, coma ti n'habrá mullere
de maior xentileza e mellor pranta;
si es infame e perdida, serás santa
das que o son sin quere-lo parecer;
e si es boba e sin sal, é que escondida
tes a esencia i a gracia bendecida,
dentro dun misterioso relicario
donde só o amante cego e visionario
a esencia atopa i o elisir da vida.

Mais desque o amor quere voar, ña prenda,
e que lle cai a venda,
forza é deixalo ire,
que n'hai virtude nin poder que o prenda,
i o que antes nos mirou tras dunha nube
ou transparente gasa,
desque a gasa se rompe e a nube pasa,
Rosa, val moito máis que non nos mire.

CA PENA Ó LOMBO

¡Cántas frores silvestres nos valados,
qué festós e qué encaixes
primorosos de musgos e verdura;
qué colorido, qué follax nos árbores
mentra-las brisas mansamente corren,
coma alento dos ánxeles!

Reina na veiga un prácido sosego,
cai a luz nos regueiros en cambiantes,
i o cómaro e cañada soavemente
van querbando o paisaxen,
lixeramente envolto nos vapores
da misteriosa tarde.

Só se sente o piar do paxariño,
o marmurar das augas,

e na cima do monte o cantar triste
dunha muller que pasa,
mentras co seu marmurio o manso rego
naquel ritmo monótono a acompaña.
¡Qué tristeza tan dose!
¡Qué soidá tan prácida!
Mais para un alma en orfandá sumida,
¡qué soidá tan deserta e tan amarga!

Sin mirar, fixa os ollos
nas brétemas leixanas,
vaporosas e leves
que o sol pinta de grana,
i as mans en cruz, i os ollos
arrasados en bágoas,
marmura saloucando: "¡Quérome ire,
porque agonizo aquí desconsolada!
Millor que acá antre rosas
¡ai!, quero ir a morrer adonde el vaia."
E no fondo do barco
soíña, abandonada,
tras seu amor i a morte, para América,
para morrer de dor, ó mar se lanza.

TAN SÓIO

Os dous, da terra lonxe
andamos e sufrimos, ¡ai de min!
Mais ti tan sóio te recordas dela,
i eu, dela e máis de ti.
Ambos errantes polo mundo andamos
i as nosas forzas acabando van.
Mais ¡ai!, ti nela atoparás descanso,
i eu tan sóio na morte o hei de atopar.

EN LAS ORILLAS DEL SAR

ORILLAS DEL SAR

I

A través del follaje perenne
que oír deja rumores extraños,
y entre un mar de ondulante verdura,
amorosa mansión de los pájaros,
desde mis ventanas veo
el templo que quise tanto.

El templo que tanto quise...,
pues no sé decir ya si le quiero,
que en el rudo vaivén que sin tregua
se agitan mis pensamientos,
dudo si el rencor adusto
vive unido al amor en mi pecho.

II

Otra vez, tras la lucha que rinde
y la incertidumbre amarga
del viajero que errante no sabe
dónde dormirá mañana,
en sus lares primitivos
halla un breve descanso mi alma.

Algo tiene este blando reposo
de sombrío y de halagüeño,
cual lo tiene, en la noche callada,
de un ser amado el recuerdo,
que de negras traiciones y dichas
inmensas, nos habla a un tiempo.

Ya no lloro..., y no obstante, agobiado
y afligido mi espíritu, apenas
de su cárcel estrecha y sombría
osa dejar las tinieblas
para bañarse en las ondas
de luz que el espacio llenan.

Cual si en suelo extranjero me hallase,
tímida y hosca, contemplo
desde lejos los bosques y alturas
y los floridos senderos
donde en cada rincón me aguardaba
la esperanza sonriendo.

III

Oigo el toque sonoro que entonces
a mi lecho a llamarme venía
con sus ecos que el alba anunciaban,
mientras, cual dulce caricia,
un rayo de sol dorado
alumbraba mi estancia tranquila.

Puro el aire, la luz sonrosada,
¡qué despertar tan dichoso!
Yo veía entre nubes de incienso,
visiones con alas de oro
que llevaban la venda celeste
de la fe sobre sus ojos...

Ese sol es el mismo, más ellas
no acuden a mi conjuro;
y a través del espacio y las nubes,
y del agua en los limbos confusos,
y del aire en la azul transparencia,
¡jay!, ya en vano las llamo y las busco.

Blanca y desierta la vía
entre los frondosos setos
y los bosques y arroyos que bordan
sus orillas, con grato misterio
atraerme parece y brindarme
a que siga su línea sin término.

Bajemos, pues, que el camino
antiguo nos saldrá al paso,
aunque triste, escabroso y desierto,
y cual nosotros cambiado,
lleno aún de las blancas fantasmas
que en otro tiempo adoramos.

IV

Tras de inútil fatiga, que mis fuerzas agota,
caigo en la senda amiga, donde una fuente brota
siempre serena y pura,
y con mirada incierta, busco por la llanura
no sé qué sombra vana o qué esperanza muerta,
no sé qué flor tardía de virginal frescura
que no crece en la vía arenosa y desierta.

De la oscura Trabanca tras la espesa arboleda,
gallardamente arranca al pie de la vereda

la Torre y sus contornos cubiertos de follaje,
prestando a la mirada descanso en su ramaje
cuando de la ancha vega por vivo sol bañada
que las pupilas ciega,
atravesaba el espacio, gozosa y deslumbrada.

Como un eco perdido, como un amigo acento
que suena cariñoso,
el familiar chirrido del carro perezoso
corre en alas del viento y llega hasta mi oído
cual en aquellos días hermosos y brillantes
en que las ansias mías eran quejas amantes,
eran dorados sueños y santas alegrías.

Ruge la Presa lejos..., y, de las aves nido,
Fondóns cerca descansa;
la cándida abubilla bebe en el agua mansa
donde un tiempo he creído de la esperanza hermosa
beber el néctar sano, y hoy bebiera anhelosa
las aguas del olvido, que es de la muerte hermano;
donde de los vencejos que vuelan en la altura,
la sombra se refleja;
y en cuya linfa pura, blanca, el nenúfar brilla
por entre la verdura de la frondosa orilla.

V

¡Cuán hermosa es tu vega, oh Padrón, oh Iria Flavia!
Mas el calor, la vida juvenil y la savia
que extraje de tu seno,
como el sediento niño el dulce jugo extrae
del pecho blanco y lleno,
de mi existencia oscura en el torrente amargo
pasaron, cual barrida por la inconstancia ciega,
una visión de armiño, una ilusión querida,
un suspiro de amor.

De tus suaves rumores la acorde consonancia,
ya para el alma yerta tornóse bronca y dura
a impulsos del dolor;
secáronse tus flores de virginal fragancia;
perdió su azul tu cielo, el campo su frescura,
el alba su candor.

La nieve de los años, de la tristeza el hielo
constante, al alma niegan toda ilusión amada,
todo dulce consuelo.
Sólo los desengaños preñados de temores,
y de la duda el frío,

avivan los dolores que siente el pecho mío,
y ahondando mi herida,
me destierran del cielo, donde las fuentes brotan
eternas de la vida.

VI

¡Oh tierra, antes y ahora, siempre fecunda y bella!
Viendo cuán triste brilla nuestra fatal estrella,
del Sar cabe la orilla,
al acabarme, siento la sed devoradora
y jamás apagada que ahoga el sentimiento,
y el hambre de justicia, que abate y que anonada
cuando nuestros clamores los arrebató el viento
de tempestad airada.

Ya en vano el tibio rayo de la naciente aurora
tras del Miranda altivo,
valles y cumbres dora con su resplandor vivo;
en vano llega mayo de sol y aromas lleno,
con su frente de niño de rosas coronada,
y con su luz serena:
en mi pecho ve juntos el odio y el cariño,
mezcla de gloria y pena,
mi sien por la corona del mártir agobiada
y para siempre frío y agotado mi seno.

VII

Ya que de la esperanza, para la vida mía,
triste y descolorido ha llegado el ocaso,
a mi morada oscura, desmantelada y fría,
tornemos paso a paso,
porque con su alegría no aumente mi amargura
la blanca luz del día.

Contenta el negro nido busca el ave agorera;
bien reposa la fiera en el antro escondido,
en su sepulcro el muerto, el triste en el olvido
y mi alma en su desierto.

* * *

Los unos altísimos,
los otros menores,
con su eterno verdor y frescura,
que inspira a las almas
agrestes canciones,

mientras gime al chocar con las aguas
la brisa marina de aromas salobres,
van en ondas subiendo hacia el cielo
los pinos del monte.

De la altura la bruma desciende
y envuelve las copas
perfumadas, sonoras y altivas
de aquellos gigantes
que el Castro coronan;
brilla en tanto a sus pies el arroyo
que alumbra risueña
la luz de la aurora,
y los cuervos sacuden sus alas,
lanzando graznidos
y huyendo la sombra.

El viajero, rendido y cansado,
que ve del camino la línea escabrosa
que aún le resta que andar, anhelara,
deteniéndose al pie de la loma,
de repente quedar convertido
en pájaro o fuente,
en árbol o en roca.

* * *

Era apacible el día
y templado el ambiente,
y llovía, llovía
callada y mansamente;
y mientras silenciosa
lloraba yo y gemía,
mi niño, tierna rosa,
durmiendo se moría.

Al huir de este mundo, ¡qué sosiego en su frente!
Al verle yo alejarse, ¡qué borrasca en la mía!

Tierra sobre el cadáver insepulto
antes que empiece a corromperse..., ¡tierra!
Ya el hoyo se ha cubierto, sosegaos;
bien pronto en los terrones removidos
verde y pujante crecerá la hierba.

¿Qué andáis buscando en torno de las tumbas,
torvo el mirar, nublado el pensamiento?
¡No os ocupéis de lo que al polvo vuelve!
Jamás el que descansa en el sepulcro
ha de tornar a amaros ni a ofenderos.

¡Jamás! ¿Es verdad que todo
para siempre acabó ya?
No, no puede acabar lo que es eterno,
ni puede tener fin la inmensidad.

Tú te fuiste por siempre; mas mi alma
te espera aún con amoroso afán,
y vendrás o iré yo, bien de mi vida,
allí donde nos hemos de encontrar.

Algo ha quedado tuyo en mis entrañas
que no morirá jamás,
y que Dios, porque es justo y porque es bueno,
a desunir ya nunca volverá.

En el cielo, en la tierra, en lo insondable
yo te hallaré y me hallarás.
No, no puede acabar lo que es eterno,
ni puede tener fin la inmensidad.

Mas... es verdad, ha partido
para nunca más tornar.
Nada hay eterno para el hombre, huésped
de un día en este mundo terrenal
en donde nace, vive y al fin muere,
cual todo nace, vive y muere acá.

* * *

Una luciérnaga entre el musgo brilla
y un astro en las alturas centellea;
abismo arriba, y en el fondo abismo;
¿qué es al fin lo que acaba y lo que queda?

En vano el pensamiento
indaga y busca en lo insondable, ¡oh ciencia!
Siempre, al llegar al término, ignoramos
qué es al fin lo que acaba y lo que queda.

* * *

Arrodillada ante la tosca imagen,
mi espíritu, abismado en lo infinito,
impía acaso, interrogando al cielo
y al infierno a la vez, tiemblo y vacilo.

¿Qué somos? ¿Qué es la muerte? La campana
con sus ecos responde a mis gemidos
desde la altura, y sin esfuerzo el llanto
baña ardiente mi rostro enflaquecido.

¡Qué horrible sufrimiento! ¡Tú tan sólo
lo puedes ver y comprender, Dios mío!

¿Es verdad que lo ves? Señor, entonces,
piadoso y compasivo
vuelve a mis ojos la celeste venda
de la fe bienhechora que he perdido,
y no consentas, no, que cruce errante,
huérfano y sin arrimo,
acá abajo los yermos de la vida,
más allá las llanadas del vacío.

Sigue tocando a muerto, y siempre mudo
e impasible el divino
rostro del Redentor, deja que envuelto
en sombras quede el humillado espíritu.

Silencio siempre; únicamente el órgano
con sus acentos místicos
resuena allá de la desierta nave
bajo el arco sombrío.

Todo acabó quizás, menos mi pena,
puñal de doble filo;
todo, menos la duda que nos lanza
de un abismo de horror en otro abismo.

Desierto el mundo, despoblado el cielo,
enferma el alma y en el polvo hundido
el sacro altar en donde
se exhalaban fervientes mis suspiros,
en mil pedazos roto
mi Dios, cayó al abismo,
y al buscarle anhelante, sólo encuentro
la soledad inmensa del vacío.

De improviso los ángeles
desde sus altos nichos
de mármol, me miraron tristemente
y una voz dulce resonó en mi oído:
"Pobre alma, espera y llora
a los pies del Altísimo;
mas no olvides que al cielo
nunca ha llegado el insolente grito
de un corazón que de la vil materia
y del barro de Adán formó sus ídolos."

* * *

Adivinase el dulce y perfumado
calor primaveral;
los gérmenes se agitan en la tierra
con inquietud en su amoroso afán,
y cruzan por los aires, silenciosos,
átomos que se besan al pasar.

Hierve la sangre juvenil, se exalta
lleno de aliento el corazón, y audaz
el loco pensamiento sueña y cree
que el hombre es, cual los dioses, inmortal.

No importa que los sueños sean mentira,
ya que al cabo es verdad
que es venturoso el que soñando muere,
infeliz el que vive sin soñar.

¡Pero qué aprisa en este mundo triste
todas las cosas van!
¡Que las domina el vértigo creyérase!
La que ayer fue capullo, es rosa ya,
y pronto agostará rosas y plantas
el calor estival.

* * *

Candente está la atmósfera;
explora el zorro la desierta vía;
insalubre se torna
del limpio arroyo el agua cristalina,
y el pino aguarda inmóvil
los besos inconstantes de la brisa.

Imponente silencio
agobia la campiña;
sólo el zumbido del insecto se oye
en las extensas y húmedas umbrías,
monótono y constante
como el sordo estertor de la agonía.

Bien pudiera llamarse, en el estío,
la hora del mediodía,
noche en que, al hombre, de luchar cansado,
más que nunca le irritan
de la materia la imponente fuerza
y del alma las ansias infinitas.

Volved, ¡oh, noches del invierno frío,
nuestras viejas amantes de otros días!
Tornad con vuestros hielos y crudezas

a refrescar la sangre enardecida
por el estío insoportable y triste...
¡Triste... lleno de pámpanos y espigas!

Frío y calor, otoño o primavera,
¿dónde..., dónde se encuentra la alegría?
Hermosas son las estaciones todas
para el mortal que en sí guarda la dicha;
más para el alma desolada y huérfana
no hay estación risueña ni propicia.

* * *

Un manso río, una vereda estrecha,
un campo solitario y un pinar,
y el viejo puente rústico y sencillo
completando tan grata soledad.

¿Qué es soledad? Para llenar el mundo
basta a veces un solo pensamiento.
Por eso hoy, hartos de belleza, encuentras
el puente, el río y el pinar desiertos.

No son nube ni flor los que enamoran;
eres tú, corazón, triste o dichoso,
ya del dolor y del placer el árbitro,
quien seca el mar y hace habitable el polo.

* * *

—Detente un punto, pensamiento inquieto;
la victoria te espera,
el amor y la gloria te sonrén.
¿Nada de esto te halaga ni encadena?
—Dejadme solo y olvidado y libre;
quiero errante vagar en las tinieblas;
mi ilusión más querida
sólo allí dulce y sin rubor me besa.

* * *

Moría el sol, y las marchitas hojas
de los robles, a impulso de la brisa,
en silenciosos y revueltos giros

sobre el fango caían:
ellas, que tan hermosas y tan puras
en el abril vinieran a la vida.

Ya era el otoño caprichoso y bello.
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!
Pues en la tumba de las muertas hojas
vieron sólo esperanzas y sonrisas.

Extinguióse la luz: llegó la noche
como la muerte y el dolor, sombría;
estalló el trueno, el río desbordóse
arrastrando en sus aguas a las víctimas;
y murieron dichosas y contentas...
¡Cuán bella y caprichosa es la alegría!

* * *

Del rumor cadencioso de la onda
y el viento que muge;
del incierto reflejo que alumbra
la selva o la nube;
del piar de alguna ave de paso;
del agreste ignorado perfume
que el céfiro roba
al valle o a la cumbre,
mundos hay donde encuentran asilo
las almas que al peso
del mundo sucumben.

MARGARITA

I

¡Silencio, los lebreles
de la jauría maldita!
No despertéis a la implacable fiera
que duerme silenciosa en su guarida.

¿No veis que de sus garras
penden gloria y honor, reposo y dicha?

Prosiguieron aullando los lebreles...
—¡los malos pensamientos homicidas!—
y despertaron la temible fiera...
—¡la pasión que en el alma se adormía!—

Y ¡adiós! en un momento,
¡adiós gloria y honor, reposo y dicha!

II

Duerme el anciano padre, mientras ella
a la luz de la lámpara nocturna
contempla el noble y varonil semblante
que un pesado sueño abruma.

Bajo aquella triste frente
que los pesares anublan,
deben ir y venir torvas visiones,
negras hijas de la duda.

Ella tiembla..., vacila y se estremece...
¿De miedo acaso, o de dolor y angustia?
Con expresión de lástima infinita,
no sé qué rezos murmura.
Plegaria acaso santa, acaso impía,
trémulo el labio a su pesar pronuncia,
mientras dentro del alma la conciencia
contra las pasiones lucha.

¡Batalla ruda y terrible
librada ante la víctima, que muda
duerme el sueño intranquilo de los tristes
a quien ha vuelto el rostro la fortuna!

Y él sigue en reposo, y ella,
que abandona la estancia, entre las brumas
de la noche se pierde, y torna al alba,
ajado el velo..., en su mirar la angustia.

Carne, tentación, demonio,
¡oh!, ¿de cuál de vosotros es la culpa?
¡Silencio...! El día soñoliento asoma
por las lejanas alturas,
y el anciano despierto, ella risueña,
ambos su pena se ocultan,

y fingen entregarse indiferentes
a las faenas de su vida oscura.

III

La culpada calló, más habló el crimen...
Murió el anciano, y ella, la insensata,
siguió quemando incienso en su locura,
de la torpeza ante las negras aras,
hasta rodar en el profundo abismo,
fiel a su mal, de su dolor esclava.

¡Ah! Cuando amaba el bien, ¿cómo así pudo
hacer traición a su virtud sin mancha,
malgastar las riquezas de su espíritu,
vender su cuerpo, condenar su alma?

Es que en medio del vaso corrompido
donde su sed ardiente se apagaba,
de un amor inmortal los leves átomos,
sin mancharse, en la atmósfera flotaban.

* * *

Sedientas las arenas, en la playa
sienten del sol los besos abrasados,
y no lejos, las ondas, siempre frescas,
ruedan pausadamente murmurando.

Pobres arenas, de mi suerte imagen:
no sé lo que me pasa al contemplaros,
pues como yo sufrís, secas y mudas,
el suplicio sin término de Tántalo.

Pero ¿quién sabe...? Acaso luzca un día
en que, salvando misteriosos límites,
avance el mar y hasta vosotras llegue
a apagar vuestra sed inextinguible.

¡Y quién sabe también si tras de tantos
siglos de ansias y anhelos imposibles,
saciará al fin su sed el alma ardiente
donde beben su amor los serafines!

LOS TRISTES

I

De la torpe ignorancia que confunde
lo mezquino y lo inmenso;
de la dura injusticia del más alto,
de la saña mortal de los pequeños,
no es posible que huyáis cuando os conocen
y os buscan, como busca el zorro hambriento
a la indefensa tórtola en los campos;
y al querer esconderos
de sus cobardes iras, ya en el monte,
en la ciudad o en el retiro estrecho,
¡ahí va!, exclaman, *¡ahí va!*, y allí os insultan
y señalan con íntimo contento,
cual la mano implacable y vengativa
señala al triste y fugitivo reo.

II

Cayó por fin en la espumosa y turbia
recia corriente, y descendió al abismo
para no subir más a la serena
y tersa superficie. En lo más íntimo
del noble corazón ya lastimado,
resonó el golpe doloroso y frío
que ahogando la esperanza
hace abatir los ánimos altivos,
y plegando las alas torvo y mudo,
en densa niebla se envolvió su espíritu.

III

Vosotros, que lograsteis vuestros sueños,
¿qué entendéis de sus ansias malogradas?
Vosotros, que gozasteis y sufristeis,
¿qué comprendéis de sus eternas lágrimas?
Y vosotros, en fin, cuyos recuerdos
son como niebla que disipa el alba,
¿qué sabéis del que lleva de los suyos
la eterna pesadumbre sobre el alma!

IV

Cuando en la planta con afán cuidada
la fresca yema de un capullo asoma,
lentamente arrastrándose entre el césped,
le asalta el caracol y la devora.

Cuando de un alma atea,
en la profunda obscuridad medrosa
brilla un rayo de fe, viene la duda
y sobre él tiende su gigante sombra.

V

En cada fresco brote, en cada rosa erguida,
cien gotas de rocío brillan al sol que nace;
mas él ve que son lágrimas que derraman los tristes
al fecundar la tierra con su preciosa sangre.

Henchido está el ambiente de agradables aromas,
las aguas y los vientos cadenciosos murmuran;
mas él siente que rugen con sordo clamoreo
de sofocados gritos y de amenazas mudas.

¡No hay duda! De cien astros nuevos, la luz
radiante
hasta las más recónditas profundidades llega;
mas sus hermosos rayos
jamás en torno suyo rompen la bruma espesa.

De la esperanza, ¿en dónde crece la flor ansiada?
Para él, en dondequiera al retoñar se agosta,
ya bajo las escarchas del egoísmo estéril,
o ya del desengaño a la menguada sombra.

¡Y en vano el mar extenso y las vegas fecundas,
los pájaros, las flores y los frutos que siembran!
Para el desheredado, sólo hay bajo el cielo
esa quietud sombría que infunde la tristeza.

VI

Cada vez huye más de los vivos,
cada vez habla más con los muertos,
y es que cuando nos rinde el cansancio
propicio a la paz y al sueño,
el cuerpo tiende al reposo,
el alma tiende a lo eterno.

VII

Así como el lobo desciende a poblado,
si acaso en la sierra se ve perseguido,
huyendo del hombre que acosa a los tristes,
buscó entre las fieras el triste un asilo.

El sol calentaba su lóbrega cueva,
piadosa velaba su sueño la luna,
el árbol salvaje le daba sus frutos,
la fuente sus aguas de grata frescura.

Bien pronto los rayos del sol se nublaron,
la luna entre brumas veló su semblante,
secóse la fuente, y el árbol nególe,
al par que su sombra, sus frutos salvajes.

Dejando la sierra buscó en la llanura
de otro árbol el fruto, la luz de otro cielo;
y a un río profundo, de nombre ignorado,
pidióle aguas puras su labio sediento.

¡Ya en vano!, sin tregua siguióle la noche,
la sed que atormenta y el hambre que mata;
¡ya en vano!, que ni árbol, ni cielo, ni río,
le dieron su fruto, su luz, ni sus aguas.

Y en tanto el olvido, la duda y la muerte
agrandan las sombras que en torno le cercan,
allá en lontananza la luz de la vida,
hiriendo sus ojos feliz centellea.

Dichosos mortales a quien la fortuna
fue siempre propicia... ¡Silencio!, ¡silencio!,
si veis tantos seres que corren buscando l
as negras corrientes del hondo Leteo.

LOS ROBLES

I

Allá en tiempos que fueron, y el alma
han llenado de santos recuerdos,
de mi tierra en los campos hermosos,
la riqueza del pobre era el fuego,
que al brillar de la choza en el fondo,
calentaba los rígidos miembros
por el frío y el hambre ateridos
del niño y del viejo.

De la hoguera sentados en torno,
en sus brazos la madre arrullaba
al infante robusto;
daba vuelta, afanosa, la anciana,
en sus dedos nudosos, al huso,

y al alegre fulgor de la llama,
ya la joven la harina cernía,
o ya desgranaba
con su mano callosa y pequeña,
del maíz las mazorcas doradas.

Y al amor del hogar calentándose
en invierno, la pobre familia
campesina, olvidaba la dura
condición de su suerte enemiga;
y el anciano y el niño, contentos
en su lecho de paja dormían,
como duerme el polluelo en su nido
cuando el ala materna le abriga.

II

Bajo el hacha implacable, ¡cuán presto
en tierra cayeron
encinas y robles!;
y a los rayos del alba risueña,
¡qué calva aparece
la cima del monte!

Los que ayer fueron bosques y selvas
de agreste espesura,
donde envueltas en dulce misterio
al rayar el día
flotaban las brumas,
y brotaba la fuente serena
entre flores y musgos oculta,
hoy son áridas lomas que ostentan
deformes y negras
sus hondas cisuras.

Ya no entonan en ellas los pájaros
sus canciones de amor, ni se juntan
cuando mayo alborea en la fronda
que quedó de sus robles desnuda.
Sólo el viento al pasar trae el eco
del cuervo que grazna,
del lobo que aúlla.

III

Una mancha sombría y extensa
borda a trechos del monte la falda,
semejante a legión aguerrida
que acampase en la abrupta montaña

lanzando alaridos
de sorda amenaza.

Son pinares que al suelo, desnudo
de su antiguo ropaje, le prestan
con el suyo el adorno salvaje
que resiste del tiempo a la afrenta
y corona de eterna verdura
las ásperas breñas.

Árbol duro y altivo, que gustas
de escuchar el rumor del Océano
y gemir con la brisa marina
de la playa en el blanco desierto,
¡yo te amo!, y mi vista reposa
con placer en los tibios reflejos
que tu copa gallarda iluminan
cuando audaz se destaca en el cielo,
despidiendo la luz que agoniza,
saludando la estrella del véspero.

Pero tú, sacra encina del celta,
y tú, roble de ramas añosas,
sois más bellos con vuestro follaje
que si mayo las cumbres festona
salpicadas de fresco rocío
donde quiebra sus rayos la aurora,
y convierte los sotos profundos
en mansión de gloria.

Más tarde, en otoño,
cuando caen marchitas tus hojas,
¡oh roble!, y con ellas
generoso los musgos alfombras,
¡qué hermoso está el campo;
la selva, qué hermosa!

Al recuerdo de aquellos rumores
que al morir el día
se levantan del bosque en la hondura
cuando pasa gimiendo la brisa
y remueve con húmedo soplo
tus hojas marchitas
mientras corre engrosado el arroyo
en su cauce de frescas orillas,
estremécese el alma pensando
dónde duermen las glorias queridas
de este pueblo sufrido, que espera
silencioso en su lecho de espinas

que suene su hora
y llegue aquel día
en que venza con mano segura,
del mal que le oprime,
la fuerza homicida.

IV

Torna, roble, árbol patrio, a dar sombra
cariñosa a la escueta montaña
donde un tiempo la gaita guerrera
alentó de los nuestros las almas
y compás hizo al eco monótono
del canto materno,
del viento y del agua,
que en las noches de invierno al infante
en su cuna de mimbre arrullaban.
Que tan bello apareces, ¡oh roble!,
de este suelo en las cumbres gallardas
y en las suaves graciosas pendientes
donde umbrosas se extienden tus ramas,
como en rostro de pálida virgen
cabellera ondulante y dorada,
que en lluvia de rizos
acaricia la frente de nácar.

¡Torna presto a poblar nuestros bosques;
y que tornen contigo las hadas
que algún tiempo a tu sombra tejieron
del héroe gallego
las frescas guirnaldas!

* * *

Alma que vas huyendo de ti misma,
¿qué buscas, insensata, en las demás?
Si secó en ti la fuente del consuelo,
secas todas las fuentes has de hallar.

¡Que hay en el cielo estrellas todavía,
y hay en la tierra flores perfumadas!

¡Sí...! Mas no son ya aquellas
que tú amaste y te amaron, desdichada.

* * *

Cuando recuerdo del ancho bosque
el mar dorado
de hojas marchitas que en el otoño
agita el viento con soplo blando,

tan honda angustia nubla mi alma,
turba mi pecho,
que me pregunto: "¿Por qué tan terca,
tan fiel memoria me ha dado el cielo?"

* * *

Del antiguo camino a lo largo,
ya un pinar, ya una fuente aparece,
que brotando en la peña musgosa
con estrépito al valle descende.
Y brillando del sol a los rayos
entre un mar de verdura se pierden,
dividiéndose en limpios arroyos
que dan vida a las flores silvestres
y en el Sar se confunden, el río
que cual niño que plácido duerme,
reflejando el azul de los cielos,
lento corre en la fronda a esconderse.

No lejos en soto profundo de robles,
en donde el silencio sus alas extiende,
y da abrigo a los genios propicios,
a nuestras viviendas y asilos campestres,
siempre allí, cuando evoco mis sombras,
o las llamo, respóndenme y vienen.

* * *

Ya duermen en su tumba las pasiones
el sueño de la nada;
¿es, pues, locura del doliente espíritu,
o gusano que llevo en mis entrañas?
Yo sólo sé que es un placer que duele,
que es un dolor que atormentando halaga,
llama que de la vida se alimenta,
mas sin la cual la vida se apagara.

* * *

Creyó que era eterno tu reino en el alma,
y creyó tu esencia, esencia inmortal;
mas, si sólo eres nube que pasa,
ilusiones que vienen y van,
rumores del onda que rueda y que muere
y nace de nuevo y vuelve a rodar,
todo es sueño y mentira en la tierra,
¡no existes, verdad!

* * *

Ya siente que te extingues en su seno,
llama vital, que dabas
luz a su espíritu, a su cuerpo fuerzas,
juventud a su alma.

Ya tu calor no templará su sangre,
por el invierno helada,
ni harás latir su corazón, ya falto
de aliento y de esperanza.

Mudo, ciego, insensible,
sin goces ni tormentos,
será cual astro que apagado y solo,
perdido va por la extensión del cielo.

* * *

No subas tan alto, pensamiento loco,
que el que más alto sube más hondo cae,
ni puede el alma gozar del cielo
mientras que vive envuelta en la carne.

Por eso las grandes dichas de la tierra
tienen siempre por término grandes catástrofes.

* * *

¡Jamás lo olvidaré...! De asombro llena
al escucharlo, el alma refugióse
en sí misma y dudó...; pero al fin, cuando
la amarga realidad, desnuda y triste,
ante ella se abrió paso, en luto envuelta,
presenció silenciosa la catástrofe,
cual contempló Jerusalén sus muros
para siempre entre el polvo sepultados.

¡Profanación sin nombre! Dondequiera
que el alma humana, inteligente, rinde
culto a lo grande, a lo pasado culto,
esas selvas agrestes, esos bosques
seculares y hermosos, cuyo espeso
ramaje abrigo y cariñosa sombra
dieron a nuestros padres, fueron siempre
de predilecto amor, lugares santos
que todos respetaron.

¡No! En los viejos
 robledales umbrosos, que hacen grata
 la más yerma región, y de los siglos
 guardan grabada la imborrable huella
 que en ellos han dejado, ¡nunca!, ¡nunca!
 con su acerado filo osada pudo
 el hacha penetrar, ni con certero
 y rudo golpe derribar en tierra,
 cual, en campo enemigo, el árbol fuerte
 de larga historia y de nudosas ramas
 que es orgullo del suelo que le cría
 con savia vigorosa, y monumento
 que en sólo un día no levanta el hombre,
 pues es obra que Dios al tiempo encarga
 y a la madre inmortal naturaleza,
 artista incomparable.

Y sin embargo...
 ¡nada allí quedó en pie! Los arrogantes
 cedros de nuestro Líbano, los altos
 gigantescos castaños seculares,
 regalo de los ojos; los robustos
 y centenarios robles, cuyos troncos
 de arrugas llenos, monstruos semejaban
 de ceño adusto y de mirada torva
 que hacen pensar en ignorados mundos;
 las encinas vetustas, bajo cuyas
 ramas vagaron en silencio tantos
 tercios, impenitentes sorñadores...:
 ¡todo por tierra y asolado todo!
 Ya ni abrigo, ni sombra, ni frescura;
 los pájaros huídos y espantados
 al ver deshecha su morada; el viento
 gimiendo desabrido, como gime
 en las desiertas lomas donde sólo
 áridos riscos a su paso encuentra;
 los narcisos y blancas margaritas
 que apiñadas brillaban entre el musgo
 cual brillan las estrellas en la altura;
 los lirios perfumados, las violetas,
 los miosotis, azules como el cielo
 —y que bordando la ribera undosa
 recordábanle al triste enamorado
 que de las aguas se sentaba al borde
 aquella dulce frase, ¡siempre inútil,
 mas repetida siempre!: "*No me olvides*"—,
 todo marchito y sepultado todo
 sin compasión bajo el terrible peso
 de los ya inertes troncos. La corriente

mansa del Sar, entre sus ondas plácidas
 arrastrando en silencio los despojos
 del sagrado recinto, y de la dura
 hacha los golpes resonando huecos,
 cual suelen resonar los del martillo
 al remachar de un ataúd los clavos...

Ya en el paraje agreste y escondido
 que tanto hemos amado, ya en el bello
 lugar en donde con afán las almas
 buscaban un refugio, y en alegres
 bandadas, al llegar la primavera,
 en unión de los pájaros, las gentes,
 de aire, de flores y de luz ansiosas,
 iban a respirar vida y perfumes,
 de sus galas más ricas despojado
 hoy se levanta el monasterio antiguo
 como triste esqueleto. Aquel tan grato
 silencio misterioso que envolvía
 los agrietados muros, a regiones
 más dichosas quizás huyó ligero
 en busca de un asilo. Las campanas
 de eco vibrante y musical resuenan
 de una manera sorda en el vacío
 que sin piedad a su alrededor hicieron
 manos extrañas, y el rumor monótono
 de la fuente en el claustro solitario
 parece sollozar por los jazmines,
 que, cual la nieve blancos, las cornisas
 musgosas adornaban, y parece
 triste llamar por la aldeana hermosa
 que lavaba sus lienzos en el agua
 siempre brillante del pilón de piedra
 que el roce de sus manos ha gastado
 y hoy buscan de otra fuente la frescura.

¡Lo vieron y callaron... con silencio
 que causa asombro y que contrista el alma!

Si allá donde entre rosas y claveles
 arrastra el Turia sus revueltas ondas,
 nuestras manos talasen los jardines
 que plantaron los suyos, y aman ellos,
 su labio, al rostro, de desprecio llenas
 una tras otra injuria nos lanzaran
 —¡Bárbaros!— exclamando.

Y si dijésemos
 que rosas y claveles perfumados

no valdrán nunca, pese a su hermosura,
lo que un campo de trigo, y allí en donde
las flores compitieran con las bellas,
arrastrando el arado, la amarilla
mies con afán sembráramos,

—Mezquinos
aun más que torpes son— prorrumpirían
los fieros hijos del jardín de España
con rudo enojo levantando el grito.

Mas nosotros, si talan nuestros bosques
que cuentan siglos... —¡quedan ya tan pocos!—
y ajena voluntad su imperio ejerce
en lo que es nuestro, cosas de la vida
nos parecen quizás vanas y fútiles
que a nadie ofenden ni a ninguno importan
si no es al que las hace, a soñadores
que sólo entienden de llorar sin tregua
por los vivos y muertos... y aun acaso
por las hermosas selvas que, sin duelo,
indiferente el leñador destruye.

—Pero ¿qué...? —alguno exclamará indignado
al oír mis lamentos—. ¿Por ventura
la inmensa torre del reloj se ha hundido
y no hay ya quien señale nuestras horas
soñolientas y tardas, como el eco
bronco de su campana formidable;
o en mis haciendas penetrando acaso
osado criminal, ha puesto fuego
a las extensas eras? ¿Por qué gime
así importuna esa mujer?

Yo inclino
la frente al suelo y contristada exclamo
con el Mártir del Gólgota: *Perdónales,
Señor, porque no saben lo que dicen;*
mas ¡oh, Señor!, a consentir no vuelvas
que de la helada indiferencia el soplo
apague la protesta en nuestros labios,
que es el silencio hermano de la muerte
y yo no quiero que mi patria muera,
sino que como Lázaro, ¡Dios bueno!,
resucite a la vida que ha perdido;
y con voz alta que a la gloria llegue,
le diga al mundo que Galicia existe,
tan llena de valor cual tú la has hecho,
tan grande y tan feliz cuanto es hermosa.

I

* * *

Unos con la calumnia le mancharon,
otros falsos amores le han mentido,
y aunque dudo si algunos le han querido,
de cierto sé que todos le olvidaron.

Sólo sufrió, sin gloria ni esperanza,
cuanto puede sufrir un ser viviente;
¿por qué le preguntáis qué amores siente
y no qué odios alientan su venganza?

II

Si para que se llene y se desborde
el inmenso caudal de los agravios,
quieren que nunca hasta sus labios llegue
más que el duro y amargo
pan, que el mendigo con dolor recoge
y ablanda con su llanto,
sucumbirá por fin, como sucumben
los buenos y los bravos
cuando en batalla desigual les hiere
la mano del cobarde o del tirano.

Y ellos entonces vivirán dichosos
su victoria cantando,
como el cárabo canta en su agujero
y la rana en su charco.
Más en tanto ellos cantan... —¡muchedumbre
que nace y muere en los paternos campos
siempre desconocida y siempre estéril!—
triste la patria seguirá llorando,
siempre oprimida y siempre
de la ruindad y la ignorancia pasto.

* * *

En su cárcel de espinos y rosas
cantan y juegan mis pobres niños,
hermosos seres, desde la cuna
por la desgracia ya perseguidos.

En su cárcel se duermen soñando
cuán bello es el mundo cruel que no vieron,
cuán ancha la tierra, cuán hondos los mares,
cuán grande el espacio, qué breve su huerto.

Y le envidian las alas al pájaro
que traspone las cumbres y valles,
y le dicen: —¿Qué has visto allá lejos,
golondrina que cruzas los aires?

Y despiertan soñando, y dormidos
soñando se quedan
que ya son la nube flotante que pasa
o ya son el ave ligera que vuela
tan lejos, tan lejos del nido, cual ellos
de su cárcel ir lejos quisieran.

—¡Todos parten! —exclaman—. ¡Tan sólo,
tan sólo nosotros nos quedamos siempre!
¿Por qué quedar, madre, por qué no llevarnos
donde hay otro cielo, otro aire, otras gentes?—

Yo, en tanto, bañados mis ojos, les miro
y guardo silencio, pensando: —En la tierra
¿adónde llevaros, mis pobres cautivos,
que no hayan de ataros las mismas cadenas?
Del hombre, enemigo del hombre, no puede
libraros, mis ángeles, la egida materna.

* * *

Ya no mana la fuente, se agotó el manantial;
ya el viajero allí nunca va su sed a apagar.

Ya no brota la hierba, ni florece el narciso,
ni en los aires esparcen su fragancia los lirios.

Sólo el cauce arenoso de la seca corriente
le recuerda al sediento el horror de la muerte.

¡Mas no importa!; a lo lejos otro arroyo murmura
donde humildes violetas el espacio perfuman.

Y de un sauce el ramaje, al mirarse en las ondas,
tiende en torno del agua su fresquísima sombra.

El sediento viajero que el camino atraviesa,
humedece los labios en la linfa serena
del arroyo que el árbol con sus ramas sombrea,
y dichoso se olvida de la fuente ya seca.

* * *

Cenicientas las aguas, los desnudos
árboles y los montes cenicientos;
parda la bruma que los vela y pardas
las nubes que atraviesan por el cielo;
triste, en la tierra, el color gris domina,
¡el color de los viejos!

De cuando en cuando de la lluvia el sordo
rumor suena, y el viento
al pasar por el bosque
silba o finge lamentos
tan extraños, tan hondos y dolientes
que parece que llaman por los muertos.

Seguido del mastín, que helado tiembla,
el labrador, envuelto
en su capa de juncos, cruza el monte;
el campo está desierto,
y tan sólo en los charcos que negrean
del ancho prado entre el verdor intenso
posa el vuelo la blanca gaviota,
mientras graznan los cuervos.

Yo, desde mi ventana,
que azotan los airados elementos,
regocijada y pensativa escucho
el disorde concierto
simpático a mi alma...
¡Oh, mi amigo el invierno!,
mil y mil veces bien venido seas,
mi sombrío y adusto compañero.
¿No eres acaso el precursor dichoso
del tibio mayo y del abril risueño?

¡Ah, si el invierno triste de la vida,
como tú de las flores y los céfiros,
también precursor fuera de la hermosa
y eterna primavera de mis sueños...!

* * *

I

Era la última noche,
la noche de las tristes despedidas,
y apenas si una lágrima empañaba
sus serenas pupilas.
Como el criado que deja
al amo que le hostiga,

arreglando su hatillo, murmuraba
casi con la emoción de la alegría:

--¡Llorar! ¿Por qué? Fortuna es que podamos
abandonar nuestras humildes tierras;
el duro pan que nos negó la patria,
por más que los extraños nos maltraten,
no ha de faltarnos en la patria ajena.

Y los hijos contentos se sonríen,
y la esposa, aunque triste, se consuela
con la firme esperanza
de que el que parte ha de volver por ella.
Pensar que han de partir, ése es el sueño
que da fuerza en su angustia a los que quedan;
¡cuánto en ti pueden padecer, oh, patria,
si ya tus hijos sin dolor te dejan!

II

Como a impulsos de lenta
enfermedad, hoy cien, y cien mañana,
hasta perder la cuenta,
racimo tras racimo se desgrana.

Palomas que la zorra y el milano
a ahuyentar van, del palomar nativo
parten con el afán del fugitivo,
y parten quizá en vano.

Pues al posar el fatigado vuelo
acaso en el confín de otra llanura,
ven agostarse el fruto que madura,
y el águila cerniéndose en el cielo.

¡VOLVED!

I

Bien sabe Dios que siempre me arrancan tristes
lágrimas
aquellos que nos dejan,
pero aún más me lastiman y me llenan de luto
los que a volver se niegan.

¡Partid, y Dios os guíe..., pobres desheredados,
para quienes no hay sitio en la hostigada tierra;

partid llenos de aliento en pos de otro horizonte,
pero... volved más tarde al viejo hogar que os llama.

Jamás del extranjero el pobre cuerpo inerte,
como en la propia tierra en la ajena descansa.

II

Volved, que os aseguro
que al pie de cada arroyo y cada fuente
de linfa transparente
donde se reflejó vuestro semblante,
y en cada viejo muro
que os prestó sombra cuando niños erais
y jugabais inquietos,
y que escuchó más tarde los secretos
del que ya adolescente
o mozo enamorado,
en el soto, en el monte y en el prado,
dondequiera que un día
os guió el pie ligero...,
yo os lo digo y os juro
que hay genios misteriosos
que os llaman tan sentidos y amorosos
y con tan hondo y dolorido acento,
que hacen más triste el suspirar del viento
cuando en las noches del invierno duro
de vuestro hogar que entristeció el ausente,
discurren por los ámbitos medrosos,
y en las eras sollozan silenciosos,
y van del monte al río
llenos de luto y siempre murmurando:
"¡Partieron...! ¿Hasta cuándo?
¡Qué soledad! ¿No volverán, Dios mío?"

.....
.....

Tornó la golondrina al viejo nido,
y al ver los muros y el hogar desierto,
preguntóle a la brisa: —¿Es que se han
muerto?
Y ella en silencio respondió: —¡Se han ido
como el barco perdido
que para siempre ha abandonado el puerto!

* * *

Camino blanco, viejo camino,
desigual, pedregoso y estrecho,
donde el eco apacible resuena
del arroyo que pasa bullendo,
y en donde detiene su vuelo inconstante,
o el paso ligero,
de la fruta que brota en las zarzas
buscando el sabroso y agreste alimento,
el gorrión adusto,
los niños hambrientos,
las cabras monteses
y el perro sin dueño...

Blanca senda, camino olvidado,
¡bullicioso y alegre otro tiempo!,
del que solo y a pie de la vida
va andando su larga jornada, más bello
y agradable a los ojos parece
cuanto más solitario y más yermo.

Que al cruzar por la ruta espaciosa
donde lucen sus trenes soberbios
los dichosos del mundo, descalzo,
sudoroso y de polvo cubierto,
¡qué extrañeza y profundo desvío
infunde en las almas el pobre viajero!

* * *

Aún parece que asoman tras del Miranda altivo,
de mayo los albores, ¡y pasó ya septiembre!
Aún parece que torna la errante golondrina,
y en pos de otras regiones ya el raudo vuelo tiende.

Ayer flores y aromas, ayer canto de pájaros
y mares de verdura y de doradas mieses;
hoy nubes que sombrías hacia Occidente avanzan,
el brillo del relámpago y el eco del torrente.

Pasó, pasó el verano rápido, como pasa
un venturoso sueño del amor en la fiebre,
y ya secas las hojas en las ramas desnudas,
tiemblan descoloridas esperando la muerte.

¡Ah!, cuando en esas noches tormentosas y largas
la luna brille a intervalos sobre la blanca nieve,
¡de cuántos, que dichosos ayer la contemplaron,
alumbrarán la tumba sus rayos transparentes!

* * *

Cerrado capullo de pálidas tintas,
modesta hermosura de frente graciosa,
¿por quién has perdido la paz de tu alma?,
¿a quién regalaste la miel de tu boca?

A quien te detesta quizás, y le causan
enojo tus labios de cándido aroma,
porque busca la rosa encendida
que abre al sol de la tarde sus hojas.

* * *

En sus ojos rasgados y azules,
donde brilla el candor de los ángeles,
ver creía la sombra siniestra
de todos los males.

En sus anchas y negras pupilas,
donde luz y tinieblas combaten,
ver creía el sereno y hermoso
resplandor de la dicha inefable.

Del amor espejismos traidores,
risueños, fugaces...,
cuando vuestro fulgor sobrehumano
se disipa... ¡qué densas, qué grandes
son las sombras que envuelven las almas
a quienes con vuestros reflejos cegasteis!

* * *

Fue cielo de su espíritu, fue sueño de sus sueños,
y vida de su vida, y aliento de su aliento;
y fue, desde que rota cayó la veda al suelo,
algo que mata el alma y que envilece el cuerpo.

De la vida en la lucha perenne y fatigosa,
siempre el ansia incesante y el mismo anhelo siempre;
que no ha de tener término sino cuando, cerrados,
ya duermen nuestros ojos el sueño de la muerte.

* * *

—Te amo...: ¿por qué me odias?
—Te odio...: ¿por qué me amas?
Secreto es éste el más triste
y misterioso del alma.

Mas ello es verdad...
¡Verdad dura y atormentadora!
—Me odias, porque te amo;
te amo, porque me odias.

* * *

Nada me importa, blanca o negra mariposa,
que dichas anunciándome o malhadadas nuevas,
en torno de mi lámpara o de mi frente en torno,
os agitéis inquietas.

La venturosa copa del placer para siempre
rota a mis pies está,
y en la del dolor llena..., ¡llena hasta desbordarse!,
ni penas ni amarguras pueden haber ya más.

* * *

Muda la luna y como siempre pálida,
mientras recorre la azulada esfera
seguida de su séquito
de nubes y de estrellas,
rencorosa despierta en mi memoria
yo no sé qué fantasmas y quimeras.

Y con sus dulces misteriosos rayos
derrama en mis entrañas tanta hiel,
que pienso con placer que ella, la eterna,
ha de pasar también.

* * *

Nos dicen que se adoran la aurora y el crepúsculo,
mas entre el sol que nace y el que triste declina,
medió siempre el abismo que media entre la cuna
y el sepulcro en la vida.

Pero llegará un tiempo quizás, cuando los siglos
no se cuenten y el mundo por siempre haya pasado,
en el que nunca tornen tras de la noche el alba
ni se hunda entre las sombras del sol el tibio rayo.

Si de lo eterno entonces en el mar infinito
todo aquello que ha sido ha de vivir más tarde,
acaso alba y crepúsculo, si en lo inmenso se
encuentran,
en uno se confundan para no separarse.

Para no separarse... ¡Ilusión bienhechora
de inmortal esperanza, cual las que el hombre inventa!
Mas ¿quién sabe si en tanto hacia su fin caminan,
como el hombre, los astros con ser eternos sueñan?

* * *

Una sombra tristísima, indefinible y vaga
como lo incierto, siempre ante mis ojos va
tras de otra vaga sombra que sin cesar la huye,
corriendo sin cesar.

Ignoro su destino...; mas no sé por qué temo
al ver su ansia mortal,
que ni han de parar nunca, ni encontrarse jamás.

LAS CANCIONES QUE OYÓ LA NIÑA

UNA

Tras de los limpios cristales
se agitaba la blanca cortina,
y adivine que tu aliento
perfumado la movía.

Sola estabas en tu alcoba,
y detrás de la tela blanquísima
te ocultabas, ¡cruel!, a mis ojos...;
mas mis ojos te veían.

Con cerrojos cerraste la puerta,
pero yo penetré en tu aposento
a través de las gruesas paredes,
cual penetran los espectros;
porque no hay para el alma cerrojos,
ángel de mis pensamientos.

Codicioso admiré tu hermosura,
y al sorprender los misterios
que a mis ojos velabas..., ¡perdóname!,
te estreché contra mi seno.

Mas... me ahogaba el aroma purísimo
que exhalabas de tu pecho,
y hube de soltar mi presa
lleno de remordimiento.

Te seguiré adonde vayas,
aunque te vayas muy lejos,
y en vano echarás cerrojos
para guardar tus secretos;
porque no impedirá que mi espíritu
pueda llegar hasta ellos.

Pero... ya no me temas, bien mío,
que aunque sorprenda tu sueño,
y aunque en tanto estés dormida
a tu lado me tienda en tu lecho,
contemplaré tu semblante,
mas no tocaré tu cuerpo,
pues lo impide el aroma purísimo
que se exhala de tu seno.
Y como ahuyenta la aurora
los vapores soñolientos
de la noche callada y sombría,
así ahuyenta mis malos deseos.

OTRA

Hoy uno y otro mañana,
rodando, rodando el mundo,
si cual te amé no amaste todavía,
al fin ha de llegar el amor tuyo.

¡Y yo no quiero que llegue...,
ni que ames nunca, cual te amé, a ninguno;
antes que te abras de otro sol al rayo,
véate yo secar, fresco capullo!

LACANCIÓN QUE OYÓ EN SUEÑOS EL VIEJO

A la luz de esa aurora primaveral, tu pecho
vuelve a agitarse ansioso de glorias y de amor.
¡Loco...!, corre a esconderte en el asilo oscuro
donde ya no penetra la viva luz del sol.

Aquí tu sangre torna a circular activa,
y tus pasiones tornan a rejuvenecer...;
huye hacia el antro en donde aguarda resignada
por la infalible muerte la implacable vejez.

Sonrisa en labio enjuto hiela y repele a un tiempo;
flores sobre un cadáver causan al alma espanto;
ni flores, ni sonrisas, ni sol de primavera
busques cuando tu vida llegó triste a su ocaso.

* * *

I

Su ciega y loca fantasía corrió arrastrada por el vértigo,
tal como arrastra las arenas el huracán en el desierto.

Y cual halcón que cae herido en la laguna pestilente,
cayó en el cieno de la vida, rotas las alas para siempre.

Mas aun sin alas cree o sueña que cruza el aire,
los espacios,
y aun entre el lodo se ve limpio, cual de la nieve
el copo blanco.

II

No maldigáis del que, ya ebrio, corre a
beber con nuevo

[afán;
su eterna sed es quien le lleva hacia la fuente
abrasadora,
cuanto más bebe, a beber más.

No murmuréis del que rendido ya bajo el peso
de la vida
quiere vivir y aun quiere amar;
la sed del beodo es insaciable, y la del alma lo es aún
más.

III

Cuando todos los velos se han descorrido
y ya no hay nada oculto para los ojos,
ni ninguna hermosura nos causa antojos,
ni recordar sabemos que hemos querido,
aún en lo más profundo del pecho helado,
como entre las cenizas la chispa ardiente,
con sus puras sonrisas de adolescente,
vive oculto el fantasma del bien soñado.

* * *

En el alma llevaba un pensamiento,
una duda, un pesar,
tan grandes como el ancho firmamento,
tan hondos como el mar.

De su alma en lo más árido y profundo,
fresca brotó de súbito una rosa,
como brota una fuente en el desierto,
o un lirio entre las grietas de una roca.

* * *

Cuando en las nubes hay tormenta
suele también haberla en su pecho;
mas nunca hay calma en él, aun cuando
la calma reine en tierra y cielo;
porque es entonces cuando torvos
cual nunca riñen sus pensamientos.

* * *

Desbórdanse los ríos si engrosan su corriente
los múltiples arroyos que de los montes bajan;
y cuando de las penas el caudal abundoso
se aumenta con los males perennes y las ansias,
¿cómo contener, cómo, en el labio la queja?,
¿cómo no desbordarse la cólera en el alma?

* * *

Busca y anhela el sosiego...,
mas... ¿quién le sosegará?
Con lo que sueña despierto,
dormido vuelve a soñar;
que hoy, como ayer y mañana
cual hoy, en su eterno afán
de hallar el bien que ambiciona
—cuando sólo encuentra el mal—,
siempre a soñar condenado,
nunca puede sosegar.

* * *

¡Aturde la confusa gritería
que se levanta entre la turba inmensa!
Ya no saben qué quieren ni qué piden;
mas embriagados de soberbia, buscan
un ídolo o una víctima a quien hieran.

Brutales son sus iras,
y aun quizás más brutales sus amores;
no provoquéis al monstruo de cien brazos,
como la ciega tempestad terrible,
ya ardiente os ame o fríamente os odie.

* * *

Cuando sopla el Norte duro
y arde en el hogar el fuego,
y ellos pasan por mi puerta
flacos, desnudos y hambrientos,
el frío hiela mi espíritu,
como debe helar su cuerpo,
y mi corazón se queda
al verles ir sin consuelo,
cual ellos, opreso y triste,
desconsolado cual ellos.

Era niño y ya perdiera
la costumbre de llorar;
la miseria seca el alma
y los ojos además;
era niño y parecía
por sus hechos viejo ya.

Experiencia del mendigo,
era precoz como el mal,
implacable como el odio,
dura como la verdad.

* * *

De la vida entre el múltiple conjunto de los seres,
no, no busquéis la imagen de la eterna belleza,
ni en el contento y harto seno de los placeres,
ni del dolor acerbo en la dura aspereza.

Ya es átomo impalpable o inmensidad que asombra,
aspiración celeste, revelación callada;
la comprende el espíritu y el labio no la nombra,
y en sus hondos abismos la mente se anonada.

* * *

I

Quisiera, hermosa mía,
a quien aún más que a Dios amo y venero,
ciego creer que este tu amor primero,
ser por mi dicha el último podría.
Mas...

—¡Qué! ¡Gran Dios, lo duda todavía!

—¡Oh!, virgen candorosa,
¿por qué no he de dudarlo al ver que muero
si aun viviendo también lo dudaría?

—Tu sospecha me ofende,
y tanto me lastima y me sorprende
oírla de tu labio,
que pienso llegaría
a matarme lo injusto del agravio.

—¡A matarla! ¡La hermosa criatura
que apenas cuenta quince primaveras...!
¡Nunca...! ¡Vive, mi santa, y no te mueras!

—Mi corazón de asombro y dolor llenas.

—¡Ah!, siento más tus penas que mis penas.

—¿Por qué, pues, me hablas de morir?

—¡Dios mío!

¿Por qué ya del sepulcro el viento frío
lleva mi nave al ignorado puerto?

—¡No puede ser...! Mas oye: ¡vivo o muerto,
tú solo y para siempre...! Te lo juro.

—No hay por qué jurar; mas si tan bello
sueño al fin se cumpliera, sin enojos
cerrando en paz los fatigados ojos,
fuera a esperarte a mi sepulcro oscuro.
Pero... es tan inconstante y tan liviano
el flaco y débil corazón humano,
que lo pienso, alma mía, y te lo digo,
serás feliz más tarde o más temprano.

Y en tanto ella llorando protestaba,
y él sonriendo, irónico y sombrío,
en sus amantes brazos la estrechaba.

Cantaba un grillo en el vecino muro,
y cual mudo testigo,
la luna, que en el cielo se elevaba,
sobre ambos reflejaba
su fulgor siempre casto y siempre amigo.

II

De polvo y fango nacidos,
fango y polvo nos tornamos:
¿por qué, pues, tanto luchamos
si hemos de caer vencidos?

Cuando esto piensa humilde y temerosa,
como tiembla la rosa
del viento al soplo airado,
tiembla y busca el rincón más ignorado
para morir en paz si no dichosa.

III

Los astros son innúmeros, al cielo
no se le encuentra fin,
y este pequeño mundo que habitamos,
y que parece un punto en el espacio,
inmenso es para mí.

Después... tantos y tantos,
cual las arenas del profundo mar,
seres que nacen a la vida, y seres
que sin parar su rápida carrera,
incierta siempre, vienen o se van.

Que se van o se mueren, esta duda
es en verdad cruel;
pero ello es que nos vamos o nos dejan,
sin saber si después de separarnos
volveremos a hallarnos otra vez.

IV

Y como todo al cabo
tarde o temprano en este mundo pasa,
lo que al principio eterno parecía,
dio término a la larga.

¿Le mataron acaso, o es que se ha muerto
de suyo aquello que quedara aún vivo?
Imposible es saberlo, como nadie
sabe al quedar dormido,
en qué momento ha aprisionado el sueño
sus despiertos sentidos.

V

¡Que cuándo le ha olvidado!
¿Quién lo recuerda en la mudable vida,

ni puede asegurar si es que la herida
del viejo amor con otro se ha curado?

¡Transcurrió el tiempo! —inevitable era
que transcurriese—, y otro amante vino
a hacerse cauteloso su camino
por donde el muerto amante ya lo hiciera.

VI

De pronto el corazón con ansia extrema,
mezclada a un tiempo de placer y espanto,
latió, mientras su labio murmuraba:
—¡No, los muertos no vuelven de sus antros...!

Él era y no era él, mas su recuerdo,
dormido en lo profundo
del alma, despertóse con violencia,
rencoroso y adusto.

—No soy yo, ¡pero soy! —murmuró el viento—,
y vuelvo, amada mía,
desde la eternidad para dejarte
ver otra vez mi incrédula sonrisa.

—¡Aún has de ser feliz! —te dije un tiempo,
cuando me hallaba al borde de la tumba—.
Aún has de amar—; y tú, con fiero enojo,
me respondiste: —¡Nunca!

—¡Ah!, ¿del mudable corazón has visto
los recónditos pliegues? —
volví a decirte; y tú, llorando a mares,
repetiste: —Tú solo, y para siempre.

Después, era una noche como aquéllas,
y un rayo de la luna, el mismo acaso
que a ti y a mí nos alumbró importuno,
os alumbraba a entrambos.

Cantaba un grillo en el vecino muro,
y todo era silencio en la campiña;
¿no te acuerdas, mujer? Yo vine entonces,
sombra, remordimiento o pesadilla.

Mas tú, engañada recordando al muerto,
pero también del vivo enamorada,
te olvidaste del cielo y de la tierra
y condenaste el alma.

Una vez, una sola,
aterrada volviste de ti misma,
como para sentir mejor la muerte,
de la sima al caer vuelve la víctima.

Y aun entonces, ¡extraño cuanto horrible
reflejo del pasado!,
el abrazo convulso de tu amante
te recordó, mujer, nuestros abrazos.

—¡Aún has de ser feliz! —te dije un tiempo
y me engañé; no puede
serlo quien lleva la traición por guía,
y a su sombra mortífera se duerme.

—¡Aún has de amar! —te repetí, y amaste,
y protector asilo
diste, desventurada, a una serpiente
en aquel corazón que fuera mío.

Emponzoñada estás, odios y penas
te acosan y persiguen,
y yo casi con lástima contemplo
tu pecado y tu mancha irredimibles.

¡Mas, vengativo, al cabo yo te amaba
ardientemente, y te amo todavía!
Vuelvo para dejarte
ver otra vez mi incrédula sonrisa.

* * *

I

En mi pequeño huerto
brilla la sonrosada margarita,
tan fecunda y humilde,
como agreste y sencilla.

Ella borda primores en el césped,
y finge maravillas
entre el fresco verdor de las praderas
do proyectan sus sombras las encinas,
y a orillas de la fuente y del arroyo
que recorre en silencio las umbrías.

Y aun cuando el pie la huella, ella revive
y vuelve a levantarse siempre limpia,
a semejanza de las almas blancas
que en vano quiere ennegrecer la envidia.

II

Cuando llega diciembre y las lluvias abundan,
ellas con las acacias tornan a florecer,
tan puras y tan frescas y tan llenas de aroma
como aquellas que un tiempo con fervor adoré.

¡Loca ilusión la mía es en verdad, bien loca
cuando mi propia mano honda tumba les dio!
Y ya no son aquellas en cuyas hojas pálidas
deposité mis besos..., ni yo la misma soy.

* * *

Todas las campanas con eco pausado
doblaron a muerto:
las de la basílica, las de las iglesias,
las de los conventos.
Desde el alba hasta entrada la noche
no cesó el funeral clamoreo.
¡Qué pompa! ¡Qué lujo!
¡Qué fausto! ¡Qué entierro!

Pero no hubo ni adioses ni lágrimas
ni suspiros en torno del féretro...
¡Grandes voces sí que hubo! Y cantáronle,
cuando le enterraron, un *requiem* soberbio.

* * *

Siente unas lástimas,
¡pero qué lástimas!
Y tan extrañas y hondas ternuras...,
¡pero qué extrañas!

Llora a mares por ellos,
les viste la mortaja
y les hace las honras...
después de que los mata.

* * *

De la noche en el vago silencio,
cuando duermen o sueñan las flores,
mientras ella despierta, combate
contra el fuego de ocultas pasiones,
y de su ángel guardián el auxilio
implora invocando piadosa su nombre.
El de ayer, el de hoy, el de siempre,
fiel amigo del mal, Mefistófeles,

en los hilos oculto del lino
finísimo y blanco cual copo de espuma,
en donde ella aún más blanca reclina
la cabeza rubia,
así astuto y sagaz, al oído
de la hermosa en silencio murmura:

"Goza aquél de la vida, y se ríe
y peca sin miedo del hoy y el mañana,
mientras tú con ayunos y rezos
y negros terrores tus horas amargas.

Si del hombre la vida en la tumba
¡oh, bella!, se acaba,
¡qué3 profundo y cruel desengaño,
qué chanza pesada
te juega la suerte,
le espera a tu alma!"

* * *

A la sombra te sientas de las desnudas rocas,
y en el rincón te ocultas donde zumba el insecto,
y allí donde las aguas estancadas dormitan
y no hay hermanos seres que interrumpan tus sueños,
¡quién supiera en qué piensas, amor de mis amores,
cuando con leve paso y contenido aliento,
temblando a que percibas mi agitación extrema,
allí donde te escondes, ansiosa te sorprendo!

—¡Curiosidad maldita, frío aguijón que hieres
las femeninas almas, los varoniles pechos!:
tu fuerza impele al hombre a que busque la hondura
del desencanto amargo y a que remueva el cieno
donde se forman siempre los miasmas infectos.

—¡Qué has dicho de amargura y cieno y desencanto?
¡Ah!, no pronuncies frases, mi bien, que no comprendo;
dime sólo en qué piensas cuando de mí te apartas
y huyendo de los hombres vas buscando el silencio.

—Pienso en cosas tan tristes a veces y tan negras,
y en otras tan extrañas y tan hermosas pienso,
que... no lo sabrás nunca, porque lo que se ignora
no nos daña si es malo, ni perturba si es bueno.
Yo te lo digo, niña, a quien de veras amo;
encierra el alma humana tan profundos misterios,
que cuando a nuestros ojos un velo los oculta,
es temeraria empresa descorrer ese velo;
no pienses, pues, bien mío, no pienses en qué pienso.

—Pensaré noche y día, pues sin saberlo, muero.

Y cuenta que lo supo, y que la mató entonces
la pena de saberlo.

* * *

Cuido una planta bella
que ama y busca la sombra,

como la busca un alma
huérfana, triste, enamorada y sola,
y allí donde jamás la luz del día
llega sino a través de las umbrosas
ramas de un mirto y los cristales turbios
de una ventana angosta,
ella vive tan fresca y perfumada,
y se torna más bella y más frondosa,
y languidece y se marchita y muere
cuando un rayo de sol besa sus hojas.

Para el pájaro el aire, para el musgo la roca,
los mares para el alga, mayo para las rosas;
que todo ser o planta va buscando
su natural atmósfera,
y sucumbe bien pronto si es que a ella
oculta mano sin piedad la roba.

Sólo el humano espíritu al rodar desquiciado
desde su órbita a mundos tristes y desolados,
ni sucumbe ni muere; que del dolor el mazo
fuerte, que abate el polvo y que quebranta el barro
mortal, romper no puede ni desatar los lazos
que con lo eterno le unen por misterioso arcano.

Por eso yo que anhelo que el refulgente astro
del día calor preste a mis miembros helados,
aún aliento y resisto sin luz y sin espacio,
como la planta bella que odia del sol el rayo.

Ya que otra luz más viva que la del sol dorado
y otro calor más dulce en mi alma penetrando
me anima y me sustenta con su secreto halago
y da luz a mis ojos por el dolor cegados.

* * *

I

En los ecos del órgano o en el rumor del viento,
en el fulgor de un astro o en la gota de lluvia,
te adivinaba en todo y en todo te buscaba,
sin encontrarte nunca.

Quizás después te ha hallado, te ha hallado y
te ha perdido
otra vez, de la vida en la batalla ruda,
ya que sigue buscándote y te adivina en todo,
sin encontrarte nunca.

Pero sabe que existes y no eres vano sueño,
hermosura sin nombre, pero perfecta y única;
por eso vive triste, porque te busca siempre
sin encontrarte nunca.

II

Yo no sé lo que busco eternamente
en la tierra, en el aire y en el cielo;
yo no sé lo que busco, pero es algo
que perdí no sé cuándo y que no encuentro,
aun cuando sueñe que invisible habita
en todo cuanto toco y cuanto veo.

Felicidad, no he de volver a hallarte
en la tierra, en el aire ni en el cielo,
¡aun cuando sé que existes
y no eres vano sueño!

SANTA ESCOLÁSTICA

I

Una tarde de abril, en que la tenue
llovizna triste humedecía en silencio
de las desiertas calles las baldosas,
mientras en los espacios resonaban
las campanas con lentas vibraciones,
dime a marchar, huyendo de mi sombra.

Bochornoso calor que enerva y rinde,
si se cierne en la altura la tormenta,
tornara el aire irrespirable y denso.

Y el alma ansiosa y anhelante el pecho
a impulsos del instinto iban buscando
puro aliento en la tierra y en el cielo.

Soplo mortal creyérase que había
dejado el mundo sin piedad desierto,
convirtiendo en sepulcro a Compostela.
Que, en la santa ciudad, grave y vetusta,
no hay rumores que turben importunos
la paz ansiada en la apacible siesta.

II

—¡Cementerio de vivos! —murmuraba
yo al cruzar por las plazas silenciosas
que otros días de glorias nos recuerdan.
¿Es verdad que hubo aquí nombres famosos,
guerreros indomables, grandes almas?
¿Dónde hoy su raza varonil alienta?

La airosa puerta de Fonseca, muda,
me mostró sus estatuas y relieves
primorosos, encanto del artista;
y del gran Hospital, la incomparable
obra del genio, ante mis tristes ojos
en el espacio dibujóse altiva.

Después la catedral —palacio místico
de atrevidas románicas arcadas,
y con su Gloria de bellezas llena—
me pareció al mirarla que quería
sobre mi frente desplomar, ya en ruinas,
de sus torres la mole gigantesca.

Volví entonces el rostro, estremecida,
hacia donde atrevida se destaca
del Cebedeo la celeste imagen,
como el alma del mártir, blanca y bella,
y vencedora en su caballo airoso,
que galopando en triunfo rasga el aire.

Y bajo el arco oscuro, en donde eterno
del oculto torrente el rumor suena,
me deslicé cual corza fugitiva,
siempre andando al azar, con aquel paso
errante del que busca en donde pueda
de sí arrojar el peso de la vida.

Atrás quedaba aquella calle adusta,
camino de los frailes y los muertos,
siempre vacía y misteriosa siempre,
con sus manchas de sombra gigantescas
y sus claros de luz, que hacen más triste
la soledad, y que los ojos hieren.

Y en tanto... la llovizna, como todo
lo manso, terca, sin cesar regaba
campos y plazas, calles y conventos
que iluminaba el sol con rayo oblicuo
a través de los húmedos vapores,
blanquecinos a veces, otras negros.

III

Ciudad extraña, hermosa y fea a un tiempo,
a un tiempo apetecida y detestada,
cual ser que nos atrae y nos desdeña:
algo hay en ti que apaga el entusiasmo,
y del mundo feliz de los ensueños
a la aridez de la verdad nos lleva.
¡De la verdad! ¡Del asesino honrado
que imposible nos mata y nos entierra!
.....

¡Y yo quería morir! La sin entrañas,
sin conmoverse, me mostrara el negro
y oculto abismo que a mis pies abrieran;
y helándome la sangre, fríamente,
de amor y de esperanza me dejara,
con sólo un golpe, para siempre huérfana.

"¡La gloria es humo! El cielo está tan alto
y tan bajos nosotros, que la tierra
que nos ha dado volverá a absorbernos.
¡Afanarse y luchar, cuando es el hombre
mortal ingrato y nula la victoria!
¿Por qué, aunque haya Dios, vence el infierno?"

Así del dolor víctima, el espíritu
se rebelaba contra cielo y tierra...
mientras mi pie inseguro caminaba;
cuando de par en par vi abierto el templo,
de fieles despoblado, y donde apenas
su resplandor las lámparas lanzaban.

IV

Majestad de los templos, mi alma femenina
te siente, como siente las maternas dulzuras,
las inquietudes vagas, las ternuras secretas
y el temor a lo oculto tras de la inmensa altura.

¡Oh, majestad sagrada! En nuestra húmeda tierra
más grande eres y augusta que en donde el sol ardiente
inquieta con sus rayos vivísimos las sombras
que al pie de los altares oran, velan o duermen.

Bajo las anchas bóvedas, mis pasos silenciosos
resonaron con eco armonioso y pausado,
cual resuena en la gruta la gota cristalina
que lenta se desprende sobre el verdoso charco.

Y aún más que los acentos del órgano y la música
sagrada, conmovíome aquel silencio místico
que llenaba el espacio de indefinidas notas,
tan sólo perceptibles al conturbado espíritu.

Del incienso y la cera el acusado aroma
que impregnaba la atmósfera que allí se respiraba,
no sé por qué, de pronto, despertó en mis sentidos
de tiempos más dichosos reminiscencias largas.

Y mi mirada inquieta, cual buscando refugio
para el alma, que sola luchaba entre tinieblas,
recorrió los altares, esperando que acaso
algún rayo celeste brillase al fin en ella.

Y... ¡no fue vano empeño ni ilusión engañosa!
Suave, tibia, pálida la luz rasgó la bruma
y penetró en el templo, cual entra la alegría
de súbito en el pecho que las penas anublan.

¡Ya yo no estaba sola! En armonioso grupo,
como visión soñada, se dibujó en el aire
de un ángel y una santa el contorno divino,
que en un nimbo envolvía vago el sol de la tarde.

Aquel candor, aquellos delicados perfiles
de celestial belleza, y la inmortal sonrisa
que hace entreabrir los labios del dulce mensajero
mientras contempla el rostro de la virgen dormida

en el sueño del éxtasis, y en cuya frente casta
se transparenta el fuego del amor puro y santo,

más ardiente y más hondo que todos los amores
que pudo abrigar nunca el corazón humano;

aquel grupo que deja absorto el pensamiento,
que impresiona el espíritu y asombra la mirada,
me hirió calladamente, como hiere los ojos
cegados por la noche la blanca luz del alba.

Todo cuanto en mí había de pasión y ternura,
de entusiasmo ferviente y gloriosos empeños,
ante el sueño admirable que realizó el artista,
volviendo a tomar vida, resucitó en mi pecho.

Sentí otra vez el fuego que ilumina y que crea
los secretos anhelos, los amores sin nombre,
que como al arpa eólica el viento, al alma arranca
sus notas más vibrantes, sus más dulces
canciones.

Y orando y bendiciendo al que es todo hermosura,
se dobló mi rodilla, mi frente se inclinó
ante El, y conturbada, exclamé de repente:
"¡Hay arte! ¡Hay poesía...! Debe haber cielo. ¡Hay
Dios!"

y que resuena en el pecho
como un bordón que se rompe
dentro de un sepulcro hueco,
es tan triste y melancólico,
tan terrible y tan supremo,
que jamás el genio pudo
repetirlo con sus ecos.

* * *

Del mar azul las transparentes olas
mientras blandas murmuran
sobre la arena, hasta mis pies rodando,
tentadoras me besan y me buscan.

Inquietas lamen de mi planta el borde,
lánzanme airosas su nevada espuma,
y pienso que me llaman, que me atraen
hacia sus salas húmedas.

Más cuando ansiosa quiero
seguirlas por la líquida llanura,
se hunde mi pie en la linfa transparente
y ellas de mí se burlan.

Y huyen abandonándome en la playa
a la terrena, inacabable lucha,
como en las tristes playas de la vida
me abandonó inconstante la fortuna.

* * *

Si medito en tu eterna grandeza,
buen Dios, a quien nunca veo,
y levanto asombrada los ojos
hacia el alto firmamento
que llenaste de mundos y mundos...,
toda conturbada, pienso
que soy menos que un átomo leve
perdido en el universo;
nada, en fin..., y que al cabo en la nada
han de perderse mis restos.

Mas si cuando el dolor y la duda
me atormentan, corro al templo,
y a los pies de la Cruz un refugio
busco ansiosa implorando remedio,
de Jesús el cruento martirio
tanto conmueve mi pecho,
y adivino tan dulces promesas

en sus dolores acerbos,
que cual niño que reposa
en el regazo materno,
después de llorar, tranquila
tras la expiación, espero
que allá donde Dios habita
he de proseguir viviendo.

* * *

I

Los que a través de sus lágrimas,
sin esfuerzo ni violencia,
abren paso en el alma afligida
al nuevo placer que llega;

los que tras de las fatigas
de una existencia azarosa,
al dar término al rudo combate
cogen larga cosecha de gloria;

y, en fin, todos los dichosos,
cuyo reino es de este mundo,
y dudando o creyendo en el otro
de la tierra se llevan los frutos;

¡con qué tedio oyen el grito
del que en vano ha querido y no pudo
arrojar de sus hombros la carga
pesada del infortunio!

—Cada cual en silencio devore
sus penas y sus afanes
—dicen—, que es de animosos y fuertes
el callar, y es la queja cobarde.

No el lúgubre vaticinio
que el espíritu turba y sorprende,
ni el inútil y eterno lamento
importuno en los aires resuena.

¡Poeta!, en fáciles versos,
y con esto que alienta los ánimos,
ven a hablarnos de esperanzas,
pero no de desengaños.

II

¡Atrás, pues, mi dolor vano con sus acerbos gemidos
que en la inmensidad se pierden, como los sordos bramidos
del mar en las soledades que el líquido amargo llena!
¡Atrás!, y que el denso velo de los inútiles lutos,
rasgándose, libre paso deje al triunfo de los Brutos,
que asesinados los Césares, ya ni dan premio ni pena...

Pordiosero vergonzante que en cada rincón desierto
tendiendo la enjuta mano detiene su paso incierto
para entonar la salmodia que nadie escucha ni entiende,
me pareces, dolor mío, de quien reniego en buen hora.
¡Huye, pues, del alma enferma! Y tú, nueva y blanca aurora,
toda de promesas harta, sobre mí tus rayos tiende.

III

¡Pensamientos de alas negras!, huid, huid azorados,
como bandada de cuervos por la tormenta acosados,
o como abejas salvajes en quien el fuego hizo presa;
dejad que amanezca el día de resplandores benditos
en cuya luz se presienten los placeres infinitos...
¡y huid con vuestra perenne sombra que en el alma pesa!

¡Pensamientos de alas blancas!, ni gimamos ni roguemos
como un tiempo, y en los mundos luminosos penetremos
en donde nunca resuena la débil voz del caído,
en donde el dorado sueño para en realidad segura,
y de la humana flaqueza sobre la inmensa amargura
y sobre el amor que mata, sus alas tiende el olvido.

Ni el recuerdo que atormenta como horrible pesadilla,
ni la pobreza que abate, ni la miseria que humilla,
ni de la injusticia el látigo, que al herir mancha y condena,
ni la envidia y la calumnia más que el fuego asoladoras
existen para el que siente que se deslizan sus horas
del contento y la abundancia por la corriente serena.

Allí, donde nunca el llanto los párpados enrojece,
donde por dicha se ignora que la humanidad padece
y que hay seres que codician lo que hartó el perro desdeña;
allí, buscando un asilo, mis pensamientos dichosos
a todo pesar ajenos, lejos de los tenebrosos
antros del dolor, cantemos a la esperanza risueña.

Frescas voces juveniles, armoniosos instrumentos,
¡venid!, que a vuestros acordes yo quiero unir mis acentos
vigorosos, y el espacio llenar de animadas notas,

y entre estatuas y entre flores, entrelazadas las manos,
danzar en honor de todos los venturosos humanos
del presente, del futuro y las edades remotas.

IV

Y mi voz, entre el concierto de las graves sinfonías,
de las risas lisonjeras y las locas alegrías,
se alzó robusta y sonora con la inspiración ardiente
que enciende en el alma altiva del entusiasmo la llama,
y hace creer al que espera y hace esperar al que ama
que hay un cielo en donde vive el amor eternamente.

Del labio amargado un día por lo acerbo de los males,
como de fuente abundosa fluyó la miel a raudales,
vertiéndose en copas de oro que mi mano orló de rosas,
y bajo de los espléndidos y ricos artesonados,
en los palacios inmensos y los salones dorados,
fui como flor en quien beben perfumes las mariposas.

Los aplausos resonaban con estruendo en torno mío,
como el vendaval resuena cuando se desborda el río
por la lóbrega encañada que adusto el pinar sombrea;
genio supremo y sublime del porvenir me aclamaron,
y trofeos y coronas a mis plantas arrojaron,
cuino a los pies del guerrero vencedor en la pelea.

V

Mas un día, de aquel bello y encantado paraíso
donde con tantas victorias la suerte brindarme quiso,
volví al mundo desolado de mis antiguos amores,
cual mendigo que a su albergue torna de riquezas lleno;
pero al verme los que ausente me lloraran, de su seno
me rechazaron cual suele rechazarse a los traidores.

Y con agudos silbidos y entre sonrisas burlonas,
renegaron de mi numen y pisaron mis coronas,
de sus iras envolviéndome en la furiosa tormenta;
y sombrío y cabizbajo como Caín el maldito,
el execrable anatema llevando en la frente escrito,
refugio busqué en la sombra para devorar mi afrenta.

VI

No hay mancha que siempre dure, ni culpa que perdonada
deje de ser, si con llanto de contrición fue regada;
así, cuando de la mía se borró el rastro infamante,
como en el cielo se borra el de la estrella que pasa,

pasé yo entre los mortales como el pie sobre la brasa,
sin volver atrás los ojos ni mirar hacia adelante.

Y a mi corazón le dije: "Si no es vano tu ardimiento
y en ti el manantial rebosa del amor y el sentimiento,
fuentes en donde el poeta apaga su sed divina,
sé tú mi musa, y cantemos sin preguntarle a las gentes
si aman las alegres trovas o los suspiros dolientes,
si gustan del sol que nace o buscan al que declina."

* * *

Mientras el hielo las cubre
con sus hilos brillantes de plata,
todas las plantas están ateridas,
ateridas como mi alma.

Esos hielos para ellas
son promesa de flores tempranas,
son para mí silenciosos obreros
que están tejiéndome la mortaja.

* * *

Pensaban que estaba ocioso
en sus prisiones estrechas,
y nunca estarlo ha podido
quien firme al pie de la brecha,
en guerra desesperada
contra sí mismo pelea.

Pensaban que estaba solo,
y no lo estuvo jamás
el forjador de fantasmas,
que ve siempre en lo real
lo falso, y en sus visiones
la imagen de la verdad.

* * *

Brillaban en la altura cual moribundas chispas,
las pálidas estrellas,
y abajo..., muy abajo, en la callada selva,
sentíanse en las hojas próximas a secarse,
y en las marchitas hierbas,
algo como estallidos de arterias que se rompen
y huesos que se quiebran.
¡Qué cosas tan extrañas finge una mente enferma!

Tan honda era la noche,
la oscuridad tan densa,
que ciega la pupila
si se fijaba en ella,
creía ver brillando entre la espesa sombra
como en la inmensa altura las pálidas estrellas.
¡Qué cosas tan extrañas se ven en las tinieblas!

En su ilusión, creyóse por el vacío envuelto,
y en él queriendo hundirse
y girar con los astros por el celeste piélago,
fue a estrellarse en las rocas, que la noche ocultaba
bajo su manto espeso.

* * *

Son los corazones de algunas criaturas
como los caminos muy transitados,
donde las pisadas de los que ahora llegan,
borran las pisadas de los que pasaron:
no será posible que dejéis en ellos,
de vuestro cariño, recuerdo ni rastro.

* * *

Al oír las canciones
que en otro tiempo oía,
del fondo en donde duermen mis pasiones
el sueño de la nada,
pienso que se alza irónica y sombría
la imagen ya enterrada
de mis blancas y hermosas ilusiones,
para decirme: —¡Necia!, lo que es ido
¡no vuelve!; lo pasado se ha perdido
como en la noche va a perderse el día,
ni hay para la vejez resurrecciones...

¡Por Dios, no me cantéis esas canciones
que en otro tiempo oía!

* * *

Vosotros que del cielo que forjasteis
vivís como Narciso enamorados,
no lograréis cambiar de la criatura
en su esencia, la misma eternamente,
los instintos innatos.

No borraréis jamás del alma humana
el orgullo de raza, el amor patrio,
la vanidad del propio valimiento,
ni el orgullo del ser que se resiste
a perder de su ser un solo átomo.

A LA LUNA

I

¡Con qué pura y serena transparencia
brilla esta noche la luna!
A imagen de la cándida inocencia,
no tiene mancha ninguna.

De su pálido rayo la luz pura
como lluvia de oro cae
sobre las largas cintas de verdura
que la brisa lleva y trae.

Y el mármol de las tumbas ilumina
con melancólica lumbre,
y las corrientes de agua cristalina
que bajan de la alta cumbre.

La lejana llanura, las praderas,
el mar de espuma cubierto
donde nacen las ondas plañideras,
el blanco arenal desierto,

la iglesia, el campanario, el viejo muro,
la ría en su curso varia,
todo lo ves desde tu cenit puro,
casta virgen solitaria.

II

Todo lo ves, y todos los mortales,
cuantos en el mundo habitan,
en busca del alivio de sus males,
tu blanca luz solicitan.

Unos para consuelo de dolores,
otros tras de ensueños de oro
que con vagos y tibios resplandores
vierte tu rayo incoloro.

Y otros, en fin, para gustar contigo
esas venturas robadas
que huyen del sol, acusador testigo,
pero no de tus miradas.

III

Y yo, celosa como me dio el cielo
y mi destino inconstante,
correr quisiera un misterioso velo
sobre tu casto semblante.

Y piensa mi exaltada fantasía
que sólo yo te contemplo,
y como que es hermosa en demasía
te doy mi patria por templo.

Pues digo con orgullo que en la esfera
jamás brilló luz alguna
que en su claro fulgor se pareciera
a nuestra cándida luna.

Mas ¡qué delirio y qué ilusión tan vana
esta que llena mi mente!
De altísimas regiones soberana
nos miras indiferente.

Y sigues en silencio tu camino
siempre impasible y serena,
dejándome sujeta a mi destino
como el preso a su cadena.

Y a alumbrar vas un suelo más dichoso
que nuestro encantado suelo,
aunque no más fecundo y más hermoso,
pues no le hay bajo del cielo.

No hizo Dios cual mi patria otra tan bella
en luz, perfume y frescura,
sólo que le dio en cambio mala estrella,
dote de toda hermosura.

IV

Dígote, pues, adiós, tú, cuanto amada,
indiferente y esquiva;
¿qué eres al fin, ¡oh, hermosa!, comparada
al que es llama ardiente y viva?

Adiós..., adiós, y quiera la fortuna,
descolorida doncella,
que tierra tan feliz no halles ninguna
como mi Galicia bella.

Y que al tornar viajera sin reposo
de nuevo a nuestras regiones,
en donde un tiempo el celta vigoroso
te envió sus oraciones,

en vez de lutos como un tiempo, veas
la abundancia en sus hogares,
y que en ciudades, villas y en aldeas
han vuelto los ausentes a sus lares.

* * *

"Yo en mi lecho de abrojos,
tú en tu lecho de rosas y de plumas;
verdad dijo el que dijo que un abismo
media entre mi miseria y tu fortuna.

Mas yo no cambiaría
por tu lecho mi lecho,
pues rosas hay que manchan y emponzoñan,
y abrojos que a través de su aspereza
nos conducen al cielo."

* * *

Con ese orgullo de la honrada y triste
miseria resignada a sus tormentos,
la virgen pobre su canción entona
en el mísero y lóbrego aposento,
y allí otra voz murmura al mismo tiempo:

"Entre plumas y rosas descansemos,
que hallo mejor anticipar los goces
de la gloria en la tierra, y que impaciente
por mí aguarde el infierno; el infierno
a quien vence el que ha pecado
con su arrepentimiento.
¡Bien hayas tú, la que el placer apuras;
y tú, pobre y ascética, mal hayas!
La vida es breve, el porvenir oscuro,
cierta la muerte, y venturosa aquella
que, en vez de sueños, realidades ama."

Ella, triste, de súbito suspira
interrumpiendo su cantar, y bañan,

frías y silenciosas,
su semblante las lágrimas.

¿Quién levantó tal tempestad de llanto
en aquella alma blanca y sin rencores
que aceptaba serena su desdicha,
con fe esperando en los celestes dones?
¡Quién! El perenne instigador oculto
de la insidiosa duda; el monstruo informe
que ya es la fiebre del carnal deseo,
ya el montón de oro que al brillar corrompe,
ya de amor puro la fingida imagen:
otra vez el de siempre..., ¡Mefistófeles!

Que aunque hoy así no se le llame, acaso
proseguirá sin nombre la batalla,
porque mudan los nombres, mas las cosas
eternas, ni se mudan ni se cambian.

* * *

Viéndome perseguido por la alondra
que en su rápido vuelo
arrebatar me quiso en su piquillo
para dar alimento a sus polluelos,

yo, diminuto insecto de alas de oro,
refugio hallé en el cáliz de una rosa,
y allí viví dichoso desde el alba
hasta la nueva aurora.

Mas aunque era tan fresca y perfumada
la rosa, como yo no encontró abrigo
contra el viento, que alzándose en el bosque
arrastróla en revuelto torbellino.

Y rodamos los dos en fango envueltos
para ya nunca levantarse ella,
y yo para llorar eternamente
mi amor primero y mi ilusión postrera.

* * *

De repente los ecos divinos
que en el tiempo se apagaron,
desde lejos de nuevo llamáronle
con el poderoso encanto
que del fondo del sepulcro
hizo levantar a Lázaro.

Agitóse al oírlos su alma
y volvió de su sueño letárgico
a la vida, como vuelve
a su patria el desterrado
que ve al fin los lugares queridos,
mas no a los seres amados.

Alma que has despertado,
vuelve a quedar dormida;
no es que aparece el alba,
es que ya muere el día
y te envía en su rayo postrero
la postrimera caricia.

* * *

Si al festín de los dioses llegas tarde,
ya del néctar celeste
que rebosó en las ánforas divinas
sólo, alma triste, encontrarás las heces.

Mas aun así de su amargor dulcísimo
conservarás tan íntimos recuerdos,
que bastarán a consolar tus penas
de la vida en el áspero desierto.

* * *

La palabra y la idea... Hay un abismo
entre ambas cosas, orador sublime.
Si es que supiste amar, di: cuando amaste,
¿no es verdad, no es verdad que enmudeciste?

Cuando has aborrecido, ¿no has guardado
silencioso la hiel de tus rencores
en lo más hondo y escondido y negro
que hallar puede en sí un hombre?

Un beso, una mirada,
suavísimo lenguaje de los cielos;
un puñal afilado, un golpe alevé,
expresivo lenguaje del infierno.

Mas la palabra en vano
cuando el odio o el amor llenan la vida,
al convulsivo labio balbuciente
se agolpa y precipita.

¡Que ha de decir! Desventurada y muda,
de tan hondos, tan íntimos secretos,
la lengua humana, torpe, no traduce
el velado misterio.

Palpita el corazón enfermo y triste,
languidece el espíritu, he aquí todo;
después se rompe el frágil
vaso, y la esencia elévase a lo ignoto.

* * *

"Los muertos van de prisa",
el poeta lo ha dicho;
van tan de prisa, que sus sombras pálidas
se pierden del olvido en los abismos
con mayor rapidez que la centella
se pierde en los espacios infinitos.

"Los muertos van de prisa"; mas yo creo
que aun mucho más de prisa van los vivos.
¡Los vivos!, que con ansia abrasadora,
cuando apenas vivieron
un instante de gloria, un solo día
de júbilo, y mucho antes de haber muerto,
unos a otros sin piedad se entierran
para heredarse presto.

* * *

A sus plantas se agitan los hombres,
como el salvaje hormiguero
en cualquier rincón oculto
de un camino olvidado y desierto.
¡Cuál le irritan sus gritos de júbilo,
sus risas y sus acentos,
gratos como la esperanza,
como la dicha soberbios!

Todos alegres se miran,
se tropiezan, y en revuelto
torbellino van y vienen
a la luz de un sol espléndido,
del cual tiene que ocultarse,
roto, miserable, hambriento.

¡Ah!, si él fuera la nube plomiza
que lleva el rayo en su seno,
apagara la antorcha celeste
con sus enlutados velos,
y llenara de sombras el mundo
cual lo están sus pensamientos.

* * *

Era en abril, y de la nieve al peso
aún se doblaron los morados lirios;
era en diciembre, y se agostó la hierba
al sol, como se agosta en el estío.

En verano o en invierno, no lo dudes,
adulto, anciano o niño,
y hierba y flor, son víctimas eternas
de las amargas burlas del destino.

Sucumbe el joven, y encorvado, enfermo,
sobreviene el anciano; muere el rico
que ama la vida, y el mendigo hambriento
que ama la muerte es como eterno vivo.

* * *

Prodigando sonrisas
que aplausos demandaban,
apareció en la escena, alta la frente,
soberbia la mirada,
y sin ver ni pensar más que en sí misma,
entre la turba aduladora y mansa
que la aclamaba sol del universo,
como noche de horror pudo aclamarla,
pasó a mi lado y arrollarme quiso
con su triunfal carroza de oro y nácar.
Yo me aparté, y fijando mis pupilas
en las suyas airadas:
—¡Es la inmodestia!— al conocerla dije,
y sin enojo la volví la espalda.

Mas tú cree y espera, ¡alma dichosa!,
que al cabo ése es el sino
feliz de los que elige el desengaño
para llevar la palma del martirio.

LAS CAMPANAS

Yo las amo, yo las oigo
cual oigo el rumor del viento,
el murmurar de la fuente
o el balido del cordero.

Como los pájaros, ellas,
tan pronto asoma en los cielos
el primer rayo del alba,
le saludan con sus ecos.

Y en sus notas, que van repitiéndose
por los llanos y los cerros,
hay algo de candoroso,
de apacible y de halagüeño.

Si por siempre enmudecieran,
¡qué tristeza en el aire y el cielo!,
¡qué silencio en las iglesias!,
¡qué extrañeza entre los muertos!

* * *

En la altura los cuervos graznaban,
los deudos gemían en torno del muerto,
y las ondas airadas mezclaban
sus bramidos al triste concierto.

Algo había de irónico y rudo
en los ecos de tal sinfonía;
algo negro, fantástico y mudo
que del alma las cuerdas hería.

Bien pronto cesaron los fúnebres cantos,
esparcióse la turba curiosa,
acabaron gemidos y llantos
y dejaron al muerto en su fosa.

Tan sólo a lo lejos, rasgando la bruma,
del negro estandarte las orlas flotaron,
como flota en el aire la pluma
que al ave nocturna los vientos robaron.

* * *

Ansia que ardiente crece,
vertiginoso vuelo
tras de algo que nos llama
con murmurar incierto,
sorpresas celestiales,
dichos que nos asombran:
así cuando buscamos lo escondido,
así comienzan del amor las horas.

Inaplacable angustia,
hondo dolor del alma,
recuerdo que no muere,
deseo que no acaba,
vigilia de la noche,
torpe sueño del día,

es lo que queda del placer gustado,
es el fruto podrido de la vida.

* * *

Aunque mi cuerpo se hiela,
me imagino que me quemo;
y es que el hielo algunas veces
hace la impresión del fuego.

* * *

A las rubias envidias
porque naciste con color moreno,
y te parecen ellas blancos ángeles
que han bajado del cielo.
¡Ah!, pues no olvides, niña,
y ten por cosa cierta,
que mucho más que un ángel siempre pudo
un demonio en la tierra.

* * *

De este mundo en la comedia
eterna, vienen y van
bajo un mismo velo envueltas
la mentira y la verdad;
por eso al verlas el hombre
tras del mágico cendal
que vela la faz de entrambas,
nunca puede adivinar
con certeza cuál es de ellas
la mentira o la verdad.

* * *

Triste loco de atar el que ama menos
le llama al que ama más;
y terco impenitente, al que no olvida
el que puede olvidar.

Del rico el pobre en su interior maldice,
cual si él rico no fuera si pudiese,
y aquél siente hacia el pobre lo que el blanco
hacia las razas inferiores siente.

* * *

Justicia de los hombres, yo te busco,
pero sólo te encuentro

en la *palabra*, que tu nombre aplaude,
mientras te niega tenazmente el hecho.

—Y tú, ¿dónde resides —me pregunto
con aflicción—, justicia de los cielos,
cuando el pecado es obra de un instante
y durará la expiación terrible
mientras dure el infierno?

* * *

Sed de amores tenía, y dejaste
que la apagase en tu boca,
¡piadosa samaritana!,
y te encontraste sin honra,
ignorando que hay labios que secan
y que manchan cuanto tocan.

¡Lo ignorabas..., y ahora lo sabes!
Pero yo sé también, pecadora
compasiva, porque a veces
hay compasiones traidoras,
que si el sediento volviese
a implorar misericordia,
su sed de nuevo apagaras,
samaritana piadosa.

No volverá, te lo juro;
desde que una fuente enlodan
con su pico esas aves de paso,
se van a beber a otra.

* * *

Sintiéndose acabar con el estío
la desahuciada enferma,

—¡Moriré en el otoño!
—pensó entre melancólica y contenta—,
y sentiré rodar sobre mi tumba
las hojas también muertas.

Mas... ni aun la muerte complacer la quiso,
cruel también con ella;
perdonóle la vida en el invierno,
y cuando todo renacía en la tierra
la mató lentamente, entre los himnos
alegres de la hermosa primavera.

* * *

Una cuerda tirante guarda mi seno
que al menor viento lanza siempre un gemido;
mas no repite nunca más que un sonido
monótono, vibrante, profundo y lleno.

* * *

Fue ayer y es hoy y siempre:
al abrir mi ventana,
veo en Oriente amanecer la aurora,
después hundirse el sol en lontananza.

Van tantos años de esto,
que cuando a muerto tocan,
yo no sé si es pecado, pero digo:
—¡Qué dichoso es el muerto, o qué dichosa!

* * *

¡No! No ha nacido para amar, sin duda,
ni tampoco ha nacido para odiar,
ya que el amor y el odio han lastimado
su corazón de una manera igual.

Como la dura roca
de algún arroyo solitario al pie,
inmóvil y olvidado anhelaría
ya vivir sin amar ni aborrecer.

* * *

Al caer despeñado en la hondura
desde la alta cima,
duras rocas quebraron sus huesos,
hirieron sus carnes agudas espinas,
y el torrente de lecho sombrío,
rasgando sus linfas
y entreabriendo los húmedos labios,
vino a darle su beso de muerte,
cerrando en los suyos el paso a la vida.

Despertáronle luego, y temblando
de angustia y de miedo,
—¡Ah!, ¿por qué despertar? —preguntóse
después de haber muerto.

Al pie de su tumba
con violados y ardientes reflejos,
flotando en la niebla
vio dos ojos brillantes de fuego
que al mirarle ahuyentaban el frío
de la muerte, templando su seno.

Y del yermo sin fin de su espíritu
ya vuelto a la vida, rompiéndose el hielo,
sintió al cabo brotar en el alma
la flor de la dicha, que engendra el deseo.

Dios no quiso que entrase infecunda
en la fértil región de los cielos;
piedad tuvo del ánimo triste
que el germen guardaba de goces eternos.

* * *

Desde los cuatro puntos cardinales
de nuestro buen planeta
—joven, pese a sus múltiples arrugas—,
miles de inteligencias
poderosas y activas,
para ensanchar los campos de la ciencia,
tan vastos ya que la razón se pierde
en sus frondas inmensas,
acuden a la cita que el progreso
les da desde su templo de cien puertas.

Obreros incansables, yo os saludo,
llena de asombro y de respeto llena,
viendo como la Fe que guió un día
hacia el desierto al santo anacoreta,
hoy con la misma venda transparente
hasta el umbral de lo imposible os lleva.
¡Esperad y creed!, crea el que cree,
y ama con doble ardor aquel que espera.

Pero yo en el rincón más escondido
y también más hermoso de la tierra,
sin esperar a Ulises,
que el nuestro ha naufragado en la tormenta,
semejante a Penélope
tejo y destejo sin cesar mi tela,
pensando que ésta es del destino humano
la incansable tarea,
y que, ahora subiendo, ahora bajando,
unas veces con luz y otras a ciegas,

cumplimos nuestros días y llegamos
más tarde o más temprano a la ribera.

* * *

Aún otra amarga gota en el mar sin orillas
donde lo grande pasa de prisa y lo pequeño
desaparece o se hunde, como piedra arrojada
de las aguas profundas al estancado légamo.

Vicio, pasión, o acaso enfermedad del alma,
débil a caer vuelve siempre en la tentación.
Y escribe como escriben las olas en la arena,
el viento en la laguna y en la neblina el sol.

Mas nunca nos asombra que trine o cante el ave,
ni que eterna repita sus murmullos el agua;
canta, pues, ¡oh poeta!, canta, que no eres menos
que el ave y el arroyo que armonioso se arrastra.

* * *

En incesante encarnizada lucha,
en pugilato eterno,
unos tras otros al palenque vienen
para luchar, seguidos del estruendo
de los aplausos prodigados siempre
de un modo igual a todos. Todos genios
sublimes e inmortales se proclaman
sin rubor; mas bien presto
al ruido de la efímera victoria
se sucede el silencio
sepulcral del olvido, y juntos todos,
los grandes, los medianos, los pequeños,
cual en tumba común, perdidos quedan
sin que nadie se acuerde que existieron.

* * *

Glorias hay que deslumbran, cual deslumbra
el vivo resplandor de los relámpagos,
y que como él se apagan en la sombra,
sin dejar de su luz huella ni rastro.

Yo prefiero a ese brillo de un instante,
la triste soledad donde batallo,
y donde nunca a perturbar mi espíritu
llega el vano rumor de los aplausos.

* * *

¡Oh gloria!, deidad vana cual todas las deidades
que en el orgullo humano tienen altar y asiento,
jamás te rendí culto, jamás mi frente altiva
se inclinó de tu trono ante el dosel soberbio.

En el dintel oscuro de mi pobre morada
no espero que detengas el breve alado pie;
porque jamás mi alma te persiguió en sus sueños,
ni de tu amor voluble quiso gustar la miel.

¡Cuántos te han alcanzado que no te merecían,
y cuántos cuyo nombre debiste hacer eterno,
en brazos del olvido más triste y más profundo
perdidos para siempre duermen el postrer sueño!

DIALOGO DE UNA CANTANTE Y POETA (INMACULADA REJÓN) Y EL ESPIRITU DE ROSALÍA DE CASTRO (CARMEN CARRASCO RAMOS)

INMACULADA REJÓN- El Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa ha elegido para el año 2018, durante sus 24 horas de Poesía coincidiendo en el mes de marzo con el día mundial de la poesía, homenajear la figura de Rosalía de Castro. Poeta y escritora, gloria de las letras gallegas y figura universal. Artífice del resurgimiento de la lengua y literatura gallegas cuyos versos, llenos de sensibilidad y amor a Galicia, a sus gentes y sus paisajes, son un alegato y denuncia contra las injusticias, la pobreza del pueblo gallego y una exaltación de su querida tierra...



ROSALÍA- No te asombres. Soy el espíritu de Rosalía de Castro que, agradecida a este homenaje que se me hace, he descendido desde la gloria en que habito haciéndome visible a los mortales por un corto intervalo de tiempo. No te acerques ni trates de tocarme. Ten en cuenta que soy un espíritu intangible y lo que estás viendo, y asimismo el resto de los presentes, es tan sólo una ilusión de vuestros sentidos. Imaginad que estáis soñando. *No importa que los sueños sean mentira, ya que al caso es verdad que es venturoso el que soñando muere, infeliz el que vive sin soñar.*

Tranquilízate, pues, y, como sospecho que sientes lógica curiosidad, al verme, por saber cosas sobre mí y mi obra, te permito que me hagas las preguntas que quieras y yo, tornando al tiempo pasado, contestaré a cuanto desees saber.



INMACULADA REJÓN - Teniendo ante mí a una figura mítica, mujer adelantada a su tiempo, luchadora y precursora del movimiento feminista y defensora de sus derechos, que contribuyó al renacimiento de la lengua gallega, cuya obra ha sido traducida al francés, ruso, japonés y alemán, estoy tan confusa, que no sé por dónde empezar.

ROSALÍA- Puedes comenzar retrocediendo a aquella madrugada de un 24 de febrero de 1837 en que vine al mundo en la ciudad de Santiago de Compostela. *Nací cando as prantas nacen / nunha alborada mainiña. / Por eso me chaman Rosa. / Con espiñas para todos, / sin ningunha para ti.*

Mi primera desgracia fue nacer, como dijo... ahora no recuerdo qué filósofo. ¡Ah, sí! Rousseau. Ten en cuenta que tengo muchos años y la memoria falla. Como dije, ya vine desgraciada a este mundo pues mi progenitor, aunque quisieron ocultarlo, fue el sacerdote José Martínez Viejo y mi madre, María Teresa de la Cruz Castro, una mujer soltera y de escasos recursos económicos. Tuvo que amadrinarme una fiel sirvienta de mi madre para librarme de entrar en la inclusa. En mi bautizo me pusieron los nombres de María Rosalía Rita, haciéndose cargo posteriormente de mi custodia una tía paterna hasta que, por fin, a la edad de trece años, me quedé definitivamente con mi madre, viviendo en la aldea de Castro de Ordoño. Has de saber que mis primeros versos los compuse a la temprana edad de doce años ya que recibí una formación muy superior a la que se acostumbraba dar a las

jóvenes de mi tiempo. Hablaba francés. Dibujaba. Tocaba el piano y la guitarra. Cantaba e, incluso, intervenía como actriz en funciones teatrales.

Durante mis años de estancia en la aldea tomé conciencia de lo dura que era la vida del labriego, aprendí su lengua, conocí sus costumbres, la pobreza en que vivían, viéndose obligados por la miseria a emigrar a otras tierras.

La miseria seca el alma y los ojos también. Estas vivencias posteriormente influyeron en mí cuando escribí “Cantares gallegos”.

INMACULADA REJÓN - Triste infancia la suya, Rosalía, pero aquellas vivencias sirvieron para inspirarle esos maravillosos versos que nos ha dejado en su extensa obra. Señora, quisiera resaltar en nuestra charla, si le parece bien, sólo su obra como poeta, dejando a un lado sus creaciones como prosista, de indudable valor literario también.



ROSALÍA- Bien, hablemos de mí tan sólo como poeta, aunque en prosa también publiqué ensayos, artículos, todos inconformistas y transgresores para la época, y novelas tales como: La hija del mar. Flavio. Canto gallego. Ruinas. El caballero de las botas azules...

INMACULADA REJÓN - ¿Sería muy atrevido por mi parte pedirle que recitase algún poema, ya que gozo de ese privilegio?

ROSALÍA- Te complaceré, si así me lo pides. Para ello voy a elegir, no podía ser menos, un poema dedicado a la miña terra, a Galicia y sus hermosos paisajes: “Lugar más hermoso”.

Lugar máis hermoso
non houbo na terra
que aquel que eu miraba,

que aquel que me dera.

Lugar máis hermoso
no mundo n'hachara
que aquel de Galicia,
¡Galicia encantada!

Galicia florida,
cal ela ningunha,
de frores cuberta,
cuberta de espumas.

De espumas que o mare
con perlas gomita,
de frores que nacen
ó pé das fontañas.

De valles tan fondos,
tan verdes, tan frescos,
que as penas se calman
nomáis que con velos;

que os ánxeles neles
dormidos se quedan,
xa en forma de pombas,
xa en forma de niebras.

Cantarte hei, Galicia,
na lingua gallega,
consolo do males,
alivio das penas.

Que así mo pediron,
que así mo mandaron,
que cante, que cante
na lingua que falo.

Espero que hayas entendido la miña fala gallega, tan dulce, ya que no es muy difícil de comprender y hasta el mayor escritor, Alfonso X el Sabio, también escogió el gallego para cantarle a la Virgen Madre.

INMACULADA REJÓN - En efecto, señora. Sus gestos lo iban describiendo todo con gran detalle. Sus valles, sus flores, su mar...
Tengo entendido que posteriormente se trasladó usted a Madrid con su familia.

ROSALÍA- Veo que estás bien informada. Así es. Fue en el año 1856, en un florido mes de abril cuando dejé mi querido Padrón: *¡Cuán hermosa es tu vega, oh Padrón!*

¡Ay!, recordando ese tiempo me he dejado llevar por la añoranza y ha venido a mi memoria este verso de un poema mío. Los poetas somos así, la poesía es nuestra eterna compañía. ¿Dónde

estábamos? ¡Ah, sí! Cuando abandoné mi Galicia para trasladarme a vivir a Madrid. Hasta entonces toda mi obra la había escrito en gallego pero, a partir de mi llegada a Madrid, comencé a escribir en castellano siendo mi primera publicación un folleto de poesías con el título de “La flor”, poemas que fueron del agrado del historiador gallego Manuel Murguía, mencionándolo en la revista La Iberia, quien más tarde sería mi esposo.

Nos casamos dos años después, en 1858, y debo reconocer que Manuel Murguía fue la persona que más me animó a escribir y apoyó social e intelectualmente. Ten en cuenta que aquella era una época en que la mujer estaba discriminada por completo, se la menospreciaba y se discutía, incluso, si la mujer tenía alma o si podía pensar y tampoco se le permitía escribir lo que sentía o sabía. Gracias, como dije, a mi esposo pude publicar mi obra “Cantares gallegos”.

De mi matrimonio tuve siete hijos de los cuales, por desgracia, dos de ellos fallecieron a temprana edad. Quizá ello contribuyó a formar mi perfil de mujer carente de felicidad, solitaria y escéptica en el amor. No sé. Puede ser que mi naturaleza fuese así, unido, por añadidura a mi eterno pesimismo, la mala salud que siempre padecí y que fue mi triste compañera de por vida. “*Teño un mal que non te cura, / un mal que nace conmigo. / Y ese mal tan enemigo / levarám’ e a sepultura*”.

Recuerdo que en uno de los libros que le regalé a mi médico, Maximino Teijeiro, se lo firmé como *su eterna enferma*.

A la muerte de uno de mis hijos escribí un largo poema. Escucha este fragmento.

“Era apacible el día”.
Y templado el ambiente,
Y llovía, llovía
Callada y mansamente;
Y mientras silenciosa
Lloraba yo y gemía,
Mi niño, tierna rosa
Durmiendo se moría.

Al huir de este mundo, ¡qué sosiego en su frente!
Al verle yo alejarse, ¡qué borrasca en la mía! (se entristece).

Perdona mi ensimismamiento. Ya ha pasado. Los poetas estamos siempre en las nubes y yo, dada mi situación, ya me hallo un poco más allá.

INMACULADA REJÓN - Es un placer escucharla y no quiero que se entristezca ¿Querría ahora hablarme de “Cantares gallegos”, su obra más famosa junto con “Follas Novas” y “A orillas del Sar”?

ROSALÍA- “Cantares gallegos”, como explico en el prólogo, son cantigas populares gallegas, aunque también hay poemas amorosos, intimistas y sociales, temas estos por los que tanto luché: pobreza, falta de trabajo, emigración, situación de las mujeres gallegas, tan *esforzadas de corpo como brandas*



de corazón, eternamente desdichadas teniendo que realizar los trabajos agrícolas de sol a sol porque sus hombres habían de emigrar a otras tierras, generalmente a La Habana. *Este vaise i aquel vaise, e todos, todos se van. Galicia, sin homes quedas que te poidan traballar. Galicia está probe y a Habana me vou... ¡Adiós, adiós, prendas do meu corazón!* En efecto, muchos habían de partir para La Habana en busca de trabajo. En mi poema “Adiós ríos, adiós fontes” describo la tristeza del gallego que ha de abandonar su lar para marcharse lonxe, muy lonxe, lejos, muy lejos. El dolor de la separación, el dolor de la ausencia, el dolor de la nostalgia, el dolor de las emigraciones. Los dolores de Galicia hablan por mi boca en todos mis versos.



Cantares gallegos alcanzó tal éxito que fui invitada a participar en los Juegos Florales de Barcelona y escritores famosos manifestaron su admiración por el libro, siendo, incluso, traducido al catalán por Víctor Balaguer. Dicen que “Cantares gallegos” alcanzó el momento culminante del Rexistamento de las letras gallegas y dio prestigio al gallego como lengua literaria reivindicando su uso. ¿Te agradecería escuchar este poema, “Adiós ríos, adiós fontes”? Creo que es mi verso más popular, en el cual un pobre emigrante se despide de todo cuanto le rodea porque tiene que partir.

ADIÓS RÍOS, ADIÓS FONTES

Adiós ríos; adiós, fontes;
adiós, regatos pequenos;
adiós, vista dos meus ollos;
non sei cando nos veremos.

Miña terra, miña terra,
terra donde me´eu criei,
hortiña que quero tanto,
figueiriñas que prantei,
prados, ríos, arboredas,

pinares que o move o vento,
muíño dos castañares,
noites craras de luar,
campaniñas timbradoiras
da igresiña do lugar,
amoriñas das silveiras
que'eu lle daba o meu amor,
caminiños antre o millo,
¡adiós para sempre adiós!
¡Adiós, groria! ¡Adiós contento!
¡Deixo a casa en que nacín,
deixo a aldea que conozco
por un mundo que non vi!
Deixo amigos por estraños,
deixo a vega po lo mar,
deixo, en fin, canto ben quero...
¡Quen pudiera non deixar!...

INMACULADA REJÓN - Me he emocionado al escuchar este triste pero hermoso poema. ¿Sabía usted, señora, que el mismo se ha convertido en una bella canción y que a muchos de sus poemas les han puesto música, siendo cantados por los mejores intérpretes?

ROSALÍA- Sí, como dices, en verdad mi poema se ha convertido en una bella canción, cosa que me agrada ya que, en vida, como te dije, fui muy aficionada a la música, tocaba el piano y la guitarra, me gustaba cantar y dicen que no lo hacía mal y que mi voz era muy afinada.

INMACULADA REJÓN - Celebro que sea de su agrado. Y ahora, abusando de su bondad, me gustaría escuchar ese poema festivo, quizá inusual en usted, en el que una moza le pide a San Antonio que le dé un hombre, o, como dice usted, un homiño.

ROSALÍA- ¡Ah, sí! Un homiño, un hombrecito. Este poema lo escribí dedicado a las mozas casaderas que el día 13 de junio, festividad de San Antonio, le pedían al santo intercediera y les diese un home para casarse, aunque tuviese el tamaño de un grano de mijo. Ellas, jocosamente, llevarían en dote una cuchara de hierro, cuatro de madera, un hermanito y una vaquiña vieja... Vaya, pues, ya que desees escuchar este poema festivo, puesto que en esta faceta apenas se me conoce, siempre envuelta en melancolía porque *frío o calor, otoño o primavera, ¿dónde se encuentra la alegría? Para el alma desolada y huérfana no hay estación risueña ni propicia.*

Vamos, pues, con San Antonio bendito y la rapaza casadera.

Meu santo, San Antonio,
daime un homiño
unque o tamaño teña
dun gran de millo.

Daimo, meu santo,
unque os pés teña coxos,
mancos os brazos.

Unha muller sin home...

¡santo bendito!
e corpiño sin alma,
festa sin trigo,

Mais en tendo un homiño,
¡Virxe do Carmen!,
non hai mundo que chegue
para un folgarse!

Facé, meu San Antonio,
que onda min veña
para casar connigo,
nena solteira;

que levo en dote
unha culler de ferro
catro de boxe,

un hirmanciño novo
que xa ten dentes,
unha vaquiña vella
que non dá leite...

San Antonio bendito,
dádeme un home,
Que, zambo ou trencó,
sempre é bo ter un home
para un remedio.

INMACULADA REJÓN - Gracias, Rosalía. Es un poema lleno de gracia que ha puesto una nota festiva y de humor. Y ahora, ¿querría hablarme sobre su libro de poemas “Follas novas”?

ROSALÍA- Con mucho gusto. Ten en cuenta que he llegado hasta aquí para complacer todas tus preguntas. “Follas novas”, cuyo significado es Hojas nuevas, mi segundo y último libro en lengua gallega, es un poemario que publiqué en el año 1880, aunque ya hacía diez años que lo había escrito, reflejando en él mi espíritu perenne envuelto en melancolía. Quise hablar, una vez más, sobre cosas de mi tierra, de mi lengua. El prologuista del libro, el orador Emilio Castelar, dijo: *Si la literatura gallega no tuviese ningún otro libro de Rosalía de Castro, Follas novas bastábale para su lucimiento y su gloria*. Al principio, el libro es un poco como una continuación de “Cantares gallegos”, pero en el resto de las composiciones trato temas tan diferentes y variados tales como versos intimistas, la búsqueda del sentido de la existencia, la injusticia social, costumbres populares, poemas de denuncia, de abandono social, por lo cual fui muy criticada e, incluso, no se me consideraba ni como poeta ni como escritora, siendo menospreciada y marginada. Entre mis detractores se destacó la novelista Emilia Pardo Bazán, la cual me presentó como una escritora regional, enferma de melancolía. Aunque también defendieron mi obra los poetas de la generación del noventa y ocho, como Azorín, Unamuno, que alabó mi calidad literaria, y Juan Ramón Jiménez, el cual me otorgó el calificativo de innovadora y precursora del modernismo español. Tuvo que transcurrir mucho tiempo, tras mi fallecimiento, para que se me reconociera y fuese incluida entre los grandes poetas de la literatura española, precursora de

la poesía moderna y figura emblemática del Rexurdimento gallego. Dicho sea esto con toda modestia pues *no subas tan alto, pensamiento, que el que más alto sube más hondo cae*.

INMACULADA REJÓN - Y con todo merecimiento, Rosalía, ya que “Follas novas” es considerada su obra más rica y profunda.

ROSALÍA- No soy yo quien ha de juzgarla. Tan sólo te diré que el sentimiento y la saudade salen a flor de piel en mis versos, los cuales son prolongación de mi propio cuerpo, sufriendo por la penuria y el infortunio del gallego, atreviéndome a denunciar unos hechos que, para el año 1880, era una osadía. Sufrí los mismos dolores que las mujeres gallegas, *viudas de vivos y viudas de mortos*, y fui su voz, su voz en la miña fala galega, denostada y despreciada en aquellos años. Un poema contenido en este libro, “Negra sombra”, dicen que es un reflejo de mí misma.

INMACULADA REJÓN - Lo conozco y, según la crítica, es su poema más valorado y también ha sido cantado por diversos intérpretes, incluso por los segadores cuando realizan las faenas en el campo.

ROSALÍA- Lo sé. Hasta el lugar donde me hallo también llega lo que sucede en la tierra y sé que “Negra sombra”, a pesar de contener tan sólo cuatro estrofas y dieciséis versos, se ha convertido en un poema y canción mítica para Galicia. Es un poema existencialista y en él muestro nuevamente mi pesimismo y temor a la muerte, esa negra sombra que siempre nos cubre, el fantasma que atenazó mi vida. Dicen que la ese de esa sombra serpentea por todo el poema y que mi vida está representada en él. Yo ya me encontraba muy enferma cuando lo escribí.

También a este poema le fue compuesta una bella música y se presentó en el Gran teatro de La Habana en 1892, pasando desde entonces a ser un poema emblemático para el pueblo gallego.

NEGRA SOMBRA

Cuando pienso que te fuiste,
negra sombra que me asombras,
a los pies de mis cabezales,
tornas haciéndome mofa.

Cuando imagino que has ido,
en el mismo sol te muestras,
y eres la estrella que brilla,
y eres el viento que zumba.

Si cantan, eres tú que cantas,
si lloran, eres tú que lloras,
y eres el murmullo del río
y eres la noche y eres la aurora.

En todo estás y tú eres todo
para mí y en mí misma moras,
ni me abandonarás nunca,
sombra que siempre me asombras.

INMACULADA REJÓN - Hermoso poema, pese a su tristeza. En los versos se refleja que su salud, siempre delicada, se hallaba ya muy deteriorada. Sin embargo, aún escribió usted un último libro antes de morir.

ROSALÍA- En efecto, en 1884, un año antes de que yo partiese hacia el lugar en que ahora me hallo, publiqué, en lengua castellana, un poemario, “En las orillas del Sar”, que viene a ser una recopilación de mis poemas. En él siento el anhelo por encontrar un asidero, una creencia en un Ser Superior, ya que por aquellos años sufrí una crisis de fe, para poder soportar el dolor que me producía la realidad. Dicen que en mis versos domina un dramatismo amargo, pero no exento de musicalidad y ternura. A medio camino entre el romanticismo y el modernismo.

INMACULADA REJÓN - ¿Sería abusar mucho por mi parte si le pidiese que recite un poema de su último libro “A orillas del Sar?”

ROSALÍA- Vaya, pues, un último poema para ti en el que trato a las plantas, a los pájaros, a los ríos y a la naturaleza en general, como si fueran seres vivos que hablaran y sintieran. En el que sueño, pese a que me tildaran de loca por soñar.

Dicen que no hablan las plantas, ni las fuentes, ni los pájaros,
ni el Onda con sus rumores, ni con su brillo los astros,
lo dicen, pero no es cierto, pues siempre cuando yo paso,
de mí murmuran y exclaman:

Ahí va la loca soñando
con la eterna primavera de la vida y de los campos,
y ya bien pronto, bien pronto, tendrá los cabellos canos,
y ve temblando, aterida, que cubre la escarcha el prado.

Hay canas en mi cabeza, hay en los prados escarcha,
mas yo prosigo soñando, pobre, incurable sonámbula,
con la eterna primavera de la vida que se apaga
y la perenne frescura de los campos y las almas,
aunque los unos se agostan y aunque las otras se abrasan.

Astros y fuentes y flores, no murmuréis de mis sueños,
sin ellos, ¿cómo admiraros ni cómo vivir sin ellos?

INMACULADA REJÓN - Bellísimo poema exaltando a la madre naturaleza.

ROSALÍA- Gracias. Sé que en mi tiempo causé cierta incompreensión entre mis lectores, ya que experimenté nuevos ritmos con ciertas dosis de originalidad en mis poemas. Pero, pese a mi mala salud, luché a través de mi obra literaria por el renacimiento de la lengua gallega dándole un carácter de lengua culta a través de sus paisajes y el sentimiento de sus gentes. Quise describir nuestra morriña, nuestra saudade y la soledad que sentían los que se iban a tierras extrañas y los que quedaban en la aldea llorando su ausencia. Denuncié las injusticias y traté de reivindicar a la mujer gallega, tan sufrida, incluso en el mundo de las Letras.

Luché hasta que la enfermedad, aquel mal que tantos años, oculto en mi vientre, acabó con mi vida en Padrón un 15 de julio de 1885, tan sólo a la edad de cuarenta y ocho años. Y es tal el amor que sentí por Galicia y su mar que a punto de expirar exclamé: *¡Abre esa ventana que quiero ver el mar!* Deliraba. Padrón, donde fallecí, no tiene mar.

Y ya debo dejarte, hija mía, pues el tiempo que se me había concedido de estar en este mundo terrenal está tocando a su fin. Sólo me resta añadir que:

Mis versos no fueron escritos en busca de triunfos ni de alabanzas. Yo deseé que mis libros pasasen como un perfume agreste que nace de las campiñas siempre verdes de mi tierra, de sus playas siempre hermosas, de sus mares. Quise que llegasen a los corazones que aman a mi querida tierra de Galicia. Luché por ella con mis versos y fui libre como los pájaros. Libre fue mi corazón y mi alma. Nada pudo contener la marcha de mis pensamientos y ellos fueron la ley que rigió mi destino. ¡Fui libre! ¡Y sólo la muerte pudo vencerme!



INMACULADA REJÓN - Se fue el espíritu de Rosalía pero su obra y su recuerdo permanecerán para siempre. Ahora es considerada la encarnación y símbolo del pueblo gallego, el cual la adora y la ha convertido en un mito. Se le han levantado estatuas, monumentos, dado su nombre a calles, plazas, jardines, teatros, coros musicales, bibliotecas. El día 17 de mayo la Real Academia Gallega lo ha instituido como Día de la Letras Gallegas en su honor. Y en Padrón hay una hermosa Casa Museo dedicada a su memoria conteniendo todas sus obras, fotografías y recuerdos personales, rodeado de bellos jardines donde nacen cientos de camelias. Desapareció el espíritu de Rosalía, pero el eco de su voz y la belleza de sus versos quedarán para siempre entre nosotros como esta flor, esta camelia simbólica, que me dejó como recuerdo y que conservaré para siempre.

Carmen Carrasco, Delegada nacional de poesía Granada Costa.



CUARTA EDICIÓN 24 HORAS DE POESÍA DEL PROYECTO NACIONAL DE CULTURA GRANADA COSTA

La cuarta edición de 24 horas de poesía Granada Costa dedicadas a homenajear a Rosalía de Castro durante los días 20 y 21 de marzo de 2018 puedo afirmar que han sido un gran éxito por los motivos siguientes: 1º: por el marco incomparable que hemos tenido este año, el Teatro Municipal de la Casa de la Cultura de Huétor-Tájar, 2º: por el gran número de participantes que han intervenido y 3º: por la coordinación de los compañeros de Huétor-Tájar en los que quiero destacar a nuestra compañera Jacinta Ortiz Mesa, a Victoria Expósito Conde, Ana López Cózar, Juan Miguel Jaimez Pérez, Alicia Ruiz Sánchez y María Dolores López (Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Huétor-Tájar), Mayka Gómez Reinoso (técnica de cultura del Ayuntamiento de Huétor-Tájar) y José Molina Pinilla (encargado del control del Teatro) y nuestros compañeros que tuvieron a bien desplazarse para quedarse allí las 24 horas: Pepa Cortés, José Heredia, Francelina Robin y su marido Claude, Marisi Moreau y su marido José González Mesa, Jesús Alonso, Francisco Rossi, Chus Pineda, Inmaculada Rejón, Carmen Carrasco Ramos, Antonio Bonet San Cler, José Manuel Balaguer y los técnicos, Abdón acompañado por su mujer, y Antonio Manuel Segura.

La cuarta edición de 24 horas de poesía Granada Costa dedicadas a homenajear a Rosalía de Castro durante los días 20 y 21 de marzo de 2018 puedo afirmar que han sido un gran éxito por los motivos siguientes: 1º: por el marco incomparable que hemos tenido este año, el Teatro Municipal de la Casa de la Cultura de Huétor-Tájar, 2º: por el gran número de participantes que han intervenido y 3º: por la coordinación de los compañeros de Huétor-Tájar en los que quiero destacar a nuestra compañera Jacinta Ortiz Mesa, a Victoria Expósito Conde, Ana López Cózar, Juan Miguel Jaimez Pérez, Alicia Ruiz Sánchez y María Dolores López (Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Huétor-Tájar), Mayka Gómez Reinoso (técnica de cultura del Ayuntamiento de Huétor-Tájar) y José Molina Pinilla (encargado del control del Teatro) y nuestros compañeros que tuvieron a bien desplazarse para quedarse allí las 24 horas: Pepa Cortés, José Heredia, Francelina Robin y su marido Claude, Marisi Moreau y su marido José González Mesa, Jesús Alonso, Francisco Rossi, Chus Pineda, Inmaculada Rejón, Carmen Carrasco Ramos, Antonio Bonet San Cler, José Manuel Balaguer, los técnicos Abdón acompañado por su mujer y Antonio Manuel Segura.

Breve Pincelada de nuestro recorrido en las 24 Horas

En el año 2015, el Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa se planteó celebrar sus primeras 24 Horas de Poesía en las que estaba la incertidumbre de si se podrían mantener 24 horas seguidas de poesía o no. Para esta ocasión se eligió como poeta homenajeadado a Gustavo Adolfo Bécquer y que el lugar de celebración sería el Salón de Actos del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa. Al final se de-



Inmaculada Rejón, presentadora del acto



Mayka Gómez, Alfredo Arrebola, Pepe Segura, María Dolores López y Carmen Carasco

mostró que nuestro Proyecto ya estaba preparado para este tipo de eventos, terminando con gran éxito las primeras 24 Horas. Esto nos animó a celebrar las siguientes 24 horas de poesía para el año 2016, coincidiendo también con el Día Internacional de la Poesía y la poeta homenajeada en esta ocasión fue Santa Teresa de Jesús. El marco elegido fue el hotel Helios de Almuñécar y ya en esta





ocasión contamos con representación teatral de la poesía, donde uno de los puntos a destacar fue la diversidad de vestuario que tuvimos, basado en el siglo XVI, más la edición de un libro por primera vez con la vida y obra de Santa Teresa y una recopilación de las 24 horas de poesía.



Finalizadas estas 24 Horas, el día 21 de marzo y con alegría en los rostros de todos los presentes por haber conseguido uno de los retos más importantes del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa, dimos a conocer que las próximas 24 horas para el año 2017 serían en honor al primer poeta y escritor en lengua castellana, Gonzalo de Berceo. El marco elegido para estas 24 horas fue el salón de actos de la Casa de Cultura de Molvízar. Finalizadas estas 24 horas con gran éxito de nuevo, por



votación popular de los allí presentes se decide homenajear para la próxima edición del evento en 2018 a la poeta gallega Rosalía de Castro.

Para la preparación de este Homenaje a Rosalía de Castro, desde el Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa nos pusimos al habla con el Museo Fundación de Rosalía en Padrón, Galicia, para que nos mandasen parte de su obra y biografía, y ellos, con sumo interés y gusto nos mandaron todo lo solicitado. En octubre de 2017 se decidió, a petición de nuestra compañera Jacinta (la campesina), celebrar estas 24 horas en el Teatro de la Casa de la Cultura en Huétor-Tájar.

Desarrollo de las 24 Horas de Poesía

A las 10 en punto de la mañana del día 20 comenzaron las 24 horas de poesía con una mesa redonda en la que participaban los siguientes compañeros: Alfredo Arrebola, Profesor y cantaor de Flamenco, Francisco Velasco Rey, Profesor y Escritor, Carmen Carrasco Ramos, Delegada Nacional de Poesía Granada Costa, Mayka Gómez Reinoso, técnica de cultura del Ayuntamiento de Huétor-Tájar y Ma-





ría Dolores López Jiménez, Teniente de Alcalde del Ayuntamiento de Huétor-Tájar y coordinada la mesa por un servidor.

Después de haber saludado a los presentes y hacer un comentario sobre nuestra trayectoria dentro de las 24 horas de poesía y cómo se iban a desarrollar estas 24 horas, tocó el turno de la representante del Ayuntamiento, María Dolores, que agradeció a los componentes del Proyecto Nacional de Cultura que hayan decidido celebrar allí las 24 horas, nos abrió las puertas para próxi-



mos eventos en nombre del Alcalde y en el suyo propio y pasó a desgranar que había descubierto a esta gran poeta, Rosalía de Castro, de la que tenía conocimientos como es normal pero que cuando se ha adentrado en su vida y obra se ha dado cuenta del papel tan fundamental de esta mujer en el mundo de las letras y sobre todo el mundo de la mujer. Mayka habló como no podía ser de otra manera, de la gran obra que se lleva realizando en Huétor-Tájar durante muchísimos años en ese gran Belén que se monta y que todos los años se desmonta un 50% para renovarlo, donde se están alcanzando cifras incalculables de visitas, no solamente del poniente granadino, sino de toda España y se ofreció para que contásemos con ella durante las 24 horas para todas las participaciones en las que pudiera intervenir.

Francisco Velasco Rey hizo un estudio sobre la figura de Rosalía de Castro resaltando bastantes facetas de su vida y obras publicadas. Alfredo Arrebola se había preparado el tema bastante bien, destacando sobre todo los puntos familiares y el engaño tan grande que Rosalía había tenido sobre su infancia hasta que llegó a conocer de verdad a su madre y enterarse de que su padre era cura, y por esos motivos no le habían dado a conocer su historia, algo que causó un trauma en su vida, pero que le dio fuerzas para ser una de las grandes de las letras de su época. Carmen Carrasco, que coincidió con todo lo anteriormente dicho, destacó bastantes facetas tanto de la vida como de la obra de Rosalía de Castro, hasta tal punto que la había inspirado a hacer una representación teatral sobre el espíritu de Rosalía de Castro en el cual daba a conocer su recorrido en los 48 años de vida de esta gran escritora y poeta, mujer que se adelantó a su época.

Finalizando Carmen Carrasco, entró en directo por videoconferencia nuestra Directora Adjunta para Cataluña, la Doctora Toñy Castillo, desde el Aula Hospitalaria de Lérida. Desde allí impartió el pregón de estas 24 horas de poesía, tocando puntos importantes como es la labor que nuestro Proyecto





desarrolla en la poesía, lo importante que es que nuestro Proyecto, que durante 4 años consecutivos haya organizado 24 horas de poesía y tocando todos los puntos más sensibles sobre la poeta homenajeada. En estos momentos tuvimos máxima audiencia a través de las redes sociales ya que estábamos retransmitiendo en directo por el Canal Granada Costa para todo el mundo.

De 11:30 a 13:00 horas de ese mismo día, tuvimos representación teatral de la Poesía a cargo de Toñy Escabias García, Francisco Velasco Rey y María José Muñoz Rubio, con el título “la lucha contra el olvido, tres aproximaciones en teatro, poesía y pintura sobre piedra presentado en prosa poética” terminado con las “Las arrugas del olivo, siete deseos, siete sueños” de Toñy Escabias García.

De 13:00 a 14:00 horas de la tarde, tuvimos la participación del Colegio de Zagra (San José de Calasanz), donde participaron un gran número de alumnos acompañados por sus maestros, uno de los cuales cantó una canción al final de la actuación de los niños. Le dieron juventud y calidez a las 24 horas, en que también hubo un gran pico de audiencia, sobre todo en Zagra, donde todos estaban conectados para ver la participación de sus hijos.





Entre las 14:00 y 16:00 horas participaron un ramillete de poetas, tanto locales como personas que se habían desplazado para cubrir estas dos horas. Todos tuvieron la oportunidad de expresar sus sentimientos dentro del mundo de la poesía.

De 16:00 a 17:00 tuvimos una lectura poética sobre la poesía de Francelina Robin siendo su autora la protagonista en mayor medida de esta obra. En la siguiente hora intervinieron gran cantidad de poetas con gran entusiasmo.

De 18:00 a 19:00, momento bastante importante, tocó el turno a la lectura del libro *En medio de la Selva* del autor Carlos Benítez Villodres. Esta mesa estuvo compuesta por Inmaculada Rejón, Mayka Gómez, Carmen Carrasco, Loli Molina y el propio autor del libro. Una hora en la que pudimos adentrarnos en la apasionante poesía de Carlos Benítez Villodres.

De 19:00 a 20:00, en esta hora dirigida por Rogelio Bustos Almendros con la colaboración de Julián Díaz Robledo, Aurora Fernández Gómez y Francisco Rossi se desarrolló la primera parte de su interpretación: “El arte en el desarrollo humano – interacción entre la pintura y la poesía”. Como siempre, Rogelio demostró su preparación combinando pintura con poesía, por lo que recibió una fuerte ovación del público y el reconocimiento por su buen hacer.

De 20:00 a 21:00, le tocó el turno al cantaor José el Granaino, cuando presentó su último disco titulado “En homenaje a mis amigos de Granada Costa”, primero dando lectura a los poemas de los autores, todos participantes en nuestro Proyecto y después cantando cada poesía, acompañado a la guitarra por Jesús Alonso. Las poesías y sus autores son:

- Tangos al río Guadalquivir. Autora: Inocencia Frisuelo Martín

- Soleá. Autor: Antonia Navarrete Lebrato

- Alegrías a Granada. Autora: Carmen Carrasco Ramos

- Bamberas. Autor: Marcos Donaire Heredia

- Fandangos. Autor: Carlos Benítez Villodres

- Cantes del garrotín. Autora: Fernanda Llabrés Oliver

- Malagueñas. Autor: José Luis Ruiz Vidal
- Cante por tientos. Autora: Pepa Cortés Fernández
- Bulerías a Mallorca. Autor: José María Gutiérrez Gómez
- Cante por nanas. Autora: M^a José Alemán González
- Romance de Juan León el Bandolero. Autor: José Luis Ruiz Vidal
- Seguirillas. Autor: José Heredia Carmona “El Granaino”
- Cantes de Fragua. Autor: Marcelino Arellano Alabarces



De 21 a 22 horas, para finalizar el día 20 de marzo se llevó a cabo la intervención especial de Inmaculada Rejón acompañada a la guitarra por Jesús Alonso. En esta hora Inmaculada recitó poesía de diferentes poetas andaluces y tras haber recitado cada poema, ella le puso voz en diferentes palos del flamenco y de la copla. Una vez más, Inmaculada demostró su profesionalidad en el escenario. Así mismo, tuvo bastantes papeles durante estas primeras doce horas, como presentadora, recitadora y colaboradora.

El día 21 de marzo arrancó con la intervención de un gran número



de poetas, en que hubo poesía dedicada a la oración cristiana, más poesía clásica o de los propios autores que intervenían. Se cubrió esta primera hora con gran éxito y profesionalidad.

A continuación, a las 11 horas participaron los niños del Colegio Cardenal Cisneros de Villanueva de Mesía. De nuevo, pusieron la nota de color en este acto, con gran entusiasmo por realizar esta actividad.

De 12 a 13 horas contamos con la colaboración especial de José Jaime Capel, cuando se presentó su último libro, editado por nuestra editorial, “*el Silbo del Ruiseñor*” y se recitaron poesías del propio libro. La mesa estuvo compuesta por Inmaculada Rejón, Mayka Gómez, Soledad Durnes y Carmen Carrasco Ramos, que fue la encargada de presentar el libro, y al autor, que presidía la mesa. Una hora apasionante pues el autor, aparte de recitar, explicaba cada composición de poema de este libro. El público asistente estuvo muy atento y después se tomaron bastantes fotografías con José Jaime.



De 13 a 14 horas intervinieron los niños del Colegio Padre Majón, del Colegio San Isidro y del Colegio Taxara, todos de Huétor-Tájar, con fabulosas

interpretaciones y con gran sentido del humor. Entró en directo de nuevo Toñy Castillo desde Lérída por videoconferencia respondiendo varias preguntas de los niños, acompañada por colaboradoras del Proyecto Nacional de Cultura. De 15 a 16 participó un nutrido grupo de poetas tanto locales, como otros desplazados para cubrir esta hora.

De 15 a 16 se presentó el libro de la autora Soledad Durnes Casañal, estando la mesa compuesta la autora, Fancelina Robin, la cantante Gloria de Málaga, Antonia Casado y Carmen Carrasco, encargada de presentar el libro. Se recitaron poemas del libro, dando siempre una explicación la autora sobre el poema que se recitaba.

De 17 a 17:30 participaron los jóvenes del Instituto Américo Castro de Huétor-Tájar, recitando con

gran acierto y énfasis. La segunda mitad de esta hora fue para la intervención especial de Inmaculada Rejón y Carmen Carrasco Ramos, interpretando “el espíritu de Rosalía de Castro”; actuación muy aplaudida por el público, pues sin necesidad de leer la biografía, tuvimos conocimiento a través de esta representación de la vida particular y literaria de la homenajeada.

A continuación, hasta las 19:30, en este intervalo dirigido por Rogelio Bustos Almendros con la colaboración de Julián Díaz Robledo, Aurora Fernández Gómez y Francisco Rossi se desarrolló la segunda parte de su interpretación: “El arte en el desarrollo humano – interacción entre la pintura y la poesía”. Como siempre, Rogelio demostró su preparación combinando pintura con poesía, por lo que recibió una fuerte ovación del público y el reconocimiento por su buen hacer. Tras lo cual, hubo media hora de participación de diferentes poetas que se encontraban en la sala.



De 20 a 20:30 horas se desarrolló un especial con el gran rapsoda Antonio Bonet San Cler. Su intervención dio lugar a grandes ovaciones y finalizó poniendo al público en pie. La siguiente hora la coordinó Antonio de La Fuente, cuando presentó a los poetas intervinientes y a las cantantes que pusieron voz a esa poesía: Pepi Díaz y Montse Delgado, fuertemente aplaudidas por el público. Ambas estuvieron acompañadas al baile por la bailaora profesional Alba Rivas que demostró sus dotes y su arte embriajando al público asistente.

Por último, de 21:30 a 22 se realizó la característica foto de familia con los participantes que quedaban en la sala, autoridades de Huétor-Tájar y fue entonces cuando recibió el premio Humanidades de Granada Costa en el apartado interpretación, Antonio Bonet San Cler. Allí tuve la oportunidad de agradecer personalmente a participantes, colaboradores y técnicos su compromiso con estas Cuartas 24 Horas de Poesía y dando a conocer que las próximas 24 horas estarán dedicadas al primer monumento nacional de España, la Alhambra. Para ello, editaremos un libro con 1001 poesías dedicadas a la Alhambra, más un extenso reportaje sobre el monumento.

Cerrando el acto, el Alcalde de Huétor-Tájar, Don Fernando Delgado Ayén, donó al proyecto el libro *Historia de Huétor-Tájar siglo a siglo* y nos agradeció el haber escogido su pueblo para celebrar estas 24 Horas y nos abrió puertas para celebrar allí nuestros próximos eventos. Nosotros por nuestra parte donamos una obra de arte de nuestro querido amigo y colaborador, el pintor Chus Pineda, que elaboró durante esos días, incluyendo una panorámica del pueblo.

Enlaces a los vídeos en YouTube:

1ª Parte: https://www.youtube.com/watch?v=g5X7ROnu_1w

2ª Parte: <https://www.youtube.com/watch?v=XV34asQqAsE>





Foto de familia del final del acto

Colaboraciones

ROSALÍA DE CASTRO

Una niebla rocosa surgió de tu destino,
enturbiando tu esencia por el amor herida,
quizá por eso anclaste tu sol a una raída
raíz que más se hundió ante tu alma en camino.

Pintó el alba en tu vida los signos del espino
entre viejos cipreses con savia que no olvida
tu campiña frondosa por ti siempre ofrecida
a ese astro que nació de tu ritual marino.

Te glorían tus versos el cielo y el abismo
amantes de la luz que dona su tesoro
a frutos aferrados a su propia esperanza.

Tu sensibilidad, tu negro pesimismo
fueron fuentes que dieron el más preciado oro
a tus bellas creaciones con sangre de añoranza.

Carlos Benítez Villodres

LA GALICIA DE ROSALÍA CASTRO

*"Cando penso que te fuches
negra sombra que me asombras,
o pe dos meus cabezales
tornas facendome mofo"*

¡Qué orgullo ser gallego!
De la tierra de Rosalía,
tierra a la que tengo apego
y que me da dicha y alegría.
Ella fue la misma esencia
de una tierra, una nación,
dos lenguas, una presencia
de un o pueblo de gran corazón.
Sus lágrimas de tristeza
y su "morriña" y saudade,
su protesta y su entereza,
sufriendo siempre y estable.
Ella cantó con melancolía
las penurias de una tierra,
no sin fondo de alegría,
en el mar, prado y la sierra.
Fue su vida muy marcada
por el fuego de los males
que minaron su salud,
con síntomas desiguales.
Entre los bosques umbríos,
entre arroyos cantarines
suenan en silencio con brios
sus versos como clarines.
Su novela "La hija del mar"
expresa su justa queja,
mujer a la que tratan mal
y ella protesta y no ceja.
Pregón del "Rexurdimento",
mujer de una salud débil
y fuerte temperamento
es de mente clara y fértil.
"Cantares gallegos", un grito

de rebeldía y de esperanza,
marca fuerte el primer hito
de lucha que no le cansa.
"En las orillas del Sar"
que es el gran río de su vida,
canta y se pone a llorar
con tristeza contenida.
"Follas Novas" "Contos gallegos"
"Ruinas" y otras bellas historias,
gustan a cultos y legos
y dejan huellas en la memoria.
Rosalía es el "orballo",
es la bruma y es la niebla,
es el bosque y el "Carballo",
es la heroína que no tiembla.
Sola, en una lucha por todas
las mujeres ignoradas
imprime formas y modas
que quedan incorporadas.
Lucha con frágiles armas,
con su pluma y su palabra,
gritando que sean las damas
las que las puertas abran.
La lucha de pluma y papel
le va dando algunos frutos
y va probando la miel
de algunos hombres cultos.
Muere lenta y sosegada
viendo el mar de su vida
del que seguía subyugada
en lucha nunca perdida.
Entre los bosques umbríos,
entre arroyos cantarines,
suenan silencios con bríos
sus versos como clarines.

José María Gutiérrez

ROSALIA DE CASTRO

Galicia tierra de embrujo, de historias interminables, de hechizos y brujería, de meigas por las calles. Pero hubo un nacimiento, que a todos nos ha alegrado, que es el de “ROSALIA” que gran historia a dejado, por su bondad infinita, por esos grandes relatos, grande como escritora, ¿qué historia nos ha dejado, que aunque ha pasado un siglo? nosotros la recordamos.

Hay que aprender de las grandes, por lo mucho que pasaron, su vida, nunca fue fácil, pues como la criticaron, se decía que si su padre era cura, por ese oscuro pasado.

Ella se hizo fuerte como nos lo ha demostrado, siendo una gran escritora, dejando un gran legado, ¿cuántas historias perdidas en el Mundo, habrán quedado de mujeres inteligentes?

Que nunca las han valorando ni siquiera escuchado, y menos en aquellos tiempos, porque hablamos del pasado.

El hombre era el inteligente, el escritor divino, pero hubo mujeres que, si lograron luchar porque esa inteligencia, no se podía ignorar, y no se tenía que acallar.

Tenían que escribir en el papel lo que a su alrededor pasaba, y muchas otras historias, que ellas se imaginaban.

“Rosalía” fue una de ellas, de esas que siempre luchaban por lograr que sus escritos en los libros se les reconocieran, a sin lo demostraba día a día, su lucha fue inagotable y sus obras quedaron.

No fue un camino de rosas, no lo tuvo fácil, nadie le dio nada, siempre tuvo a su alrededor algunos que la criticaran, no vendía su dolor, ni tampoco sus desgracias, por eso en sus escrituras ella se desahogaba, escribía en el papel lo que por su mente pasaba.

Hoy que han pasado los años, hay que destacar que grande eres” Rosalía” grandes son tus obras literarias, a través de los años siempre serás recordada, por ser una gran escritora, luchadora y humana.

Te queremos Rosalía, eres un ejemplo a seguir, y que haya muchas mujeres que se perezcan a ti, yo me siento orgullosa, de pronunciar tu gran nombre, porque eres un gran ejemplo a seguir, y no debemos de olvidar las grandes obras, que son un legado que no desaparecerán jamás es parte de nuestra historia y se debe de respetar y recordar.

Jacinta Martínez Bellido

COMO UNA FLOR

Flores tengo en mi jardín, flores tengo en mi casa, la más bonita de todas, es la que por mi puerta pasa.

Es “Rosalia de Castro” una preciosa muchacha, ella es como una rosa sin espinas, es como el nardo con su olor, es jazmín recién nacido, margaritas de colores, ella tiene esa belleza imposible de igualar, es como una flor silvestre, es preciosa y natural, se mueve como las hojas cuando las levanta el viento, es como la hierba de los prados cuando amanece el día, tiene esa frescura y brilla, es agua del riachuelo, del manantial es la fuente cristalina, tiene la fuerza del mar, o del río que se desborda arrasando por donde pasa.

Tiene esa fuerza interior, es joven, inteligente, sabe tratar con la gente, ella es superior, la gracia en su cintura, cuando anda esa criatura, su elegancia, su valor, es alegría, es corazón, ella es sabiduría, es ternura, es pasión, es como un volcán, ardiente como los rayos del sol, el embrujó de la luna, es estrella en el firmamento, mueve hasta los cimientos con sus pasos firmes, o lento por su firmeza y valor.

Mírame preciosa mía, sonríeme por favor, que el verte me da la vida, con eso me conformo yo, eres como una un eslabón perdido de muchísimo valor, eres la joya más valiosa que en la vida he visto yo.

Jacinta Martínez Bellido

ME HA CONQUISTADO

Clara como el agua cuando hablo,
transparentes silencios cuando callo,
libre, en armonía,
como los poemas
de ROSALÍA.

Saber de su vida, triste espanto,
gozar de sus sueños un encanto,
feliz moriré soñando,
del que muere sin sueños
yo me aparto.

Vivo mi época, amo la vida,
asumo riesgos sin cobardía,
mi amor puro
a flores y plantas,
su lozanía me da las gracias.

Rosalía de Castro
me ha conquistado,
su tenaz lucha me ha impactado,
luz de esperanza
me da confianza.

Mari Paz Sainz Angulo

ESPERANZA

Cuando amanece el día abro los ojos
y ya te reconozco, estás ahí.

¿Qué haría sin tu nombre y sin tu esencia?

Me asomo a los espejos del pasado,
y siempre la esperanza,
como sangre que fluye, que se expande,
que inunda, se derrama en racimos
por mi vida.

¿Dónde estás si amanece y no te encuentro?
¿Dónde buscarte di, si te esfumaras
del fondo y de la altura?

Resplandeces, refulges, te siento que me cubres
y te contemplo siempre iridiscente,
como silente imagen por el paso a nivel,
la vía de este tren sin un destino
donde viajamos inconscientes, si nos dejas.

La vida, que no es otra,
si tú no nos sostienes en volandas.

Inés María Guzmán

DOÑA ROSALÍA DE CASTRO

Esta Dama de las letras
tan grande en literatura,
nos dejó su buen hacer
en todas sus escrituras.

De esta valiente mujer
nunca se dijo bastante,
defendiendo a los humildes
fue luchadora constante.

Tan valiente en aquel tiempo
de las denuncias sociales,
solamente a mi entender
el mal de todos los males.

Se codeó con los grandes
demostrando su talento,
en todo lo que ella escribe
Rosalía es un portento.

Una heroína de sueños
que nos descubre unos mundos,
con emociones sublimes
y pensamientos profundos.

Bien describe cuanto vé
con valentía y a ultranza
de esos esclavos que emigran
buscando siempre esperanza.

Romántica empedernida
como ensalza a su Galicia,
para ella sus paisajes
son su jardín de delicias.

Morriña por sus paisanos
sufrimientos, soledades,
por esos que han de marchar
a otras tierras, o lugares.

Gallega de gran cultura,
autora de obras inmortales
como a orillas de ese Sar
o sus gallegos cantares.

Es su obra, muy extensa
de vivencias muy sencillas,
que no puedo definir
en unas pocas cuartillas.

Da igual, si escribe en gallego
como en lengua castellana
hasta América llegó
con extraordinaria fama.

Provocando con su pluma
la envidia de la Bazán
por su ingenio Rosalía
no pudo tener rival.

Grande fue como poeta
ha dejado hermosa huella,
de sus gentes, de sus tierras
esas que tanto amó ella.

Del profundo sentimiento
que solo ella imagina,
defensora, sobre todo
de la mujer campesina.

Esta hija de los mares
y de amores desgraciados,
los suplió con sus escritos
y por méritos sobrados.

Estando ya muy enferma
sabiendo que ha de morir
pide la lleven a el mar
de él, se quiere despedir.

Mucho más podría decirse
de esta poeta escritora,
esto lo piensa y escribe
esta humilde servidora.

Inocencia Frisuelos Martín

Índice

Breve Pincelada de Presentación del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa.....	6
Prólogo Rosalía de Castro.....	9
Biografía.....	13
Biografía en gallego.....	37
Cantares gallegos.....	61
Follas Novas.....	115
En las orillas del Sar.....	175
Dialogo de una cantante y poeta (Inmaculada Rejón) y el espíritu de Rosalía de Castro (Carmen Carrasco Ramos).....	215
Cuarta edición 24 Horas de Poesía del Proyecto Nacional de Cultura Granada Costa....	229

Colaboraciones:

Carlos Benítez Villodres.....	246
José María Gutiérrez.....	247
Jacinta Martínez Bellido.....	249
Mari Paz Sainz Angulo.....	251
Inés María Guzmán.....	252
Inocencia Frisuelos Martín.....	253

